



GARCILASO
INCA DE
LA VEGA

HISTORIA GENERAL DEL PERU

SEGUNDA PARTE DE LOS
COMENTARIOS REALES

ESTUDIO PRELIMINAR
Y NOTAS DE
JOSE DURAND



UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS
PATRONATO DEL LIBRO UNIVERSITARIO

UNMSM-CEDOC

**BIBLIOTECA
DE
CULTURA GENERAL**

Los volúmenes que forman parte de la presente serie han sido concebidos como breves introducciones al estudio de un autor, una obra, una corriente o una época literaria. Las noticias históricas y literarias, las tablas cronológicas, la selección de juicios críticos, las bibliografías y las notas de pie de página que acompañan a los textos, así como los demás elementos que ofrece cada uno de ellos, tienen como objetivo principal servir de auxiliar a los estudiantes, de instrumento didáctico a los profesores y de guía al lector en general.

Por otra parte, los volúmenes que aparecerán en la Serie Histórica, así como en las demás series que componen la BIBLIOTECA DE CULTURA GENERAL, tienden a formar un vasto cuadro de la evolución y la estructura de la cultura humana, dentro de la cual debe encontrar su lugar propio la obra de los autores peruanos.

Pedidos:

**LIBRERÍA
UNIVERSITARIA**
Jirón Cuzco N° 674
LIMA PERU

**HISTORIA GENERAL
DEL PERU**

**II Parte de los
Comentarios Reales**

UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS

Rector: Dr. Luis Alberto Sánchez

PATRONATO DEL LIBRO UNIVERSITARIO

Presidente : Sr. Manuel Mujica Gallo

MIEMBROS DEL COMITE DE ORGANIZACION :

Dr. José Bentín, Dr. Gino Bianchini, Ing^o Santiago Gerbolini, Sr. Miguel Mujica Gallo, Ing^o Numa León de Vivero, Dr. Armando Pruge, Dr. Salvador Velarde.

INSTITUCIONES PUBLICAS, PROFESIONALES Y CULTURALES QUE PRESTAN SU CONCURSO AL PATRONATO :

Concejo Provincial de Lima, Asociación de Egresados de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Asociación Nacional de Profesores de Educación Secundaria (representante : Profesor Lorenzo Quiroz Bayes), Asociación Nacional de Maestros de Educación Primaria, Colegio de Abogados de Lima (representante : Dr. Leopoldo Vidal Martínez), Federación Médica Peruana (representante : Dr. Juan Francisco Valega), Asociación Nacional de Escritores y Artistas (representante : Dr. Luis E. Valcárcel), Sociedad de Ingenieros del Perú (representante : Ing^o José Barbagelata), Confederación de Trabajadores del Perú.

EMPRESAS COMERCIALES E INDUSTRIALES PATROCINADORAS :

Asociación Nacional de Aseguradores (representante : Ing^o Numa León de Vivero), Backus & Johnston's Brewery del Perú, Banco de Crédito del Perú (representante : Sr. Manuel Mujica Gallo), Compañía de Aviación "Faucett" (representante : Dr. Luis Echeopar García), Casa Grace (representante : Dr. Armando Pruge), Casa Ferreyros (representante : Sr. Federico Costa Laurent), Manufacturas de Tejidos de Lana del Pacífico (representante : Sr. Santiago Gerbolini).

BIBLIOTECA DE CULTURA PERUANA

Serie Histórica

9

Volumen patrocinado por la
International Petroleum Co. Ltda.



Editado por el
Departamento de Publicaciones
de la Universidad de San Marcos

UNMSM-CEDOC

GARCILASO
INCA DE
LA VEGA

HISTORIA GENERAL DEL PERU

SEGUNDA PARTE DE LOS
COMENTARIOS REALES

ESTUDIO PRELIMINAR
Y NOTAS DE
JOSE DURAND

UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS
PATRONATO DEL LIBRO UNIVERSITARIO

UNMSM-CEDOC

PRIMERA EDICION 1962

Carátula de Alfredo Ruiz Rosas

(c) Copyright by Universidad
Nacional Mayor de San Marcos
Derechos Reservados

Imprenta de la U. N. M. S. M.
Restauración 317, Lima - Perú

UNMSM-CEDOC

PRESENTACION

Al cumplirse trescientos cincuenta años de la aparición de los *COMENTARIOS REALES* del Inca Garcilaso de la Vega, la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, a través del Patronato del Libro Universitario, rindió homenaje al más grande escritor peruano publicando la primera edición nacional de este libro sin par.

Esa valiosa contribución de la Universidad a la bibliografía nacional se perfecciona con la presente edición de la *HISTORIA GENERAL DEL PERÚ*, segunda parte de los *COMENTARIOS*, obra que se compara con esta en significación y valor histórico y literario.

Incorporada a la *BIBLIOTECA DE CULTURA GENERAL*, cuya finalidad es difundir las obras más representativas de la literatura y el pensamiento del Perú y del mundo, esta pieza clásica de las letras peruanas y de lengua española podrá llegar ahora al gran público, propagando en él su alto mensaje de peruanidad y de cultura.

Lima, diciembre de 1961

traía en lo que había venido a negociar, como mancebos livianos determinaron de alzarse en la tierra, confiados en el aparejo que hallaron en un Juan Bermejo y en otros soldados sus compañeros, que habían venido del Perú, parte dellos descontentos porque el Presidente no les había dado de comer remunerándoles lo que le habían servido en la guerra de Gonzalo Pizarro, y otros que habían seguido al mismo Pizarro y por el Presidente habían sido desterrados del Perú. Y éstos animaron los dos hermanos para que emprendiesen este negocio, certificándoles que si con dozcientos o trescientos hombres de guerra que allí le podían juntar aportassen al Perú, pues tenían navíos y buen aparejo para la navegación, se les juntaría la mayor parte de la gente que allá estaba descontenta por no haberles gratificado el Licenciado de la Gasca sus servicios. Y con esta determinación comenzaron a juntar gente y armas secretamente y cuando se sintieron poderosos para resistir la justicia comenzaron a executar su propósito y pareciéndoles que el Obispo de aquella provincia había sido muy contrario a su padre en todos los negocios que se habían ofrecido, comenzaron de la venganza de su persona, y un día entraron ciertos soldados de su compañía adonde estaba el Obispo jugando el axedrez, y le mataron, y luego alzaron bandera, intitulándose el Ejército de la Libertad; y tomando los navíos que hubieron menester se embarcaron en la Mar del Sur, con determinación de esperar la venida del Presidente y prenderle y robarle en el camino, porque ya sabían que se aparejaba para venirse a Tierra Firme con toda la hacienda de Su Majestad, aunque primero les pareció que deberían ir a Panamá, así para certificarse del estado de los negocios como porque desde allí estarían en tan buen paraje, y aun mejor, para navegar la vuelta del Perú, que desde Nicaragua. Y habiéndose embarcado cerca de trezientos hombres, se vinieron al puerto de Panamá; y antes que surgiessen en él, se certificaron, de ciertos estancieros que prendieron, de todo lo que passaba, y cómo el Presidente era ya llegado con toda la hazienda real y con otros particulares que traía, pareciéndoles que su buena dicha les había traído la presa a las manos. Esperaron que anoheciese, y surgieron en el puerto muy secretamente, y sin

ningún ruido, creyendo que el Presidente estaba en la ciudad y que sin ningún riesgo ni defensa podrían efectuar su intento”, etc.

Hasta aquí es de Agustín de Zárate. Gómara, habiendo dicho casi lo mismo, dice lo que se sigue, capítulo ciento y noventa y tres: “Los Contreras recogieron los pizarristas que iban huyendo de Gasca y otros perdidos y acordaron hazer aquel salto por enriquecer, diciendo que aquel tesoro y todo el Perú era suyo y les pertenecía, como a nietos de Pedrarias de Ávila, que tuvo compañía con Pizarro, Almagro y Luque, y los envió y se alzaron. Color malos, empero bastante para traer ruines a su propósito. En fin, ellos hizieron un salto y hurto calificado, si con él se contentaran”, etc.

Hasta aquí es de Gómara. Los Contreras entraron en Panamá de noche, y dentro en la ciudad, en casa del Doctor Robles, y en cuatro navíos que estaban en el puerto, tomaron ochocientos mil castellanos, dellos del Rey y dellos de particulares, como lo dice el Palentino, capítulo octavo, y en casa del tesorero hallaron otros seiscientos mil pesos que se habían de llevar al Nombre de Dios, como lo dice Gómara, capítulo ciento y noventa y tres; sin esta cantidad de oro y plata robaron en Panamá muchas tiendas de mercaderes ricos, donde hallaron mercaderías de España en tanta abundancia que ya les daba hastío por no poderlas llevar todas. Enviaron un compañero, llamado Salguero, con una escuadra de arcabuceros, que fuese por el camino de las Cruces al Río de Chagre, porque supieron que por aquel camino habían llevado mucho oro y plata al Nombre de Dios. Salguero halló setenta cargas de plata, que aún no la habían embarcado. Enviola toda a Panamá, que valía más de quinientos y sesenta mil ducados, de manera que sin las mercaderías y perlas, joyas de oro y otros ornamentos que en aquella ciudad saquearon, hubieron casi dos millones de pesos de oro y plata que el Presidente y los demás pasajeros llevaban, que, como iban sin sospecha de corsarios ni de ladrones, llevaron consigo parte de su oro y plata, y otra gran parte dejaron en Panamá para que la llevasen poco a poco al Nombre de Dios, porque de un camino ni de cuatro ni de ocho no se podía llevar, porque, como dice Gómara en el capítulo alegado, pasaban de tres millones de pesos

en oro y plata que llevaban el Presidente y los que con él iban.

Toda esta suma de riqueza y prosperidad, que la fortuna les dio en tanta abundancia y en tan breve tiempo, perdieron aquellos caballeros mozos por dar en disparates y locuras que la mocedad suele causar. Y también ayudó a los desatinos que después de esta presa hicieron la ansia tan vana que Juan Bermejo y sus compañeros los pizarristas tenían de haber en sus manos al Presidente Gasca, para vengarse en su persona de los agravios que les había hecho, según ellos se quejaban, los unos de mala paga y los otros de demasiado castigo. Y por grande encarecimiento decían que habían de hacer pólvora dél, porque la habían menester y porque había de ser muy fina, según la astucia, rigor y engaño de tal hombre. Y cierto ellos se engañaban en estas locas imaginaciones, porque mayor castigo y tormento fuera para el Presidente, y para ellos mayor venganza, que lo enviaron vivo y sin el oro y plata que traía, que fue la mayor de las victorias que en el Perú alcanzó.

CAPITULO XII

Las torpezas y bisoñerías de los Contreras, con las cuales perdieron el tesoro ganado y sus vidas. Las diligencias y buena maña de sus contrarios para el castigo y muerte dellos

La buena fortuna del licenciado Gasca, viéndole en el estado que se ha referido, ofendida de que el atrevimiento de unos mozos bisoños y la desesperación de unos tiranos perdidos tuviesen en tal estado y miseria a quien ella tanto había favorecido en la ganancia y restitución de un Imperio tal y tan grande como el Perú, queriendo volver por su propia honra y continuar el favor y amparo que al Presidente había hecho, dio en valerse de la soberbia e ignorancia que estos caballeros cobraron con la buena suerte que hasta allí habían tenido, y la trocaron en ceguera y torpeza de su entendimiento, de manera que, aunque muchos de a-

quellos soldados habían conocido en el Perú a Francisco de Carvajal y seguido su soldadesca, en esta jornada y ocasión se mostraron tan bisonños y torpes que ellos mismos causaron su destrucción y muerte. Y la primera torpeza que hicieron fue que habiendo ganado a Panamá y todo el saco que en ella hubieron, prendieron muchos hombres principales, y entre ellos al Obispo y al tesorero de Su Majestad y a Martín Ruiz de Marchena y a otros regidores, y los llevaron a la picota para ahorcarlos, y lo hiciera con mucho gusto el maese de campo Juan Bermejo si no se lo estorbara Hernando de Contreras, de lo cual se enojó muy mucho Juan Bermejo, y le dijo que pues era en favor de sus enemigos y en disfavor de sí propio y de sus amigos, pues no consentía que matasen a sus contrarios, no se espantase que otro día ellos lo ahorcasen a él y a todos los suyos.

Estas palabras fueron un pronóstico que se cumplió en breve tiempo. Contentose Hernando de Contreras con tomarles juramento que no les serían contrarios en aquel hecho, sino favorables, como si el hecho fuera en servicio de Dios y del Rey y en beneficio de los mismos ciudadanos, lo cual fue otro buen desatino. Asimismo se dividieron en cuatro cuadrillas los soldados, que eran tan pocos que apenas pasaban de docientos y cincuenta. Los cuarenta dellos se quedaron con Pedro de Contreras para guardar los cuatro navíos que trajeron y otros cuatro que ganaron en el puerto. Hernando de Contreras, como se ha dicho, envió a Salguero con otros treinta soldados al Río de Chagre, a tomar la plata que allí robaron, y él se fue con otros cuarenta soldados por el camino de Capira a prender al Presidente y saquear a Nombre de Dios, que le parecía hacer lo uno y lo otro con facilidad, por hallarlos descuidados.

Juan Bermejo se quedó en guarda de Panamá con otros ciento y cincuenta soldados, y entre otras preveniciones que hizo, tan torpes y necias como las referidas fue, como lo dice el Palentino, dar en depósito todo el saco que habían hecho a los mercaderes y a otras personas graves que tenía presos, mandándoles que se obligasen por escrito a que se lo volverían a él o a Hernando de Contreras cuando volviese de Nombre de

Dios. Proveyeron estos disparates imaginándose que, sin tener contraste alguno, eran ya señores de todo el Nuevo Mundo. Mandó tomar todas las cabalgaduras que en la ciudad hubiese, para ir con toda su gente en pos de Hernando de Contreras, para socorrerle si le hubiese menester. Y así salió de la ciudad con toda brevedad, dejándola sola, pensando que quedaba tan segura como si fuera su casa, que fuera mejor embarcar en sus navíos la presa y saco que de oro y plata, joyas y mercaderías y otros ornamentos habían hecho, y se fueran con ello donde quisieran, y dejaran al Presidente y a los suyos totalmente destruídos y aniquilados. Mas ni ellos merecieron gozar el bien que tenían ni el Presidente pasar el mal ni daño que se le ofrecía. Y así volvió por él su buena fortuna, como presto veremos.

Luego que amaneció, los que escaparon del saco y de la presa de la noche pasada, que uno dellos fue Arias de Acevedo, de quien la historia ha hecho mención, despachó a toda diligencia un criado suyo a Nombre de Dios, a dar aviso al Presidente Gasca de lo que los tiranos habían hecho en Panamá, que aunque la relación no fue de todo lo sucedido, porque no se la pudo dar, a lo menos fue parte para que el Presidente y todos los suyos se apercibiesen y no estuviesen descuidados. Por otra parte los de la ciudad, así los que huyeron de ella como los que Juan Bermejo dejó en su buena confianza y amistad, pues quedaron por depositarios de todo lo que saquearon, viendo que con todos sus soldados se había ido della cobraron ánimo de verlos divididos, y se convocaron unos a otros; repicaron las campanas, y a toda diligencia fortificaron la ciudad, así por la parte de la mar, porque Pedro de Contreras no los acometiese, como por la parte del camino de Capira, para que, si los enemigos volviesen, no pudiesen entrar en ella con facilidad.

Al ruido de las campanas acudió de las heredades que llaman estancias muchos estancieros españoles con las armas que tenían, y mucho negros al socorro de sus amos, y en breve tiempo se hallaron más de quinientos soldados, entre blancos y prietos, con determinación de morir en defensa de su ciudad. Dos soldados de los de Juan Bermejo, que por falta de cabalga-

duras no habían ido con su capitán, viendo el ruido de la gente se huyeron y fueron a dar aviso a su mae-se de campo de cómo la ciudad se había rebelado y reduciéndose al servicio de Su Majestad, de lo cual avisó luego Juan Bermejo a Hernando de Contreras, diciéndole que él se volvía a Panamá a hacer cuartos a aquellos traidores que no habían guardado la fidelidad de su juramento. Parecíale que le sería tan fácil el ganarla segunda vez como lo fue la primera. Mas sucedióle en contra, porque los de la ciudad (porque no se la quemasen, que lo más de ella es de madera) salieron a recibirle al camino, y, hallando a Juan Bermejo fortalecido en un recuesto alto, le acometieron con grande ánimo y valor, corridos y afrentados de los vituperios que en ellos había hecho hallándolos dormidos. Y queriéndose vengar, pelearon varonilmente y, aunque del primer acometimiento no se reconoció ventaja de ninguna de las partes, pelearon segunda vez, y los de la ciudad, como gente afrentada, deseosos de vengar sus injurias, acometieron como desesperados; y aunque los enemigos pelearon con mucho ánimo, al cabo fueron vencidos y muertos la mayor parte dellos, por la multitud de blancos y negros que sobre ellos cargaron, entre los cuales murió Juan Bermejo, y Salguero, y más de otros ochenta. Prendieron casi otros tantos, y los llevaron a la ciudad, y, teniéndolos a todos en un patio, entró el alguacil mayor della (cuyo nombre es bien que se calle), y con dos negros que llevaba los mató a puñaladas, dando los tristes grandes voces y gritos pidiendo confesión. Un autor, que es el Palentino, capítulo décimo dice que por haber muerto sin ella los enterraron a la orilla del mar.

La nueva deste mal suceso corrió luego por la tierra, y llegó a oídos de Hernando de Contreras; el cual, con el aviso que Juan Bermejo le había enviado, se volvía a Panamá. Viéndose ahora perdido y desamparado de todas partes (como desesperado), despidió los suyos, diciéndoles que cada uno procurase salir a la ribera del mar, que su hermano Pedro de Contreras los acogería en sus navíos y que él pensaba tomar el mismo viaje, y así se apartaron unos de otros. Pocos días después, andando los del Rey a caza dellos por aquellas montañas, pantanos y ciénegas, en una dellas halla-

ron ahogado a Hernando de Contreras. Cortáronle la cabeza y la llevaron a Panamá. Los suyos, aunque estaba desfigurada, la conocieron, porque con ella llevaron el sombrero que solía traer, que era particular, y un agnosedí de oro que traía el cuello.

Pedro de Conteras, su hermano, viendo el mal suceso de Juan Bermejo y su muerte y la de todos los suyos, no sabiendo qué hacer, procuró escaparse por la mar. Mas los vientos ni las aguas ni la tierra quisieron favorecerle, que todos los tres elementos se mostraron enemigos. Procuró huirse en sus bateles, desamparando sus navíos, y así se fue en ellos sin saber a dónde, porque todo el mundo le era enemigo. Los de la ciudad armaron otras barcas y cobraron sus navíos y los ajenos, y fueron en pos de Pedro de Contreras, aunque a tienta, porque no sabían a dónde iba. Andando en rastro dellos, hallaron por las montañas algunos de los huídos, que también se habían dividido y derramado por diversas partes, como hicieron los de Hernando de Contreras. De Pedro de Contreras no se supo qué hubiese sido dél; sospechóse que indios de guerra o tigres y otras salvajinas, que las hay muy fieras por aquella tierra, le hubiesen muerto y comídose-lo, porque nunca más hubo nueva dél.

Este fin tan malo y desesperado tuvo aquel hecho, y no se podía esperar dél otro suceso porque su principio fue con muerte de un Obispo, cosa tan horrenda y abominable. Y aunque algunos después quisieron disculpar a los matadores, dando por causas la mala condición y peor lengua del Obispo que forzasen a quitarle la vida, no basta disculpa ninguna para hacer un hecho tan malo. Y así lo pagaron ellos como se ha visto.

CAPITULO XIII

El Presidente cobra su tesoro perdido, castiga a los delincuentes, llega a España, donde acaba felicemente.

El Licenciado Gasca, que tuvo en la Ciudad de Nombre de Dios la nueva de la venida de los Contre-

ras y el robo y saco que en Panamá habían hecho, de que se afligió grandemente, considerando que para el fin de su jornada se le hubiese guardado un caso tan extraño y un peligro, como lo dice un autor, tan no pensado y que no se había podido prevenir por diligencia ni otro medio alguno, procuró poner en cobro lo mejor que pudo el tesoro que consigo llevaba. Aperció la gente que con él había ido y la que había en aquella ciudad, para volver a Panamá y cobrar lo perdido y castigar los salteadores, aunque, mirándolo como tan discreto y experimentado en toda cosa, le parecía que ya se habrían ido y puesto en cobro el saco. Mas con todo eso, por hacer de su parte lo que le convenía, pues en todo lo pasado no había perdido ocasión ni lance, salió de Nombre de Dios a toda diligencia con la gente y armas que pudo sacar, y a la primera jornada de su camino tuvo nueva del buen suceso de Panamá y de la muerte de Juan Bermejo, y Salguero, y de la huída de Hernando de Contreras por las montañas, y la de su hermano por la mar, con lo cual se consoló el buen Presidente y siguió su camino con todo aliento y regocijo, dando gracias a Nuestro Señor (como lo dice Gómara) por “cosas tan señaladas como dichas para su honra y memoria”, etc.

Llegó el Presidente a Panamá con más victoria que tuvieron todos los grandes del mundo, porque sin armas ni otra milicia, consejo ni aviso, sólo son el favor de su buena dicha, venció, mató y destruyó a sus enemigos, que tan crueles le fueran si no hubieran sido tan locos y necios. Cobró el tesoro perdido, pidiéndolo a los depositarios que lo tenían en guarda; quedó con mucha ganancia de oro y plata, porque como los corsarios habían hecho a toda ropa, así a la del Rey como a la de los pasajeros y ciudadanos, el Presidente la mandó sequestar toda por de Su Majestad, y que los particulares que pretendiesen tener allí su hacienda lo probasen o diesen las señas que sus barras de plata y tejos de oro traían, porque ha sido costumbre muy antigua en aquel viaje del Perú poner los pasajeros, con un cincel, cifras u otras señas en las barras de plata y oro que traen, porque sucede dar un navío al través en la costa, y por estas señas cada uno saca lo que es suyo, que yo hice lo mismo en esta mi-

seria que traje, y por eso lo certifiço asi. Los que mostraron las señas y probaron por ellas lo que era suyo, lo cobraron, y los que no tuvieron señas lo perdieron, y todo se aplicó para el Rey; de manera que el Presidente antes ganó que perdió en la revuelta, que así suele acaecer a los favorecidos de la fortuna. El Presidente, habiendo recogido el tesoro, mandó castigar los delinquentes que se atrevieron a tomar de las barras que trajo Salguero, que, aunque no eran de los que vinieron con los Contreras, la revuelta de la ciudad les dio atrevimiento a que tomasen de la presa lo que pudiesen hurtar. A unos azotaron y a otros sacaron a la vergüenza, de manera que todos los tiranos y parte de los no tiranos fueron castigados, porque a río vuelto quisieron ser pescadores.

La cabeza de Hernando de Contreras mandó el Presidente poner en la picota en una jaula de hierro, con su nombre escrito en ella, que de los enemigos no castigó ninguno el Presidente, que cuando él volvió a Panamá los halló todos muertos. Hecho el castigo, con toda brevedad se embarcó para venirse a España, como lo dice el Palentino por estas palabras, capítulo diez de su segunda parte:

“Ansí que el Presidente Gasca, con las demás sus buenas fortunas que en España y Perú le habían sucedido, terció con este próspero suceso, do cobró el robo tan calificado que se le había hecho, con otra infinita suma de particulares; el cual, con todo aquel tesoro, se embarcó para España, y llegado en salvamento, fue a informar a Su Majestad (que estaba en Alemaña), habiéndole dado ya el Obispado de Palencia, que había vacado por muerte de Don Luis Cabeza de Vaca, de buena memoria, en el cual residió hasta el año de sesenta y uno, que el católico Rey Don Felipe nuestro señor le dio el Obispado de Cigüenza, y le tuvo hasta el mes de noviembre de sesenta y siete, que, estando en Cigüenza, fue Dios servido llevarle de esta presente vida”.

Hasta aquí es del Palentino. Francisco López de Gómara dice lo que se sigue, capítulo ciento y noventa y tres: “Embarcose Gasca, con tanto, en el Nombre de Dios, y llegó a España por julio del año de mil y quinientos y cincuenta, con grandísima riqueza para

otros y reputación para sí. Tardó en ir y venir y hacer lo que habéis oído poco más de cuatro años. Hízolo el Emperador Obispo de Palencia, y llamolo a Augusta, de Alemaña, para que le informasse a boca, y entera y ciertamente, de aquella tierra y gente del Perú”.

Hasta aquí es de Gómara, con que acaba aquel capítulo. Y aunque en él dice este autor que el Presidente Gasca peleó con los tiranos y los venció, lo dice porque su buena fortuna los rindió y le dio la victoria ganada y cobrado el tesoro que tenía perdido, que el Presidente nunca los vio vivos ni muertos. Como se ha dicho acabó aquel insigne varón, digno de eterna memoria, que con su buena fortuna, maña, prudencia y consejo, y las demás sus buenas partes, conquistó y ganó de nuevo un Imperio de mil y trescientas leguas de largo, y lo restituyó al Emperador Carlos Quinto con todo el tesoro que dél traía.

CAPITULO XIV

Francisco Hernández Girón publica su conquista, acuden muchos soldados a ella, causan en el Cozco un gran alboroto y motín, apaciguase por la prudencia y consejo de algunos vecinos.

Dejando al buen Presidente Gasca, Obispo de Sigüenza, sepultado en sus trofeos y hazañas, nos conviene dar un salto largo y ligero dende Sigüenza hasta el Cozco, donde sucedieron cosas que contar, para lo cual es de saber que con la partida del Presidente Gasca para España se fueron todos los vecinos a sus ciudades y casas, a mirar por sus hacienda, y el General Pedro de Hinojosa fue uno dellos, y el capitán Francisco Hernández Girón fue al Cozco con la provisión que le dieron para hacer su entrada. Por el camino la fue publicando, y envió capitanes, que nombró, para hacer gente en Huamanca y en Arequepa y en el Pueblo Nuevo. Y él apregonó en el Cozco su conducta y provisión con gran solemnidad de trompetas y atabales, a cuyo ruido y fama acudieron más de docientos soldados de todas partes, porque el capitán

era bienquisto dellos. Viéndose tantos juntos, dieron en desvergonzarse y hablar con libertad sobre todo lo pasado, vituperando al Presidente y a los demás Gobernadores que en todo aquel Imperio dejó, y fue esta desvergüenza de manera que, sabiendo los vecinos muchas cosas della, platicaron con Juan de Saavedra, Corregidor que entonces era de aquella ciudad, que tratase con Francisco Hernández que apresurase su viaje, por verse ellos libres de soldados, que aunque el capitán tenía en su casa algunos dellos, los demás se derramaron por casas de los demás vecinos y moradores, aunque el Palentino, hablando en este particular, capítulo cuarto, dice que “los vecinos mostraban pesar, así por sus intereses como porque sacaban los soldados de la tierra, considerando que si Su Majestad alguna cosa proveyesse en su perjuizio le podrían responder con soldados, como otras vezes lo habían hecho, y que si ellos estaban acorralados”, etc.

Cierto yo no sé quién pudo darle esta relación ni quién pudo imaginar tal cosa, porque a los vecinos mucho mejor les estaba que echaran todos los soldados de la tierra a semejantes conquistas que tenerlos consigo, porque no tuvieran a quién mantener y sustentar a su costa, que muchos vecinos tenían cuatro y cinco y seis y siete soldados en sus casas, y los mantenían a sus mesas a comer y a cenar, y les daban de vestir y posada y todo lo necesario. Otros vecinos había que no tenían ni un soldado, que de los unos y de los otros pudiéramos nombrar algunos, pero no es razón hablar en perjuizio ajeno. Y decir aquel autor que a los vecinos les pesaba de que echasen los soldados de la tierra, no sé cómo se pueda creer, siendo público y notorio lo que hemos dicho, que los vecinos gastaban con ellos sus haciendas. Aquel historiador no debió de hallarse personalmente en muchas cosas de las que escribe, sino que las escribió y compuso de relación ajena, porque en algunas cosas se las daban equivocadas y contradictorias, y con tanta plática de motines en cada cosa que hay más motines en su historia que columnas della, que todo es hacer traidores a todos los moradores de aquel Imperio, así vecinos como soldados, todo lo cual dejaremos aparte, como cosa no necesaria para la historia, y diremos la sustancia de todo lo que

pasó porque yo me hallé en aquella ciudad cuando Francisco Hernández y sus soldados hicieron este primer alboroto de que luego daremos cuenta. Y también me hallé al segundo motín, que pasó tres años después, y estuve tan cerca de todos ellos que lo vi todo, y ellos no hacían caso de mí, porque era de tan poca edad que no había salido, ni aun llegado, al término de la edad de muchacho. Y así diré llanamente lo que vi y oí a mi padre y a otros muchos que en nuestra casa platicaban estas cosas y todas las que sucedieron en aquel Imperio.

Los soldados, como decíamos, se mostraron tan insolentes y soberbios, que se ordenó que en público se tratase del remedio. Y como ellos lo sintieron, platicaron con su capitán, y entre todos trataron que no se dejasen hollar, pues la provisión que tenían era del Presidente Gasca para hacer aquella conquista, que estaban libres y exentos de cualquier otra jurisdicción. y que el Corregidor no la tenía sobre ellos ni podían mandarles nada, ni ellos tenían obligación a obedecerle.

Este alboroto pasó tan adelante, que los soldados se juntaron todos con sus armas en casa de Francisco Hernández. Y la ciudad y el Corregidor mandaron tocar arma, y los vecinos y muchos parientes dellos, y otros soldados que no eran de la entrada, y muchos mercaderes ricos y honrados, se juntaron en la plaza con sus armas y formaron un escuadrón en ella; y los contrarios formaron otro en la calle de su capitán, bien cerca de la plaza, y así estuvieron dos días y dos noches con mucho riesgo de romper unos con otros, y sucediera el hecho, sino que los hombres prudentes y experimentados, que estaban lastimados de las miserias pasadas, trataron de concertarlos, y así acudieron unos al Corregidor y otros a Francisco Hernández Girón, para que se viesen y tratasen del negocio. Los principales fueron Diego de Silva, Diego Maldonado el Rico, Garcilaso de la Vega, Vasco de Guevara, Antonio de Quiñones, Juan de Berrio, Jerónimo de Loaysa, Martín de Meneses, Francisco Rodríguez de Villafuerte (el primero de los trece que pasó la raya que el Marqués Don Francisco Pizarro hizo con la espada). Con ellos fueron otros muchos vecinos, y persuadieron al Corregidor que aquella revuelta no pasase adelan-

te, porque sería destrucción de toda la ciudad y aun de todo el Reino. Lo mismo dijeron a Francisco Hernández, y que mirase que perdía todos sus servicios y que dejaba de hacer su conquista, que era lo que a su honra y estado más le convenía. En fin, concertaron que él y el Corregidor se viesen en la Iglesia Mayor; mas los soldados de Francisco Hernández no consintieron que fuese sin que les dejasen rehenes de que se lo volverían libre. Quedaron cuatro de los vecinos por rehenes, que fueron Garcilaso, mi señor, y Diego Maldonado y Antonio de Quiñones y Diego de Silva.

Las dos cabezas se vieron en la iglesia, y Francisco Hernández se mostró tan libre y desvergonzado que el Corregidor estuvo por prenderle, si no temiera que los soldados habían de matar a los que tenían por rehenes, y así templó su enojo porque Francisco Hernández no fuese escandalizado, y le dejó ir a su casa; y aquella tarde se volvieron a ver debajo de los mismos rehenes, donde Francisco Hernández, habiendo considerado los malos sucesos que aquel motín podía causar, y habiéndolos consultado en particular con algunos amigos suyos, estuvo más blando y comedido y más puesto en razón, y concertaron que otro día siguiente se viesen más de espacio para concluir lo que en aquel negocio se debía hacer; y así se volvieron a juntar, y habiendo pasado muchos requerimientos, protestaciones y otros autos y ceremonias judiciales, se concertó que por bien de paz Francisco Hernández despidiese los soldados, y entregase al Corregidor ocho dellos, que habían sido más insolentes, más desvergonzados, y que habían tirado con sus arcabuces al escuadrón del Rey, aunque no habían hecho daño; y que él, por el motín y escándalo que su gente había dado, fuese a dar cuenta a la Audiencia Real.

Esto se concertó y prometió con juramento solemne de ambas partes, y se asentó por escrito que el Corregidor le dejaría ir libre debajo de su palabra y pleito homenaje. Con esto se volvió Francisco Hernández a su casa, y dio cuenta a sus soldados del concierto, los cuales se alteraron de manera que si él mismo no lo estorbara con promesas y palabras que les dio, cerraran con el escuadrón de Su Majestad, que fuera de grandísimo mal y daño para los del Reino, porque los

soldados eran docientos y no tenían qué perder, y los de la ciudad casi ochenta dellos eran señores de vasallos y los que no lo eran, eran mercaderes y hombres ricos y hacendados. Fue Dios servido estorbarlo por las oraciones, rogativas y promesas que los religiosos y sacerdotes seglares y las mujeres y personas devotas hicieron, aunque el alboroto de ambas partes fue mayor, porque aquella noche estuvieron todos en arma, con centinelas. Mas luego otro día, viendo el Corregidor que no había despedido Francisco Hernández la gente, le envió a mandar con protestaciones y requerimientos que pareciese ante él. Francisco Hernández, viendo que si sus soldados supiesen que iba ante el Corregidor no le habían de dejar salir de su casa, y que se había de desvergonzar del todo, salió disimuladamente con una ropa de levantar, por dar a entender que iba a hablar con alguno de sus vecinos, y así fue hasta la casa del Corregidor, el cual le prendió luego y mandó echarle prisiones. Su gente, luego que lo supo, se desramó y huyó por diversas partes, y los más culpados, que fueron ocho, se retiraron al Convento de Santo Domingo, y en la torre del campanario se hicieron fuertes, y aunque los cercaron y combatieron muchos días no quisieron rendirse, porque el combate no llegaba a dañarles por ser la torre angosta y fuerte, hecha del tiempo de los Incas; y por estos atrevidos, aunque la torre no lo merecía, la desmocharon y dejaron rasa, porque otros no se atreviesen a desvergonzarse en ella como los pasados, los cuales se rindieron y fueron castigados, no con el rigor que sus desvergüenzas merecían.

CAPITULO XV

Húyense del Cozco Juan Alonso Palomino y Jerónimo Costilla. Francisco Hernández Girón se presenta ante la Audiencia Real; vuelve al Cozco libre y casado; cuéntase de otro motín que en ella hubo.

Ahuyentados los soldados, y Francisco Hernández Girón preso, y apaciguado todo el motín, no se sabe la

causa que les movió a Juan Alonso Palomino y a Jerónimo Costilla, que eran cuñados y señores de vasallos en aquella ciudad, para huirse la segunda noche después del concierto hecho. De esta huída diré como testigo de vista, porque me hallé en el Cozco cuando sucedió, aunque el Palentino, por relación de alguno que lo soñó, la pone dos años después, en otros motines que cuenta que se trataban en aquella ciudad, que todos se dieron después por niñerías. Estos caballeros se fueron a medianoche sin causa alguna, como se ha dicho, que si fueran dos o tres noches antes tenían mucha razón, porque, como se ha referido, estuvo toda la ciudad en grandísimo peligro de perderse. Y así dieron a todos mucho que mofar y murmurar de su ida tan sin propósito, y mucho más cuando se supo que habían quemado la puente de Apurímac y la de Amáncay, que se hacen a costa y trabajo de los pobres indios. Fueron alborotando la tierra, diciendo que Francisco Hernández Girón quedaba alzado en el Cozco, hecho un gran tirano. Pero después se lo pagó muy bien Juan Alonso Palomino en el segundo levantamiento que Francisco Hernández hizo, que lo mató en la cena, como adelante diremos; y volviendo, pues, a los hechos de Girón, decimos que desperdigados sus soldados y castigados los más culpados, se rectificó el concierto que con él se había hecho, y se asentó de nuevo que debajo de su palabra y juramento solemne fuese a la Ciudad de los Reyes a presentarse a la Audiencia Real y dar cuenta de la causa porqué iba. Diego Maldonado el Rico, por hacerle amistad, porque era vecino suyo, calle en medio y las casas de frente la una de la otra, se fue con él hasta Antahuaylla, que está cuarenta leguas del Cozco, que eran indios y repartimiento de Diego Maldonado, y también lo hizo porque a él le convenía ir a visitar sus vasallos, y quiso cumplir dos jornadas de un viaje. En este paso dice el Palentino que se lo entregaron al Alcalde Diego Maldonado y al capitán Juan Alonso Palomino, para que a su costa le llevasen a Lima con veinte arcabuceros, y que para más seguridad el Corregidor le tomó pleito homenaje, etc.

Cierto no sé quién pudo darle relación tan en contar de lo que pasó, si no fue alguno que presumiese de

poeta comediante. Francisco Hernández Girón llegó a la Ciudad de los Reyes y se presentó ante la Audiencia Real. Los Oidores mandaron encarcelarle, y pasados algunos días le dieron la ciudad por cárcel, y a pocos más, haciendo poco caudal de su culpa, le dieron en fiado, recibiendo sus disculpas como él las quiso dar. Contentáronse con que se casó en aquellos días con una mujer noble, moza, hermosa y virtuosa, indigna de tantos trabajos como su marido le hizo pasar con su segundo levantamiento, como la historia lo dirá. Volvió con ella al Cozco, y por algunos días y meses, aunque no años, estuvo sosegado, conversando siempre con soldados y huyendo del trato y comunicación de los vecinos, tanto que llegó a poner pleito y demanda a uno de los principales de la ciudad sobre el buen caballo que dijo que era suyo no lo siendo, y que en las guerras pasadas de Quito lo había perdido, y es verdad que el vecino lo había comprado en aquellos tiempos, por una gran suma de dineros, de un muy buen soldado que lo había ganado en buena guerra, todo lo cual sabía muy bien otro buen soldado que conocía las partes. Mas por no haber seguido a Gonzalo Pizarro estaba escondido, y no lo sabía nadie sino el vecino dueño del caballo; el cual, por no descubrir al soldado, que lo mataran o echaran a galeras, holgó de perder su joya, la cual vendió Francisco Hernández por mucho menos de lo que valía, de manera que no sirvió el pleito del caballo más que de mostrar la buena voluntad que tenía a sus iguales y compañeros, que eran los señores de vasallos. La cual era tal, que ni en común ni en particular nunca le vi tratar con los vecinos, sino con los soldados, y con ellos era su amistad y conversación. según la mostró pocas jornadas adelante.

Viendo el poco caudal y menos castigo que los Oidores habían hecho del atrevimiento y desvergüenza de Francisco Hernández Girón y de sus soldados, tomaron atrevimiento otros, que no se tenían por menos valientes ni menos atrevidos que los pasados, pero eran pocos y sin caudillo, porque no había entre ellos vecino (que es señor de vasallos). Mas ellos procuraban inventarlo como quiera que fuese, y lo trataban tan al descubierto que llegó a publicarse en la Ciudad de los Reyes. Y aunque en el Cozco avisaron al Co-

rregidor de lo que pasaba y le pedían que hiciese la información y castigase a los amotinadores porque así convenía a la quietud de aquella ciudad, respondió que no quería criar más enemigos de los pasados, que eran Francisco Hernández y los suyos, que, pues la Audiencia había hecho tan poco caso del atrevimiento de los pasados, menos lo haría de los presentes, y que él quedaba excusado con que los superiores no castigaban semejantes delitos. Publicándose estas cosas por la tierra, vino al Cozco un vecino de ella, que se decía Don Juan de Mendoza, hombre bullicioso y amigo de soldados, más para provocar e incitar a otros que para hacer él cosa de momento, ni en mal ni en bien. Y así, luego que entró en la ciudad, trató con los principales de aquellas trampas, que se decían Francisco de Miranda y Alonso de Barrionuevo, que entonces era alguacil mayor de la ciudad, y Alonso Hernández Melgarejo. El Miranda le dijo que los soldados en común querían elegirle por General, y a Barrionuevo por maese de campo, lo cual descubrió el Mendoza a algunos vecinos amigos suyos, aconsejándoles que se huyesen de la ciudad porque sus personas corrían mucho riesgo entre aquellos soldados; y cuando vio que no hacían caso de sus consejos se huyó a la Ciudad de los Reyes, publicando por el camino que el Cozco quedaba alzado, no habiendo hecho caudal aquella ciudad de su venida ni de su huída.

El Palentino dice que en esta ocasión fue la huída de Juan Alonso Palomino y de Jerónimo Costilla, y así la escribe, habiendo sido dos años antes, donde nosotros la pusimos.

CAPITULO XVI

Envían los Oidores Corregidor nuevo al Cozco, el cual hace justicia de los amotinados. Dase cuenta de la causa destes motines.

Con el alboroto que Don Juan de Mendoza causó en la Ciudad de los Reyes, proveyeron los Oidores al Mariscal Alonso de Alvarado por Corregidor del Cozco, y le mandaron que castigase aquellos motines con ri-

gor, porque no pasase tan adelante el atrevimiento y libertad de los soldados. El cual, luego que llegó al Cozco, prendió a algunos de los soldados, y entre ellos a un vecino llamado Don Pedro Portocarrero que los soldados, por disculparse con el juez, habían culpado en sus dichos. Y averiguada bien la causa, ahorcó a los principales, que eran Francisco de Miranda y Alonso Hernández Melgarejo, no guardándoles su nobleza, que eran hijosdalgo. Lo cual sabido por Alonso de Barriónuevo, que era uno de los presos, envió rogadores al Corregidor que no lo ahorcase sino que lo degollase como a hijodalgo, pues lo era, so pena de que, si lo ahorcaba, desesperaría de su salvación y se condenaría para el infierno. Los rogadores se lo pidieron al Corregidor lo concediese, pues de la una manera o de la otra lo castigaban con muerte, y que no permitiese que se condenase aquel hombre. El Corregidor lo concedió aunque contra su voluntad, y mandó lo degollasen. Yo los vi todos tres muertos, que como muchacho acudía a ver estas cosas de cerca.

Desterró del Reino otros seis o siete; otros huyeron, que no pudieron ser habidos. A Don Pedro Portocarrero remitió a los Oidores, los cuales le dieron luego por libre. El Palentino, nombrando a Francisco de Miranda, le llama vecino del Cozco. Debió de decirlo conforme al lenguaje castellano, que a cualquiera morador de cualquiera pueblo dice vecino dél, y nosotros, conforme al lenguaje del Perú y de México, diciendo **vecino** entendemos por hombre que tiene repartimiento de indios, que es señor de vasallos. El cual, como en otra parte dijimos (que fue en las Advertencias de la primera parte de estos **Comentarios**), era obligado a mantener vecindad en el pueblo donde tenía los indios, y Francisco de Miranda nunca los tuvo. Conocile bien, porque en casa de mi padre se crió una sobrina suya mestiza, que fue muy mujer de bien.

Pocos meses después del castigo pasado hubo pesquisa de otro motín que el Palentino refiere muy largamente, pero en hecho de verdad más fue buscar achaque para matar y vengarse de un pobre caballero que sin malicia había hablado y dado cuenta de ciertas bastardías que en el linaje de algunas personas graves y antiguas de aquel Reino había, y no solamente en el

linaje del varón, mas también el de su mujer, que no es razón ni se permite que se diga quiénes eran, con lo cual juntaron otras murmuraciones que en aquellos días pasaron; y haciéndolo todo motín, salió el castigo en uno solo que degollaron, llamado Don Diego Enriquez, natural de Sevilla, mozo que no pasaba de los veinticuatro años, cuya muerte dio mucha lástima a toda aquella ciudad, que habiendo sido en el motín más de docientas personas, como lo refiere el Palentino en un capítulo de ocho columnas, lo pagase un pobre caballero tan sin culpa del motín. Con esta justicia se ejecutaron otras en indios principales, vasallos y criados de algunos vecinos, de los más nobles y ricos de aquella ciudad, que más fue quererse vengar de sus amos que castigar delitos que ellos hubiesen hecho.

Para estos motines que el Palentino escribe, tantos y tan largos, siempre da por ocasión cédulas y provisiones que los Oidores daban, quitando el servicio personal de sus indios a los vecinos, mandando que los agraviados no respondiesen por procurador en común sino cada uno de por sí, pareciendo personalmente ante la Audiencia. Todo lo cual, como ya otras veces lo hemos dicho, eran artificios que el Demonio procuraba e inventaba para estorbar con las discordias de los españoles la doctrina y conversión de los indios a la Fe Católica; que el Presidente Gasca, como hombre tan prudente, habiendo visto que las Ordenanzas que el Visorrey Blasco Núñez Vela llevó y ejecutó en el Perú causaron el levantamiento de aquel Imperio, de manera que se perdiera si él no llevara la revocación dellas, viendo que en todo tiempo causarían la misma alteración no quiso ejecutar lo que Su Majáestad mandaba por cédula particular, de que se quitase el servicio personal de los indios. Lo cual no guardaron los Oidores, antes enviaron por todo el Reino la provisión que se ha referido, con la cual tuvieron ocasión los soldados de hablar en motines y rebelión, viendo que agradaban a los vecinos, como lo escribe largamente el Palentino en su segunda parte, Libro segundo, capítulo primero y segundo, y en los que se siguen.

CAPITULO XVII

La ida del Visorrey Don Antonio de Mendoza al Perú, el cual envía a su hijo Don Francisco a visitar la tierra hasta los Charcas, y con la relación della lo envía a España. Un hecho riguroso de un juez.

En este tiempo entró en el Perú por Visorrey, Gobernador y capitán general de todo aquel Imperio Don Antonio de Mendoza, hijo segundo de la casa del Marqués de Mondéjar y Conde de Tendilla, que, como en **La Florida del Inca** dijimos, era Visorrey en el Imperio de México, varón santo y religioso, de toda bondad de cristiano y caballero. La Ciudad de los Reyes le recibió con toda solemnidad y fiesta. Sacáronle un palio, para que entrase debajo dél; mas por mucho que el Arzobispo y toda la ciudad se lo suplicaron, no pudieron acabar con aquel príncipe que entrase debajo dél. Rehusólo como si fuera una gran traición, bien contra de lo que hoy se usa, que precian más aquella hora, aunque sea de representante, que toda su vida natural. Llevó consigo a su hijo Don Francisco de Mendoza, que después fue Generalísimo de las galeas de España, y yo lo vi allá y acá, hijo digno de tal padre, que en todo el tiempo de su vida, así mozo como viejo, imitó siempre la virtud y bondad de su padre.

El Visorrey llegó al Perú muy alcanzado de salud, según decían, por la mucha penitencia y abstinencia que tenía y hacía; tanto, que vino a faltarle el calor natural, de manera que así por alentarse y recrearse como por hacer ejercicio violento en que pudiese cobrar algún calor, con ser aquella región tan caliente como lo hemos dicho, se salía después del mediodía al campo a matar por aquellos arenales algún mochuelo o cualquiera otra ave que los halconcillos de aquella tierra pudiesen matar. En esto se ocupaba el buen Visorrey los días que le vacaban del gobierno y trabajo ordinario de los negocios de aquel Imperio. Por la falta de su salud envió a su hijo Don Francisco a que visitase las ciudades que hay de Los Reyes adelan-

te hasta los Charcas y Potocsi, y trajese larga relación de todo lo que en ellas hubiese, para dársela a Su Majestad.

Don Francisco, fue a su visita, y yo le vi en el Cozco, donde se le hizo un solemne recibimiento, con muchos arcos triunfales y muchas danzas a pie y gran fiesta de caballeros, que por sus cuadrillas iban corriendo delante dél por las calles hasta la Iglesia Mayor, y de allí hasta su posada. Pasados ocho días, le hicieron una fiesta de toros y juego de cañas, la más solemne que antes ni después en aquella ciudad se han hecho, porque las libreas todas fueron de terciopelo de diversas colores, y muchas dellas bordadas. Acuérdomme de la de mi padre y sus compañeros, que fue de terciopelo negro, y por toda la marlota y capellar llevaban a trechos dos columnas bordadas de terciopelo amarillo, junta la una de la otra espacio de un palmo, y un lazo que las asia ambas con un letrero que decía: "Plus ultra". Y encima de las columnas iba una corona imperial del mismo terciopelo amarillo, y lo uno y lo otro perfilado con un cordón hecho de oro hilado y seda azul, que parecía muy bien. Otras libreas hubo muy ricas y costosas, que no me acuerdo bien dellas para pintarlas; y ésta sí, porque se hizo en casa. La cuadrilla de Juan Julio de Hojeda y Tomás Vázquez y Juan de Pancorvo y Francisco Rodríguez de Villafuerte, todos cuatro conquistadores de los primeros, sacaron la librea de terciopelo negro y las bordaduras de diversos follajes de terciopelo carmesí y de terciopelo blanco. En los turbantes sacaron tanta pedrería de esmeraldas y otras piedras finas que se apreciaron en más de trecientos mil pesos, que son más de trecientos y sesenta mil ducados castellanos; y todas las demás libreas fueron a semejanza de las que hemos dicho. Don Francisco las vio del corredorcillo de la casa de mi padre, donde yo vi su persona. De allí pasó a la Ciudad de la Paz, y a la de la Plata, y a Potocsi, donde tuvo larga relación de aquellas minas de plata y de todo lo que le convenía saber para traerla a Su Majestad. Volvió por la ciudad de Arequepa y por la costa de la mar hasta la Ciudad de los Reyes, en todo lo cual caminó más de seiscientas y cincuenta leguas. Llevó por escrito y pintado el cerro Potocsi, de las minas de plata, y

otros cerros, volcanes, valles y honduras que en aquella tierra hay, de todo esto en extraña forma y figura.

Llegado a la Ciudad de los Reyes, el Visorrey su padre lo despachó a España con sus pinturas y relaciones. Salió de Los Reyes, según el Palentino, por mayo de quinientos y cincuenta y dos, donde lo dejaremos por decir un caso particular que en aquel mismo tiempo sucedió en el Cozco, siendo Corregidor Alonso de Alvarado, Mariscal, que por ser juez tan vigilante y riguroso se tuvo el hecho por más belicoso y atrevido. Y fue que cuatro años antes, saliendo de Potocsi una gran banda de más de docientos soldados para el reino de Tucma, que los españoles llaman Tucumán, habiendo salido de la villa los más dellos con indios cargados, aunque las provisiones de los Oidores lo prohibían, un Alcalde mayor de la justicia que gobernaba aquella villa, que se decía el Licenciado Esquivel, que yo conocí, salía a ver los soldados cómo iban por sus cuadrillas; y habiéndoles dejado pasar todos con indios cargados, echó mano y prendió al último dellos, que se decía fulano de Aguirre, porque llevaba dos indios cargados, y pocos días después lo sentenció a docientos azotes, porque no tenía oro ni plata para pagar la pena de la provisión a los que cargaban indios. El soldado Aguirre, habiéndosele notificado la sentencia, buscó padrinos para que no se ejecutase, mas no aprovechó nada con el Alcalde. Viendo esto Aguirre, le envió a suplicar que en lugar de los azotes lo ahorcase, que aunque él era hijodalgo no quería gozar de su privilegio, que le hacía saber que era hermano de un hombre que en su tierra era señor de vasallos.

Con el Licenciado no aprovechó nada, con ser un hombre manso y apacible y de buena condición fuera del oficio, pero por muchos acaece que los cargos y dignidades les truecan la natural condición, como le acaeció a este letrado, que en lugar de aplacarse mandó que fuese luego el verdugo con una bestia y los ministros para ejecutar la sentencia, los cuales fueron a la cárcel y subieron al Aguirre en la bestia. Los hombres principales y honrados de la villa, viendo la sinrazón, acudieron todos al juez y le suplicaron que no pasase adelante aquella sentencia, porque era muy rigurosa. El Alcalde, más por fuerza que de grado,

les concedió que se suspendiese por ocho días. Cuando llegaron con este mandato a la cárcel hallaron que ya Aguirre estaba desnudo y puesto en la cabalgadura. El cual, oyendo que no se le hacía más merced que detener la ejecución por ocho días, dijo: "Yo andaba por no subir en esta bestia ni verme desnudo como estoy; mas ya que habemos llegado a esto, ejecútese la sentencia, que yo lo consiento, y ahorraremos la pesadumbre y el cuidado que estos ocho días había de tener buscando rogadores y padrinos que me aprovechen tanto como los pasados". Diciendo esto, él mismo aguijó la cabalgadura; corrió su carrera con mucha lástima de indios y españoles, de ver una crueldad y afrenta ejecutada tan sin causa en un hijodalgo. Pero él se vengó como tal, conforme a la ley del mundo.

CAPITULO XVIII

La venganza que Aguirre hizo de su afrenta, y las diligencias del Corregidor por haberle a las manos, y cómo Aguirre se escapó.

Aguirre no fue a su conquista, aunque los de la villa de Potocsi le ayudaban con todo lo que hubiese menester; mas él se excusó diciendo que lo que había menester para su consuelo era buscar la muerte y darle prisa para que llegase aína. Y con esto se quedó en el Perú, y, cumplido el término del oficio del Licenciado Esquivel, dio en andarse tras él como hombre desesperado, para matarle como quiera que pudiese, por vengar su afrenta. El Licenciado, certificado por sus amigos desta determinación, dio en ausentarse y apartarse del ofendido, y no como quiera, sino trecientas y cuatrocientas leguas en medio, pareciéndole que viéndole ausente y tan lejos le olvidaría Aguirre. Mas él cobraba tanto más ánimo cuanto más el Licenciado le huía, y le seguía por el rastro dondequiera que iba.

La primera jornada del Licenciado fue hasta la Ciudad de los Reyes, que hay trecientas y veinte leguas de camino; mas dentro de quince días estaba Aguirre con él. De allí dio el Licenciado otro vuelo hasta la ciudad de Quito, que hay cuatrocientas leguas de camino, pe-

ro a poco más de veinte días estaba Aguirre en ella; lo cual sabido por el Licenciado volvió, y dio otro salto hasta el Cozco, que son quinientas leguas de camino; pero a pocos días después vino Aguirre, que caminaba a pie y descalzo y decía que un azotado no había de andar a caballo ni parecer donde gentes lo viesen. Desta manera anduvo Aguirre tras su Licenciado tres años y cuatro meses. El cual, viéndose cansado de andar tan largos caminos y que no le aprovechaban, determinó hacer asiento en el Cozco, por parecerle que habiendo en aquella ciudad un juez tan riguroso y justiciero, no se le atrevería Aguirre a hacer cosa alguna contra él. Y así tomó para su morada una casa, calle en medio de la Iglesia Mayor, donde vivió con mucho recato. Traía de ordinario una cota vestida debajo del sayo, y su espada y daga ceñida, aunque era contra su profesión.

En aquel tiempo un sobrino de mi padre, hijo de Gómez de Tordoya y de su mismo nombre, habló al Licenciado Esquivel, porque era de la patria, extremeño y amigo, y le dijo: "Muy notorio es a todo el Perú cuán canino y diligente anda Aguirre por matar a vuesa merced. Yo quiero venirme a su posada, siquiera a dormir de noche en ella, que, sabiendo Aguirre que estoy con vuesa merced, no se atreverá a entrar en su casa". El Licenciado lo agradeció y dijo que él andaba recatado y su persona segura, que no se quitaba una cota ni sus armas ofensivas; que esto bastaba; que lo demás era escandalizar la ciudad y mostrar mucho temor a un hombrecillo como Aguirre. Dijo esto porque era pequeño de cuerpo y de ruin talle. Mas el deseo de la venganza le hizo tal de persona y ánimo, que pudiera igualarse con Diego García de Paredes y Juan de Urbina, los famosos de aquel tiempo, pues se atrevió a entrar un lunes a mediodía en casa del Licenciado, y habiendo andado por ella muchos pasos y pasado por un corredor bajo y alto, y por una sala alta y una cuadra, cámara y recámara, donde tenía sus libros, le halló durmiendo sobre uno dellos y le dio una puñalada en la sien derecha, de que lo mató; y después le dio otras dos o tres por el cuerpo, mas no le herió por la cota que tenía vestida, pero los golpes se mostraron por las roturas del sayo.

Aguirre volvió a desandar lo andado; y cuando se vio a la puerta de la calle, halló que se le había caído el sombrero, y tuvo ánimo de volver por él y lo cobró y salió a la calle. Mas ya cuando llegó a este paso, iba todo cortado, sin tiento ni juicio, pues no entró en la iglesia a guarecerse en ella, teniéndola calle en medio. Fuese hacia San Francisco, que entonces estaba el convento al oriente de la iglesia; y habiendo andado trecho de la calle, tampoco acertó a ir al monasterio. Tomó a mano izquierda, por una calle que iba a parar donde fundaron el Convento de Santa Clara. En aquella plazuela halló dos caballeros mozos, cuñados de Rodrigo de Pineda, y llegándose a ellos les dijo: "¡Escóndanme, escóndanme!", sin saber decir otra palabra, que tan tonto y perdido iba como esta. Los caballeros, que le conocían y sabían su pretensión le dijeron: "¿Habéis muerto al Licenciado Esquivel?", Aguirre dijo: "Si, señor, escóndanme, escóndanme". Entonces le metieron los caballeros en la casa del cuñado, donde a lo último della había tres corrales grandes, y en el uno dellos había una zahurda donde encerraban los cebones a sus tiempos.

Allí lo metieron, y le mandaron que en ninguna manera saliese de aquel lugar ni asomase la cabeza, porque no acertase a verle algún indio que entrase en el corral, aunque el corral era excusado, que no habiendo ganado dentro no tenía a qué entrar en él. Dijéronle que ellos le proveerían de comer sin que nadie lo supiese; y así lo hicieron, que, comiendo y cenando a la mesa del cuñado, cada uno dellos, disimuladamente, metía en las faltriqueras todo el pan y carne y cualquiera otra cosa que buenamente podía, y después de comer, se ponía a la puerta de la zahurda y proveía al pobre de Aguirre, y así lo tuvieron cuarenta días naturales.

El Corregidor, luego que supo la muerte del Licenciado Esquivel, mandó repicar las campanas y poner indios cañaris por guardas a las puertas de los conventos y centinelas alrededor de toda la ciudad, y mandó pregonar que nadie saliese de la ciudad sin licencia suya. Entró en los conventos, catolos todos, que no le faltó sino derribarlos. Así estuvo la ciudad en esta vela y cuidado más de treinta días, sin que hubiese nue-

va alguna de Aguirre, como si se lo hubiera tragado la tierra. Al cabo de este tiempo aflojaron las diligencias, quitaron las centinelas, pero no las guardas de los caminos reales, que todavía se guardaba con rigor.

Pasados cuarenta días del hecho, les pareció a aquellos caballeros (que el uno dellos se decía fulano Santillán y el otro fulano Cataño, caballeros muy nobles, que los conocí bien, y el uno dellos hallé en Sevilla cuando vine a España), que sería bien poner en más cobro a Aguirre y librarse ellos del peligro que corrían de tenerle en su poder, porque el juez era riguroso y temían no les sucediese alguna desgracia. Acordaron sacarle fuera de la ciudad, en público y no a escondidas, y que saliese en hábito de negro, para lo cual le raparon el cabello y la barba y le lavaron la cabeza, el rostro y el pescuezo y las manos y brazos hasta los codos, con agua en la cual habían echado una fruta silvestre que ni es de comer ni de otro provecho alguno: los indios le llaman **uítoc**. Es de color, forma y tamaño de una berenjena de las grandes, la cual partida en pedazos y echada en agua, y dejándola estar así tres o cuatro días, y lavándose después con ella el rostro y las manos, y dejándola enjugar al aire, a tres o cuatro veces que se laven pone la tez más negra que un etíope, y, aunque después se laven con otra agua limpia, no se pierde ni quita el color negro hasta que han pasado diez días y entonces se quita con el hollejo de la misma tez, dejando otro como el que antes estaba.

Así pusieron al buen Aguirre, y lo vistieron como a negro del campo, con vestidos bajos y viles. Y un día de aquéllos, a mediodía, salieron con él por las calles y plazas hasta el cerro que llaman Carmenca, por donde va el camino para ir a Los Reyes, y hay muy buen trecho de calles y plaza dende la casa de Rodrigo de Pineda hasta el cerro Carmenca. El negro Aguirre iba a pie delante de sus amos. Llevaba un arcabuz al hombro, y uno de sus amos llevaba otro en el arzón, y el otro llevaba en la mano halconcillo de los de aquella tierra, fingiendo que iban a caza. Así llegaron a lo último del pueblo, donde estaban las guardas; las cuales les preguntaron si llevaba licencia del Corregidor para salir de la ciudad. El que llevaba el halcón, como enfadado de su propio descuido, dijo al hermano: "Vuesa merced me

espere aquí o se vaya poco a poco, que yo vuelvo por la licencia y le alcanzaré muy aína". Diciendo esto volvió a la ciudad, y no curó de la licencia. El hermano se fue con su negro a toda buena diligencia hasta salir de la jurisdicción del Cozco, que por aquella parte son más de cuarenta leguas de camino. Y habiéndole comprado un rocín y dádole una poca de plata, le dijo: "Hermano, ya estáis en tierra libre, que podéis irs donde bien os estuviere, que yo no puedo hacer más por vos". Diciendo esto se volvió al Cozco, y Aguirre llegó a Huamanca, donde tenía un deudo muy cercano, hombre noble y rico, de los principales vecinos de aquella ciudad; el cual lo recibió como a propio hijo y le dijo e hizo mil regalos y caricias, y después de muchos días lo envió bien proveído de lo necesario. No ponemos aquí su nombre por haber recibido en su casa y hecho bien a un delincuente, contra la justicia real.

Así escapó Aguirre, que fue una cosa de las maravillosas que en aquel tiempo acaecieron en el Perú, así por el rigor del juez y las muchas diligencias que hizo como porque las tonterías que Aguirre hizo el día de su hecho parece que le fueron antes favorables que dañosas, porque, si entrara en algún convento, en ninguna manera escapara, según las diligencias que en todos ellos se hicieron, aunque entonces no había más de tres, que era el de Nuestra Señora de las Mercedes y del Seráfico San Francisco y del Divino Santo Domingo. El Corregidor quedó como corrido y afrentado de que no le hubiesen aprovechado sus muchas diligencias para castigar a Aguirre como lo deseaba. Los soldados bravos y facinerosos decían que si hubiera muchos Aguirres por el mundo, tan deseosos de vengar sus afrentas, que los pesquisidores no fueran tan libres e insolentes.

CAPITULO XIX

La ida de muchos vecinos a besar las manos al Visorrey; un cuento particular que le pasó con un chismoso.

Un motín que hubo en Los Reyes, y el castigo que se le hizo. La muerte del Visorrey, y escándalos que sucedieron en pos della.

Ya dijimos algo de la entrada del buen Visorrey Don Antonio de Mendoza en la Ciudad de los Reyes,

donde vivió poco tiempo, y eso poco con tanta enfermedad y tantos dolores de cuerpo que más era morir que vivir, y así nos dejó muy poco que decir. Luego que entró en aquella ciudad acudieron muchos vecinos de todas las partes del Imperio, dende Quito hasta los Charcas, a besarle las manos y darle el parabién de su venida. Uno dellos llegó a besárselas con mucha caricias, afición y requiebros, y por último y el mayor dellos le dijo: "Plega a Dios quitar a Vuesa Señoría de sus días y ponerlos en los míos". El Visorrey dijo: "Ellos serán pocos y malos". El vecino, habiendo entendido su disparate, le dijo: "Señor, no quise dezir lo que dixé, sino en contra, que Dios quitase de mis días y los pusiese en los de Vuesa Señoría". El Visorrey dijo: "Así lo entendí yo, y no hay para qué tener pena deso". Con esto lo despidió, y el vecino se fue dejando bien que reír a los que quedaban en la sala.

Pocos días después entró en ella un capitán de los nombrados en la historia, con deseo de dar ciertos avisos al Visorrey, que le parecían necesarios para la seguridad y buen gobierno de aquel Imperio. Y entre otras cosas, por la más importante le dijo: "Señor, conviene que Vuessa Señoría remedie un escándalo que causan dos soldados que viven en tal repartimiento y siempre andan entre los indios con sus arcabuzes en las manos, y comen de lo que matan con ellos, destruyen la tierra cazando y hazen pólvora y pelotas, que es mucho escándalo para este Reino, que de los tales se han levantado grandes motines; merecen ser castigados, y por lo menos ser desterrados del Perú". El Visorrey le preguntó si maltrataban a los indios, si vendían pólvora y pelotas, si hacían otros delitos más graves; y habiéndole respondido el capitán que no más de lo que le había dicho, le dijo el Visorrey: "Esos delitos más son para gratificar que para castigar, porque vivir dos españoles entre indios, y comer de lo que con sus arcabuzes matan, y hazer pólvora para sí y no para vender, no sé qué delito sea, sino mucha virtud y muy buen exemplo para que todos les imitassen. Idos con Dios, y vos ni otro no me venga otro día con semejantes chismes, que no gusto de oírlas, que esos hombres deben de ser santos, pues hazen tal vida como la que

me habéis contado en lugar de graves delitos". El capitán fue muy bien pagado de su buena intención.

Con esta suavidad y blandura gobernó este príncipe quel Imperio eso poco que vivió, que, por no merecer mi tierra su bondad, se le fue tan presto al cielo. Durante su enfermedad mandaron los Oidores que se quitase el servicio personal, y se apregonó en la Ciudad de los Reyes y en el Cozco y en otras partes con un mismo rigor y cláusulas, de que resultó otro motín. Por principal del cual degollaron un caballero que se decía Luis de Vargas; no pasaron adelante en el castigo por no alterar y escandalizar a otros mucho, porque en la averiguación salió el General Pedro de Hinojosa con sospecha de culpa, porque tres testigos le condenaron en sus dichos, aunque no por entero. Los Oidores, por hacer (como lo dice el Palentino, Libro segundo, capítulo tercero) del ladrón fiel, lo eligieron por Corregidor y justicia mayor de los Charcas, porque tuvieron nueva que muchos soldados andaban muy exentos y desvergonzados. Y aunque el General rehusó de aceptar el oficio, el doctor Saravia, que era el más antiguo de los Oidores, le habló y persuadió que lo aceptase, y así lo hizo el General. La culpa que entonces se le halló más fueron sospechas que certidumbre de delito. Y lo que los mismos soldados decían era que les daba esperanzas ya ciertas, ya dudosas, de que viéndose en los Charcas haría lo que le pidiesen, y que se fuesen hacia allá, que él los acomodaría como mejor pudiese. Los soldados, deseosos de cualquiera rebelión, aunque las palabras eran confusas las tomaban y declaraban conforme al gusto y deseo dellos. Mas la intención del General, si era de rebelarse o no, no se declaró por entonces, aunque no faltaron indicios que descubrían antes la mala voluntad que la buena. Los soldados que había en la Ciudad de los Reyes se fueron a los Charcas, todos los que pudieron, y escribieron a sus amigos a diversas partes del Reino, para que se fuesen donde ellos iban.

Con estas nuevas acudieron muchos soldados a los Charcas, y entre ellos fue un caballero que se decía Don Sebastián de Castilla, hijo del Conde de la Gomera y hermano de Don Baltasar de Castilla, de quien la historia ha hecho larga mención. Salió del

Cozco este caballero con otros seis soldados famosos y nobles, porque Vasco Godínez, que era el mayor solicitador de la rebelión que deseaban hacer, le escribió una carta en cifra dándole brevemente cuenta de lo que trazaban hacer y cómo Pedro de Hinojosa había prometido de ser el General dellos. Don Sebastián y sus compañeros salieron de noche del Cozco sin decir a dónde iban, porque el Corregidor no enviase gente en pos dellos. Fueron desmintiendo las espías y torciendo los caminos, sendas y veredas por pueblos, desiertos y despoblados, hasta llegar a Potocsi, donde fueron muy bien recibidos. Y aunque el Corregidor del Cozco, sabiendo que se habían ido, envió gente tras ellos y avisos a los pueblos de españoles para que los prendiesen doquiera que los hallasen, no le aprovecharon nada, porque los soldados que iban con Don Sebastián eran prácticos en paz y en guerra. Y Don Sebastián era más para galán de una corte real que para General de una tiranía como la que hicieron, y así feneció presto el pobre caballero, más por la traición de los mismos que le levantaron y porque no quiso hacer las crueldades y muertes que le pedían, que no por sus maldades, que no las tuvo, como la historia lo dirá presto.

En estas revoluciones sucedió la muerte del buen Visorey Don Antonio de Mendoza, que fue grandísima pérdida para todo aquel Imperio. Celebraron sus obsequias con mucho sentimiento y con toda la solemnidad que les fue posible. Pusieron su cuerpo en la Iglesia Catedral de Los Reyes, a mano derecha del altar mayor, encajado en un hueco de la misma pared, y a su lado derecho estaba el cuerpo del Marqués Don Francisco Pizarro. No faltaron murmuradores que decían que por ser el Marqués Don Francisco Pizarro ganador de aquel Imperio y fundador de aquella ciudad, fuera razón que pusieran su cuerpo más cerca del altar mayor que el del Visorrey. Los Oidores proveyeron entonces por Corregidor del Cozco a un caballero que se decía Gil Ramírez de Ávalos, criado del Visorrey; y el Mariscal se fue a la Ciudad de la Paz, por otro nombre llamado Pueblo Nuevo, donde tenía su repar-timiento de indios.

CAPITULO XX

Alborotos que hubo en la provincia de los Charcas, y muchos desafíos singulares, y en particular se da cuenta de uno dellos.

En aquellos tiempos andaban los soldados tan belicosos en el Perú, particularmente en los Charcas y en Potosí y sus términos, que cada día había muchas pendencies singulares, no solamente de soldados principales y famosos, sino también de mercaderes y otros tratantes, hasta los que llaman **pulperos**, nombre impuesto a los más pobres vendedores, porque en la tienda de uno dellos hallaron vendiéndose un pulpo. Y fueron estas pendencies tantas y tan continuas, que no podía la justicia resistirlas, y, pareciéndole que sería alguna manera de remedio, mandó echar bando que ninguno se atreviese a meter paz entre los que riñesen, so pena de incurrir en el mismo delito. Mas no aprovechó nada esto ni otras diligencias eclesiásticas que los predicadores hacían y decían en sus sermones, que parece que la Discordia y todos sus ministros maquinaban, trazaban y amenazaban con lo que pocos meses después sucedió en aquella provincia, de motín y guerra al descubierto. Entre los muchos desafíos singulares que entonces hubo, pasaron algunos dignos de memoria que pudiéramos contar, que unos fueron en calzas y camisas, otros en cueros de la cinta arriba, otros con calzones y camisa de tafetán carmesí porque la sangre que saliese de las heridas no los desmayase. Otras invenciones sacaron muy ridículas. En fin, cada desafiado sacaba la invención y armas que mejor le parecían. Reñían con padrinos, que cada uno llevaba el suyo. Salíanse a matar al campo porque en los poblados no los estorbasen.

Uno de los desafíos más famosos que entonces pasaron cuenta el Palentino en el capítulo cuarto de su Libro segundo. Y porque lo dice breve y confuso, lo diremos más largo, como ello pasó, porque conocí a uno dellos, que lo vi en Madrid año de mil quinientos y sesenta y tres, con las señales y buenas ganancias que sacó del desafío, que fue escapar manco de ambos brazos, que apenas podía comer con sus manos. El

desafío fue entre dos soldados famosos: el uno dellos se decía Pedro Núñez, que fue el que yo conocí, aunque el Palentino le llama Diego Núñez, y el otro Baltasar Pérez, ambos hijosdalgo y de mucha presunción. Fue sobre ciertos puntos de satisfacción de honra que dijeron habían faltado o sobrado entre otros dos desafiados que pocos días antes habían combatido, cuyos padrinos habían sido los susodichos. El uno dellos, que fue Baltasar Pérez, eligió por padrino a un caballero natural de Sevilla que se decía Egas de Guzmán, uno de los más famosos que en aquella tierra había, entre los demás valentones de aquel tiempo. Otro, que se decía Hernán Mejía, natural de Sevilla, de quien Egas de Guzmán hablaba mal por la mucha presunción que tenía de su valentía, sabiendo el desafío de los dos nombrados y que Egas de Guzmán era padrino de Baltasar Pérez, alcanzó, por pura importunidad, que Pedro Núñez le llevase por su padrino, por reñir con Egas de Guzmán, que lo deseaba en extremo.

Cuando Egas de Guzmán lo supo, envió a decir a Pedro Núñez que pues los desafiados y él eran caballeros hijosdalgo, no permitiese llevar por su padrino a un hombre tan vil y bajo, hijo de una mulata vendedera que actualmente estaba vendiendo sardinas fritas en la plaza de San Salvador, en Sevilla. Que llevase cualquiera otro padrino, aunque no fuese hijodalgo, como no fuese tan vil como aquél. Pedro Núñez, viendo que Egas de Guzmán tenía razón, procuró con el Mejía que le soltase la palabra que le había dado de llevarlo por su padrino, mas no pudo alcanzar nada del Mejía, porque entre otras cosas le dijo que Egas de Guzmán pretendía que no se hallase en el desafío porque sabía que le hacía mucha ventaja en la destreza de las armas. Cuando Egas de Guzmán supo que no había querido soltar la palabra, envió a decir al Mejía que fuese bien armado al padrinzago, que le hacía saber que él había de llevar vestida una cota y un casco, aunque los ahijados habían de ir en cueros de la pretina arriba.

Como se ha dicho, salieron a reñir los ahijados en cueros, y los padrinos bien armados salieron al campo, lejos de Potocsi. A los primeros lances el Pedro Núñez, que era el hombre de mayores fuerzas que se conocía,

rebatío la espada de su contrario, y cerrando con él lo derribó en el suelo, y, puesto caballero sobre él, le echaba puñados de tierra sobre los ojos y le daba muchas puñadas en el rostro y en los pechos, por no matarle con la daga. En otra parte del campo, lejos de los ahijados, peleaban los padrinos. Pero Hernán Mejía temía de llegarse a Egas de Guzmán porque era de más fuerzas y más corpulencia que no él; mas entrenialo con la destreza de la espada y la ligereza del cuerpo (en que hacía ventaja a Egas de Guzmán), saltando de una parte a otra sin llegar a herirse. Egas de Guzmán, viendo a su ahijado tan mal parado y que no podía haber a las manos a su enemigo porque se le apartaba (no hallando otro remedio), tomó la espada por la guarnición, y de punta se la tiró al Mejía a la cara. El cual, por repararse de la espada, no miró por su contrario. Egas de Guzmán, tan presto como le tiró la espada cerró con él llevando la daga en la mano, y con ella le dio una puñalada en la frente, que le metió más de dos dedos de la daga y se la quebró dentro. El Mejía, desatinado de la herida, huyó por el campo, y fue donde los ahijados estaban como hemos dicho; y sin mirar a quién tiraba el golpe, dio una cuchillada a su propio ahijado y pasó huyendo sin saber adónde.

Egas de Guzmán fue a prisa a socorrer su ahijada, y oyó que Pedro Núñez le decía: "Esta herida que tengo no me la distes vos, sino mi padrino", y con estas palabras le daba muchas puñadas, echándole tierra en los ojos. Egas de Guzmán llegó a ellos, y diciendo: "Pese a tal, señor Pedro Núñez, ¿no os rogaba yo que no trujérades tan ruin padrino?", le tiró una cuchillada. Pedro Núñez reparó con el brazo, donde recibió una mala herida, y lo mismo hizo con el otro a otras muchas que Egas de Guzmán le tiró e herió por todo el cuerpo, de manera que quedó hecho un andrajo tendido en el campo. Egas de Guzmán levantó a su ahijada del suelo, y, habiendo recogido las espadas de todos cuatro, que, como Mejía iba desatinado dejó la suya en el llano, las puso debajo del brazo izquierdo, y, tomando a su ahijado a cuestras, que no estaba para ir por sus pies, lo llevó a una casa, la más cerca del pueblo, que era hospedería, donde recibían enfermos. Allí lo dejó y avisó que quedaba un hombre muerto en

el campo, que fuesen por él para enterrarlo, y él se fue a retraer a una iglesia. A Pedro Núñez llevaron al hospital y lo curaron, y él sanó de sus heridas, aunque quedó tan lisiado como hemos dicho. El Hernán Mejía murió de la herida de la cabeza, porque no pudieron sacarle la punta de la daga que en ella tenía metida.

Otros muchos desafíos hubo en aquella tierra en aquel tiempo, no solamente de los moradores de los pueblos, sino de los caminantes que se topaban por los caminos, que yo conocí algunos dellos cuyas pependencias pudiéramos contar. Pero baste por todas ellas la que se ha referido¹.

CAPITULO XXI

Un desafío singular entre Martín de Robles y Pablo de Meneses. La satisfacción que en él se dio. La ida de Pedro de Hinojosa a los Charcas; los muchos soldados que halló para el levantamiento. Los avisos que al Corregidor Hinojosa dieron del motín. Sus vanas esperanzas, con que entretenía a los soldados.

Otros desafíos y pependencias particulares cuenta el Palentino que pasaron entre Martín de Robles y Pablo de Meneses y otras personas graves, sobre que pudiéramos decir cosas que en aquellos tiempos oí a los que hablaban en ellas; pero lo que decían era más haciendo burla dellas que no porque fuesen de momento. Los soldados, por incitar pasiones y provocar escándalos para conseguir lo que deseaba y pretendían, dieron en levantar testimonios y mentiras en perjuicio y ofensa de hombres particulares y ricos, inventando pependencias acerca de la honra, porque ofendiesen más y se procurase la venganza con más furia y cólera. Y así levantaron que Pablo de Meneses, que entonces era Corregidor de los Charcas, adulteraba con la mujer de Martín de Robles, sobre lo cual escribe el Palen-

1. Cf. J. Durand, El duelo motivo cómico, en "Mar del Sur", Lima, 1949, nº 4.

tino largos capítulos, mas nosotros, por huir prolijidades, diremos la sustancia del hecho.

Es así que habiéndose intimado el delito muy mucho, así por los soldados que acudieron al un bando como por los que acudieron al otro, cuando se esperaba que habían de combatirse concertaron las partes que Pablo de Meneses, dando satisfacción de que era testimonio falso el que le habían levantado, dijo que, para que se viese la mentira clara y notoria, él casaría con una hija de Martín de Robles, niña de siete años, que aún no los había cumplido, y él pasaba de los setenta. Con lo cual quedaron las partes muy conformes y los soldados del un bando y del otro muy burlados y agraviados, y mucho más cuando supieron que Martín de Robles, que era hombre que se preciaba decir dichos y donaires, los decía contra los de su propio bando, sin perdonar al ajeno. Entre otras gracias decía: “¿Qué os parece de estos mis amigos y enemigos, cómo han quedado hechos matachines?”. El Palentino, hablando deste concierto, dice en el Libro segundo de la segunda parte lo que se sigue: “De manera que al cabo de muchas alteraciones y réplicas que passaron de la una parte a la otra, se concluyó en que Pablo de Meneses casasse con Doña María, hija de Martín de Robles, que a la sazón sería de siete años, ofreciéndose el padre de dar a Pablo de Meneses treinta y cuatro mil castellanos con ella, los cuales se obligó de dar luego que Doña María, su hija, cumpliesse doze años. Con lo cual Pablo de Meneses y Martín de Robles quedaron en toda conformidad, y por el consiguiente muy desesperados y tristes infinidad de soldados que a estos bandos habían acudido, por entender que de cualquier vía que sucediera se rebelaría toda la tierra, con que todos figuraban tener remedio gozando del dulce robo de lo ajeno, teniendo ya cada uno en su imaginación que sería señor de un gran repar-timiento”.

Con esto acaba aquel autor cinco capítulos largos que escribe sobre las pendencias que los maldicientes llamaron con una de las cinco palabras. Este matrimonio, por la desigualdad de las edades, duró poco, porque Pablo de Meneses falleció pocos años después sin consumarlo. Y la dama, que aún no había llegado

a los doce años, heredó los indios del marido y trocó la caldera vieja por otra nueva (como lo decían las damas de Don Pedro de Alvarado), porque casó con un mozo de veinte años, deudo del mismo Pablo de Meneses, que parece fue manera de restitución. Este paso adelantamos de su lugar, porque cae aquí más a propósito.

Poco antes del concierto que se ha referido, llegó el general Pedro de Hinojosa a los Charcas con el oficio de Corregidor y justicia mayor de la Ciudad de la Plata y sus provincias, donde halló muchos soldados de los que él imaginaba hallar, porque, con las esperanzas que él les había dado, o ellos se las habían tomado de sus palabras confusas, se habían recogido llamándose unos a otros, por lo cual se vio el General muy confuso y fatigado de no poderlos acomodar con alojamiento ni bastimento como lo habían menester, sobre lo cual tuvo pasión y pesadumbre con Martín de Robles y Pablo de Meneses, porque se les hacía de mal recibir huéspedes. Y el General les dijo que pues ellos habían llamado los soldados para valerse dellos en sus pependencias tan famosas, les proveyesen de lo necesario y no los dejasen morir de hambre, Martín de Robles respondió que muchos habían sido en llamarlos, que la culpa general no se la atribuyese a ellos solos. Habló por el término general, por decir que él los había llamado, porque Martín de Robles, en todos propósitos, se preciaba de hablar maliciosamente, como adelante veremos en algunos dichos suyos.

Así andaban estos personajes, y otros con ellos, echando sus culpas en hombros ajenos, con lo cual andaba la Ciudad de la Plata y sus términos tan alborotados que algunos vecinos se ausentaron della, que unos se fueron a otras ciudades y otros a sus indios, por no ver la libertad y desvergüenza de los soldados, que andaban ya tan al descubierto en los tratos y contratos de su rebelión que muchas veces hablaron al General pidiéndole la palabra que una y más veces les había dado, que viéndose en los Charcas sería caudillo y cabeza de todos ellos. Que pues se había cumplido el término, se efectuase el levantamiento, que ya ellos no podían esperar más. El General los entretenía con nuevas esperanzas, diciéndoles que él esperaba provi-

sión de la Audiencia Real para ser General en cualquiera guerra que se ofreciese, que entonces tendrían mejor color y más autoridad para lo que pensaban hacer.

Con estos disparates y otros semejantes entreteñía los soldados, muy ajeno de hacer lo que ellos esperaban. Que aunque es verdad que en la Ciudad de los Reyes les había hecho promesa con palabras equívocas y confusas, como se ha referido, viéndose al presente señor de docientos mil pesos de renta quería gozarlos en paz, y no perder en segundo levantamiento lo que con tanta facilidad y tan a costa ajena había ganado en el primero. Los soldados, viendo su tibieza, trataron de llevar por otro camino su tiranía. Ordenaron de matar al General, y alzar por cabeza a Don Sebastián de Castilla, porque era el más bienquisto de todos ellos; lo cual se hablaba tan al descubierto que nadie ignoraba, de manera que muchos vecinos y otras personas que deseaban la quietud de la tierra avisaron al Corregidor Pedro de Hinojosa que mirase por sí y echase aquella gente de su jurisdicción antes que le quitasen la vida y destruyesen el Reino. Y en particular le habló el Licenciado Polo de Ondegardo, y entre otras cosas le dijo: "Señor Corregidor, hágame vuesa merced su teniente no más de por un mes, y asegurarle he su vida, que está en mucho peligro, y libraré esta ciudad del temor que tiene del levantamiento que estos señores soldados tratan hacer". Mas el Corregidor estaba tan confiado en su mucha hacienda y en el oficio que tenía y en sus valentías, como si las tuviera, que no hacía caso de cuanto le decían ni de cuanto él veía por sus propios ojos.

CAPITULO XXII

Otros muchos avisos que por diversas vías y modos dieron al General. Sus bravezas y mucha tibieza. El concierto que los soldados hicieron para matarle.

Las diligencias de los soldados pasaron adelante de lo que se ha dicho, que echaron muchas cartas echa-

dizas, unas a Don Sebastián de Castilla y otras a soldados de fama, avisándoles que se recatasen del Corregidor, que los quería matar. Otras echaron al Corregidor, amenazándole que le habían de quitar la vida. Y estas cartas luego se publicaban de unos a otros, para indignarse con las novelas dellas, como largamente y muchas veces repetido lo escribe Diego Fernández Palentino. Y para que concluyamos con estas cautelas y astucias, diremos aquí parte del capítulo once que aquel autor escribe en su Libro segundo, que es lo que se sigue:

“En este mismo tiempo el Licenciado Polo había muchas veces dado aviso destas cosas a Pedro de Hinojosa, insistiéndole que hiziese información y castigo sobre este negocio. Y como vio que nada aprovechaba, sábado cuatro de marzo, después de la misa de Nuestra Señora, habló al guardián de San Francisco para que se lo dixesse y le persuadiesse que en todo caso lo remediase, y le dixesse que en confesión se lo habían manifestado. El cual luego lo hizo. Empero, halló mal aparejo en Pedro de Hinojosa. También este mismo día, después de comer, se lo dixo Martín de Robles delante de algunos vezinos, diziéndole claramente que los soldados le querían matar. Mas como Pedro de Hinojosa estaba dél resabiado y había ya passado las razones dichas sobre echarles huéspedes, le dixo que lo dezía por hazer testigos. El Licenciado Polo, que estaba presente, le dixo con alguna cólera que mirasse por sí, y que si Martín de Robles le diesse información de lo que dezía la tomase luego y lo remediase, y que si así no fuesse que muy bien podía castigar a Robles. Empero, que él estaba cierto que todo el pueblo, hasta las piedras, dirían lo mesmo. Por tanto, que luego comenzasse a hazer información y diligencias sobre caso tan arduo y dificultoso, y, si así no fuesse como le dezían, que a él mismo le cortasse la cabeza. Finalmente, que Pedro de Hinojosa jamás quiso reportarse, mas antes, con una soberbia y jatanciosa insolencia, dixo que todos los soldados no bastarían para le ofender si él para ellos echaba mano. Y luego barajó la plática diziendo que nadie le hablase más en aquel caso. Otro día domingo, después de comer, Pedro de Hinojosa estuvo en buena conversación con Mar-

tín de Robles y Pedro Hernández Paniagua y otras personas, y aquella tarde le fueron a ver Juan de Huarte y otros algunos soldados con cautela, para considerar qué rostro les hacía, para que de su aspecto y semblante juzgassen (como buenos astrólogos) la voluntad que dentro en su pecho tenía, porque cierto le habían hombre llano y de muy poca simulación. Los cuales, habiendo con él estado y platicado, entendieron de su conversación que los había recibido alegremente y muy regozijado. Y tratándose de los soldados que allí había, dixo, que se holgaba de ver tan buenos y valientes soldados como tenía en su jurisdicción, afirmando que estaba en la villa toda la flor del Perú. De lo cual no recibieron poco contento, y con esto se despidieron de Pedro de Hinojosa, llevando aquellas nuevas a Don Sebastián y a los demás confederados; y luego dieron orden de acortar los envites en aquel juego, conjurándose todos para juntarse aquella noche y salir por la mañana a dar principio a la tiranía, abortando la preñez que tanta pesadumbre les daba”.

Con esto acaba el Palentino el capítulo alegado. Los soldados, no pudiendo ya sufrir tanta dilación en lo que tanto deseaban, acordaron de común consentimiento matar al General y alzarse con la tierra. Los principales en esta consulta fueron Don Sebastián de Castilla, Egas de Guzmán, Vasco Godínez, Baltasar Velázquez, el Licenciado Gómez Hernández y otros soldados principales, que los más y mejores dellos estaban entonces en la Ciudad de la Plata, que, como se ha dicho, se convocaron unos a otros para este efecto. Egas de Guzmán había venido a la Ciudad de la Plata a esta consulta, con achaque de pedir al General permitiese que él se librase por la corona de la muerte de Hernán de Mejía; y el bueno del General, tan descuidado de lo que a su vida y salud convenía, lo tuvo por bien, y le dio cartas de favor para la justicia seglar y eclesiástica de Potocsi, porque Egas dijo que allí le convenía librarse. Con las cartas de favor enviaron los soldados (ya determinados a rebelarse) aviso a Egas de Guzmán al asiento de Potocsi para que se alzase con los compañeros que allí tenía, luego que supiese la muerte del General.

Hechas las prevenciones que les pareció convenirles, se juntaron en la posada de uno dellos, llamado Hernando Guillada, donde trataron que la ejecución de aquel hecho fuese al amanecer del día siguiente. Y así eligió Don Sebastián de Castilla siete compañeros que fuesen con él a matar al General. Acordaron entre todos no ir muchos juntos, porque no sospechasen el hecho y cerrasen las puertas del General y tocasen arma y se estorbase la maldad. Quedó en la posada Garcí Tello de Guzmán con otros catorce o quince compañeros famosos, para ir divididos por otras calles a la casa del General, para socorrer a Don Sebastián si lo hubiese menester. En casa de Hernando Pizarro, que por no tener dueño, estaba desierta y desamparada, se encerraron otros nueve o diez soldados, tomando por caudillo a uno dellos que se decía Gómez Mogollón, para el mismo efecto. En esto gastaron toda la noche. Venida el alba, pusieron espías por las encrucijadas, a escuchar si había algún rumor en la ciudad o en la casa del General, y que, viéndola abierta, avisasen luego para acometerla y matar al General en la cama antes que se levantase.

CAPITULO XXIII

Don Sebastián de Castilla y sus compañeros matan al Corregidor Pedro de Hinojosa y a su teniente Alonso de Castro. Los vecinos de la ciudad unos huyen y otros quedan presos. Los oficios que los rebelados proveyeron.

Teniendo aviso por sus espías de que la casa del General estaba abierta, salió Don Sebastián de donde estaba con sus siete compañeros, y, aunque todos eran escogidos, iban tan amedrentados que unos se mostraban desmayados y otros esforzados, según que lo escribe Diego Fernández, como si hubieran de acometer algún escuadrón formado. E iban a matar un caballero que vivía tan descuidado de sí mismo como ellos lo sabían. En fin entraron en su casa, y el primero con quien toparon fue con Alonso de Castro, teniente de Corregidor. El cual, viéndolos alborotados, presumien-

do amedrentarlos con el oficio, les dijo: “¿Qué alboroto es éste, caballeros? ¡Viva el Rey!”. Don Sebastián, echando mano al espada, dijo: “Ya no es tiempo deso”. El teniente, viendo la espada desnuda, volvió las espaldas huyendo, y uno de los soldados, llamado Anselmo de Ervias, corrió tras él, y, alcanzándole, le dio una estocada que lo pasó de una parte a otra y lo cosió con la pared, de manera que la punta de la espada se le dobló algún tanto, de tal suerte que, cuando le tiró otras dos o tres estocadas, no podía entrar la espada. Y decía el Ervias: “¡Oh perro traidor, qué duro tienes el pellejo!”. Y con otros que le ayudaron le acabaron de matar. Luego fueron al aposento del General Pedro de Hinojosa, y, no le hallando en él ni en los demás aposentos de la casa, se turbaron malamente los traidores, entendiéndolo o sospechando que se les había huído.

Dos dellos se asomaron a las ventanas de la calle dando voces: “¡Muerto es el tirano, muerto es el tirano!”, sin haberlo hallado. Dijéronlo por llamar a los suyos que los socorriesen antes que viniese gente de la ciudad a librar al General. Los que quedaron en el patio dieron en buscarle por toda la casa, hasta los corrales, y en uno dellos (que había ido a la necesidad natural) le halló un soldado, y le dijo: “Salga vuestra merced, que están aquí fuera el señor Don Sebastián de Castilla y otros caballeros que vienen a hablarle y besarle las manos”. Díjolo como haciendo burla y mofa dél.

El General salió con una ropa de levantar que llevaba puesta, y a la salida del patio uno de los soldados, que se decía Gonzalo de Mata, se le puso delante, y, como lo dice el Palentino, capítulo doce, por estas palabras, le dijo “Señor, estos caballeros quieren a vuestra merced por señor y por General y por padre”.

“El General alzando la voz, les dixo sonriéndose: « ¿A mí? Heme aquí, señores; vean vuestras mercedes lo que mandan ». A lo cual replicó Garci Tello de Vega: « ¡Oh pese a tal, que ya no es tiempo, que buen General tenemos con Don Sebastián! ». Y diciendo estas por el cuerpo poco menos de hasta la cruz, de que luego cayó en el suelo. Y queriendo forcejar para levantarse, le acudieron Antonio de Sepúlveda y Anselmo

de Hervias, y le dieron otras dos estocadas que le volvieron a derribar. Y comenzó a dar voces: « ¡Confesión, caballeros! ». Y así lo dexaron por muerto. En esto baxaba Don Garci Tello, y, como le dixeron que el General era muerto, dixo que volviessen a mirarlo bien, no se hubiessen engañado, pues veían lo que iba en ello. Por lo cual Anselmo de Hervias tornó donde estaba el General tendido en el suelo, y allí le dio una grandísima cuchillada por la cara, de que luego acabó de espirar, y salieron a la plaza dando voces diciendo: « ¡Viva el Rey, que muerto es el tirano! » (que es en el Perú común apellido de traidores), y en un punto robaron y saquearon toda la casa, que en toda ella no quedó cosa alguna”, etc.

Hasta aquí es de Diego Fernández, y la cuchillada grandísima que dice que le dio por la cara Hervias no fue con la espada, sino con una barra de plata que sacó de uno de aquellos aposentos, donde halló un rimerro dellas como ladrillos de un tejar. Y al darle con ella le dijo “Hártate de tu riqueza, pues por tener tanto no quisiste cumplir lo que nos habías prometido, de ser nuestra cabeza y caudillo”.

Muerto el General, salieron dando voces, diciendo: “¡Viva el Rey, viva el Rey, que ya es muerto el avaro traidor, quebrantador de su palabra!”. A este punto salió Garci Tello de Guzmán con sus quince compañeros, y, dividiéndose en dos partes, fueron los unos a matar a Pablo de Meneses y los otros a Martín de Robles, de los cuales estaban muy quejosos todos aquellos soldados, por la mucha mofa y burla que dellos hacían, habiéndolos ellos juntado para valerse dellos en sus pendencias pasadas, como ya lo ha dicho la historia.

Martín de Robles fue avisado por un indio criado suyo de lo que pasaba, y, no pudiendo hacer otra cosa, saltó en camisa por los corrales de su casa y se escapó de la muerte que deseaban darle. Pablo de Meneses había salido aquella misma noche de la ciudad enfadado y temeroso de la desvergüenza que los soldados por horas mostraban en su tiranía, e ídose a una heredad que cerca della tenía, donde fue luego avisado de los suyos, y huyó a toda diligencia donde no pudo ser habido.

Los soldados, no hallándolos en sus casas, robaron cuanto hallaron en ellas, y salieron a la plaza a juntarse con Don Sebastián. Acudieron a casa de otros vecinos, que con todos ellos tenían odio y enemistad. Prendieron a Pedro Hernández Paniagua, aquel caballero que fue mensajero del Presidente Gasca, que llevó las cartas a Gonzalo Pizarro. El cual, por aquel viaje, quedó con un buen repartimiento de indios en la Villa de la Plata. Prendieron asimismo a Juan Ortiz de Zárate y a Antonio Álvarez y otros vecinos que pudieron haber. Los cuales, aunque sentían cuán alborotados andaban los soldados, vivían tan descuidados que fueron presos.

El Licenciado Polo se escapó en un buen caballo, porque fue avisado por un indio suyo, criado de su casa, que llaman **yanacuna**. Los demás soldados que había derramados por la ciudad acudieron luego todos a la plaza. Uno dellos, llamado Tello de Vega, y por sobrenombre el Bobo sacó una bandera de indios y la campeó en la plaza, como lo dice el Palentino por estas palabras, capítulo catorce: “Y dióse bando con atambores para que, so pena de la vida, todos los estantes y habitantes acudiesen a la plaza a ponerse en escuadrón y debaxo de bandera. Luego vino Rodrigo de Orellana, dexando la vara en su casa, aunque era Alcalde ordinario. Acudieron asimismo Juan Ramón y el Licenciado Gómez Hernández. Hízose lista de la gente, entrando por una puerta de la iglesia y saliendo por la otra, en que hubo ciento y cincuenta y dos hombres. Nombrose Don Sebastián Capitán general y justicia mayor, y de ahí a dos días hizo que los presos le eligiesen por Cabildo, nombrando por su teniente al Licenciado Gómez Hernández. Dio cargo de sargento mayor a Juan de Huarte. Hizo capitanes a Hernando Guillada y a Garci Tello de Vega; capitán de artillería a Pedro del Castillo; veedor y proveedor general a Alvar Pérez, y alguacil mayor a Diego Pérez de la Entrada, y menor a Bartolomé de Santa Ana”.

Hasta aquí es del Palentino, sacado a la letra. Rodrigo de Orellana era vecino de aquella ciudad; salió al bando de los tiranos más de miedo que por ser con ellos. Lo mismo hicieron otros vecinos y muchos soldados famosos, que eran muy servidores de Su Majes-

tad, pero todos lo hicieron por no poder más, porque era mayor el número de los rebelados y estaban apercebidos de todas armas para matar a los que les contradijesen.

CAPITULO XXIV

Previsiones y provisiones que Don Sebastián hizo y proveyó para que Egas de Guzmán se alzase en Potocsi, y los sucesos extraños que en aquella villa pasaron.

Asimismo nombró Don Sebastián uno de los soldados, que era su amigo más íntimo, llamado Diego Méndez, por capitán de su guarda. Y para esta compañía nombraron luego otros trece soldados, de los más valientes y más amigos de Don Sebastián, porque la guarda de su persona fuese más segura. Mas cuando el pobre caballero la hubo menester no halló ninguna.

Envió luego otro soldado, llamado García de Bazán, con una cuadrilla dellos al repartimiento de Pedro de Hinojosa, para que recogiesen los esclavos y caballos y cualquier otra hacienda que el pobre difunto tuviese, y que trajese en su compañía los soldados que por toda aquella comarca hubiese, que muchos dellos vivían entre los indios por no tener caudal con que vestirse, por valer muy cara la ropa de España, y entre los indios se pasaban como podían. Mandóles Don Sebastián que trajesen preso a Diego de Almendras, que estaba en el dicho repartimiento. Despachó otros soldados en alcance del Licenciado Polo, mas ninguna destas cuadrillas hizo nada de lo que se les mandó, porque el Licenciado Polo, pasando por donde estaba Diego de Almendras, le dio aviso de la muerte del General Hinojosa. Diego de Almendras recogió los esclavos que pudo de los muchos que Hinojosa tenía, y con siete caballos, que también eran suyos, se fue con el Licenciado Polo, alejándose de los soldados rebelados por no caer en poder dellos. Asimismo envió Don Sebastián dos soldados al asiento

de Potocsi, a que diesen aviso a Egas de Guzmán de lo sucedido, para que él se alzase en aquella villa.

Todas estas provisiones, y las del capítulo pasado y otras que se dirán adelante, hizo Don Sebastián el mismo día de la muerte de Pedro de Hinojosa, dándose prisa a que la suya llegase más aína. Hicieron tan buena diligencia los mensajeros que fueron a Potocsi, que, con haber diez y ocho leguas de camino áspero y un buen río que pasar, llegaron el día siguiente al amanecer a aquella villa. Egas de Guzmán, en sabiendo la nueva, llamó otros soldados que tenía apercebidos para el hecho, y con los mismos mensajeros que llevaron la nueva, sin tomar otras armas más que sus espadas y dagas y cubiertas sus capas, se fueron a las casas de Gómez de Solís y de Martín de Almendras, hermano de Diego de Almendras, y los prendieron con toda facilidad y los llevaron a las casas del Cabildo, donde les echaron grillos y cadenas y los metieron en un aposento, con guardas que mirasen por ellos. A la fama de este buen hecho acudieron otros soldados, y se juntaron con Egas de Guzmán y fueron a la fundición de Su Majestad; prendieron su tesorero, Francisco de Isásiga, y al contador Hernando de Alvarado; rompieron las cajas del tesoro real y lo robaron todo, que era una cantidad de plata de más de millón y medio. Echaron bando que, so pena de la vida, todos se juntasen a hacer escuadrón en la plaza. Eligió Egas de Guzmán por Alcalde mayor a un soldado llamado Antonio de Luján; el cual, por tomar posesión del oficio, mató luego al contador Hernando de Alvarado, haciéndole cargo, como lo dice el Palentino, que había sido confederado con el General Pedro de Hinojosa para alzarse con el Reino, y con tal pregón le mataron. Despachó con diligencia Egas de Guzmán a otros seis o siete soldados al asiento que llaman Porcu, a recoger la gente, armas y caballos que en él y en su comarca hallasen.

En aquella coyuntura estaba un caballero del hábito de San Juan en sus indios, que tenía un buen repartimiento dellos. El cual, sabiendo la muerte de Hinojosa, escribió a Don Sebastián una carta con él, para bien de su buen hecho, pidiéndole que enviase veinte arcabuceros para que le prendiesen, y que él se iría

con ellos a prender a Gómez de Alvarado y a Lorenzo de Aldana, que estaba cerca de allí, y que no fuesen los soldados por el camino ordinario, sino por sendas y atajos, porque no fuesen sentidos y sospechasen a lo que iban. Todo esto pagó después el buen Comendador, como adelante diremos.

Otro día después de la muerte del General Hinojosa llegaron a aquella ciudad Baltasar Velázquez y Vasco Godínez, que fue el todo de aquel motín, el que más lo procuró y lo solicitó, como luego veremos; los cuales venían a lo mismo que Don Sebastián hizo, y llegaron a la Villa de la Plata el día siguiente a la muerte de Pedro de Hinojosa, como lo dice el Palentino, capítulo quince, por estas palabras: "Estando ya Don Sebastián aparexándose para salir a recibirlos, asomaron por la plaza de la villa. Don Sebastián se fue alegremente para ellos, y Godínez se le hizo al encuentro, y, apeándose, entrambos se recibieron alegremente y se abrazaron con toda ceremonia de buena confianza. Vasco Godínez dijo a Don Sebastián: « Señor, cinco leguas de aquí supe desta gloria, tanto de mí desseada ». Don Sebastián respondió (la cabeza descubierta) : « Estos caballeros me han nombrado por General y dado este cargo. Yo le acepté hasta que vuesa merced viniese. Mas agora yo lo renuncio y dexo en vuesa merced ». A lo cual replicó Vasco Godínez: « Por cierto el cargo está bien empleado, y yo no lo he trabajado por otra cosa que por ver a vuestra merced en él ». Y habiendo entre ellos pasado estos comedimientos, luego se apartaron los dos y platicaron aparte y en secreto. Después de lo cual mandó Don Sebastián dar pregones, que, so pena de muerte, todos obedeciesen a Vasco Godínez por maestre de campo, y nombró a Baltasar Velázquez por capitán de a caballo. Lo cual hecho, dixo Don Sebastián a Vasco Godínez: « Señor, no fue posible aguardar a vuesa merced porque se nos passaba el tiempo; pero hasta agora ello ha sido todo acertado. De aquí adelante vuestra merced guíe como mejor le pareciere ». Vasco Godínez replicó diciendo, que entonces ni en algún tiempo no se podía errar por tal consejo, y que esperaba en Dios que los passos que aquel negocio le costaban habían de ser para descanso de todos. Y luego dixo

a todos en general que bien parecía que había estado él ausente, pues no habían ido a matar al Mariscal Alonso de Alvarado, y que si la nueva le tomara más atrás, él y sus compañeros volvieran a ello. Y tratando sobre este negocio, mandó Don Sebastián llamar a consulta, para lo cual se juntaron Vasco Godínez, Baltasar Velásquez y Juan Ramón, el Licenciado Gómez Hernández, Hernando Guillada, Diego de Ávalos, Pedro del Castillo y Don Garci Tello, con otros algunos, y Vasco Godínez se ofreció de tomar la mano para ser caudillo en aquella jornada. Empero, Don Sebastián dixo que lo había ya prometido a Juan Ramón, y así salió acordado que se hiziesse lista de veinte y cinco soldados, y que fuessen caudillos Juan Ramón y Don García, y tomassen la Ciudad de la Paz. Vasco Godínez dixo que había poco que hazer escribiendo para tal efecto a Juan de Vargas y a Martín de Olmos, y se ofreció de escrebirles, y así lo hizo". Hasta aquí es de Diego Fernández.

CAPITULO XXV

Don Sebastián y sus ministros envían capitanes y, soldados a matar al Mariscal. Juan Ramón, que era caudillo dellos, desarma a Don García y a los de su bando; con la nueva de lo cual matan a Don Sebastián los mismos que le alzaron

Prosiguiendo el mismo autor en su historia, capítulo quince, dice lo que se sigue: "Luego hizieron lista de los que habían de ir, y los apercebieron para otro día, miércoles dándoles armas y cabalgaduras para hazer la jornada. Y así salieron, miércoles antes de mediodía, Juan Ramón, Don Garci Tello, Gómez Mogollón, Gonzalo de Mata, Francisco de Añasco, Almansa (Hernando de Soria), Pedro de Castro, Mateo de Castañeda, Campofrío de Carvajal, Juan Nieto, Pedro Franco de Solís, Baltasar de Escobedo, Diego Maldonado, Pedro de Murgía, Rodrigo de Arévalo, Antonio Altamirano, Lucena, Hermosilla; los cuales como fueron partidos de la Villa, luego Vasco Godínez dio

dello aviso a Egas de Guzmán, para que del asiento enviase socorro de gente a Juan Ramón y a Don García, y la carta que le escribió es ésta: "Hermano mío de mis entrañas: A Don García, nuestro hermano, y Juan Ramón, despachó el señor General al Pueblo Nuevo a prender al bueno del Mariscal. El cual preso y muerto, no tenemos defensa ni contraste para seguir nuestra vitoria. Van veinte y cinco caballeros, tales que osaría yo acometer con ellos a todo el género humano, y assi tengo por cierto no habrá contraste alguno. Por esso, hermano mío, aderezaos, y recoged las armas, porque el señor General me dize (y a mí me parece muy bien) que salga gente de esse assiento bien aderezada en favor de nuestros amigos. Acá nos ha parecido, y a todos, que vuesa merced ha usado de gran misericordia en dar la vida a Gómez de Solís; y misericordia, mas no tanta".

"Recebida esta carta por Egas de Guzmán, luego mandó apercebir cincuenta y cinco hombres para que fuesen en favor de Juan Ramón, y por capitán Gabriel de Pernia, y alférez Alonso de Arriaza, a los cuales mandó que fuesen hasta el Pueblo Nuevo en seguimiento de Juan Ramón. Luego se aprestaron y salieron del assiento con bandera tendida, y entre ellos iban Ordoño de Valencia, Diego de Tapia el Tuerto, Francisco de Chaves, mulato, Juan de Cepeda, Francisco Pacheco, Pedro Hernández de la Entrada, Alonso Marquina, Pedro de Benavides, Juan Márquez, Luis de Estrada, Melchor Pacho, Antonio de Ávila y otros, en que iban cincuenta y cinco soldados".

Hasta aquí es de Diego Fernández. Los soldados que trazaron y trataron esta rebelión que Don Sebastián de Castilla hizo, luego que la vieron efectuada trataron de matar y consumir al caudillo principal que ellos mismos levantaron, porque en aquel Imperio, dende las guerras de Gonzalo Pizarro, siempre se usó levantar un tirano y procurar de negarle luego, y matarle y alegarlo por servicio muy grande, para pedir mercedes de repartimiento grandes. Juan Ramón, que fue elegido caudillo con Don García para que fuesen a la Ciudad de la Paz a matar al Mariscal Alonso de Alvarado, como está dicho, antes que saliese de la Ciudad de la Plata trató con algunos ami-

gos suyos que sería bien negar a Don García y a Don Sebastián y pasarse al servicio de Su Majestad. Y como todos ellos tenían la intención que hemos dicho, acudieron con facilidad a lo que Juan Ramón les propuso, y así salieron con esta buena intención. Por el camino tuvo aviso Dan García de lo que Juan Ramón trataba, porque ellos mismos se vendían unos a otros; mas no trató del remedio ni hizo caso dello, porque, como mozo de poca experiencia y de menos milicia, haciendo vanas consideraciones, más en su daño que en su provecho, siguió su camino sin dar aviso a sus amigos para que siquiera fueran recatados.

Al segundo día de su camino tuvo noticia Juan Ramón que Don García la tenía de sus pensamientos y buen propósito, porque todos ellos hacían oficio de espías dobles, comunicando lo que se trataba aquí y allí y acullá, por lo cual Juan Ramón determinó abreviar su hecho, y, apercibiendo los suyos, desarmó y quitó las cabalgaduras a cinco soldados principales de los de Don García que se habían quedado atrás, y luego fueron en pos de Don García, que se había adelantado; y dél y de los suyos, que eran otros cuatro que estaban con él, hizo Juan Ramón lo mismo, que les quitó las armas enastadas y los arcabuces y las cabalgaduras, y, por no afrentarlos tanto, les dejó las espadas ceñidas. Don García, arrepentido de no haber hecho con Juan Ramón lo que Juan Ramón hizo con él, se ofreció de ir en su compañía a servir a Su Majestad, mas su contrario no lo aceptó por no partir con él los méritos de aquel servicio.

Don García y los suyos, viéndose cuáles quedaban, acordaron volverse donde quedaba Don Sebastián de Castilla, y del camino le enviaron aviso de lo que pasaba, con un soldado llamado Rodrigo de Arévalo. El cual llegó a la ciudad, como lo dice el Palentino, a las nueve de la noche, once de marzo; y como los de la ciudad estaban siempre en la plaza en escuadrón formado, viendo entrar al Arévalo a pie y con semblante de perdidoso y afrentado, cual se puede imaginar que lo llevaría, se alborotaron todos los que le vieron; y Don Sebastián, sabida la nueva hizo lo mismo. Llamó a consulta los que él tenía por más amigos, que eran Vasco Godínez y Baltasar Velázquez

y Tello de Vega; pidioles parecer sobre el caso. Estuvieron diversos, que no se resumieron en cosa alguna. Entonces Vasco Godínez, que fue el más diligente en levantar aquella tiranía y traición, como él mismo lo dijo atrás, apartó a Don Sebastián de los otros, y a solas le dijo: "Señor, conviene que vuesa merced mande, para asegurar su partido, matar luego dieciocho o veinte hombres, soldados famosos, que están en ese escuadrón de la plaza, que son notorios servidores del Rey; que quitados éstos de entre nosotros, todos los demás son amigos nuestros y podemos fiarnos dellos y pasar adelante con nuestra pretensión y salir con ella". Don Sebastián¹, que como hemos dicho era nobilísimo de condición, y de diferente ánimo que el de Vasco Godínez, habiéndole oído le dijo: "Señor ¿qué me han hecho esos caballeros para que yo los mate y haga una crueldad tan grande y extraña? Si eso es forzoso que yo los mate, más querría que me matasen a mí".

Apenas lo hubo oído Vasco Godínez, cuando trocó el ánimo, y en aquel punto determinó matar a Don Sebastián, pues él no quería matar a los que le daba por enemigos, y le dijo: "Espéreme aquí vuesa merced, que luego vuelvo". Diciendo esto salió de la plaza, donde estaba el escuadrón, y uno a uno buscó los que él había nombrado para que los matasen, y hallándolos divididos (por no poderles hablar, por la mucha gente que había) les tomaba una mano y se la apretaba dos, tres veces, muy recio, que era señal de apercibirles para que fuesen en su favor en la traición que pensaba hacer luego. Hecho esto volvió a la casa, y topándose con el Licenciado Gómez Hernández le dijo en breves palabras lo que pensaba hacer, y que a todos les convenía y que Su Majestad pagaría aquel servicio como era razón, por ser tan calificado. Que llamase los amigos que conocía, para que les favoreciesen en su hazaña. Gómez Hernández, saliendo a la plaza, llamó algunos por sus nombres; mas como todos estaban temerosos de malos sucesos, no osó nadie acudir al llamado.

1. Indulgente con los rebeldes. ahora el Inca atribuye a Vasco Godínez ser el verdadero culpable.

Gómez Hernández se volvió adentro, y se fue con Vasco Godínez donde estaba Don Sebastián, y ambos se abrazaron con él y le dieron muchas puñaladas, que, aunque tenía una cota vestida, le maltrataron con ellas. Baltasar Velázquez, que al principio de este buen hecho estaba cerca de Don Sebastián, cuando vio que lo maltrataban dio un grito, retirándose dellos; pero reconociendo que le mataban, fue a les ayudar por alcanzar parte de aquella victoria, y le dio de puñaladas. Y otro acudió con una partesana, y tiró muchos golpes, no respetando a los amigos que estaban en el hecho y así llevaron algunos dellos su parte, como lo dice el Palentino, capítulo diez y seis. "Don Sebastián salió de entre ellos con muchas heridas, y se entró en un aposento oscuro; y si como acertó a entrar en aquel aposento acertara a salir por la puerta de la calle a la plaza donde estaba el escuadrón armado, hubiera más sangre y mortandad. Baltasar Velázquez y otros cuatro o cinco entraron donde estaba Don Sebastián; y porque estaban a oscuras, no osaron buscarle con las armas, por no herirse unos a otros. Empero, Velázquez les dixo que saliese a la plaza y certificassen que ya era muerto, porque sus amigos no entrassen a socorrerle, y dixo que él se quedaría para acabarle de matar. Y así hizieron él y ellos sus oficios, que Baltasar Velázquez, hallando a Don Sebastián, le dio muchas puñaladas por la cabeza y por el pescuezo. El pobre caballero pedía confisión, dando gritos y voces, hasta que perdió la habla, y así lo dexó Baltasar Velázquez y salió a buscar quien le ayudasse a sacarlo al escuadrón. Llamó a Diego de Ávalos y al Licenciado Hernández; y cuando llegaron donde habían dexado a Don Sebastián, hallaron que a gatas había salido hasta la puerta del aposento, donde "estaba tendido y boquendo y allí le dieron muchas más heridas, hasta que vieron que acabó de espirar, que serían las diez de la noche. Y quedó Vasco Godínez de la revuelta herido en la mano derecha. Luego sacaron a Don Sebastián así muerto al escuadrón, apellidando: "¡Viva el Rey, que el tirano es muerto!". Y Vasco Godínez salió también dando voces: "¡Viva el Rey, que el tirano es muerto, y yo lo maté!". Aunque es cierto (a mi juicio) que no erraría quien juzgasse a los matadores por tanto y

más tiranos que al muerto, porque tanto y más que no él lo habían sido, y después siendo ministros de justicia, se mostraron mayores", etc. Hasta aquí es de Diego Fernández, del capítulo alegado.

CAPITULO XXVI

**Las elecciones de los oficios militares y civiles que se proveyeron, y Vasco Godínez por General de todos.
La muerte de Don García y de otros muchos sin tomarles confesión.**

Como se ha dicho, mataron al pobre caballero Don Sebastián de Castilla los mismos que le persuadieron y forzaron a que matase al Corregidor; y ahora se hacen jueces de los que mataron al General Pedro de Hinojosa, que era el Corregidor, para ganar crédito y méritos en el servicio de Su Majestad, por haber sido traidores una y dos y más veces a su Rey y a sus propios amigos, como lo dirá la sentencia que pocos meses después dieron a Vasco Godínez, que fue el maestro mayor de esta gran maldad. Es de saber que de la muerte del General Pedro de Hinojosa a la muerte del General Don Sebastián de Castilla (según el Palentino) no pasaron más de cinco días, que la de Hinojosa dice que fue a seis de marzo y la de Don Sebastián a once del mismo del año de mil y quinientos y cincuenta y tres. Vasco Godínez y los demás sus compañeros, habiendo muerto a Don Sebastián, sacaron de la prisión y cadenas en que tenían a Juan Ortiz de Zárate y a Pedro Hernández Paniagua, y les dieron libertad, encareciéndoles mucho que lo que habían hecho había sido tanto por librarles a ellos y a toda aquella ciudad de la muerte y destrucción que los tiranos habían de hacer en ella y en ellos, como por el servicio de Su Majestad. Y en particular les dijo Vasco Godínez estas palabras (como lo refiere el Palentino, capítulo diez y siete): "Señores, por amor de Dios, que, pues yo no tengo mano, vuesas mercedes estén en este escuadrón y animen los que en él están, y les exorten sirvan a Su Majestad". Empero, como Juan de Ortiz de Zárate viesse que todos los delincuentes y matadores del Ge-

neral estaban en el escuadrón, y por capitán uno de los principales agresores, que era Hernando Guillada, de temor no le matassen ,(y por le parecer también que así convenía) dijo públicamente a voces que todos tuviessen por capitán a Hernando Guillada”.

Hasta aquí es del Palentino. Aquellas palabras que Juan Ortiz de Zárate dijo se tuvieron por muy acertadas, porque los aseguraban de los enemigos. Vasco Godínez se entró a curar de la herida de su mano, la cual encarecía más que la muerte de Don Sebastián. Despachó aquella misma noche seis arcabuceros para que atajasen el camino de Potocsi, porque no pasase la nueva de lo sucedido a Egas de Guzmán. Mandó prender tres soldados de sus más amigos, y que luego les diesen garrote antes que amaneciese, porque eran sabedores de sus traiciones, trampas y marañas. Y en amaneciendo envió a llamar a Juan de Ortiz de Zárate y a Pedro Hernández Paniagua y a Antonio Álvarez y a Martín Monge, que eran vecinos de aquella ciudad y no había otros entonces, y con mucho encarecimiento les dijo el peligro en que se había puesto por matar al tirano y el servicio que había hecho a Su Majestad, y el beneficio en particular a ellos y a toda aquella ciudad en general. Que les pedía, en agradecimiento de todos sus servicios, lo eligiesen por justicia mayor de aquella ciudad y su término, y le nombrasen por capitán general para la guerra, pues Egas de Guzmán estaba fuerte y poderoso y con mucha gente en Potocsi, y le depositasen los indios del General, pues habían quedado vacos.

A lo cual respondieron los vecinos que ellos no eran parte para hacer aquellas elecciones, que temían ser castigados si las hiciesen. Mas Juan Ortiz, viendo que las habían de hacer mal que les pasase, dijo (más de miedo que de agradecimiento) que como el Licenciado Gómez Hernández, que era letrado, diese su parecer en ello, que ellos lo harían de muy buena gana. El letrado dijo que lo podían hacer, y mucho más que el señor Vasco Godínez pidiese, porque sus servicios lo merecían todo. Luego llamaron un escribano, y ante él nombraron por justicia mayor y capitán general a Vasco Godínez, en quien depositaron los indios del General Pedro de Hinojosa, que, como atrás se ha dicho,

rentaban, con las minas, docientos mil pesos en plata. Digno galardón de dos traiciones tan famosas como las que este hombre urdió, tejió y ejecutó, que su intención siempre fue de haber y poseer aquel repartimiento por cualquiera vía y manera que fuese. También negoció el buen letrado que depositasen en él otro gran repartimiento llamado Puna. En este paso dice Diego Fernández lo que se sigue:

“Cierto parece que de su propia mano se quisieron pagar, y vender bien la opinión en que con los soldados estaban y el miedo también que dellos los vezinos tenían, y el temor de que no fuesen más crueles con ellos que Don Sebastián lo había sido”. Hasta aquí es de Diego Fernández. Luego nombraron al Licenciado Gómez Hernández por teniente general del ejército, y a Juan Ortiz de Zárate y a Pedro del Castillo por capitanes de infantería. Hicieron esta elección por dar a entender que no querían tiranizar los oficios militares, sino partir dellos con los vecinos; los cuales los aceptaron más de miedo que por honrarse con ellos. Aregonose que todos obedeciesen a Vasco Godínez por General, y a Baltasar Velázquez por maese de campo. Proveyóse que seis soldados fuesen a prender a Don García y a los demás que con él venían, de la buena jornada que hicieron para matar al Mariscal Alonso de Alvarado. Baltasar Velázquez, por tomar posesión de su oficio de maese de campo, hizo arrastrar y hacer cuartos a dos soldados famosos que venían de Potosí con avisos y despachos de Egas de Guzmán para Don Sebastián de Castilla. Mandó dar garrote a otro soldado que se decía Francisco de Villalobos, y que cortasen las manos a dos soldados que eran de sus más parciales; y por intercesión de los demás soldados, les concedió que no les cortasen más de una mano a cada uno dellos. Todo esto hizo el buen maese de campo dentro de cuatro horas después de su elección.

Otro día siguiente entraron en aquella ciudad Martín de Robles, Pablo de Meneses, Diego de Almendras y Diego Velázquez, que andaban huídos de los soldados por no caer en poder de ellos. Con ellos vinieron otros de menos cuenta. Lo cual sabido por Vasco Godínez, que estaba en la cama haciendo muy del herido, envió a llamar a Juan Ortiz de Zárate, y le pi-

dió que persuadiese a Pablo de Meneses y a Martín de Robles, y a los demás que habían venido, hiciesen Cabildo y aprobasen y confirmasen la elección de justicia mayor y capitán general que en él se había hecho, y el depósito de los indios de Pedro de Hinojosa. Respondieron a la demanda que ellos no tenían autoridad para aprobar nada de aquello, y que, como amigos suyos, le aconsejaban que se desistiese de aquellas pretensiones, porque no pareciese que por pagarse de su mano y no por servir a Su Majestad había muerto a Don Sebastián de Castilla. Con la respuesta se indignó grandemente Vasco Godínez, y a voces dijo que votaba a tal que a los que pretendiesen menoscabar su honra pretendería él consumirles la vida. Mandó que entrasen todos en Cabildo, y que setenta u ochenta soldados estuviesen a la puerta del Ayuntamiento y matasen a cualquiera que contradijese cosa alguna de las que él pedía. Lo cual sabido por Pablo de Meneses y sus consortes, aprobaron, mal que les pesó, las elecciones, y mucho más que les pidieran, porque el Licenciado Gómez Hernández les persuadió y certificó que si no lo hacían los habían de matar a todos.

Vasco Godínez quedó muy contento con verse aprobado por dos Cabildos para su mayor condenación Riba Martín, que fue por cabo de otros cinco arcabuceros para prender a Don García Tello de Guzmán, lo prendió cinco leguas de la ciudad. El cual venía confiado en el favor y amparo que pensaba hallar en Don Sebastián de Castilla y los suyos; pero cuando supo que Vasco Godínez y Baltasar Velázquez y Gómez Hernández, que eran sus más íntimos amigos y los que más habían fabricado en la muerte de Pedro de Hinojosa y en aquella tiranía, le habían muerto, se admiró grandemente y quedó como pasmado, pareciéndole imposible que los que tanto habían hecho con Don Sebastián para matar a Pedro de Hinojosa, matasen a Don Sebastián, siendo cualquiera dellos sin comparación alguna más culpado en aquella traición y tiranía que el mismo Don Sebastián. Y como hombre que sabía largamente las trampas y marañas de todos ellos, dijo a Riba Martín que no dudaba de que le habían de matar arrebatadamente, porque no tuviese lugar ni tiempo de decir lo que sabía de aquellas maldades. Y así fue,

que luego que entró en la ciudad, Vasco Godínez, como lo dice el Palentino, capítulo diez y nueve, “encargó a Baltasar Velázquez lo despachasse de presto, porque no descubriese las marañas de entrambos”. Palabras son de aquel autor, y poco más adelante dice lo que se sigue:

“Apercibiose que luego había de morir; por tanto, que brevemente se confesasse. Habíase entrado con él Juan Ortiz de Zárate, a quien Don García dixo que le suplicaba que si había de morir negociasse que le diessen término por aquel día para recorrer en la memoria sus pecados y pedir a Dios perdón dellos, porque era mozo y había sido muy pecador. Luego Baltasar Velázquez entró dentro, y, sin admitir los ruegos de Juan Ortiz, le hizo salir afuera, y dixo a Don García que antes de una hora había de morir. Por tanto, que brevemente ordenasse su ánima; y estándosse confessando, le dio mucha priesa para que muy presto acabasse, y aun casi no bien acabado de confessar le hizo dar garrote; y se quebró el cordel y, poniéndole otro cordel a la garganta, pareciéndole a Baltasar Velázquez que había mucha dilación, sacó su espada de la cinta y le hizo degollar y cortar la cabeza con ella. Y Juan Ortiz de Zárate hizo amortajar y enterrar su cuerpo. Luego hizieron también justicia de otros algunos, guardando la orden de no tomar confesión ni hacer figura de juicio con quien pudiesse manifestar ser ellos los fundadores e inventores de la tiranía”.

Hasta aquí es de Diego Fernández, capítulo diez y nueve. Y poco antes dél, hablando en el mismo propósito, dice lo que se sigue: “Y era la flor de su juego matar a muchos sin les tomar confesión, porque no descubriessen sus tratos y conciertos; y a los que eran muy culpados en la conjuración pasada, si dellos tenían entera confianza que guardarían secreto de aquella preñez que tanto tiempo habían traído, con estos tales dissimulaban con penas livianas, y con darles de mano y ayudándolos para su viaje. Lo cual hazían torciendo la justicia hazia la parte que sus intereses más los guiaban”.

Hasta aquí es de Diego Fernández, con que acaba el capítulo diez y ocho; y tiene mucha razón aquel autor de decirlo así, y aun mucho más se deben abominar

las crueldades y maldades que aquellos hombres en sus más amigos hicieron, habiéndolas ellos mismos inventado, trazado y ejecutado con la muerte de Pedro de Hinojosa, que más de tres años antes la tenían pensada hacer si él no se hacía caudillo dellos. Que cierto no sé cómo se pueda intimar ni decir bastantemente qué para encubrir sus propias bellaquerías y para matar a los que las sabían, se hiciesen elegir por superiores y ministros mayores en paz y en guerra, para poder castigar y quitar la vida a los que ellos mismos con sus traiciones y maldades habían hechos culpados. Pero no les faltó el castigo del cielo, como adelante veremos.

CAPITULO XXVII

Los sucesos que hubo en Potocsi. Egas de Guzmán arrastrado y hecho cuartos, y otras locuras de soldados; con la muerte de otros muchos de los famosos. El apercebimiento del Cozco contra los tiranos.

Todo lo que se ha referido y mucho más (que no se pueden contar por entero cosas tan extrañas y abominables) pasó en la Ciudad de la Plata. Diremos ahora lo que hubo en Potocsi, donde saquearon el tesoro de Su Majestad, que con ser una suma tan grande que valía más de millón y medio de pesos de plata se convirtió en un poco de aire, porque no se cobró blanca de todo ello, y sucedió, como atrás se dijo, la muerte de Hernando de Alvarado, contador de Su Majestad, que Antonio de Luján, haciéndose justicia mayor de aquella villa y su distrito, lo mató con pregón de que había sido con el General Pedro de Hinojosa para alzarse con el Reino. Ahora es de saber que a este Antonio de Luján le escribió un amigo suyo, que se decía Juan González, una carta en que le avisaba la muerte de Don Sebastián y la prisión de Don García y la ida de Juan Ramón y otros con él a juntarse con el Mariscal Alonso de Alvarado. Envióle la carta con un **yanacuna** (que es indio criado en casa), que son las mejores espías dobles que en aquella tierra ha habido, el cual la llevó metida en una suela del calzado que ellos traen, de manera que pudo pasar por las guardas que por el ca-

mino había. Decíale en la carta que diese luego de puñaladas a Egas de Guzmán, porque la pretensión de todos ellos se había atajado con la muerte de Don Sebastián.

Antonio de Luján, como justicia mayor que se había hecho de aquella villa, mandó tocar arma y formar escuadrón en la plaza, a lo cual acudió Egas de Guzmán y le preguntó que qué era aquello. Antonio de Luján, por hacer experiencia si la carta era cierta o echadiza, y también porque Egas de Guzmán se fiase dél teniéndole por amigo, le mostró en presencia de los que allí estaban la carta que le escribieron. Dudose si la firma era de Juan González o falsa, pero al cabo se tuvo antes por de Juan González que no ajena. Con lo cual Egas de Guzmán se mostró turbado, porque le vieron en su rostro la aflicción de su corazón. Por lo cual los que pretendían mostrarse servidores de Su Majestad trocaron el ánimo para volverse de su bando, que era lo que Antonio de Luján procuraba saber cuando mostró la carta, que era que todos supiesen la muerte de Don Sebastián, para que trocasen las manos y los pensamiento e hiciesen lo que la carta les mandaba, que matasen a Egas de Guzmán. Y así en aquella junta, con mirarse unos a otros, se entendieron sin hablarse palabra; y aunque hubo algunos del bando de Egas de Guzmán (por ser los más en contra), se atrevió Antonio de Luján, y otros con él a echar mano de Egas de Guzmán y prenderle, y soltar a Gómez de Solís y a Martín de Almendras. Y los grillos y prisiones que ellos tenían se los echaron a Egas de Guzmán, y una cota que tenía puesta se la quitó Gómez de Solís y se la puso él. Y dentro de seis horas arrastraron e hicieron cuartos a Egas de Guzmán (que no le valió nada toda su valentía), y a otro con él, que se decía Diego de Vergara.

Esto sucedió en Potocsi, por la carta que escribió Juan González. Los de la Ciudad de la Plata, que los principales eran Vasco Godínez, Baltasar Velázquez y el Licenciado Gómez Hernández, habiéndolo consultado con los demás vecinos y soldados de aquella ciudad, acordaron ir todos ellos en forma de guerra a la villa de Potocsi contra Egas de Guzmán, no sabiendo lo que del pobre caballero se había hecho. Vasco Godínez iba

por General y justicia mayor de aquel ejército, que así le llamaron aunque no iban cien soldados en él, que parece juego de muchachos. Fueron dos capitanes de infantería y otro de la caballería, con teniente que llamaban del campo, y a dos leguas que habían caminado les llegó nueva que Egas de Guzmán era muerto y la Villa reducida al servicio de Su Majestad. Con lo cual acordaron que Vasco Godínez se volviese a la Ciudad de la Plata, y que Baltasar Velázquez y el Licenciado Gómez Hernández, con cincuenta soldados escogidos, fuesen a Potocsi y pasasen adelante en busca de Gabriel de Pernia, que, como se ha dicho, Egas de Guzmán lo había enviado con cincuenta y cinco soldados a la Ciudad de la Paz a matar al Mariscal Alonso de Alvarado. Gabriel de Pernia, habiendo caminado con su gente muchas leguas, supo que Juan Ramón había desarmado a Don García, por lo cual la bandera que llevaba contra el Mariscal la alzó en su servicio, y le avisó con Ordoño de Valencia cómo iba a servirle. Pocas leguas más adelante sus propios soldados prendieron a Gabriel de Pernia y alzaron la bandera por Don Sebastián, y se volvían con ella, dejando a Pernia y a otros tres con él, para que se fuesen donde quisiesen; los cuales fueron a juntarse con el Mariscal, y lo acertaron.

Aquellos soldados de Pernia, caminando sin capitán ni consejo propio ni ajeno, tuvieron nueva que Don Sebastián era muerto, con la cual, como lo escribe el Palentino por estos palabras, capítulo veinte y uno, "volvieron a dezir que aquella bandera alzaban en nombre de Su Majestad. De manera que la bandera hacía el oficio de la veleta, que se muda siempre con el viento que corre más fresco hacía la parte do viene. Y, en fin, podemos dezir que hacía lo que la gente poco leal, que es andar a viva quien vence. Venidos, pues, éstos a encontrarse con Baltasar Velázquez, Alonso de Arriaza, que traía la bandera, con Pedro Xuárez y otros dos soldados, se hizieron adelante con ella, y obra de treinta passos de la bandera de Baltasar Velázquez la abatieron tres vezes y se la entregaron luego. Baltasar Velázquez envió de allí a Riba Martín y a Martín Monje a la Ciudad de la Paz, haziendo saber al Mariscal cómo el asiento y Villa de la Plata estaba todo pacifi-

co y reduzido al servicio de Su Majestad, y él se volvió para el asiento, llevando presos a Alonso de Arriaza, Francisco Arnao, Pedro Xuárez, Alonso de Marquina, Francisco Chaves, mulato, y Juan Pérez. Y llegando legua y media del asiento, mandó hazer cuartos a Francisco de Arnao, y, entrado que fue, hizo arrastrar y hazer cuartos a Alonso de Marquina. Y aquella misma noche entró en el monasterio de la Merced y sacó a Pedro del Corro, que se había metido fraile (por haberse hallado en la muerte del General), y fue ahorcado”.

Hasta aquí es de Diego Fernández. Y por abreviar, que va muy largo, decimos que Baltasar Velázquez entregó los demás presos que llevaba a Vasco Godínez (que se había hecho justicia mayor), para que hiciese dellos lo que quisiese, que era matar todos los que eran sabedores de sus tramas. Y así desterró a muchos a diversas partes, lejos de la Ciudad de la Plata cuatrocientas, quinientas y setecientas leguas. Hizo cuartos a Garci Tello de Vega, que fue capitán de Don Sebastián, y el mismo Vasco Godínez lo había elegido por tal. A otro soldado, llamado Diego Pérez, mandó deszocar de ambos pies y condenarlo a que sirviese en galeras. Muy bien sirviera el pobre galeote sin pies. Parecen desatinos estudiados. Despachó a Baltasar Velázquez y a otro soldado famoso, que se decía Pedro del Castillo, que “viniessen a Lima a encarecer y exagerar el servicio que Vasco Godínez y ellos habían hecho”. Palabras son del Palentino, con que acaba el capítulo alegado.

Esta ausencia que Baltasar Velázquez hizo de los Charcas le escapó de la muerte que Alonso de Alvarado le diera. Pero no le escapó de otra muerte más rigurosa que vino por sentencia del cielo. La nueva del levantamiento de Don Sebastián de Castilla corrió por todo aquel Imperio, con mucho escándalo de todos los vecinos que lo oyeron, porque éstos eran los que lastaban en las guerra que en aquella tierra se ofrecían; que por una parte, como señores de vasallos, gastaban sus haciendas en ellas, y por otra traían sus vidas colgadas de un cabello, que los enemigos hacían todas sus diligencias por matarlos, para heredar los indios. Luego que llegó esta nueva a la ciudad del Coz-

co, se apercibió para resistir al enemigo. Entraron en Cabildo y eligieron a Diego Maldonado, que llamaron el Rico, por General, por ser el regidor más antiguo que había; y a Garcilaso de la Vega y a Juan de Saavedra por capitanes de gente de caballo; y a Juan Julio de Hojeda y a Tomás Vázquez y a Antonio de Quiñones y a otro vecino, cuyo nombre se me ha ido de la memoria, eligieron por capitanes de infantería. Los cuales todos, a toda diligencia, hicieron gente, y Juan Julio de Hojeda fue tan solícito, que dentro de cinco días salió a la plaza acompañado de trecientos soldados muy bien armados y aderezados, que causó admiración la brevedad del tiempo. Pasados otros tres días, que por todos fueron ocho, llegó la nueva de la muerte de Don Sebastián, con que se acabó la guerra por entonces. Lo mismo sucedió en la Ciudad de los Reyes, como lo dice Diego Fernández, capítulo veinte y dos, por estas palabras:

“Tenía relación el Audiencia de estas revoluciones y tormenta que había corrido, porque en fin de marzo había venido la nueva de la muerte del General y la tiranía de Don Sebastián de Castilla; y de allí a seis días, del suceso y rebelión de Egas de Guzmán en el asiento de Potocsi; y dentro de otros cuatro vino la nueva de las muertes de los tiranos, por lo cual se hicieron en Lima grandes fiestas y regozijos”. Hasta aquí es de Diego Fernández. En el capítulo siguiente diremos la provisión que se hizo para el castigo de lo que se ha referido.

CAPITULO XXVIII

La Audiencia Real provee al Mariscal Alonso de Alvarado por juez para el castigo de los tiranos.

Las prevenciones del juez, y otras de los soldados. La prisión de Vasco Godínez y otros soldados y vecinos.

Pasadas las fiestas y regocijos que en la Ciudad de los Reyes se hicieron por la muerte de Don Sebastián de Castilla y destrucción de aquella tiranía, de la cual el mejor librado fue Ordoño de Valencia, que aun-

que se halló en el un bando y en el otro, como muchas veces le nombra en su historia Diego Fernández, su buena fortuna ordenó que llevase las nuevas de la muerte de Don Sebastián, en albricias de las cuales le dieron los Oidores un repartimiento de indios en la Ciudad del Cozco, de cinco o seis mil pesos de renta, donde yo le dejé gozando dellos cuando me vine a España. Otros libraron y adquirieron en contra, para castigo y muerte de los cuales proveyeron los Oidores de aquella Chancillería Real una provisión en que remitieron la comisión del castigo de aquella tiranía al Mariscal Alonso de Alvarado, por conocerle por juez severo y riguroso, como convenía que lo fuese el que hubiese de castigar tantas y tan grandes maldades como se habían hecho en deservicio de Dios Nuestro Señor y del Emperador Carlos Quinto, Rey de España. Mandaron asimismo los Oidores que el Licenciado Juan Fernández, que era fiscal en aquella Chancillería, fuese a los Charcas a hacer su oficio con aquellos delincuentes. Libraron otra provisión en secreto, en que hacían Corregidor y justicia mayor de todas aquellas provincias al dicho Alonso de Alvarado, y Capitán general para que hiciese gente y gastase de la hacienda real lo necesario, si la tiranía no estaba acabada.

Dieron estas provisiones a Alonso de Alvarado en la Ciudad de la Paz, donde luego entendió en el castigo de los rebelados. Envió personas de confianza a diversas partes, a prender los culpados que se habían huído y escondido en los pueblos de los indios. Uno de estos comisarios, que se decían Juan de Henao, los persiguió hasta entrar con balsas en la laguna grande de Titicaca, y los buscó por las isletas y entre las eneas, espadañadas y juncales que en aquella laguna se crían, donde prendió más de veinte dellos, de los más culpados, y los entregó a Pedro Enciso, que era Corregidor en Chucuitu. El cual, habiéndoles tomado sus confesiones, los remitió al Mariscal, enviándoselos muy bien aprisionados y con buena guarda.

Sabiéndose en los Charcas y en Potocsi que el Mariscal iba por juez de comisión de lo pasado en aquellas provincias, muchos soldados que se hallaban culpados aconsejaron a Vasco Godínez (cuyos delitos les parecía que no eran de perdonar) que se recatase y

mirase por sí, y se rehiciese de gente para resistir al Mariscal (como lo dice Diego Fernández) capítulo veinte y dos, por estas palabras) "pues sería parte para poderlo bien hazer, y aun le persuadieron que publicasse que el Mariscal y Lorenzo de Aldana y Gómez de Alvarado se querían alzar y tiranizar la tierra, y que con este color y fingimiento los matasse, que para ello le darían favor bastante, porque desta suerte no le podía después recrecer contraste alguno. Empero Vasco Godínez, confiado en el gran servicio que a Su Majestad había hecho, y aun también porque, entendiendo esto, Juan Ramón dio algunas reprehensiones así a Vasco Godínez como a los autores, no se trató de ponerlo en efecto. Teniendo, pues, el Mariscal alguna noticia destas cosas, acordó guiar el negocio por maña, y fue publicar que juntamente con su comisión habían también venido algunas provisiones para gratificación de algunos que habían servido en la muerte de Don Sebastián y en deshazer la tiranía, y que en una provisión venía la encomienda de los indios de Alonso de Mendoza para Vasco Godínez y Juan Ramón. Publicada esta nueva, despachó a Alonso Velázquez con algunos recaudos para Potocsi, y con mandamiento para prender a Vasco Godínez, y echó fama que llevaba la provisión de la encomienda en que le daban los indios a Vasco Godínez".

Hasta aquí es de Diego Fernández, sacado a la letra del capítulo alegado. Vasco Godínez estaba entonces en la ciudad de la Plata, donde tuvo nueva, por carta de un pariente suyo, que Alonso Velázquez le llevaba la provisión de los indios que los Oidores le habían proveído, que eran los de Alonso de Mendoza, de lo cual Vasco Godínez se mostró muy enfadado y aun ofendido, porque no eran los del General Pedro de Hinojosa que él se había aplicado por sus tiranías y maldades. Y así se quejó a los que estaban presentes cuando le dieron la carta, y, aunque ellos le consolaban diciendo que traía buenos principios para mejorarle adelante, él blasfemaba como un hereje, y lo mismo hacían otros soldados con él, que también pretendían repartimientos de indios de los mejores del Perú, porque cada uno tenía los méritos que él se imaginaba. Poco después que Vasco Godínez tuvo la carta con la nueva

falsa de los indios (que no imaginaban darle), entró Alonso Velázquez en la Ciudad de la Plata, y, acompañado de algunos amigos suyos, fue a la posada de Vasco Godínez, y entre ellos pasaron algunas palabras y razones de buenos comedimentos. A los cuales respondió Vasco Godínez, por una parte muy entonado y por otra muy melancólico y triste porque no le daban todo el Perú por suyo. Alonso Velázquez, porque no pasasen adelante razones tan impertinentes, le dio una carta del Mariscal con otras más negras, porque eran fingidas, para asegurarle. Y estándolas leyendo, se llegó a él Alonso Velázquez, y echándole mano del brazo, le dijo: "Sed preso, señor Godínez". El cual, con mucha turbación, dijo que le mostrase por dónde.

Alonso Velásquez, como lo refiere Diego Fernández, capítulo veintidós, por estas palabras, "le respondió se fuesse con él, que allá lo mostraría a quien era obligado. Vasco Godínez dixo que entrasse en Cabildo con los que allí estaban, y que se viessen los despachos que traía y lo que en tal caso se debía hazer. Entonces, ya con más cólera, le dixo Alonso Velázquez que no curasse de réplicas sino que se fuesse con él. Y le comenzó a llevar con más violencia, camino de la cárcel. Y llevándole assí, mostrando Godínez gran desesperación, se asió de la barba con la mano derecha, alzando los ojos al cielo. Por lo cual algunos lo consolaban diziendo que tuviesse paciencia en aquella prisión, pues sería para que más se aclarase su justicia y el servicio señalado que a Su Majestad había hecho. A lo cual replicó Vasco Godínez dando pesares, y diziendo que ya le llevassen los diablos, pues a tal tiempo lo habían traído. Finalmente Alonso Velázquez le metió en la cárcel y le echó cadena y grillos, y, poniendo buen recaudo en su guarda, escribió luego al Mariscal lo que passaba; el cual se vino a la hora a Potocsi y comenzó a entender en el castigo, prendiendo mucho número de soldados y vezinos, y procedió en la causa contra Martín de Robles, Gómez de Solís y Martín de Almendras y otros, guardando a todos sus términos y admitiéndoles sus descargos y probanzas, principalmente a los vezinos. Los cuales y otros muchos, por justificar tanto sus causas y darles largos términos, ganaron las vidas, más que por disculpas y des-

cargos que diessen, como adelante diremos”.

Hasta aquí es de Diego Fernández, sacado a la letra, con que acaba el capítulo veintidós. En cuyas últimas razones muestra haber recibido la relación de algún apasionado contra los vecinos señores de vasallos del Perú, o que él lo era, porque no habiendo escrito delito alguno contra los que el Mariscal prendió, antes habiendo dicho que los tiranos prendieron a Gómez de Solís y a Martín de Almendras, y que Martín de Robles se escapó huyendo en camisa, dice ahora que por los muchos y largos términos que les dieron ganaron las vidas, más que por disculpas y descargos que diessen. Lo cual cierto parece notoria pasión, como también adelante la muestra en otros pasos que notaremos.

CAPITULO XXIX

El juez castiga muchos tiranos en la Ciudad de la Paz y en el asiento de Potocsi, con muerte, azotes y galeras, y en la Ciudad de la Plata hace lo mismo. La sentencia y muerte de Vasco Godínez.

El Mariscal dio principio al castigo de aquella tiranía en la Ciudad de la Paz, donde él estaba de asiento. Condenó todos los presos que Pedro de Enciso le envió, que sacaron de la laguna grande, y a otros que prendieron en otras partes. A muchos dellos ahorcaron y a otros degollaron y a otros condenaron a azotes y a galeras, de manera que todos quedaron bien pagados. De la Ciudad de la Paz, se fue el Mariscal a Potocsi, donde halló muchos presos, de los valientes y famosos amigos de Egas de Guzmán y de Don Sebastián de Castilla, a los cuales semejantemente dio el mismo castigo que a los pasados, condenando parte dellos a degollar y otra gran parte a ahorcar y los menos fueron azotados y condenados a galeras. Prendió al Comendador Hernán Pérez de Párraga, que era del hábito de San Juan, y en pago de la carta que atrás dijimos que escribió a Don Sebastián pidiéndole que enviase veinte arcabuceros a prenderle, porque no pareciese que él de su grado se le iba a entregar, le quitaron los indios

que tenía en la Ciudad de la Plata y su persona remi-tieron al Gran Maestre de Malta, y se lo enviaron a buen recaudo, con prisiones y guarda.

Hecho el castigo en Potocsi, se fue el Mariscal a la Ciudad de la Plata, donde Vasco Godínez estaba preso, y otros muchos con él, de los más famosos y belicosos soldados que hubo en aquellas provincias; los cuales padecieron las mismas penas y castigo que los de Potocsi y los de la Ciudad de la Paz, que fueron degollados y los más ahorcados, y los menos azotados y condenados a galeras. Condenaban los menos a galeras, porque les parecía que era cosa muy prolija traerlos a España y entregarlos a los ministros de galeras, que hasta entonces no se cumplía el tenor de la sentencia, y los más de los condenados se huían en el camino tan largo, como lo hicieron los que entregaron a Rodrigo Niño, que de ochenta y seis no llegó más de uno a Sevilla. No se pone el número de los castigados, muertos y azotados, porque fueron tantos que no se tuvo cuenta con ellos, a lo menos para que se pudiese escribir, porque fueron muchos. Que dende los últimos de junio de mil y quinientos y cincuenta y tres años, hasta los postreros de noviembre del dicho año que llegó allá la nueva del levantamiento de Francisco Hernández Girón, todos los días feriales salían condenados cuatro y cinco y seis soldados, y luego el día siguiente se ejecutaban las sentencias. Y era así menester para desembarazar las cárceles y asegurar la tierra, que estaba muy escandalizada de tanto alboroto y ruina como aquella tiranía había causado, que nadie se tenía por seguro, aunque los maldicientes lo aplicaban a crueldad y llamaban al juez Nerón, por ver que tan sin duelo se ejecutasen tantas muertes en personas y soldados tan principales, que los más dellos fueron engañados y forzados. Decían que dejando cada día condenados a muerte cinco o seis soldados, se iba el juez dende la cárcel hasta su casa riendo y chufando con su teniente y fiscal, como si los condenados fueran pavos y capones para algún banquete. Otras muchas libertades y desvergüenzas decían contra la justicia, que fuera razón que hubiera otro castigo como el de la tiranía.

Por el mes de octubre del dicho año, como lo dice Diego Fernández, capítulo veintitres, por estas palabras, "mandó arrastrar y hazer cuartos a Vasco Godínez, haziéndole cargo y culpa de muchos y grandes y calificados delitos, los cuales están expresados en la sentencia. Y es cierto que el Mariscal le pesó mucho de no hallar a Baltasar Velázquez (que era ido a Lima), que, si allí estuviera, sin falta hiziera de él lo mismo que de Vasco Godínez", etc. Los delitos y traiciones de Vasco Godínez se calificaron en breves palabras en el pergón con que lo llevaron arrastrando a hacer cuartos, que decía: "A este hombre, por traidor a Dios y al Rey y a sus amigos, mandan arrastrar y hazer cuartos". Fue una sentencia la más agradable que hasta hoy se ha dado en aquel Imperio, porque contenía en las tres palabras la suma de lo que no se podía decir ni escribir en muchos capítulos. Pasó adelante la ejecución de la justicia en otros culpados, que fueron muchos los muertos y más muertos, hasta los últimos de noviembre, que (como dijimos) llegó la nueva del levantamiento de Francisco Hernández Girón, con que cesó la peste y mortandad de aquellos soldados. Que fue menester que lo hubiese otra rebelión y motín en otra parte, para que el temor del segundo aplacase el castigo del primero.

Del cual motín dieron pronóstico a voces los indios del Cozco, como yo lo vi, y fue la noche antes de la fiesta del Santísimo Sacramento; que yo como muchacho salí aquella noche a ver adornar las dos plazas principales de aquella ciudad, que entonces no andaba la procesión por otras calles, como me dicen que las anda ahora, que es al doble de lo que solía. Estando yo junto a la esquina de la capilla mayor de la Iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes, que sería a la una o a las dos de la madrugada, cayó una cometa al oriente de la ciudad, hacia el camino real de los Antis, tan grande y tan clara que alumbró toda la ciudad con más claridad y resplendor que si fuera la luna llena a medianoche. Todos los tejados hicieron sombra más que con la luna. Cayó derecho de alto abajo; era redonda como una bola, y tan gruesa como una gran torre. Llegando cerca del suelo como dos torres en alto, se desmenuzó en centellas y chispas de fuego, sin hacer da-

ño en las casas de los indios en cuyo derecho cayó. Al mismo punto se oyó un trueno bajo y sordo que atravesó toda la región del aire, de oriente a poniente. Lo cual visto y oído, los indios que estaban en las dos plazas, a voces altas y claras, todos a una, dijeron: “¡Auca, auca!”, repitiendo esta palabra muchas veces, que en su lengua significa tirano, traidor, fermentido, cruel, alevoso y todo lo que se puede decir a un tirano, como en otras partes hemos dicho. Esto pasó a los diez y nueve de junio del año de mil quinientos y cincuenta y tres, que se celebró la fiesta del Señor; y el pronóstico de los indios se cumplió a los trece de noviembre del mismo año, que fue el levantamiento de Francisco Hernández Girón¹, que luego diremos en el Libro siguiente.

FIN DEL LIBRO SEXTO

1. Los agüeros fatídicos y la reciente desgracia de don Sebastián de Castilla sirven al propósito del autor de lograr para este libro un final especialmente pesimista.

LIBRO SETIMO

de la segunda parte de los Comentarios Reales de los Incas

Contiene la rebelión de Francisco Hernández Girón. Las prevenciones que hizo para llevar su tiranía adelante. Su ida en busca de los Oidores. La elección que ellos hacen de capitanes contra el tirano. Sucesos desgraciados de la una parte y de la otra. El alcance y victoria de Francisco Hernández Girón en Uillacori. La venida del Mariscal Alonso de Alvarado con ejército en busca del enemigo. Los sucesos de aquella jornada hasta la batalla de Chuquinca, que el Mariscal perdió. Los ministros que Francisco Hernández envió a diversas partes del Reino. Los robos que los ministros hicieron. La ida de los Oidores en seguimiento del tirano. Los sucesos que de ambas partes hubo en aquel viaje hasta la batalla de Pucara. La huída de Francisco Hernández y de los suyos, por haber errado el tiro de la batalla. La prisión y muerte de todos ellos. Contiene treinta capítulos

CAPITULO I

Con la nueva del riguroso castigo que en los Charcas se hacía, se conjura Francisco Hernández Girón con ciertos vecinos y soldados para rebelarse en aquel Reino.

La fama publicó por todo aquel Imperio el castigo severo y riguroso que en los Charcas se hacía de la

tiranía de Vasco Godínez y Don Sebastián de Castilla y de sus consortes; juntamente publicaba, con verdad o con mentira (que ambos oficios sabe hacer esta gran Reina), que el Mariscal hacía información contra otros delincuentes, de los que vivían fuera de su jurisdicción, y que decía, como lo refiere el Palentino por estas palabras, capítulo veinte y cuatro, "que en Potocsi se cortaban las ramas, empero que en el Cuzco se destruirían las raíces, y dello había venido carta al Cozco, la cual dixerón haber escrito sin malicia alguna Juan de la Reinaga. Venidas estas nuevas, Francisco Hernández Girón vivía muy recatado y velábase, poniendo espías por el camino del Potocsi para tener aviso de quién venía, por tener temor que el Mariscal enviaría gente para prenderle. Y tenía prevenidos sus amigos para que assimismo tuviessen cuenta si al Corregidor Gil Ramírez, que a la sazón era, le venía algunos despachos del Mariscal". Hasta aquí es de aquel autor, sacado a la letra. Y poco más adelante dice, que se alborotaron todos los vecinos del Cozco por un pregón que en él se dio acerca de quitar el servicio personal de los indios, y que el Corregidor les rompió una petición firmada de todos ellos que acerca desto le dieron, etc.

Cierto me espanto de quién pudiese darle relaciones tan ajenas de toda verisimilitud, que ningún vecino de toda aquella ciudad se escandalizó por el castigo ajeno, sino Francisco Hernández Girón, por los dos indicios de tiranía y rebelión que había dado de que la historia ha hecho mención. Ni el Corregidor, que era un caballero muy principal y se había criado con un príncipe tan santo y tan bueno como el Visorrey Don Antonio de Mendoza, había de hacer una cosa tan odiosa y abominable como era romper la petición de una ciudad que tenía entonces ochenta señores de vasallos y era la cabeza de aquel Imperio. Que si tal pasara no fuera mucho que (salva la Majestad Real) le dieran cincuenta puñaladas, como el mismo autor y en el mismo capítulo alegado, una columna más adelante, dice que Francisco Hernández Girón y sus conjurados tenían concertado de dárselas dentro en el Cabildo o en el oficio de un escribano do solía el Corregidor hacer Audiencia.

Hasta aquí es del Palentino. Y porque no es razón que contradigamos tan al descubierto lo que este autor escribe, que en muchas partes debió de ser de relación vulgar y no auténtica, será bien lo dejemos y digamos lo que conviene a la historia y lo que sucedió en el Cozco, que lo vi yo todo personalmente. El escándalo de la justicia que se hacía de la tiranía que hubo en los Charcas no tocó a otro vecino del Cozco sino a Francisco Hernández Girón, por lo dicho y por la mucha comunicación y amistad que tenía con soldados, y ninguna con los vecinos, que era bastante indicio para sospechar mal de su intención y ánimo. Por lo cual se recató con las nuevas que le dieron de que el Mariscal hacía pesquisa contra él. Y así, acusado de sus mismos hechos, procuró ejecutar en breve su tiranía. Para lo cual habló a algunos soldados amigos suyos, que no pasaron de doce a trece, que fueron Juan Cobo, Antonio Carrillo (de quien hicimos mención, en nuestra **Florida**), Diego Gavilán y Juan Gavilán su hermano, y Nuño Mendiola y el Licenciado Diego de Alvarado, que presumía más de soldado valentón que de jurista, y tenía razón, que no había que hacer caso de sus letras porque nunca, en paz ni en guerra, se mostraron. Estos eran soldados y pobres, aunque nobles y honrados.

Sin éstos habló Francisco Hernández a Tomás Vázquez, que era un vecino rico y de los principales de aquella ciudad, de los primeros conquistadores que se hallaron en la prisión de Atahuallpa. Tuvo ocasión de hablarle para su tiranía por cierta pasión que Tomás Vázquez y el Corregidor Gil Ramírez de Ávalos tuvieron pocos meses antes. En la cual el Corregidor se hubo apasionadamente, que con poca o ninguna razón prendió a Tomás Vázquez y lo puso en la cárcel pública y procedió más como parte que como juez, de lo cual Tomás Vázquez se dio por agraviado, porque a los vecinos de su calidad y antigüedad se les hacía mucha honra y estima. Por esta vía le entró Francisco Hernández, incitándole con la venganza de sus agravios; y Tomás Vázquez, ciego de su pasión, aceptó ser de su bando. También habló Francisco Hernández a otro vecino llamado Juan de Piedrahita, que era de los menores de la ciudad, de poca renta, y así lo más

del año vivía fuera della allá con sus indios. Era hombre fácil, con más presunción de soldado belicoso que de vecino pacífico. Aliose con Francisco Hernández con mucha facilidad, porque su ánimo inquieto no pretendía otra cosa.

Estos dos vecinos y otro, que se decía Alonso Díaz, fueron con Francisco Hernández en su levantamiento, aunque el Palentino nombra a otro que se decía Rodrigo de Pineda. Pero éste y otros que fueron con él a la Ciudad de los Reyes no se hallaron con Francisco Hernández en su conjuración y levantamiento, sino que después le siguieron (como la historia lo dirá) más de miedo que por otro respeto ni interés alguno, y así lo negaron todos en pudiendo y se pasaron al bando de Su Majestad y fueron causa de la destrucción de Francisco Hernández Girón.

El Palentino, habiendo nombrado, sin distinción de vecinos a soldados, todos los que en la conjuración de Francisco Hernández hemos nombrado, dice que se conjuró con otros vecinos y soldados de matar al Corregidor y alzarse con la ciudad y el Reino, lo cual cierto debió de escribir la relación de algún mal intencionado, u ofendido de algún vecino o vecinos del Perú, que siempre que habla dellos procura hacerlos traidores, o a lo menos que queden indiciados y sospechosos por tales.

Yo soy hijo de aquella ciudad, y asimismo lo soy de todo aquel Imperio, y me pesa mucho de que sin culpa dellos ni ofensa de la Majestad Real condenen por traidores, o a lo menos hagan sospechosos della, a los que ganaron un Imperio tan grande y tan rico que ha enriquecido a todo el mundo, como atrás queda largamente probado. Yo protesto, como cristiano, de decir verdad sin pasión ni afición alguna; y en lo que Diego Hernández anduviere en la verdad del hecho, le alegraré; y en lo que anduviere oscuro y confuso y equívoco, le declararé, y no seré tan largo como él, por huir de impertinencias.

Francisco Hernández Girón se conjuró con los que hemos nombrado y con otro soldado, llamado Bernardino de Robles, y otro que se decía Alonso González, un hombre vil y bajo, así de su calidad como de su persona, rostro y talle. Salió después, andando la ti-

ranía, el mayor verdugo del mundo, que con su espada mataba a los que Francisco Hernández perdonaba, y los degollaba antes que llegase a él la nueva del perdón, por decir que ya lo tenía muerto cuando llegó el mandato. Vivía, antes de la tiranía, de criar puercos en el valle de Sacsahuana, repartimiento de indios del mismo Francisco Hernández Girón, y de aquí se conocieron para ser después tan grandes amigos como lo fueron.

Hecha la conjuración, aguardaron a ejecutarla el día de una boda solemne que se celebraba a los trece de noviembre del año de mil y quinientos y cincuenta y tres. Eran los velados Alonso de Loaysa, sobrino del Arzobispo de Los Reyes, que era de los principales y ricos vecinos de aquella ciudad, y Doña María de Castilla, sobrina de Don Baltasar de Castilla, hija de su hermana, Doña Leonor de Bobadilla, y de Nuño Tovar, caballero de Badajoz, de los cuales hicimos larga mención en nuestra historia de la Florida. Y en el capítulo siguiente diremos el principio de aquella tiranía tan costosa, trabajosa y lamentable para todo aquel Imperio.

CAPITULO II

Francisco Hernández se rebela en el Cozco. Los sucesos de la noche de su rebelión. La huida de muchos vecinos de aquella ciudad.

Llegado el día de la boda, salieron a ella todos los vecinos y sus mujeres lo más bien aderezados que pudieron para acompañar los novios, porque en todas las ocasiones que se les ofrecían, de contento y placer o de pesar y tristeza, se acudían todos, honrándose unos a otros como si fueran hermanos, sin que entre ellos se sintiese bando ni parcialidad ni enemistad pública ni secreta. Muchos de los vecinos y sus mujeres comieron y cenaron en la boda, porque hubo banquetes solemnes. Después de comer hubo en la calle un juego de alcabris de pocos caballeros, porque la calle es angosta. Yo miré la fiesta de encima de una

pared de cantería de piedra que está de frente de las casas de Alonso de Loaysa. Vide a Francisco Hernández en la sala que sale a la calle, sentado en una silla, los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza baja, más suspenso e imaginativo que la melancolía. Debía de estar imaginando en lo que había de hacer aquella noche, aunque aquel autor diga que Francisco Hernández se había regocijado aquel día en la boda, etc. Quizá lo dijo porque se había regocijado aquel día en la boda, etc. Quizá lo dijo porque se halló en ella, mas no porque mostrase regocijo alguno.

Pasadas las alcancías y llegada la hora de la cena, se pusieron a cenar en una sala baja donde hubo más de sesenta de mesa, y la sala era muy larga y ancha. Las damas cenaban más adentro, en otra sala grande, y de una cuadra que había entre las dos salas servían con la vianda las dos mesas. Don Baltasar de Castilla, que era tío de la novia y de suyo muy galán, hacía oficio de maestresala. Yo fui a la boda casi al fin de la cena, para volverme con mi padre y con mi madrastra, que estaban en ella. Y entrando por la sala, fui hasta la cabecera de la mesa, donde estaba el Corregidor sentado. El cual, por ser caballero tan principal y tan cortesano (aunque yo era muchacho que andaba en los catorce años), echó de ver en mí, y me llamó que me acercase a él y me dijo: "No hay silla en que os sentéis; arrimaos a esta donde yo estoy; alcanzad de estas suplicaciones y clarea, que es fruta de muchachos". A este punto llamaron a la puerta de la sala, diciendo que era Francisco Hernández Girón el que venía. Don Baltasar de Castilla, que se halló cerca, dijo: "¿Tan tarde aguardó vuestra merced a hazernos merced?". Y mandó abrir la puerta. Francisco Hernández entró con su espada desnuda en la mano y una rodela en la otra, y dos compañeros de los suyos entraron con él a sus lados, con partesanas en las manos.

Los que cenaban, como vieron cosa tan no imaginada, se alborotaron todos y se levantaron de sus asientos. Francisco Hernández dijo entonces: "Estense vuesa mercedes quedos, que esto por todos va." El Corregidor, sin oír más, se entró por una puerta que estaba a su lado izquierdo, y se fue donde estaban las mujeres. Al otro rincón de la sala había otra puerta,

por donde entraban a la cocina y a todo lo interior de la casa. Por estas dos puertas se entraron todos los que estaban en la acera dellas.

Los que estaban a la otra acera, hacia la puerta principal de la sala, corrieron mucho peligro porque no tuvieron por dónde irse. Juan Alonso Palomino estaba sentado de frente de la puerta de la sala, las espaldas a ella; y como el Licenciado Diego de Alvarado y los que con él iban le conocieron, le dieron cinco heridas, porque todos ellos iban avisados que le matasen y a Jerónimo Costilla, su cuñado, por el alboroto que causaron en el otro motín que Francisco Hernández hizo, como atrás se ha referido. De las heridas murió Juan Alonso Palomino otro día siguiente en las casas de Loaysa, que no pudo ir a las suyas a curarse.

Mataron asimismo a un mercader rico, muy hombre de bien, que se decía Juan de Morales, que cenaba en la boda y cabía por su bondad entre aquellos vecinos. El cual, sin saber lo que se hacía, quiso apagar las velas que había en la mesa, por parecerle que a oscuras podría escaparse mejor. Tiró de los manteles, y de once velas cayeron las diez y se apagaron todas. Sola una quedó encendida. Uno de los de Francisco Hernández, que llevaba una partesana, le dio por la boca diciendo: "¡Oh traidor! ¿quieres que nos matemos aquí todos?", y le abrió la boca por un lado y por otro hasta las orejas. Y otro soldado de los tiranos le dio una estocada por la tetilla izquierda, de que cayó luego muerto. Y así no tuvo el triste tiempo ni lugar de atarse a la cinta el jarro de oro que los maldicientes dieron en relación a quien lo escribió como ellos dijeron. Yo le vi otro día las heridas como se ha dicho. Y después los mismos que hicieron estas cosas las hablaban muy largamente, como loándose de haberlas hecho.

Mi padre y Diego de los Ríos y Vasco de Guevara y dos caballeros hermanos, cuñados suyos, que se decían los Escalantes, y Rodrigo de León, hermano de Pedro López de Cazalla, y otros vecinos y soldados, que por todos llegaban al número de treinta y seis, entraron por la puerta que el Corregidor entró, y yo con ellos; mas no fueron donde estaban las mujeres, sino que echaron a mano derecha a buscar salida por los

corrales de la casa. Hallaron una escalera de mano para poder subir a los tejados. Supieron que la casa pared en medio era la de Juan de Figueroa, otro vecino principal cuya puerta salía a otra calle, diferente de la de Alonso de Loayza. Mi padre, viendo que había buena salida, dijo a los demás compañeros: "Vuestas mercedes me esperen, que yo voy a llamar al Corregidor para que se remedie este malhecho". Diciendo esto fue donde estaba el Corregidor, y le dijo que tenía salida de la casa y gente que le sirviese y socorriese; que se remediaria aquel alboroto en llegando su merced a la plaza y repicando las campanas y tocando arma, porque los rebelados habían de huir luego. El Corregidor no admitió el consejo ni dio otra respuesta, sino que le dejasen estar allí. Mi padre volvió a sus compañeros, y hallole subidos todos en un tejado que salía a la casa de Juan de Figueroa. Volvió a rogarles que le esperasen, que quería volver a importunar al Corregidor. Y así entró segunda vez, pero no alcanzó más que la primera por mucho que se lo porfió e importunó, dándole razones bastantes para salir de donde estaba. Mas el Corregidor cerró los oídos a todo, temiendo que le querían matar y que eran todos en la trampa, como lo dijo Francisco Hernández a la puerta de la sala.

Garcilaso, mi señor, salió, perdida toda su esperanza, y al pie de la escalera se quitó los pantuflos que llevaba calzados, y quedó en plantillas de borceguíes, como había jugado las alcancías. Subió al tejado, y yo en pos dél. Subieron luego la escalera, y la llevaron por el tejado adelante y la echaron en la casa de Juan de Figueroa, y a ella bajaron todos, y yo con ellos. Y abriendo la puerta de la calle, me mandaron que yo fuese delante, haciendo oficio de centinela, que por ser muchacho no echarían de ver en mí, y que avisase con un silbo a cada encrucijada de calle, para que ellos me siguiesen.

Así fuimos de calle en calle, hasta llegar a las casas de Antonio de Quiñones, que era cuñado de Garcilaso mi señor, casados con dos hermanas. Hallámosle dentro, de que mi padre recibió grandísimo contento, porque tenía mucha pena de no saber qué se hubiese hecho dél. A Antonio de Quiñones le valió uno de los

conjurados, que se decía Juan Gavilán, a quien el Quiñones había hecho amistades en ocasiones pasadas. El cual, hallándole junto a la puerta principal de la sala, lo sacó fuera a la calle, y a Juan de Saavedra con él, que estaban juntos. Y hablando con Antonio de Quiñones le dijo: "Váyase vueſa merced a su casa, y llévese consigo al señor Juan de Saavedra, y no salgan della hasta que yo vaya allá mañana". Y así los halló mi padre en ella, de que todos recibieron contento. Apenas habían entrado en la casa de Antonio de Quiñones cuando acordaron todos de irse aquella misma noche a la Ciudad de los Reyes.

A Juan de Saavedra convidaron con lo necesario para la jornada, ofreciéndole cabalgadura, sombrero, capa de grana y botas de camino, porque al principio se excusaba con decir que le faltaban aquellas cosas para caminar. Mas cuando se las trajeron delante, se excusó con achaques de poca salud e imposibilitó el viaje, de manera que no le porfiaron más en la jornada, y así se quedó en la ciudad. Adelante diremos la causa principal de su excusa, por la cual perdió su hacienda y su vida. Los demás vecinos y soldados que iban con mi padre se fueron a sus casas, para apercebirse y hacer su jornada a la Ciudad de los Reyes. Garcilaso, mi señor, me envió a su casa, que estaba cerca de estotra, a que le llevasen un caballo, el mejor de los suyos, el cual todavía estaba ensillado de las alcancías pasadas.

A la ida a pedir el caballo pasé por la puerta de Tomás Vázquez, y vi en la calle dos caballos ensillados y tres o cuatro negros con ellos que estaban hablando unos con otros. Y a la vuelta de haber pedido el caballo los hallé como los dejé, de lo cual di cuenta a mi padre y a los demás, y todos se escandalizaron, sospechando si los caballos y esclavos eran de los conjurados. A este punto me llamó Rodrigo de León, hermano de Pedro López de Cazalla, y me dijo que fuese a casa de su hermano, que era en la misma calle aunque lejos de donde estábamos, y que al indio portero le dijese que la cota y celada que tenía en su aposento la escondiese, temiendo que los tiranos habían de saquear la ciudad aquella noche. Yo fui aprisa al mandado, y, cuando volví, hallé que mi padre y sus dos

parientes, Diego de los Ríos y Antonio Quiñones, se habían ido y rodeado mucha tierra y malos pasos por no pasar por la puerta de Tomás Vázquez. Y yo me volví a casa de mi padre, que está en frente de las dos plazas, y entonces no estaban labradas las casas que hoy están el arroyo abajo, en la una plaza y en la otra. Allí estuve mirando y esperando el suceso de aquella terrible y desventurada noche.

CAPITULO III

Francisco Hernández prende al Corregidor, sale a la plaza, suelta los presos de la cárcel, hace matar a Don Baltasar de Castilla y al contador Juan de Cáceres.

Francisco Hernández Girón y los suyos, que quedaron en casa de Alonso de Loayza con deseo de prender al Corregidor, pareciéndoles que teniéndole preso toda la ciudad se les rendiría, hicieron gran instancia por saber dél. Y siendo avisados que estaba en la sala de las mujeres, rompieron las primeras puertas con un banco; y llegando a las segundas, les pidieron de dentro que les diesen la palabra que no matarían al Corregidor ni le harían otro daño. Y habiéndosela dado Francisco Hernández, le abrieron las puertas, y él prendió al Corregidor y lo llevó a su casa, donde lo dejó debajo de buenas guardas y prisiones, y salió a la plaza con todos sus compañeros, que no pasaban de doce o trece.

La prisión del Corregidor y llevarlo Francisco Hernández a su casa y dejarlo a recaudo y salir a la plaza no se hizo tan breve que no pasaron más de tres horas en medio, de donde se ve claro que si el Corregidor saliera cuando se lo pidieron mi padre y sus compañeros, y tomara la plaza y tocara arma llamando a los del Rey, huyeran los tiranos y se escondieran donde pudieran. Así lo decían después todos los que supieron todo el hecho. A este tiempo fui yo a la plaza, a ver lo que en ella pasaba. Hallé aquellos pocos hombres bien desamparados si hubiera quien los contradijera; pero la escuridad de la noche y la osadía que tuvieron de entrar en una casa tan llena de gente como

estaba la de Alonso de Loaysa, acobardó al Corregidor y ahuyentó de la ciudad a los vecinos y soldados que pudieran acudir a servir a Su Majestad y favorecer a su Corregidor.

Más de media hora después que yo estuve en la plaza vino Tomás Vázquez a caballo, y otro con él, con sus lanzas en las manos, y Tomás Vázquez dijo a Francisco Hernández: "¿Qué manda vuesa merced que hagamos?". Francisco Hernández les dijo: "Ronden vuestas mercedes essas plazas, y a la gente que saliere a ellas les digan que no hayan miedo; que se vengan a la Plaza Mayor, que yo estoy en ella para servir a todos mis señores y amigos". Poco después vino Alonso Díaz, otro vecino de la ciudad, encima de su caballo y su lanza en la mano, al cual le dijo Francisco Hernández lo mismo que a Tomás Vázquez. Sólo estos tres vecinos, que fueron Tomás Vázquez, Juan de Piedrahita y Alonso Díaz, acudieron aquella noche a Francisco Hernández, y el otro que vino con Tomás Vázquez no era vecino sino uno de sus huéspedes, de donde se ve claro que no fueron más los conjurados con él; y aunque después le siguieron otros vecinos, más fue (como lo hemos dicho) de temor que de amistad, y así le negaron en pudiendo.

Los pobres rebelados, viéndose tan pocos y que no les acudía nadie, fueron a la cárcel y soltaron todos los presos, y los trajeron consigo a la plaza por hacer mayor número y más bulto de gente, y en ella estuvieron hasta el día, y entre todos no pasaban de cuarenta hombres. Y aunque el Palentino, capítulo veinte y cuatro, diga que salieron a la plaza apellidando libertad, y que trajeron número de picas y arcabuces, y que arbolaron bandera, y que Francisco Hernández mandó dar bando que, so pena de la vida, todos acudiesen a la plaza, y que aquella noche acudió alguna gente, y que pusieron velas y guardas por la ciudad porque nadie se huyese, digo que aquella noche no hubo más de lo que hemos dicho; que yo, como muchacho, anduve toda la noche con ellos; que ni aun para guardarse ellos no tenía gente, cuando más para poner velas y guardas por la ciudad, la cual tenía entonces más de una legua de circuito. Otro día fueron a la posada del Corregidor y le tomaron su escritorio, donde dije-

ron que hallaron diez y siete provisiones de los Oidores, en las cuales mandaban cosas contra los vecinos y soldados, en perjuicio dellos, acerca del servicio personal y que no echasen indios a las minas ni tuviesen soldados por huéspedes, ni los mantuviesen en público ni en secreto. Todo lo cual fue inventado por los amotinados para indignar los soldados y provocarlos a su opinión.

El día tercero de su levantamiento dio Francisco Hernández en visitar los vecinos más principales en sus mismas casas, y entre otras fue a la de mi padre, y, yo presente, habló a mi madrastra, y entre otras cosas le dijo que él había hecho aquel hecho, que era en beneficio de todos los soldados y vecinos de aquel Imperio, pero que el cargo principal pensaba darlo a quien tuviese más derecho y lo mereciese mejor que no él, y que le rogaba hiciese con mi padre que saliese a la plaza y no estuviese retirado en su casa en tiempo que tanta necesidad tenía dél.

Estas mismas razones dijo en otras casas que visitó, sospechando que estaban escondidos los que decían haberse huído a la Ciudad de los Reyes, porque no creyó que tal hubiese sido. Y así, cuando mi madrastra le certificó que dende la noche de la boda no le había visto ni él había entrado en su casa, se admiró Francisco Hernández, y para que lo creyese se lo dijo mi madrastra cuatro veces, y la postrera con grandes juramentos, pidiéndole que mandase buscar la casa y cualquiera otro lugar do sospechase que podía estar mi padre. Entonces lo creyó, y se mostró muy sentido dello y, acertando razones, se fue a hacer las demás visitas y en todas halló lo mismo. Verdad es que no todos los que faltaban se fueron aquella noche, sino tres y cuatro y cinco noches después, que, como no había quien guardase la ciudad, tuvieron lugar de irse cuando pudieron.

Pasados ocho días de la rebelión de Francisco Hernández Girón, le dio aviso uno de los suyos, que se decía Bernardino de Robles, hombre bullicioso y escandaloso, que Don Baltasar de Castilla y el contador Juan de Cáceres trataban de huirse y de llevar consigo alguna gente de la que tenían, de la cual tenían hecha copia, y que tenían su plata labrada y la demás

hacienda de sus muebles puesta en un monasterio. Francisco Hernández, habiéndolo oído, envió a llamar a su Licenciado Diego de Alvarado; y consultándolo con él, le remitió la causa para que castigase los culpados. El Licenciado no tuvo necesidad de mucha averiguación, porque dos meses antes habían reñido en la plaza principal de aquella ciudad él y Don Baltasar de Castilla, y salieron ambos heridos de la pendencia, y aunque no hubo ofensa de parte alguna el Licenciado quedó enojado de no haberlo muerto, porque, como hemos dicho, presumía más de valiente que de letrado. Y usando de la comisión, ejecutó su enojo, aunque sin culpa de los pobres acusados porque fue general fama que no la tuvieron.

El mismo Licenciado fue por ellos aquella noche y los llevó a su casa, y les mandó confesar brevemente; y no dándoles todo el término que habían menester para la confesión, mandó darles garrote, y se lo dio Juan Enríquez, pregonero, el verdugo que degolló a Gonzalo Pizarro y ahorcó e hizo cuartos a sus capitanes y maese de campo. El cual, luego que Francisco Hernández se rebeló, salió otro día (presumiendo de su buen oficio) cargado de cordeles y garrotes para ahogar y dar tormento a los que los tiranos quisiesen matar y atormentar. También sacó un alfanje para cortar las cabezas que le mandasen cortar, pero él lo pago después, como adelante diremos. El cual ahogó brevemente a aquellos pobres caballeros, y por gozar de su despojo los desnudó: a Don Baltasar hasta dejarlo como nació, y a Juan de Cáceres le dejó sola la camisa, porque no era tan galana como la de su compañero. Y así los llevaron a la plaza y los pusieron al pie del rollo, donde yo los vi, y sería esto a las nueve de la noche.

Otro día, según se dijo, reprehendió Francisco Hernández a su letrado por haber muerto aquellos caballeros sin comunicarlo con él. Pero esto más fue por acreditarse con la gente que porque le pesase de que los hubiese muerto, que en su secreto antes se holgó de ver temor y asombro que causó aquel buen hecho, porque el uno dellos era contador de Su Majestad y el otro había sido su capitán en las guerras pasadas y tenían cincuenta mil ducados de renta en un reparti-

miento de indios. Por este hecho tan cruel se rindieron todos los vecinos de la ciudad, y juzgaron que los mejores librados eran los que se habían huído della, pues los mataban tan sin culpa y que los matadores se quedaban más ufanos y más soberbios que antes estaban.

CAPITULO IV

Francisco Hernández nombra maese de campo y capitanes para su ejército. Dos ciudades le envían embajadores. El número de los vecinos que se huyeron a Rímac.

Francisco Hernández, habiéndosele juntado alguna gente de los soldados de la comarca de la ciudad, viéndose ya poderoso porque tenía más de ciento y cincuenta compañeros, acordó nombrar maese de campo y elegir capitanes, ministros y oficiales para su ejército. Nombró por maese de campo al Licenciado Diego de Alvarado, y por capitanes de caballo a Tomás Vázquez y a Francisco Núñez y a Rodrigo de Pineda. A estos dos últimos, que eran vecinos de la ciudad, acarició Francisco Hernández después de su levántamiento, y por les obligar les convidó con los oficios de capitán, y ellos lo aceptaron más por temor de la tiranía que por la honra ni provecho de las conductas. Eligió por capitanes de infantería a Juan de Piedrahita y a Nuño Mendiola y a Diego Gavilán, y por alférez general a Alberto de Orduña, y por sargento mayor a Antonio Carrillo; los cuales, con toda diligencia, acudieron a sus oficios, llamando y acariciando gente y soldados para sus compañías.

Hicieron banderas muy galanas, con blasones y apellidos muy bravatos que todos atinaban a libertad, y así llamaron a su ejército, "de la Libertad". Estos mismos días, habiéndose publicado por las ciudades comarcanas que el Cozco se había alzado, no diciendo cómo ni quién, entendiendo que toda la ciudad era una, la de Huamanca y la de Arequepa enviaron sus embajadores pidiendo al Cozco las admitiese debajo de su hermandad y protección, pues era madre y cabeza dellas

y de todo aquel Imperio. Que juntamente con ella querían hacer a Su Majestad la súplica de tantas provisiones tan perjudicales como los Oidores les enviaban a notificar cada día. El embajador de Arequepa se decía fulano de Valdecabras, que yo conocí, aunque el Palentino dice que un fraile llamado Fray Andrés de Talavera; pudo ser que viniesen ambos. El de Huamanca se decía Hernando del Tiemblo. Los cuales embajadores fueron muy bien recibidos y acariciados por Francisco Hernández Girón, que se ufanaba y jactaba de haber tomado una empresa tal y tan importante que acudía todo el Reino con tanta brevedad y prontitud a favorecerla. Y para más engrandecer su hecho, publicó y echó fama que en los Charcas habían muerto al Mariscal Alonso de Alvarado por acudir los matadores al hecho de Francisco Hernández.

Las ciudades de Huamanca y Arequepa, certificadas de que el levantamiento del Cozco no había sido general de toda la ciudad, sino particular de un hombre temeroso de sus delitos pasados, y que los más de los vecinos se habían huído della, y sabiendo quiénes y cuántos eran, mudaron parecer, y de común consentimiento los de la una ciudad y de la otra se fueron todos los que pudieron a servir a Su Majestad, como lo habían hecho los del Cozco. Los cuales fueron Garcilaso de la Vega, mi señor, Antonio de Quiñones, Diego de los Ríos, Jerónimo Costilla, Garci Sánchez de Figueroa, primo hermano de mi padre, que no era vecino sino soldado antiguo y benemérito en la tierra. Estos cinco caballeros salieron de la ciudad del Cozco para la de Los Reyes la misma noche del levantamiento de Francisco Hernández Girón. Los demás que nombraremos salieron dos, tres, cuatro, cinco noches después, como se les aliñaba la jornada. Vasco de Guevara, vecino, y los dos Escalantes, sus cuñados, que no eran vecinos, salieron dos noches después; Alonso de Hinojosa y Juan de Pancorvo, que eran vecinos, salieron a la cuarta noche, y Alonso de Mesa, vecino, a la quinta, porque se detuvo poniendo en cobro una poca de plata que después gozaron los enemigos, como diremos a su tiempo.

Garcilaso, mi señor, y sus compañeros siguiendo su camino, a nueve leguas de la ciudad hallaron a Pedro

López de Cazalla en una heredad suya que allí tenía, de la cual hicimos mención en el Libro nono de la primera parte de nuestra historia, capítulo veinte y seis. Estaba con él Sebastián de Cazalla, su hermano, y ambos eran vecinos. Los cuales, sabiendo lo que pasaba en el Cozco, determinaron irse en compañía de aquellos caballeros a servir a Su Majestad. La mujer de Pedro López, que se decía Doña Francisca de Zúñiga, mujer noble y hermosa, de toda bondad y discreción, quiso hacer la misma jornada, por servir no a Su Majestad sino a su marido, y, aunque era mujer delicada y de poca salud, se esforzó a ir en una mula ensillada con un sillón, y pasó toda la aspereza y malos pasos de aquellos caminos con tanta facilidad y buen suceso, como cualquiera de los de la compañía. Y a las dormidas los regalaba a todos con proveerles la cena y el almuerzo de otro día, pidiendo recaudo a los indios y dando traza y orden a las indias cómo lo habían de aderezar.

Todo esto y mucho más oí contar de aquella famosa señora a sus propios compañeros. Siguiendo estos caballeros su viaje, hallaron en Curampa, veinte leguas de la ciudad, a Hernán Bravo de Laguna y a Gaspar de Sotelo, vecinos dellas, que tenían sus indios en aquel paraje, y los llevaron consigo. Y así hicieron a los demás vecinos y soldados que toparon por el camino hasta llegar a Huamanca. Los de aquella ciudad se esforzaron muy mucho de ver hombres tan principales en ella, y se ratificaron en su primera determinación de ir a servir a Su Majestad en compañía de tales varones. Y así fueron con ellos todos los que pudieron fueron después como se les iba aliñando la jornada.

Volviendo algo atrás, decimos que cuando Garcilaso, mi señor, y sus compañeros pasaron la puente del río Apurímac, considerando que había de salir gente de la ciudad del Cozco y de otras partes e ir en pos dellos a servir a Su Majestad, y que no era bien cortarles el camino con quemar la puente, porque quedaban atajados y en poder de los tiranos, acordaron que quedasen dos compañeros en guarda della, para recibir los que viniesen aquellos cinco o seis días primeros, y después la quemasen porque caminasen se-

guros de que los tiranos no pudiesen seguirlos. Así se hizo como se ordenó, de manera que los que salieron tarde de la ciudad del Cozco pudieron pasar la puente, aunque llevaban mucho temor de hallarla quemada. Otros vecinos principales del Cozco fueron a Los Reyes por otros caminos, porque se hallaron en aquella coyuntura en sus repartimientos de indios, hacia el poniente de la ciudad. Los cuales fueron Juan Julio de Hojeda, Pedro de Orué, Martín de Arbieta y Rodrigo de Esquivel; los cuales, pasando por el repartimiento de Don Pedro Cabrera, se juntaron con él, para irse todos juntos.

CAPITULO V

Cartas que se escriben al tirano, y él destierra al Corregidor del Cozco.

El Palentino en este paso, capítulo veinte y cinco, dice lo que se sigue: "Llegó en esta sazón al Cuzco Miguel de Villafuerte, con una carta de creencia para Francisco Hernández, de Don Pedro Luis de Cabrera, que estaba en Cotabamba al tiempo del alzamiento, con algunos soldados amigos suyos. Entre los cuales estaban Hernando Guillada y Diego Méndez y otros algunos de los culpados en la rebelión de Don Sebastián de Castilla. La creencia era, en efecto: que pues Don Pedro no había podido ser el primero, y le había ganado por cuatro días y la mano, que Francisco Hernández prosiguiese a tomar la empresa por todo el Reino, para la suplicación general; y que él había alzado bandera en su nombre, y se iba camino de la Ciudad de los Reyes y procuraría el nombramiento de capitán general por el Audiencia. Y que luego, como estuviese en el cargo, prendería los Oidores y los embarcaría para España. Después de recibida esta carta, le envió otra Don Pedro, con un hijo de Gómez de Tordoya, la cual asimismo era de creencia. Y envió a dezir a Francisco Hernández que tuviese por cierto que si Garcilaso de la Vega y Antonio Quiñones y otros se habían ido a la Ciudad de los Reyes, no era por favorecer este negocio, sino porque no pudieron ellos y

Don Pedro efectuar lo que tenían pensado, por haberse él anticipado. Y ansimismo dezía que el tiempo que salió de sus pueblos había hecho dezir missa, y que después de haberla oído había hecho Sacramento sobre una ara consagrada, diziendo a los que con él estaban se sossegassen con él, porque él no iba a Lima para otro efecto que para prender los Oidores y enviarlos a España. Empero, Francisco Hernández, teniendo a Don Pedro por hombre sagaz y doblado, consideró en sí ser estos recaudos para le assegurar y poder mejor a su salvo (y sin contraste) irse con los soldados que allí consigo tenía. Por lo cual despachó a Juan de Piedrahita con algunos arcabuzeros, para que sacasse de la ciudad a Gil Ramírez, quitada la vara de justicia, y le llevasse a buen recaudo hasta le poner más de veinte leguas del Cuzco, para que libremente se fuesse a la Ciudad de Los Reyes, sin le haber tomado Francisco Hernández cosa alguna. Y diole a Piedrahita instrucción que procurasse alcanzar a Don Pedro, y le dixese que no curasse de tomar el camino de Lima, y que le hiziesse merced de volverse al Cuzco; y que si Don Pedro esto rehusasse y no lo quisiesse hazer, le truxesse preso consigo y a buen recaudo. Empero, ya Don Pedro era partido, y dificultosamente lo podía alcanzar. Por lo cual Piedrahita se volvió con la gente al Cuzco”, etc.

Hasta aquí es de aquel autor, sacado a la letra. Y porque unas cosas están anticipadas y otras pospuestas, declarando el autor dellas diremos cómo sucedieron aquellos hechos, y por qué camino llevó Piedrahita preso al Corregidor. Es así que Don Pedro de Cabrera no tenía necesidad de enviar recaudos a Francisco Hernández para ser con él, porque nunca tal pensó ni imaginó, por la contradicción que en su persona y en su trato, conversación y manera de vivir, tenía para no seguir la guerra, porque de su persona era el más grueso hombre que allá ni acá he visto, particularmente del vientre. En cuya prueba digo que dos años, poco más o menos, después de la batalla de Sacsahuana, un negro esclavo de mi padre, lindo oficial sastre, hacía un colete de cordobán para Don Pedro de Cabrera, guarnecido con muchas franjas de oro. Teniéndolo ya a punto para lo guarnecer, entramos tres mu-

chachos, y yo con ellos, casi todos de una edad, de diez a once años, en el aposento del maestro, y hallamos el coletó sobre una mesa, cerrado por delante con un cordón de seda. Y viéndolo en ancho (como muchachos traviesos), entramos en él todos cuatro, y nos arrimamos a las paredes del coletó, y en medio déi quedaba campo y lugar para otro muchacho de nuestro tamaño. Sin lo dicho, por el mucho vientre no podía andar a caballo en silla jineta, porque el arzón delantero no lo consentía. Andaba siempre a la brida o en mula. Nunca jugó cañas ni corrió a caballo a la jineta ni a la brida. Y aunque en la guerra de Gonzalo Pizarro fue capitán de caballos, fue porque se halló en la entrega de la armada de Gonzalo Pizarro al Presidente y le cupo en suerte la compañía de caballos. y después de la guerra el repartimiento de indios tan aventajado de que atrás dimos cuenta. Y en lo que toca al regalo y manera de vivir, y su trato y conversación, era el hombre más regalado en su comida y de mayores donaires y mejor entretenimiento que se puede imaginar, con cuentos y entremeses graciosísimos, que los inventaba él mismo, burlándose con sus pajes, lacayos y esclavos, que pudiéramos contar algunos de mucho donaire y de mucha risa que se me acuerdan, pero no es bien que digamos ni contemos niñerías; baste la del coletó. Su casa era cerca de la de mi padre, y entre ellos había deudo, porque mi señora Doña Elena de Figueroa, su madre, era de la casa de Feria, por lo cual había mucha comunicación entre los dos, y a mí me llamaba sobriño, y no sabía darme otro nombre. Adelante, cuando tratemos de su fallecimiento, que fue en Madrid, año de mil y quinientos y sesenta y dos, repetiremos algo desto que hemos dicho.

Por todo lo cual afirmo que estaba muy lejos de seguir a Francisco Hernández Girón ni de ser tirano, que no tenía para qué pretenderlo, porque tenía todo el regalo, contento y descanso que se podía desear; y no tuvo trato ni conversación con Francisco Hernández Girón, porque mucha parte del año se estaba en sus indios con media docena de amigos. Los mensajeros que envió fue para que supiesen certificadamente cómo había sido el levantamiento de Francisco Her-

nádez Girón y lo que después dél había sucedido, y qué vecinos habían huído y quiénes eran con el tirano, porque, como él y sus compañeros deseaban ir a Los Reyes, querían saber lo que había pasado en el Cozco, para dar cuenta dello por los caminos y no ir tan a ciegas. Y para que Francisco Hernández no sospechase de los mensajeros, los envió con cartas de creencia, y también para que con la respuesta se los volviese a enviar. El camino para ir a Los Reyes lo tenía Don Pedro muy seguro, porque sus indios, donde él estaba, están más de quince leguas del Cozco hacia Los Reyes, y el río Apurímac está en medio de aquel camino, y, teniendo quemadas las puentes como las tenía, aseguraba que no pasasen los enemigos. Y así Don Pedro y los suyos, con la nueva de lo que deseaban saber, se fueron a Los Reyes, haciendo burla de los tiranos.

A Juan de Piedrahita dio orden Francisco Hernández que con una docena de arcabuceros llevase al Corregidor Gil Ramírez de Ávalos, no por el camino de Lima, que es hacia el norte, sino por el de Arequepa, que es al mediodía; mandóle que habiéndole sacado cuarenta leguas de la ciudad lo dejase ir libre donde quisiese. Y este viaje de Piedrahita no fue en aquellos primeros días del levantamiento, cuando vinieron los mensajeros de Don Pedro de Cabrera, que vinieron y se fueron dentro de los ocho o diez días después del levantamiento, y el viaje de Piedrahita fue más de cuarenta días después. Y enviar al Corregidor por Arequepa y no por el camino derecho, fue porque no llegase tan presto a Los Reyes, ni fuese tan a su placer como fuera ir en compañía de los vecinos que iban a Rímac. Por todo lo cual se ve claro que la relación que dieron a Diego Fernández fue la del vulgo, que por la mayor parte habla cada uno lo que se le antoja y lo que oye a otros que no lo vieron, y no lo que pasa en hecho de verdad.

CAPITULO VI

Francisco Hernández se hace elegir Procurador y Capitán general de aquel Imperio. Los Oidores eligen ministros para la guerra. El Mariscal hace lo mismo.

Pasados los quince días del levantamiento de Francisco Hernández Girón, viéndose él ya con pujanza de gente y temido de todos por la crueldad que en Don Baltasar de Castilla ejecutó, le pareció sería bien dar autoridad a su tiranía para proceder en ella (según su poco juicio) con mejor título y mejor nombre, para que las gentes, viéndole elegido y abonado por aquella ciudad, cabeza del Imperio, siguiesen su profesión, que él mismo no sabía era. Para lo cual mandó que hubiese Cabildo abierto de toda la ciudad, en el cual se hallaron veinte y cinco vecinos, señores de indios, que nombra Diego Hernández y yo los conocí todos. Entre ellos no hubo más de un Alcalde ordinario y dos regidores, que todos los demás no eran ministros del Cabildo. Pidoles que para librarse de las molestias que cada día de los Oidores les hacían con sus provisiones, le nombrasen y eligiesen por Procurador general de todo el Imperio, para que ante Su Majestad suplicase y pidiese lo que bien les estuviese. Asimismo pidió que le nombrasen por Capitán general y justicia mayor de aquella ciudad y de todo el Reino, para que los gobernase y mantuviese en paz y justicia. Todo lo cual se le concedió muy cumplidamente (como dicen los niños) más de miedo que de vergüenza, porque tenía en la plaza, delante de la puerta del Cabildo, un escuadrón de más de ciento y cincuenta arcabuceros, con dos capitanes: el uno era Diego Gavilán y el otro Nuño Mendiola. Apregonose luego en la plaza (pasado el cabildo) el poder que se le había dado a Francisco Hernández Girón, el cual no solamente pretendió ser nombrado por cabildo para tener más autoridad y mando, pero su principal intención fue que todos los vecinos y moradores de aquella ciudad metiesen prendas, fiasen y abonasen su buen hecho, como si ellos de su libre voluntad se hubieran convidado con lo que él les pidió y forzó que hiciesen.

Entretanto que en la ciudad del Cozco pasaban estas cosas, llegó a la Ciudad de los Reyes la nueva dellas. Los Oidores al principio la tuvieron por falsa, entendiendo que era algún trato doble, porque el que la llevó era grandísimo amigo y, según decían, hermano de leche de Francisco Hernández Girón. Imaginaron que iba a tentar la ciudad, a ver cómo tomaban los vecinos aquel hecho, y cuáles se mostraban del bando de Francisco Hernández y cuáles en contra. Y con esta sospecha prendieron a Hernández Chacón, que fue el que llevó la buena nueva; mas luego lo soltaron, porque por otras muchas partes vino la certificación della, con la cual los Oidores nombraron capitanes y proveyeron ministros para la guerra que se temía; no decimos quiénes fueron los nombrados, porque algunos dellos no quisieron aceptar los oficios y cargos, porque les parecía que merecían ser generales, y aun más y más. Dejarlos hemos así, porque adelante diremos los que se eligieron y sirvieron en toda la guerra, aunque las elecciones fueron con muchas pasiones, bandos y molestias, como los suele haber donde no hay cabeza y pretenden mandar muchos que no lo son.

También llegaron las nuevas del levantamiento de Francisco Hernández a Potocsi, donde el Mariscal Alonso de Alvarado estaba ejecutando el castigo en los delincuentes de la muerte del General Pedro de Hinojosa y secuaces de Don Sebastián de Castilla, la cual ejecución paró luego, aunque había muchos culpados que merecían pena de muerte, como la habían llevado los pasados que hasta entonces habían sido castigados. Pero con el nuevo levantamiento convenía perdonar a los culpados y aplacar a los leales, que los unos y los otros estaban escandalizados de tanto rigor y muertes como se habían hecho. A los que estaban condenados a muerte les conmutaron la pena en que sirviesen a Su Majestad a su costa. Entre estos condenados a muerte estaba un soldado que se decía fulano de Bilbao, al cual visitó un amigo suyo, y le dio el parabién de su vida y libertad, y le dijo que diese muchas gracias a Dios Nuestro Señor que tanta merced le había hecho. El soldado dijo: "Yo se las doy a su Divina Majestad y a San Pedro y a San Pa-

blo y a San Francisco Hernández Girón, por cuyos méritos se me hizo la merced”, y propuso de irse a servirle dondequiera que le viese, y así lo hizo como adelante veremos.

Sin este soldado, salieron libres de la cárcel otros cuarenta y tantos, de los cuales se temía que los más dellos habían de llevar pena de muerte y los mejor librados habían de remar en galeras. A los vecinos y a otros muchos soldados que no merecían tanta pena quiso soltar libres, sin sentenciarlos, mas no lo consintieron los presos, como lo dice el Palentino, capítulo cuarenta, por estas palabras:

“Entendiendo esto, algunos de los presos sospecharon que los querían soltar sin sentencia, a fin de poder después (en cualquier tiempo) volver al castigo. Y ansí algunos de los principales no quisieron que ansí se hiziesse sin tener primero sentencia en su causa. Visto esto, comenzó a despachar los presos, y condenó a Gómez de Solís en quinientos pesos para las guardas que habían tenido. Martín de Almendras fue condenado en otro tanto, y lo mismo Martín de Robles. Otros fueron condenados a dozientos, y otros a ciento, otros a cincuenta, y veinte, según se juzgaba la posibilidad de cada uno, y no según la pena que merecían”.

Hasta aquí es de Diego Fernández. Sin esto, se aperció el Mariscal de armas; mandó que en las provincias comarcanas donde había maderas se labrasen picas y se hiziese pólvora para lo que sucediese. Pocos días después le llegaron dos provisiones de los Oidores, la una en que mandaban suspender por dos años la provisión que mandaba quitar el servicio de personal de los indios y las demás cosas que habían proveído en daño y perjuicio de los vecinos y soldados de aquel Imperio, que bien veían los mismos Gobernadores que estas cosas eran las que alteraban la tierra, y no los ánimos de los moradores della. La otra provisión era que nombraban al Mariscal por Capitán general de aquella guerra contra Francisco Hernández, con poder y general administración para gastar de la hacienda de Su Majestar lo que fuese menester, y pedir prestado cuando faltase la del Rey. El Mariscal eligió capitanes de infantería y caballería, y los demás ministros que adelante nom-

braremos. Convidó a Gómez de Alvarado con la plaza de maese de campo, mas él no lo aceptó porque la pretendía un caballero cuñado del mismo Mariscal, hermano de su mujer, que se decía Don Martín de Avendaño, por quien la mujer hacía grande instancia, de manera que el marido le concedió la plaza aunque contra su voluntad, porque era muy mozo y con poca o ninguna experiencia de milicia. Mas él la proveyó así, por no meter la guerra dentro en su casa. Mandó a los curacas que aperciesen mucho bastimento para la gente, y previniesen ocho o nueve mil indios para llevar cargas cuando caminase el ejército. Envió ministros a diversas partes, a recoger la gente, armas y caballos y esclavos que hallasen. Dejarlos hemos en sus prevenciones, por decir de Francisco Hernández Girón, que nos conviene acudir aquí, allí y acullá, por ir con la sucesión de la historia.

Entretanto que en la Ciudad de los Reyes y en Potosí pasaban las cosas referidas, Francisco Hernández Girón no se descuidaba de lo que convenía a su empresa. Envió a Tomás Vázquez con cincuenta soldados bien armados a la ciudad de Arequepa, para que en su nombre tomase la posesión della y tratase con los vecinos que el Cabildo lo eligiese por Capitán general y justicia mayor del Reino, como lo había hecho el Cozco. Asimismo envió a Francisco Núñez, vecino del Cozco, a quien con caricias y aplauso, y con una compañía de hombres de a caballo que le dio, lo hizo de su bando. Empero, para hacer estas amistades más podía el miedo que los beneficios. Envió con él a Juan Gavilán y otros cuarenta soldados que fuesen a la ciudad de Huamanca a que procurase e hiciese lo propio que Tomás Vázquez, y que dijese a aquella ciudad que pues la una y la otra se habían conformado con su intención y le habían enviado embajadores acerca dello, le concediesen por Cabildo lo que ahora les pedía, porque era autorizar y calificar más su hecho.

Envió Francisco Hernández estos sus capitanes a lo que hemos dicho, más por dar nombre y fama por todo el Imperio de que aquellas ciudades eran con él y de su bando que por esperar ni imaginar que le habían de conceder lo que les pedía, porque bien sa-

bía que aquellas dos ciudades se habían apartado y revocado todo lo que al principio de su levantamiento le había enviado a decir y ofrecer. Sin la comisión que dio a estos capitanes, les dio muchas cartas para personas particulares, vecinos de aquellas ciudades, y él escribió a los Cabildos en su nombre, aparte, y mandó que la ciudad del Cozco también les escribiese que favoreciesen aquel bando, pues era tan en provecho de todos ellos y de todo el Imperio. Hizo asimismo que también escribiese a la Ciudad de La Plata lo que a las otras; y Francisco Hernández, en particular, escribió a muchos vecinos de los Charcas y al Mariscal Alonso de Alvarado y a su mujer Doña Ana de Velasco cosas que son más para reír que para hacer caso dellas, y así ninguno le respondió. Quien las quisiere ver las hallará en la historia de Diego Fernández, pasado el capítulo veinte y siete.

CAPITULO VII

Los capitanes y ministros que los Oidores nombraron para la guerra. Los pretensores para el oficio de Capitán general Francisco Hernández sale del Cozco para ir contra los Oidores.

Los Oidores determinan elegir capitanes, oficiales y ministros para el ejército, porque supieron que Francisco Hernández iba creciendo de día en día en gente, reputación y autoridad. Nombraron a Pablo de Meneses por maese de campo, y por capitanes de caballos a Don Antonio de Ribera y a Diego de Mora y a Melchior Verdugo, del hábito de Santiago, y a Don Pedro Luis de Cabrera. Estos dos últimos repudiaron las conductas por parecerles que merecían ser Generales de otros mayores ejércitos. Por capitanes de infantería fueron nombrados Rodrigo Niño, el de los galeotes, Luis de Ávalos, Diego López de Zúñiga, Lope Martín Lusitano, Antonio de Luján y Baltasar Velázquez, el que en la rebelión pasada de Don Sebastián de Castilla se escapó de la justicia del Mariscal Alonso de Alvarado, como atrás quedó apuntado. Salió por alférez general Lope de Zuazo. Melchior Ver-

dugo, que repudió su conducta, alcanzó que en su lugar entrase Pedro de Zárate. Y un vecino de Arequipa, llamado Alonso de Zárate, también fue nombrado por capitán de caballos. Eligieron por sargento mayor a Francisco de Piña, y por capitán de la guardia de los Oidores a Nicolás de Ribera el Mozo, aunque, porque no pareciese la presunción tan al descubierto, dice el Palentino que fue "con cubierta y nombre de capitán de la guardia del sello real". Todas son palabras suyas, del capítulo veinte y ocho.

A la elección de Capitán general hubo mucha confusión, escándalo y alboroto, porque se declararon tres graves pretendientes, que cada uno de por sí escandalizó su parte. El uno fue el Licenciado Santillán, Oidor de Su Majestad. Este lo pretendía porque era el más bienquisto de todos los Oidores, y emparentado con muchos caballeros nobles que ganaron aquel Imperio, que deseaban su elección. El segundo pretensor fue el Arzobispo de Los Reyes, Don Jerónimo de Loaysa. La causa que incitase a un religioso de la Orden de los Predicadores y Arzobispo de la Iglesia de Dios a pretender ser Capitán general de un ejército de cristianos, para hacer guerra a otros cristianos, no se supo. Los soldados más atrevidos, y con ellos casi todos, decían que no había sido otra la causa sino ambición y vanidad, que a un Arzobispo y religioso mejor le estaba estarse en su iglesia orando por la paz de aquellos cristianos y por la conversión y predicación del Evangelio a los naturales de aquel Imperio, que tan atajado lo tenía el Demonio¹ con aquellas guerras civiles. El tercer pretendiente fue el Doctor Saravia, Oidor de Su Majestad, de la misma Audiencia. El cual, aunque estaba desengañado de que no le habían de elegir, hizo mucha instancia en su pretensión, así por favorecer con los de su bando al Arzobispo Loaysa, como porque hubiese más pretendores contra el Licenciado Santillán, para que no fuese elegido; porque entre estos dos Oidores había emulación y pasión secreta en su tribunal

1. La frustración de la empresa evangelizadora significa también la frustración de la empresa conquistadora, desde el punto de vista de su justificación. Cf. El Inca G., historiador apasionado, loc. cit.

y quisiera que, ya que él no había de salir elegido, saliera el Arzobispo y no el Licenciado Santillán.

En esta confusión estuvieron algunos días, sin determinarse a ninguna de las partes. Mas viendo los electores (que eran los Oidores y algunos vecinos graves de Los Reyes) que se perdía tiempo y se menoscababa la autoridad del ejército, acordaron, por bien de paz, elegir dos Generales, porque se aplacasen los pretendientes y sus bandos. El uno fue el Licenciado Santillán y el otro el Arzobispo de los Reyes, que en elegirlo a él les pareció que satisfacían al Doctor Saravia, pues era de su bando.

En esta coyuntura les llegó nueva a los Oidores, y aun cartas de los vecinos del Cozco, de quiénes y cuántos iban a servir a Su Majestad. Mas los Oidores estaban tan temerosos y tan sospechosos en aquella rebelión, que unos de otros no se fiaban, cuanto más de los que venían de fuera y de la parte rebelada, que era el Cozco, y así les enviaron a mandar que hiciesen alto y no pasasen adelante hasta que otra cosa se proveyese. Apenas habían despachado el mensajero con este recaudo, cuando cayeron en el yerro que hacían en repudiar y despedir de sí y del servicio de Su Majestad hombres tan principales como los que venían, que habían dejado desamparadas sus casas, mujeres y hijos por no ser con el tirano. Temieron que el desdén y el menosprecio que dellos hacían los volviese al tirano, a mirar por sus casas y haciendas, mujeres e hijos, que tan sin respecto del oficio paternal los habían dejado y desamparado en poder de sus enemigos. Y así luego, a la misma hora, despacharon un mensajero con un recaudo muy amigable, agradeciéndoles mucho su venida, con las mejores palabras que se sufrió decir. Mandaron al mensajero que se diese prisa en su camino, y, alcanzando al primero, le pidiese los recaudos que llevaba y los consumiese, que nadie supiese dellos, y así se hizo todo como se ordenó, y los vecinos del Cozco llegaron a Los Reyes, do fueron muy bien recibidos y acariciados como lo merecían.

Hecha la elección de los capitanes y generales, enviaron los Oidores provisiones a todas las demás ciu-

dades del Imperio avisándoles del levantamiento de Francisco Hernández Girón, y previniéndoles se aprestasen para el servicio de Su Majestad. Enviaron nombrados los capitanes que en cada pueblo habían de ser, así de caballo como de infantes. Mandaron pregonar un perdón general para todos los que hubiesen sido culpados en las guerras pasadas de Gonzalo Pizarro y en las de Don Sebastián de Castilla, con que viniesen a servir a Su Majestad; porque supieron que de los unos y de los otros había muchos escondidos entre los indios que no osaban vivir en el pueblo de españoles. Entre estas provisiones y prevenciones, la primera fue poner recaudo en la mar y señorearse della, para lo cual nombraron a Lope Martín, que con cuarenta soldados se metiese en un buen galeón que había en el puerto de aquella ciudad y mirase por los demás navíos que en él había. Lope Martín lo hizo así, más duro pocos días en el oficio, que no fueron ocho, porque su condición era más colérica que flamática. Sucedióle en el cargo Jerónimo de Silva, el cual lo administró como caballero y soldado de mar y tierra, y Lope Martín se volvió a su conducta de Infantería, donde los dejaremos por decir de Francisco Hernández Girón.

El cual viéndose poderoso de gente, que le habían acudido de diversas partes más de cuatrocientos hombres, sin los que envió a Huamanca y Arequepa, determinó ir a la Ciudad de los Reyes a buscar el ejército de los Oidores, que él nunca le llamó de otra manera sino ejército de los Oidores, por decir que si fuera de Su Majestad no fuera contra él. Sacó más de cuatrocientos hombres consigo, bien armados y encabalgados, con mucha munición y bastimento y todo recaudo de armas, aunque por otra parte iba con pena, dolor y angustia de ver que no le acudían las ciudades, pueblos y lugares de aquel Imperio como lo había imaginado, siendo su demanda, como él decía, en favor y honra de todos ellos. Antes que se determinase de ir a Los Reyes, estuvo dudoso si iría primero contra el Mariscal, lo cual le fuera más acertado para su empresa, porque toda la gente que el Mariscal tenía estaba descontenta, así los leales servidores de Su Majestad como los no leales, por el rigor de la justicia

pasada, porque muchos de los muertos eran parientes, amigos y de una misma patria de los leales, los cuales habían sentido muy mucho de la pérdida de los dellos, que, como ellos decían, había sido más por sobra de castigo que por abundancia de delitos. Decían todos los más experimentados de la milicia que si Francisco Hernández acometiera primero al Mariscal, le fuera mejor, porque con gente descontenta ningún capitán puede hacer cosa buena. El Palentino, hablando en esto, capítulo sesenta, dice lo que se sigue: "Tuvo Francisco Hernández adversidad y revés en no elegir antes la ida de Potocsi que no de Lima, para señorearse de aquellas provincias, lo cual sin duda le estuviera mejor, porque, si fuera contra el Mariscal (que tan malquisto era en aquella sazón), ninguno de los que con él iban le dexaran, como lo hizieron viniendo, a Lima. Ni aun tampoco los del Mariscal le resistieran, ni tuvieran aparejo para ello, por la tardanza que hubo en aprestarse para la guerra y por los muchos enemigos que el Mariscal cabe sí tenía", etc.

Hasta aquí es de aquel autor. No permitió Dios que Francisco Hernández acertase en este paso, porque los males y daños que sucedieran fueran irremediables. Siguió el viaje de Lima, como lo dirá la historia. El Licenciado Alvarado, su maese de campo, se quedó en la ciudad a sacar la demás gente que quedaba, porque no pudieron salir todos juntos. Francisco Hernández Girón, antes de salir del Cozco, usó de una generosidad, y fue dar licencia y permitir que todos los vecinos que quisiesen quedarse en sus casas y no ir con él, lo pudiesen hacer libremente. Hizo esto por parecerle que no les habían agradado su empresa, porque no se le mostraron buenos amigos y no quería en su compañía gente sospechosa, principalmente si eran vecinos, porque era gente poderosa y habían de ser muchos soldados con ellos en cualquiera ocasión que se ofreciese. Sólo a Diego de Silva rogó e importunó, que acompañase su ejército, para darle valor y autoridad con la de su persona. Diego de Silva obedeció, más de temor que de amor, y así en pudiendo se fue a los suyos, como adelante veremos. De manera que fueron seis los vecinos que salieron del Cozco con Francisco Hernández: los tres que con él se hallaron la

noche de su rebelión, que fueron Tomás Vázquez, Juan de Piedrahita y Alonso Díaz, y los otros tres los adquirió después con caricias y oficios de capitanes: a Francisco Núñez con una compañía de caballos y a Rodrigo de Pinedo con otra de infantería, y a Diego de Silva, como hemos dicho, con palabras de amistad que encubrían la amenaza.

Pasados ocho días de la ida de Francisco Hernández, salió de la ciudad su maese de campo con más de docientos soldados. Entre ellos llevó a Francisco de Hinojosa, que pocos días antes había venido de Contisuyu con más de veinte soldados, que todos los que tenían este nombre de soldado deseaban favorecer y seguir el bando de Francisco Hernández Girón, y así le acudieron muchos, porque eran en favor dellos contra las muchas provisiones que los Oidores pregonaban en perjuicio de soldados y vecinos. Sin Hinojosa, vino otro soldado de la parte de Arequipa, que se decía Juan de Vera de Mendoza, que había estado con los del bando del Rey; era mozo y muy caballero, y, como mozo, aunque no tenía grados de soldado, deseaba con grande ansia ser capitán; y como los del Rey no lo eligieron por tal, vino con un amigo suyo, que se decía Mateo Sánchez, al Cozco, donde estaba Francisco Hernández, y esto pasó pocos días antes de la salida de Francisco Hernández, por gozar de nombre de capitán, y su compañero de nombre alférez; trajeron un paño de manos puesto en una vara en lugar de bandera, con intención y deseo de que Francisco Hernández, como Capitán general, les confirmase los nombres al uno y al otro. Diremos en el capítulo que se sigue el suceso de aquellas jornadas.

CAPITULO VIII

Juan de Vera de Mendoza se huye de Francisco Hernández. Los del Cozco se van en busca del Mariscal. Sancho Duarte hace gente y se nombra General della. El Mariscal le reprime. Francisco Hernández llega a Huamanca. Tópanse los corredores del un campo y del otro.

El maese de campo Alvarado alcanzó a su General ocho leguas de la ciudad del Cozco, porque le es-

peró allí hasta que llegase. Siguieron todos juntos su camino, y pasaron el río Apurímac, y pasaron dos leguas dél a hacer noche. Tardaron en pasar la puente cuatro días, por la mucha gente, cabalgaduras, munición y bastimento que llevaban. Viendo Juan de Vera de Mendoza que había más de quince días que había entrado en el ejército de Francisco Hernández Girón y que no le promovían ni confirmaban el nombre de capitán que traía, le pareció dejar a Francisco Hernández y volverse a los del Rey, que parece más entremés de farsantes que hecho de soldados, y por tal lo contamos. Concertó Juan de Vera con otros cuatro soldados, tan mozos como él, y con su compañero, que por todos fueron seis, de huirse aquella noche, y así lo pusieron por obra, y volvieron hacia la puente a toda diligencia y, habiéndola pasado la quemaron luego, por asegurarse de los que podían seguirles. Llegaron al Cozco la noche siguiente, y entraron dando arma, de manera que toda la ciudad se alborotó, temiendo que volvían los tiranos a hacerles algún mal, y así no osó salir nadie a la plaza.

Luego que amaneció, sabiendo que era el capitán Juan de Vera de Mendoza, que todavía traía su bandera alzada, salieron los vecinos a él y acordaron entre todos de irse donde el Mariscal estaba, que bien sabían que tenía hecho un buen ejército. Eligieron por capitán que los gobernase a Juan de Saavedra, vecino de la ciudad. Juan de Vera de Mendoza determinó adelantarse con los suyos, por no ir debajo de otra bandera sino de la suya, y aunque llegó donde estaba el Mariscal no le mejoraron la bandera ni le dieron nombre de capitán, así que sus diligencias no le aprovecharon más que de publicar sus deseos pueriles. Los del Cozco se juntaron, y entre todos se hallaron menos de cuarenta hombres: los quince eran vecinos que tenían indios, y los demás eran mercaderes y oficiales, que por inútil los habían dejado los tiranos. Todos caminaron hacia el Collao, donde estaba el Mariscal Alonso de Alvarado. El cual, sabiendo que los vecinos del Cozco iban a buscarle, envió a mandarles que no saliesen de su jurisdicción, sino que lo esperasen en el, que iba en busca dellos.

Sancho Dugarte, que entonces era Corregidor de la Ciudad de la Paz, hizo gente para servir a Su Majestad; alzó bandera, fue hacia el Cozco con más de docientos hombres en dos compañías, la una de infantes, y por capitán Martín de Olmos, y la otra de caballos, de los cuales se nombró capitán, con renombre general. Llegó a la puente del Desaguadero, donde estuvo pocos días, y, sabiendo que Francisco Hernández había salido del Cozco y que iba a Los Reyes, pasó adelante en su camino, con intención de llegar al Cozco e ir adelante en seguimiento de Francisco Hernández, porque cada uno pretendía mandar y no ser mandado, y su intención era ir huyendo del Mariscal por no ser su soldado. Lo cual sabido por él, le envió un recaudo duplicado. El primero fue una carta pidiéndole por ella que se volviese a su jurisdicción y le esperase en ella, porque no convenía al servicio de Su Majestad que hubiese tantos ejércitos disminuidos. Con la carta dio al mensajero (como Capitán general) un mandamiento riguroso, y mandó al que lo llevaba que si Sancho Dugarte no hiciese lo que por la carta le pedía, le notificase el mandamiento; lo cual se hizo así, y Sancho Dugarte volvió muy obediente a entrarse en su jurisdicción, aunque antes de ver el mandamiento había tentado eximirse de la carta y seguir su pretensión.

Dejarlos hemos en este puesto, por decir de Francisco Hernández Girón, que lo dejamos en Apurímac. El cual siguió su camino, y en Antahuaylla supo que los vecinos y soldados de Huamanca se habían ido a servir al Rey, y que Juan Alonso de Badajoz, maese de campo que se había nombrado de aquella gente, iba con el capitán Francisco Núñez y con los pocos soldados que este capitán sacó del Cozco para venir a Huamanca. De lo cual Francisco Hernández se sintió malamente, y se quejó a los suyos de que las ciudades que a los principios habían aprobado su hecho ahora le negasen con tanta facilidad y sin causa alguna. Pasó en su viaje hasta el río Uillca, donde los suyos descubrieron corredores del ejército de Su Majestad, porque los Oidores, sabiendo que Francisco Hernández iba hacia ellos, proveyeron al capitán Lope Martín que fuese cuadrillero de treinta soldados y procurase

saber nuevas del enemigo y en qué paraje quedaba, y volviese con diligencia a dar aviso de todo. Así lo cumplió Lope Martín, que, luego que vio los contrarios, se volvió retirando, y dio nueva de dónde quedaban.

Francisco Hernández siguió su camino hasta la ciudad de Huamanca, donde paró por esperar a Tomás Vázquez, porque, cuando lo envió a Arequepa, le dijo que no pasaría de aquella ciudad hasta que él volviese. Tomás Vázquez, habiendo hecho poco más que nada en Arequepa, se volvió por la costa hasta alcanzar a Francisco Hernández, que aunque aquella ciudad, al principio deste levantamiento, entendiendo que todos los vecinos del Cozco eran a una para elegir Procurador general que hablase y pidiese a Su Majestad y a la Audiencia Real lo que bien les estuviese, envió su embajador al Cozco como atrás se dijo, pero sabiendo después que era particular tiranía, se arrepintió de lo hecho, y todos sus vecinos se fueron a servir a Su Majestad. Y así Tomás Vázquez, no hallando con quién negociar, se volvió a su General en blanco, y, por no ir tan en blanco, mató en el camino a Martín de Lezcano, que era gran compañero suyo, porque tuvo sospecha dél que quería matarle y alzar bandera por Su Majestad. Ahorcó a otro soldado principal que se decía Alonso de Mur, porque imaginó que se quería huir, habiendo recibido de Francisco Hernández cabalgadura y socorro. Sabiendo Francisco Hernández que Tomás Vázquez iba cerca de la ciudad, salió a recibirle con golpe de gente, sin orden de guerra ni concierto, y así entraron todos juntos. Hizo esto Francisco Hernández porque no se viese ni se supiese la poca gente que Tomás Vázquez traía consigo.

El capitán Francisco Núñez, que salió del Cozco con cuarenta soldados para tomar posesión de Huamanca y hacer los demás autos que le fue mandado, halló en ella lo mismo que Tomás Vázquez en Arequepa: que todos los vecinos, arrepentidos de su primera determinación, se huyeron a Los Reyes a servir a Su Majestad. Sólo quedó con él Juan Alonso de Badajoz y Sancho de Tudela, un viejo de ochenta y seis años que siguió a Francisco Hernández hasta que se acabó su tiranía, y después della le mataron por él.

Con estos dos, y con sus pocos soldados, salió Francisco Núñez a recibir a su General, y le halló muy sentido de que le negasen los que al principio habían aprobado su empresa. Para alivio de esta congoja de Francisco Hernández, se fueron a él dos soldados famosos de Lope Martín, que el uno dellos fue después alférez del maese de campo Licenciado Alvarado, de los cuales soldados se informó Francisco Hernández de todo lo que deseaba saber del campo de Su Majestad; y habiéndose informado, salió de Huamanca con más de setecientos hombres de guerra. Llegó al valle de Sausa, envió dos cuadrilleros capitanes suyos que fuesen a correr por diversas partes. El uno fue Juan de Piedrahita, que llevó sesenta soldados, y el otro Salvador de Lozano, que llevó otros cuarenta. Del campo de Su Majestad enviaron a Jerónimo Costilla, vecino del Cozco, con veinte y cinco soldados, que fuese a correr la tierra y saber dónde quedaba el enemigo. Acertó a ir por el camino que Juan de Piedrahita traía, y, sabiendo que estaba cuatro leguas de allí y que eran sesenta soldados los del enemigo, se retiró, no pudiendo resistirle. Por otra parte, sabiendo Piedrahita por el aviso de los indios (que como hemos dicho hacen a dos manos) que Jerónimo Costilla estaba tan cerca dél, y la poca gente que traía, dio una transnochada y al amanecer llegó donde estaban; y hallándolos desapercibidos, los desabarató y prendió tres dellos, y se volvió con ellos a su ejército.

CAPITULO IX

Tres capitanes del Rey prenden a otro del tirano y a cuarenta soldados; remitenlos a uno de los Oidores.

Francisco Hernández determina acometer al ejército real; huyensele muchos de los suyos.

Como los sucesos de la guerra sean varios y mudables, sucedió que, yéndose retirando Jerónimo Costilla, topó con Jerónimo de Silva, que los Oidores habían enviado en pos dél; y retirándose ambos, porque sospechaban que Francisco Hernández con todo su ejército iba en seguimiento dellos, acertaron a prender

un indio de servicio del capitán Salvador de Lozana, y, apretándole en las preguntas que le hicieron, supieron que su señor Lozana estaba en tal puesto y el número de la gente que tenía. Con lo cual avisaron a los Oidores, y pidieron gente para ir sobre él y prenderle. Los Oidores proveyeron que Lope Martín fuese con sesenta hombres al socorro; los cuales, juntándose con Jerónimo Costilla y Jerónimo de Silva, se dieron tan buena maña que, aunque los contrarios eran famosos soldados y todos llevaban arcabuces y estaban en un fuerte, los rindieron, prometiéndoles perdón de sus delitos si se pasaban al Rey; los cuales se desordenaron y salieron de su fuerte y se dejaron prender todos, que no escapó más de uno que llevó la nueva a Francisco Hernández Girón. El cual sintió aquella pérdida muy mucho, porque hacía mucha confianza de Lozana, y los soldados eran de los escogidos de su campo.

Llevaron los presos al ejército del Rey; los Oidores mandaron que los ahorcasen todos; lo cual sabido por los soldados de Su Majestad se querellaron del auto, diciendo que ellos no saldrían a correr la tierra ni hacer otra cosa alguna que contra los enemigos se les mandase, porque también los contrarios, como los Oidores, ahorcarían los que prendiesen aunque no hubiesen hecho por qué. Esta querrela de los soldados favorecieron algunos capitanes por dar contento a sus soldados, y suplicaron a la Audiencia se moderase el mandato. Con lo cual, por quitarlos del ejército, enviaron a Lozana y a los suyos al Licenciado Altamirano, Oidor de Su Majestad, que estaba en la mar, que hiciese dellos lo que bien visto le fuese. El cual mandó ahorcar a Lozana y a otros dos de los más culpados, y los demás desterró del Reino.

Francisco Hernández Girón, aunque lastimado de la pérdida del capitán Lozana y de sus soldados, pasó adelante con su ejército, confiado en las trazas y ardides de guerra que llevaba imaginadas. Llegó al valle de Pachacámac, cuatro leguas de la Ciudad de los Reyes, donde llamó a consulta para determinar lo que se hubiese de hacer. Entre otras cosas determinó con los de su consejo que una noche de aquellas primeras acometiesen al ejército real (que estaba fuera

de la ciudad), llevando por delante las vacas que había en aquel valle, que eran muchas, con mechas encendidas atadas a las cuernas, y con muchos indios y negros y algunos soldados arcabuceros que fuesen con ellas aguijándolas para divertir el escuadrón del Rey y acometerle por donde mejor les estuviese. Esto quedó determinado entre ellos ejecutarlo de allí a cuatro noches.

Hallose en esta consulta Diego de Silva, vecino del Cozco a quien Francisco Hernández, como atrás dijimos, pidió que autorizase su campo con su compañía, y, por obligarle más le llamaba a todas sus consultas. Los corredores del un ejército y del otro se vieron luego y avisaron de lo que había. Los Oidores y sus dos Generales se apercibieron para cualquier suceso que se ofreciese; los capitanes hicieron lo mismo, que tenían sus soldados bien ejercitados, que muchos días había escaramuza entre ellos y otros días les mandaban tirar al terrero, señalando joyas y preseas para los mejores tiradores. Había en este campo más de mil y trescientos soldados, los trescientos de a caballo y cerca de seiscientos arcabuceros y otros cuatrocientos y cincuenta piqueros.

Es de saber que teniendo nueva los Oidores que Francisco Hernández Girón pasaba de Huamanca y que iba a buscarles, les pareció que sería bien agradecer a los suyos y aplacar toda la demás comunidad de vecinos y soldados de la tierra con suspender las provisiones que habían mandado pregonar acerca del servicio personal de los indios, y de que no los cargasen por los caminos ni caminasen los españoles con indias ni indios, aunque fuesen criados suyos, y otras cosas de que todos los moradores de aquel Imperio estaban muy agraviados y descontentos. Por lo cual acordaron los Oidores suspenderlo todo, y consultaron con todos los vecinos que consigo tenían, y acordaron que para mayor satisfacción dellos eligiesen dos procuradores que en nombre de todo aquel Imperio viniesen a España a suplicar a Su Majestad y pedirle lo que bien les estuviese. Eligieron a Don Pedro Luis de Cabrera, vecino del Cozco, que, como atrás hemos dicho, por su mucho vientre era impedido para andar en la guerra, y a Don Antonio de Ribera, vecino de Rímac, por tales procurado-

res; los cuales se aprestaron para venir a España. Don Antonio de Ribera llegó a ella, y Don Pedro Cabrera paró en el camino y no pasó adelante.

Dos días después que Francisco Hernández llegó a Pachacámac, salió parte de su gente a escaramuzar con los del Rey. Trabose poco a poco la escaramuza y fue creciendo más y más, porque de la una parte y de la otra había muy buenas ganas de probar las fuerzas del contrario. Salió a ella Diego de Silva, mostrándose mucho del bando de Francisco Hernández; mas viendo buena coyuntura, se pasó al campo de Su Majestad y llevó consigo otros cuatro soldados famosos, uno dellos llamado fulano Gamboa; era alférez del capitán Nuño Mendiola. El alférez, con su huida, causó mucho mal a su capitán, como adelante diremos. Sin los de Diego de Silva se huyeron aquel día otros muchos soldados y se pasaron al Rey, con lo cual cesó la escaramuza.

Lo mismo hicieron el día siguiente y los demás que Francisco Hernández estuvo en Pachacámac, que de veinte en veinte y de treinta en treinta se pasaban al Rey, sin poderlo remediar los contrarios; lo cual visto por Francisco Hernández Girón, determinó retirarse y volverse al Cozco antes que todos los suyos le desamparasen, porque la traza de acometer con las vacas por delante le pareció que no sería de ningún provecho, porque ya Diego de Silva habría dado aviso della y los Oidores estarían prevenidos para resistirle y ofenderle.

Con esta determinación hizo una liberalidad, más por tentar y descubrir los ánimos de los suyos que por hacer magnificencias. Díjoles que los que no gustasen de seguirle se pasasen luego al campo de los Oidores, que él les daba toda libertad y licencia. Algunos la tomaron, pero eran de los muy inútiles; mas no por eso dejó el maese de campo, Licenciado Alvarado, de quitarles las cabalgaduras y las armas y los vestidos, si eran de algún provecho para los suyos. Así salió Francisco Hernández del valle de Pachacámac con el mejor concierto que pudo, que lo ordenó más de miedo de los suyos, que no se le huyesen, que de temor de los contrarios que le siguiesen, porque era notorio que, por haber tantos que mandaban

en el campo de los Oidores, no se determinaba cosa alguna con tiempo y sazón como era menester, según veremos luego.

CAPITULO X

Francisco Hernández se retira con su ejército. En el de Su Majestad hay mucha confusión de pareceres. Un motín que hubo en la ciudad de Piura, y cómo se acabó.

Francisco Hernández salió de Pachacámac con determinación de retirarse, y así lo hizo. Dejaron en el alojamiento sus soldados cosas inútiles que no pudieron llevar, todo lo cual saquearon los del Rey, saliendo desmandados de su ejército. Los Oidores entraron en consulta con los que eran del consejo de guerra, que, demás de los capitanes, llamaban muchos vecinos del Reino, los cuales, como más experimentados, eran más acertados; pero en tanta multitud de pareceres, cada uno pretendía y hacía fuerza para que el suyo saliese a plaza. Determinaron al fin de muchos pareceres que Pablo de Meneses, con seiscientos hombres, los mejores del campo, siguiese a Francisco Hernández a la ligera. Estando otro día la gente apercebida para salir, mandaron los dos Generales que no llevase más de cien hombres, diciendo que no era bien que el campo quedase tan desflorado de gente útil y lucida. Los Oidores y los consejeros, remediando esta variedad, volvieron a mandar que llevase los seiscientos hombres que estaban elegidos, sobre lo cual sucedió lo mismo que el día antes, que los Generales desmandaron lo mandado y que no llevase más de cien hombres, para dar arma al enemigo y recoger los que quisiesen huirse dél. Así salió Pablo de Meneses, bien desabrido y descontento de tanta mudanza de provisiones y de tanto rigor de los Generales, que aun no consintieron que fuesen con él algunas personas particulares, amigos suyos, que deseaban acompañarle. Dejarlos hemos, por contar lo que en estos mismos días pasó en la ciudad de San Miguel de Piura.

En aquella ciudad vivía un soldado de buen nombre y de buena reputación llamado Francisco de Silva. Los Oidores, como atrás se dijo, enviaron sus provisiones a todos los Corregidores de aquel Reino, avisándoles del levantamiento de Francisco Hernández Girón, mandándoles que se apercibiesen y llamasen gente para resistir y castigar al tirano. El Corregidor de Piura, llamado Juan Delgadillo, dio su comisión a Francisco de Silva, y le mandó que fuese a Túmbiz y por aquella costa recogiese los soldados que hallase y los trajese consigo. Francisco de Silva fue como se le mandó, y volvió a Piura con una escuadra de veinte y seis o veinte y siete soldados; los cuales, habiendo estado en aquella ciudad doce o trece días, viendo que no les daban posada ni de comer, y que ellos eran pobres, que no podían mantenerse, fueron al Corregidor llevando por caudillo a Francisco de Silva, y le suplicaron les diese licencia para ir a la Ciudad de los Reyes a servir a Su Majestad en aquella ocasión. El Corregidor se la dio aunque forzado de ruegos e importunidades que toda la ciudad le hizo.

Estando los soldados otro día para caminar, el Corregidor, sin ocasión alguna, revocó la licencia, y les mandó en particular que se fuesen a sus posadas y no saliesen dellas ni de la ciudad sin licencia suya. Francisco de Silva y sus compañeros, viendo que no les aprovechaban ruegos ni protestaciones que al Corregidor hicieron, acordaron entre todos de matarle y saquear la ciudad e irse a servir a Francisco Hernández Girón, pues no les dejaban ir a servir a Su Majestad. Con este concierto, y bien apercibidos de sus armas, fueron doce o trece dellos a casa del Corregidor y lo prendieron, y mataron a un Alcalde de los ordinarios. Robaron la casa del Corregidor, donde hallaron arcabuces, montantes, espadas y rodelas, lanzas y partesanas, y pólvora en cantidad. Sacaron el estandarte real; pregonaron que saliesen todos, so pena de la vida, a meterse debajo de la bandera. Descerrajaron la caja real, robaron lo que había dentro, hasta la hacienda de difuntos; lo mismo hicieron por todas las casas de la ciudad, que las saquearon sin dejar en ellas cosa que les fuese de provecho. Y con la venida de un soldado que en aquella coyuntura llegó a Piura, que iba desterra-

do de Rímac y se huyó en el camino, publicaron y echaron fama (concertándolo primero con el soldado) que dijese Francisco Hernández Girón venía muy pujante a la Ciudad de los Reyes, y que todo el Reino era en su favor, hasta el Oidor Santillán, que se le había pasado con muchos amigos y deudos suyos. Sin esto dijo otras mentiras, tan grandes y mayores, si mayores podían ser; con lo cual quedaron los tiranillos más ufanos que si fueran verdades y ellos señores del Perú. Y porque el soldado dijo que deseaba ir en busca de Francisco Hernández Girón para servirle, tomaron todos el mismo deseo, y lo pusieron por obra.

Llevaron al Corregidor preso, con una buena cadena de hierro, y otros ocho o nueve vecinos y hombres principales de aquella ciudad, en colleras y cadenas como los que llevan a galeras. Así caminaron más de cincuenta leguas con toda la desvergüenza posible, hasta que llegaron a Cassamarca, donde hallaron dos españoles que vivían de su trabajo y granjería, de los cuales supieron el estado de Francisco Hernández Girón, y cómo iba huyendo, y los Oidores en pos dél, y que a aquella hora estaría ya el tirano muerto y consumido. Con las nuevas quedaron del todo perdido Francisco de Silva y sus compañeros; lloraron su locura y desatino; acordaron volverse a la costa, para huirse en algún navío, si lo pudiesen haber. Soltaron al Corregidor y a los demás presos bien desacomodados, porque no pudiesen hacerles daño. Y los tiranos, que eran más de cincuenta, se dividieron en cuadrillas pequeñas, de tres, cuatro compañeros cada una, por no ser sentidos por doquiera que pasasen.

El Corregidor, viéndose libre, llamó gente con la voz del Rey; prendió algunos dellos y los hizo cuartos. Los Oidores, sabiendo las desvergüenzas y atrevimientos de aquellos hombres, enviaron un juez llamado Bernardino Romani, a que los castigase; el cual prendió y ahorcó casi todos ellos; algunos echó a galeras. Francisco de Silva y otros compañeros suyos se fueron a Trujilo, y entraron en el convento del Divino San Francisco y tomaron su hábito, y con él salieron de aquella ciudad y fueron a la mar, y se embarcaron en un navío que los sacó fuera de aquel Imperio, con que escaparon sus vidas.

En estos mismos días vino del Reino de Chile un vecino de la ciudad de Santiago, llamado Gaspar Orense, con las nuevas tristes y lamentables del levantamiento de los indios Araucos de aquel Reino y la muerte del Gobernador Pedro de Valdivia y de los suyos, de que dimos larga cuenta en el Libro sétimo de la primera parte de estos nuestros **Comentarios**. Las cuales nuevas sintieron muy mucho todos los del Perú, por la alteración de los indios, la cual se principió a los postreros días del año de mil y quinientos y cincuenta y tres, y hoy, que es casi el fin del año de mil y seiscientos y once (cuando escribimos esto) no se ha acabado la guerra, antes están aquellos indios más soberbios y pertinaces que a los principios, por las muchas victorias que han habido y ciudades que han destruído. Dios Nuestro Señor lo remedie como más a su servicio convenga. Quizá en el Libro siguiente diremos algo de aquellas hazañas de los Araucos.

CAPITULO XI

Sucesos desgraciados en el un ejército y en el otro. La muerte de Nuño de Mendiola, capitán de Francisco Hernández, y la de Lope Martín, capitán de Su Majestad.

Volviendo a los sucesos del Perú, decimos que Francisco Hernández Girón, habiendo salido de Pachacámac, caminaba muy recatado, con escuadrón formado y recogida su gente y bagaje; como hombre temeroso que sus contrarios no le siguiesen y persiguiesen hasta acabarle. Mas cuando vio que los primeros tres y cuatro días no le seguían, y supo por sus espías la mucha variedad de opiniones que habían en cada consulta que sus contrarios hacían, y que lo que los Oidores ordenaban y proveían, los Generales lo desmandaban y descomponían, y que en todo había confusión, bandos y diferencias, se alentó y caminó con más seguridad y menos sobresalto. Mas no por eso dejaron de sucederle enojos y pesadumbres con sus mayores amigos, que, en llegando al valle llamado Huarco, ahorcó dos soldados principales de los suyos no más de por

sospecha que se querían huir, que ya entre ellos no era menester otro fiscal sino la sospecha para matar al más confiado.

Pasando Francisco Hernández más adelante en su jornada, llegó al valle llamado Chíncha, abundante de comida y de todo regalo, donde el capitán Nuño Mendiola le dijo que sería bien que parasen allí tres o cuatro días, para que la gente descansase y se proveyese de lo necesario para el camino. Francisco Hernández no quiso admitir el consejo, y mirando en quien se lo daba, le pareció que el Mendiola no había hecho buen semblante al repudio del consejo, a lo cual no faltaron otros buenos terceros que dijeron a Francisco Hernández que Mendiola se quería pasar al Rey, lo cual el tirano con mucha facilidad, trayendo a la memoria que su alférez Gamboa se había huído con Diego de Silva pocos días antes, y que debió de llevar recaudos a los Oidores para asegurar la ida de su capitán cuando se huyese. Sola esta sospecha bastó para que Francisco Hernández mandase a su maese de campo que le quitase las armas y caballo y le dejase ir donde quisiese. Mas el maese de campo cumplió el mandato hasta quitarle la vida, y así acabó el pobre capitán Nuño Mendiola, que tal paga le dieron con ser de los primeros confederados con el tirano. Demás de lo dicho, no dejaron de írsele algunos soldados a Francisco Hernández Girón, que fueron a parar con Pablo de Meneses y le dijeron que Francisco Hernández iba muy desbaratado, que se le había huído mucha gente, que casi no llevaba trecientos hombres, llevando más de quinientos.

Con estas nuevas se esforzó Pablo de Meneses y consultó con los suyos de dar una trasnochada en los enemigos y desbaratarlos; y teniéndolo así determinado, yendo ya marchando en su jornada, advirtieron en lo que fuera razón que miraran antes, que fue ver que no llevaban maíz para sus cabalgaduras, ni sabían de dónde haberlo. Entonces se ofreció un soldado de los que se habían huído de Francisco Hernández, llamado Francisco de Cuevas, diciendo que él sabía dónde había mucho maíz, y traería cuanto fuese menester. Pablo de Meneses lo envió con una docena de indios, que los trajese cargados de maíz. El soldado hi-

zo su viaje, y envió los indios con el maíz, y les dijo que, en acabando de comer su caballo, iría en pos dellos; y cuando se vio solo, en lugar de irse a Pablo de Meneses, se fue a Francisco Hernández, y le dio cuenta de los enemigos, cuántos eran y cómo iban determinados a dar sobre él la noche venidera. Pidíole perdón de habersele huído; dijo que entendía que había sido permisión de Dios para que le diese noticia de la venida de sus enemigos, porque no le tomasen de sobresalto. El volverse aquel soldado a Francisco Hernández fue porque uno de los de Pablo de Meneses, hablando en general de los tiranos, dijo que el mejor librado dellos, acabada la guerra, aunque se hubiesen pasado al Rey, habían de ir azotados a galeras. Lo cual oído por aquel soldado, acordó volverse a su capitán, y para merecer perdón le dio cuenta de todo lo que sabía.

Francisco Hernández se apercibió luego, y estuvo toda aquella tarde y la noche siguiente puesto en escuadrón, esperando sus enemigos. Pablo de Meneses y Lope Martín y todos los suyos, viendo que Francisco de Cuevas no volvía, sospecharon lo que fue, que se había vuelto a Francisco Hernández y avisándole de cómo iban a buscarle, y que el enemigo, sabiendo cuán pocas eran, vendría a buscarlos. Acordaron retirarse; mandaron que caminase luego la gente a un pueblo llamado Uillacori, que está cinco leguas de donde ellos estaban, que era en el río de Ica, y que treinta de a caballo, de los mejores caballos, quedasen en retaguardia para dar aviso de lo que fuese menester. A esto se ofreció el capitán Lope Martín de quedar con otros tres compañeros para mirar por los enemigos y servir de centinela y corredores, para dar aviso de lo que fuese menester. Con esto se fue Pablo de Meneses, y todos los suyos le siguieron hasta Uillacori, y Lope Martín y sus compañeros se subieron a un cerro alto que está sobre el río de Ica, para descubrir mejor a los enemigos; pero salíoles en contra, porque todo aquel valle tiene mucha arboleda, que no deja ver lo que hay debajo della.

Estando así atentos, acertó un indio cañari, de los de Francisco Hernández, a ver a Lope Martín y a sus tres compañeros, y dio aviso dellos a los suyos; los cua-

les salieron por la una banda y por la otra del cerro do estaba Lope Martín, para tomarle las espaldas, y así lo hicieron, que Lope Martín y los suyos, mirando a lejos, no vieron lo que tenían cerca de sí. Pudieron los enemigos hacer bien este lance, porque aquel río pasa por debajo del cerro (donde estaba Lope Martín) y se entra tan debajo dél que de lo alto no se descubre la gente que por el un lado y el otro del cerro pasa, hasta que están en lo alto dél. Yo y otros compañeros, caminando por aquel camino, subimos aquel cerro para ver cómo le sucedió a Lope Martín y a los suyos la desgracia que luego diremos, y vimos que, habiéndose puesto donde se pusieron, no pudieron ver los enemigos hasta que les tuvieron ganadas las espaldas.

Viéndose atajados Lope Martín y sus compañeros, dieron huir por una parte y otra del camino, y aunque hicieron sus diligencias no pudieron escaparse los tres dellos, que fueron presos, y entre ellos Lope Martín; y no le conociendo los enemigos, llegó un moro berberisco que había sido de Alonso de Toro, cuñado de Tomás Vázquez, que eran casados con dos hermanas, y dijo a Alonso González que mirase que era Lope Martín el que llevaban preso. Regocijéronse con la buena nueva del prisionero, y lleváronselo a Francisco Hernández Girón; mas él no lo quiso ver; antes acordándose de la muerte de su capitán Lozano, que el Oidor Altamirano mandó ahorcar, dijo que con toda brevedad lo matasen, y a otro soldado de los que él prendieron, que se le había huído a Francisco Hernández. Todo se cumplió así. A Lope Martín cortaron la cabeza y la pusieron en la punta de una lanza, y la llevaron por trofeo y estandarte a la jornada de Uillacori que luego diremos. Así acabó el buen Lope Martín, de los primeros conquistadores de aquel Imperio, que se halló en la prisión de Atahuallpa y fue vecino de la ciudad del Cozco.

CAPITULO XII

Los Oidores envían gente en socorro de Pablo de Meneses. Francisco Hernández revuelve sobre él y le da un bravo alcance. La desgraciada muerte de Miguel Cornejo. La lealtad de un caballo con su dueño.

Yendo Pablo de Meneses, como atrás se dijo, siguiendo a Francisco Hernández Girón, escribió a los Generales del ejército, que eran el Oidor Santillán y el Arzobispo de Los Reyes Don Jerónimo de Loaysa, que, porque el enemigo llevaba mucha gente y él iba con falta della, le enviasen socorro con toda brevedad, porque pensaba de aquel viaje destruir al tirano. Los Generales cumplieron luego su demanda, que le enviaron más de cien hombres muy bien armados y apercebidos, y entre ellos fueron mucho vecinos de Los Reyes, del Cozco, Huamanca y Arequepa; y con la diligencia que en su camino hicieron, llegaron a Uillacqri poco antes que Pablo de Meneses entrase en él, donde se alentaron los unos y los otros con verse juntos. Supieron que el enemigo estaba cinco leguas de allí, y que Lope Martín, y tres compañeros con él, quedaban por atalayas y corredores para avisar de lo que fuese menester. Con esta nueva se quietaron todos, entendiendo que estaban seguros; pero en la guerra los capitanes, para hacer bien su oficio, no deben asegurarse aunque estén los enemigos lejos, cuanto más tan cerca, porque no les sucede lo que a los presentes.

Francisco Hernández, habiendo sabido de Lope Martín y de sus compañeros dónde y cómo estaba Pablo de Meneses, apercebido su gente para ir en pos dél a toda diligencia. A lo cual, para que saliese con la victoria, le ayudó su buena ventura, porque el soldado compañero de Lope Martín que escapó de los tiranos, con el miedo que les cobró se metió en un algarrobal para esconderse y librarse de la muerte, y no pudo ir a dar aviso a Pablo de Meneses, que le fuera de mucha importancia. El cual estaba bien descuidado de pensar que viniese los enemigos, porque teniendo a Lo-

pe Martín y a sus compañeros por atalayas, que los tenía por hombres diligentes y de todo buen recaudo, dormían descuidados y sin recelo alguno y sin centinelas.

Al amanecer, un soldado que había salido del real a buscar por aquellas hoyos un poco de maíz que le faltaba, sintió ruido de gente, y, mirando en ello, vio una cuadrilla de treinta caballos que Francisco Hernández envió delante para dar arma a Pablo de Meneses, y que lo entretuviesen escaramuzando con los del Rey hasta que él y todos los suyos llegasen a pelear con ellos. El soldado tocó arma, y dio aviso de los que venían. Pablo de Meneses, entendiendo que no iba en pos dél más gente que la que el soldado decía, no quiso retirarse; antes mandó hacer alto para pelear con los que le seguían, y no quiso creer a los que se lo contradecían, que le fue de mucho daño, porque dieron lugar a que los enemigos se les acercasen. Estando en esto, vieron asomar por aquellos arenales más y más gente de los enemigos. Entonces mandó Pablo de Meneses que se retirasen a toda prisa, y él quedó en la retaguardia a detener los contrarios; los cuales escaramuzaron con los del Rey, donde hubo algunos heridos y muertos de una parte y otra. Fueron así escaramuzando muy gran parte del día, que los enemigos no los dejaban caminar. En esto llegó todo el escuadrón de Francisco Hernández Girón. donde hubo mucha revuelta y confusión de gente, así de la que huía como de la que seguía, que con el polvo y alboroto no se conocían unos a otros. Duró el alcance más de tres leguas; salió herido el capitán Luis de Ávalos, y otros cinco o seis con él; quedaron muertos catorce o quince, y entre ellos el buen Miguel Cornejo, vecino de Arequepa, de los primeros conquistadores, a quien Francisco de Carvajal, maese de campo de Gonzalo Pizarro, por las obligaciones que le tenía, le hizo la amistad que atrás contamos. El cual llevaba una celada borgoñona, calada la visera, y con el mucho polvo de los que huían y seguían, y con el mucho calor que en aquellos valles y su región perpetuamente hace, le faltó el aliento y no acertando a alzar la visera, por la prisa y temor de los enemigos, se ahogó dentro de la celada, que lastimó a los que

le conocían, porque era un hombre de mucha estima y de mucha bondad, como la usó con Francisco de Carvajal y su mujer y familia, viéndolos desamparados en la plaza de Arequepa, sin posada ni quien se la diese.

Los enemigos llamaron a recoger, porque vieron que aunque iban victoriosos iban perdiendo de su gente, porque vieron que mucha della, a vueltas de los que huían, se les iba al Rey, con lo cual cesaron de su alcance y a toda prisa volvieron atrás, antes que entre ellos hubiese algún motín. Entre los que se le huyeron a Francisco Hernández aquel día fue un vecino del Cozco llamado Juan Rodríguez de Villalobos, a quien Francisco Hernández, después de su levantamiento, por prenderle, casó en el Cozco con una cuñada suya, hermana de su mujer; pero no le aprovechó al tirano el parentesco, que, con la revuelta de aquel día, se pasó al bando de Su Majestad. Francisco Hernández, cuando lo supo, en satisfacción de que le hubiese negado, dijo por desdén y menosprecio que votaba a tal, que le pesaba más por una espada que le llevaba que no por su ausencia; y engrandeciendo más su presunción, dijo que todos los que no quisiesen seguirle se fuesen libremente a los Oidores, que él les daba libertad, que no quería compañía de hombres forzados sino de amigos voluntarios. Pablo de Meneses, con la prisa que los enemigos le dieron, se apartó de los suyos con otros tres compañeros, y fueron a parar a Chíncha, como lo dice el Palentino, capítulo treinta y ocho, por estas palabras:

“Viendo Pablo de Meneses perdida su gente, y que iban huyendo a rienda suelta, desvióse del camino y fue por léganos de arena al río de Pisco, con otros tres que le siguieron, y de allí se fue a Chíncha”, etc.

Hasta aquí es de aquel autor. Los enemigos, a la vuelta de su alcance, fueron recogiendo cuanto por el camino hallaron, que los leales, por alijar sus caballos y mulas, habían echado de sí cuanto llevaban, hasta las capas y capotes y las armas, como hacen los navegantes cuando temen anegarse con la tormenta. Tal la llevaban estos capitanes y soldados reales, que en un punto se hallaban poderosos para destruir y anular

al tirano y en aquel mismo punto iban huyendo dél, como acaeció en esta jornada.

Ofréceseme contar un caso que acaeció en ella, que, porque semejantes cosas se hallan pocas en el mundo, se me dará licencia que la diga, que fue la lealtad de un caballo que yo conocí. En aquel trance de armas se halló un caballero de la parte de Su Majestad, vecino del Cozco, de los primeros conquistadores de aquel Imperio, que se decía Juan Julio de Hojeda. El cual, entre otros caballos suyos, tenía uno bayo, de cabos negros; hallose en él aquel día del alcance de Uillacori. Yendo huyendo todos a rienda suelta (como lo ha dicho el Palentino), Juan Julio de Hojeda cayó de su caballo. El cual, viéndole caído, aunque iba corriendo entre más de otras trecientas cabalgaduras, paró, que no se meneó hasta que su dueño se levantó y subió en él, y escapó con la vida por la lealtad del caballo; lo cual se tuvo a mucho, por ser cosa tan rara. Otro paso, casi al propio, vi yo que este mismo caballo hizo en la ciudad del Cozco, y fue que, acabada esta guerra, ejercitándose los caballeros de aquella ciudad en su jineta, que por lo menos había cada domingo carrera pública, un día de aquellos, yendo a correr un condiscípulo mío mestizo llamado Pedro de Altamirano, hijo de Antonio Altamirano, conquistador de los primeros, vio a una ventana, a mano izquierda de como él iba, una moza hermosa que vivía en las casas que fueron de Alonso de Mesa; con cuya vista se olvidó de la carrera que iba a dar, y, aunque había pasado del derecho de la ventana, volvió dos o tres veces el rostro, a ver la hermosa. A la tercera vez que lo hizo, el caballo, viéndose ya en el puesto de donde partían a correr, sintiendo que el caballero se rodeaba, para apercibirle y llamarle a la carrera, revolvió con grandísima furia para correr su carrera. El caballero, que tenía más atención en mirar la hermosa que en correr su caballo, salió por el lado derecho dél, y cayó en el suelo. El caballo, viéndole caído, aunque había partido con la furia que hemos dicho y llevaba puesto su pretal de cascabeles, paró sin menearse a parte alguna. El galán se levantó del suelo y subió en su caballo y corrió su carrera, con harto empacho de los presentes; todo lo cual vi yo

dende el corredorcillo de las casas de Garcilaso de la Vega, mi señor, y con este segundo hecho del caballo se certificó el primero, para que lo creyésemos los que entonces no lo vimos.

Y con esto volveremos al ejército de los Oidores, donde hubo mucha pasión y pesadumbre y novedades de cargos y oficios, como luego se verá.

CAPITULO XIII

Deponen los Oidores a los dos Generales. Francisco Hernández llega a Nanasca. Una espía doble le da aviso de muchas novedades. El tirano hace un ejército de negros.

En el campo de Su Magestad, entre los dos Generales había mucha contradicción y división, tanto que públicamente lo murmuraban y blasfemaban los capitanes y soldados, de ver huir el uno del otro en todas ocasiones y provisiones. Sabida la murmuración por los Generales, comieron un día ambos juntos por intercesión de muchos hombres principales, que trajeron al Licenciado y Oidor Santillán de dos leguas de allí, que estaba en otro pueblo, retirado aparte. Y de que comiesen juntos y hubiese amistad entre ellos dice el Palentino, capítulo treinta y nueve que "el campo recibió mucho contento", etc. Luego aquel mismo día, ya tarde, llegó la nueva al campo del desbarate y alcance de Uillacori, de que se admiraron todos, porque entendían, según las nuevas que por horas tenían, que Pablo de Meneses hacía ventaja al enemigo. Los Oidores y capitanes y los demás consejeros se alteraron mucho de la pérdida de Pablo de Meneses, y vieron por experiencia que la división y contradicción de los Generales habían causado aquella pérdida de la reputación del ejército imperial; que el daño no se debía estimar en nada, porque en la gente antes ganaron que perdieron con los que del tirano se le pasarán. Pero encarecían mucho, como era razón, el menoscabo de la reputación y autoridad del ejército real. Por lo cual, juntándose todos, acordaron deponer por provisión real a los dos Generales, y que Pa-

blo de Meneses hiciese el oficio de Capitán general, y Don Pedro Portocarrero fuese maese de campo, lo cual también se murmuró y blasfemó en todo el campo, diciendo que a un ministro que había perdido una jornada como aquélla, en lugar de le castigar y descomponer, le aumentasen en honra y provecho, subiéndole de maese de campo a General, en lugar de bajarle hasta el menor soldado del campo.

Notificáronse las provisiones del Audiencia a los Generales, en los cuales hubo alteración, y no poca; mas ellos se apaciguaron y pasaron por lo proveído. Mandóse que siguiesen al tirano a la ligera, con ochocientos hombres. Mas en esto también hubo diferencia como en lo pasado, de manera que no salieron de aquel puesto en aquellos tres días primeros. Y porque el Licenciado Santillán se volvía a Los Reyes, sus parientes y amigos, que eran muchos, le acompañaron en gran número, que eran cerca de ciento y cincuenta personas. No faltó entonces uno de sus amigos que le avisó que no los llevase consigo, porque causaría escándolo y dirían sus émulos y contrarios que caminaba como hombre temeroso dellos, o que pretendía rebelarse, por lo cual el Licenciado Santillán despidió sus parientes y amigos y les rogó fuesen al ejército a servir a Su Majestad, que aquello era lo que convenía, y así se fue a la ciudad con no más compañía que la de sus criados.

En estos días estaba Francisco Hernández en Nanasca, sesenta leguas de Los Reyes, donde llegó sin pesadumbre alguna, porque con la confusión que en el campo de Su Majestad había le dejaron caminar en paz, sin pesadumbre; y para su mayor contento, ordenó el enemigo que un sargento de los del Rey, que había sido soldado de los de la entrada de Diego de Rojas, se ofreció de suyo a ir en hábito de indio al campo de Francisco Hernández y saber lo que en él había y volver con la nueva de todo ello. Los Oidores fiaron del soldado y le dieron licencia para que hiciese su viaje; el cual lo hizo como espía doble, porque se fue a Francisco Hernández y le dijo que había hecho aquel trato doble por venirse a su ejército, porque en el campo del Rey había tanta discordia entre los superiores y tanto descontento entre los soldados, y ninguna gana de pe-

lear, que se entendía por cosa cierta que se habían de perder todos, y que él quería asegurar su persona y por tanto se venía a servirle.

Con esto le dijo que los Oidores estaban tristes y confusos, porque tenían nuevas que la ciudad de San Miguel de Piura se había rebelado contra Su Majestad en favor de Francisco Hernández Girón, y que del Nuevo Reino venía otro capitán, llamado Pedro de Orsúa, con mucha gente a lo mismo, y que el Reino de Quito estaba alzado por Francisco Hernández, de todo lo cual él y toda su gente se holgaron muy mucho, y lo publicaron a pregones, como si fueran grandes verdades. Asimismo le dijo que los Oidores tenían nueva que el Mariscal venía de los Charcas con un ejército muy lucido y poderoso, de más de mil y docientos hombres, pero esto se calló, y mandó a la espía doble que dijese que no traía más de seiscientos hombres, porque los suyos no se acobardasen y perdiesen el ánimo. Juntamente con esto se descubrió que un indio del campo de los Oidores traía cartas y recaudos para un soldado de Francisco Hernández. Prendieron al indio y al soldado, y los ahorcaron a ambos, aunque el soldado no confesó en dos tormentos que le dieron; pero después de muerte le hallaron al cuello una nómina, y dentro un perdón de los Oidores para Tomás Vázquez. El perdón publicó luego Francisco Hernández, añadiendo grandes dádivas y mercedes de repartimientos de indios que en nombre de los Oidores prometía a quien lo matase a él y a otros personajes de su campo.

En este viaje, antes del rompimiento de Uillacori, hizo Francisco Hernández una compañía de negros de más de ciento y cincuenta de los esclavos que prendieron y tomaron en los pueblos y posesiones y heredades que saquearon. Después adelante, siguiendo su tiranía, tuvo Francisco Hernández más de trecientos soldados etíopes, y, para más honrarlos y darles ánimo y atrevimiento, hizo dellos ejército formado. Dioles un Capitán general que yo conocí, que se decía maese Juan; era lindísimo oficial de carpintería; fue esclavo de Antonio Altamirano, ya otras veces nombrado. El maese de campo se llamaba maese Antonio, a quien en Uillacori rindió las armas un soldado de los muy principales del campo del Rey, que yo conocí, pero no es bien que

digamos su nombre, aunque la fama del maese de campo que se las quitó llegó hasta España y obligó a un caballero, que en Indias había conocido al soldado y había sido su amigo, a que le enviase una espada y una daga muy dorada, pero fue más por vituperar su cobardía que por la amistad pasada, de todo lo cual se hablaba muy largamente en el Perú después de aquella guerra de Francisco Hernández. Sin los oficiales mayores, les nombró capitanes, y les mandó que nombrasen alféreces y sargentos y cabos de escuadra, pífanos y atambores, y que hiciesen banderas, tōdo lo cual hicieron los negros muy cumplidamente; y de los del campo del Rey se huyeron muchos al tirano, viendo a sus parientes tan honrados como los traía Francisco Hernández, y fueron contra sus amos en toda la guerra. De estos soldados se sirvió el tirano muy largamente, que los enviaba con cabos de escuadra españoles a recoger bastimento; y los indios, por no padecer las crueldades que con ellos hacían, se lo daban quitándosele a sí propios y a sus mujeres e hijos, de que adelante se causó mucha necesidad y hambre entre ellos.

CAPITULO XIV

**El Mariscal elige capitanes para su ejército. Llega al Cozco; sale en busca de Francisco Hernández.
La desgraciada muerte del capitán
Diego de Almendras.**

Entretanto que en el Cozco y en Rímac y en Uillacori sucedieron las cosas que se han referido, el Mariscal Alonso de Alvarado, que estaba en el Reino y provincias de los Charcas, no estaba ocioso; antes, como atrás se ha dicho, entendía en llamar gente al servicio de Su Majestad y prevenirse de picas y arcabucés y otras armas, munición de pólvora y bastimento y cabalgaduras, para proveer dellas a los soldados. Nombró capitanes y oficiales que le ayudasen en las cosas dichas. Eligió por maese de campo a un caballero cuñado suyo que se decía Don Martín de Avendaño, y por alférez general a un valeroso soldado llamado Diego de Porras, y por sargento mayor a Diego de Villavicencio, que también lo fue del Presidente Gasca contra Gon-

zalo Pizarro. Nombró por capitanes de caballo dos vecinos de los Charcas, que son Pedro Hernández Paniagua y Juan Ortiz de Zárate, y otro caballero nobilísimo de sangre y condición llamado don Gabriel de Guzmán. Estos tres fueron capitanes de caballo. Al licenciado Gómez Hernández nombró por auditor de su campo, y a Juan de Riba Martín, por alguacil mayor. Eligió seis capitanes de infantería; los tres fueron vecinos, que son el Licenciado Polo, Diego de Almendras y Martín de Alarcón. Los no vecinos fueron Hernando Álvarez de Toledo, Juan Ramón y Juan de Arreynaga. Los cuales todos entendieron en hacer sus oficios con mucha diligencia, de manera que en muy pocos días se halló el Mariscal con cerca de ochocientos hombres, de los cuales dice el Palentino lo que se sigue, capítulo cuarenta y uno:

“Halláronse setecientos y setenta y cinco hombres de la más buena y luzida gente, assí de buenos soldados, armas y ricos vestidos y de mucho servicio, que jamás se vio en el Perú, que cierto mostraron bien baxar de la parte de aquel cerro que de otro más rico que él en el mundo no se tiene noticia”, etc. Hasta aquí es del Palentino, el cual lo dice muy bien, porque yo los vi pocos días después en el Cozco, e iban tan bravos y tan bien aderezados como aquel autor lo dice. El Mariscal, viéndose tan poderoso de gente y armas y de lo demás necesario para su ejército, caminó hacia el Cozco. Por el camino le salían al encuentro los soldados que se juntaban para servir a Su Majestad, de diez en diez y de veinte en veinte, como acertaban a hallarse. Y de Arequepa, con haber pasado aquella ciudad los trabajos referidos, vinieron cerca de cuarenta soldados. Sancho Dugarte y el capitán Martín de Olmos, que estaban en la Ciudad de la Paz, salieron a recibir al Mariscal con más de docientos buenos soldados que habían recogido, donde hubo mucha salva de arcabuces de una parte y otra, y mucho placer y regocijo que sintieron de verse juntos y tan lucidos.

El ejército pasó adelante hasta llegar a la jurisdicción de la gran ciudad del Cozco, donde halló al capitán Juan de Saavedra con su cuadrilla, que aunque pequeña en número, grande en valor y autoridad, que no pasaban de ochenta y cinco hombres, y entre ellos iban

trece o catorce vecinos del Cozco, todos de los primeros y segundos conquistadores de aquel Imperio, los sesenta de caballo y los demás infantes, con los cuales holgó el Mariscal muy mucho, y más cuando supo quiénes y cuántos eran los vecinos del Cozco que huyeron del tirano y se fueron a Los Reyes a servir a Su Majestad. Con lo cual se alentó mucho el Mariscal, considerando cuán desvalido andaría Francisco Hernández Girón viéndose desamparado de los que él pensaba tener por suyos, y así caminó el Mariscal con más aliento, hasta entrar en la ciudad del Cozco con más de mil y docientos soldados, los trecientos de caballo y otros trecientos y cincuenta arcabuceros, y los quinientos y cincuenta con picas y alabardas. Entró cada compañía en forma de escuadrón de cinco en hilera, y en la plaza se hizo un escuadrón grande de todos ellos, donde escaramuzaron infantes y caballeros, y de todos hubo mucha fiesta y regocijo, y los aposentaron en la ciudad. El Obispo del Cozco Don Fray Juan Solano, con todo su Cabildo, salió a recibir al Mariscal y a su ejército, y les echó su bendición; pero escarmentado de las jornadas que con Diego Centeno anduvo, no quiso seguir la guerra, sino quedarse en su iglesia rogando a Dios por todos.

De la ciudad del Cozco envió el Mariscal a mandar que se hiciesen las puentes del río Apurímac y Amáncay, con determinación de ir a buscar a Francisco Hernández, que no sabía dónde estaba ni qué se había hecho dél. En esta coyuntura le llegó aviso del Audiencia con el mal suceso de Pablo de Meneses en Uillacori, y cómo quedaba el tirano en el valle de Nanasca; con lo cual mudo propósito en su viaje, que determinó volver para atrás a atajar a Francisco Hernández, porque no se le fuese por la costa adelante hasta Arequipa, y de allí a los Charcas, que fuera causa de mucho daño a toda la tierra y la guerra se alargara por largo tiempo. Y así salió del Cozco, habiendo mandado que las puentes hechas se quemasen, porque si el enemigo volviese al Cozco no pasase por ellas; y él fue hacia el Collao, y, habiendo caminado catorce o quince leguas por el camino real, echó a mano derecha de como iba, para ponerse a la mira de Francisco Hernández y ver por dónde salía de Nanasca, para salirle al en-

cuentro. Y no teniendo nueva dél, caminó hacia Parihuanacocha, aunque para llegar allá había de pasar un despoblado muy áspero, de más de treinta leguas de travesía. En este camino se le huyeron cuatro soldados y se fueron a Francisco Hernández; llevaron hurtadas dos buenas mulas, la una de Gabriel de Pernia y la otra de Pedro Franco, dos soldados famosos. El Mariscal, habiendo sabido cúyas eran las mulas, mandó dar garrote a sus dueños, con sospecha de que ellos se las hubiesen dado, de lo cual se alteró el ejército y blasfemaban del Mariscal por ello, y fue juzgado por hecho y justicia cruel, como lo dice el Palentino capítulo cuarenta y uno.

Los cuatro soldados que se huyeron toparon con los corredores de Francisco Hernández Girón, y se fueron con ellos hasta Nanasca, y en secreto dieron cuenta de la pujanza con que el Mariscal iba a buscarle, y que iba camino de Parihuanacocha. Mas en público, por no los desaminar, dijeron que traía muy poca gente. Empero, Francisco Hernández desengañó a los suyos, como lo dice el Palentino, por estas palabras:

“Señores, no os engañen, que yo os prometo que nos cumple apretar bien los puños, que mil hombres tenéis por el lado de abaxo, y mil y dozcientos por el de arriba, y con la ayuda de Dios todos serán pocos, que yo espero en él, si cien amigos no me faltan, desbaratarlos a todos”. “Luego mandó aparejar su gente para la partida, y a ocho de mayo partió de la Nasca para los Lucanes por el camino de la sierra, con intento de tomar a Parinacocha primero que el Mariscal”, etc.

Hasta aquí es de Diego Fernández, capítulo cuarenta y uno. El Mariscal Alonso de Alvarado, siguiendo su camino, entró en el despoblado de Parihuanacocha, donde, por la aspereza de la tierra e inclemencias del cielo, se le murieron más de sesenta caballos de los mejores y más regalados del ejército, que, yendo caminando, llevándolos de diestro, bien cubiertos con sus mantas, se caían muertos sin que los albéitares atinasen a saber qué era la causa. Decían que las faltaba el anhélito, de que todos iban admirados y los indios lo tomaron por mal agüero. Diego Fernández, en este paso, dice lo que se sigue, capítulo cuarenta y dos: “Lle-

gado que fue el Mariscal a los Chumbivilcas, y hubo proveído su campo de lo necesario, tomó el despoblado de Parinacocha, que son treinta y dos leguas de sierra, ciénegas, nieves y caminos tan ásperos y malos, y de tantas quebradas, que muchos caballos perecieron de frío, por ser en aquella tierra (por entonces) el riñón del invierno, y se padeció grande hambre", etc.

Hasta aquí es de aquel autor, sacado a la letra, como ha sido y será todo lo que alegaremos de los historiadores españoles. El Mariscal dejó enfermo de flujo de vientre en Parihuanacocha al capitán Sancho Dugarte, donde falleció en pocos días. Siguiendo su viaje el ejército, sus corredores prendieron un corredor de los de Francisco Hernández, y se lo llevaron al Mariscal, y porque no lo mandase matar, le dijeron que se había venido a ellos por servir a Su Majestad; deste prisionero supo el Mariscal que Francisco Hernández estaba menos de veinte leguas de aquel puesto. El Mariscal mandó a los suyos que caminasen con todo recato, porque los enemigos no se atreviesen a darles alguna trasnochada.

Dos jornadas de Parihuanacocha, caminando el ejército real, dieron una arma bravísima, y fue que el capitán Diego de Almendras, caminando con el campo, solía apartarse dél a tirar por aquellos campos a los animales bravos que hay por aquellos desiertos. Topose entre unas peñas con un negro del sargento mayor Villavicencio, que andaba huído; quisole atar las manos para llevárselo a su amo. El negro se estuvo quedo por descuidar a Diego de Almendras, y cuando lo vio cerca de sí, con la mecha en la mano, se abajó al suelo y le asió de ambas piernas por lo bajo dellas, y con la cabeza le rempujó para adelante y le hizo caer de espaldas, y con su propia daga y espada le dio tantas heridas que lo dejó casi muerte, y el negro se huyó y se pasó a los parientes que andaban con Francisco Hernández, y les contó la hazaña que dejaba hecha, de que todos ellos se jactaban como si cada uno la hubiera hecho. Un mestizo mozuelo que iba con Diego de Almendras, viendo a su amo caído en el suelo y que el negro lo maltrataba, asió dél por las espaldas, con deseo de librar a su señor. El cual, viéndose ya herido de muerte, dijo al mozo que se huyese antes que el

negro lo matase. Así lo hizo, y los gritos que fue dandando causaron alarma y alboroto que hemos dicho. Al capitán Diego de Almendras llevaron a Parihuana-cocha, que no le sirvió más que de apresurarle la muerte, donde en llegando falleció luego el pobre caballero, por querer cazar un negro ajeno, cuya desgracia indios y españoles tomaron por mal agüero para su jornada.

CAPITULO XV

El Mariscal tiene aviso del enemigo. Envía gente contra él. Ármase una escaramuza entre los dos bandos. El parecer de todos los del Rey que no se dé batalla al tirano.

Otro día siguiente a la desgracia del capitán Diego de Almendras, el Mariscal Alonso de Alvarado, sabiendo que estaban cerca los enemigos, caminó ocho leguas con su ejército en demanda dellos, porque iba muy a la ligera, que a la partida mandó que nadie llevase más que sus armas y de comer para tres días. Caminaron, como lo dice el Palentino, por un "despoblado muy perverso, de cien ciénegas y nieves. Aquella noche durmieron sin algún reparo de tiendas ni toldos. Otro día siguiente anduvo otras ocho leguas; llegó con grande trabajo de la gente a Guallaripa, donde tuvo nueva que Francisco Hernández había pasado tres días hacia, y que estaba en Chuquina, cuatro leguas de allí reformando su campo, que por causa del áspero camino y despoblado había asimismo traído muy fatigado. Luego llegó al Mariscal el Comendador Romero, y García de Melo, con mil indios de guerra, cargados de comida y algunas picas, de la provincia de Andaguaylas. Y tuvo larga relación de Francisco Hernández, y de cómo había dado garrote a Diego de Orihuela (natural de Salamanca) porque venía al campo del Mariscal a servir a Su Majestad".

Hasta aquí es del Palentino. El Mariscal, sabiendo que los enemigos estaban tan cerca, con el deseo que llevaba de verse con ellos, determinó enviar dos capitanes, con ciento y cincuenta arcabuceros escogidos, a que la madrugada siguiente le diesen una arma y reco-

giesen los que se quisiesen pasar al servicio del Rey. Los capitanes y los vecinos que entraban en consulta, que sabían cuán fuerte era el sitio que Francisco Hernández tenía, se lo contradijeron, dándole razones muy bastantes que no se debía acometer el enemigo en el fuerte, porque estaba tan seguro que muy al descubierto iba perdido el que le acometiese, y que no era bien aventurar ciento y cincuenta arcabuceros, los mejores del campo, que, perdidos aquéllos, era perdido todo el ejército. El Mariscal replicó diciendo que él iría con todo el campo a las espaldas dellos, dándoles calor, porque el enemigo no les ofendiese. Y así, resolutamente, pidió a los capitanes la copia de sus compañías para escoger los ciento y cincuenta arcabuceros, y mandó que el maese de campo y el capitán Juan Ramón fuesen con ellos, y llegasen lo más cerca que pudiesen del enemigo.

Los capitanes salieron con los ciento y cincuenta arcabuceros a las doce de la noche, y el Mariscal salió con todo el campo tres horas después, y todos caminaron en busca de Francisco Hernández. El cual, sabiendo que tenía tan cerca un enemigo tan riguroso estaba con cuidado de que no le tomase desapercibido, y así estaba siempre en escuadrón guardados los pasos por donde podían entrarle, que no eran más de dos, que todo lo demás (según era el fuerte) estaba muy seguro.

Antes de amanecer llegaron los del Rey donde el enemigo estaba, y procuraron acercársele lo más que pudiesen sin que lo sintiesen los contrarios, que estaban de la otra parte del río Amáncay. Estando así quietos, los descubrió un indio de los de Francisco Hernández, que dio aviso a su amo que los enemigos estaban cerca. Francisco Hernández mandó tocar arma a toda prisa, y puso gente donde le convenía, para si le acometiesen. De la una parte y de la otra se saludaron con muchos arcabuzazos, sin ningún daño porque estaban lejos los unos de los otros. A las nueve del día asomó el Mariscal con su ejército a vista de Francisco Hernández, y, como los suyos le vieron, trabaron la escaramuza con los enemigos con más presunción y soberbia que buena milicia. Los enemigos, habiendo mirado de espacio el sitio que tenían, habían

visto dónde y cómo se habían de poner si sus contrarios los acometiesen. En aquel sitio, donde los unos y los otros estaban **no hay llano alguno, sino muchos riscos** y mucha arboleda, peñas grandes y barrancas altas, por donde pasa el río Amáncay. Los de Francisco Hernández se pusieron derramados y cubiertos con los árboles. Los del Mariscal bajaron muy lozanos por una cuesta abajo, a trabar la escaramuza y, llegados a tiro de arcabuz, por señalarse más, dijeron quiénes eran y cómo se llamaban.

El alférez de Juan Ramón, que se decía Gonzalo de Mata, dio grandes voces, poniéndose cerca de los enemigos, y dijo: “¡Yo soy Mata, yo soy Mata!”. Uno dellos, que estaba encubierto, viéndole a buen tiro dijo: “¡Yo te mato, yo te mato!”, y le dio un arcabuzazo en los pechos y lo derribó muerto en tierra. Lo mismo les acaeció a otros, que, sin ver quién les ofendía, se hallaron muertos y heridos; y aunque el Mariscal envió gente y capitanes a reforzar la escaramuza, y ella duró hasta las tres de la tarde, no ganaron los suyos nada en la pelea, porque salieron entre muertos y heridos más de cuarenta personas de los más principales que escogieron para dar esta arma. Entre ellos fue un caballero mozo de diez y ocho años, que se decía Don Felipe Enriquez; hizo mucha lástima al un ejército y al otro. Salió herido el capitán Arreynaga. Con tanto daño como en la escaramuza recibieron los del Rey, perdieron parte de la bravata que traían consigo. Durante la pelea se huyeron dos soldados de los de Francisco Hernández —el uno se llamaba Sancho de Bayona—, y se pasaron al Mariscal; y de la parte del Mariscal se pasó a Francisco Hernández aquel soldado llamado fulano de Bilbao, de quien atrás hicimos mención que prometió de pasarse a Francisco Hernández dondequiera que le viese.

Retirada la gente de la escaramuza, sucedió lo que se sigue, como lo dice el Palentino, capítulo cuarenta y cuatro, por estas palabras: “El Mariscal platicó luego con Lorenzo de Aldana, Gómez de Alvarado, Diego Maldonado, Gómez de Solís y con otras personas principales de su campo lo que se debía hazer, y mostró tener gran voluntad de acometer al tirano, porque Bayona (el soldado que se pasó de Francisco Hernández)

le había dicho que sin duda Francisco Hernández huiría. Lo cual referido por el Mariscal, Lorenzo de Aldana y Diego Maldonado le tomaron aparte y le persuadieron a que no diese batalla, rogándole mucho tuviese sufrimiento, pues tenía tan conocidas ventajas al tirano, así en la gente como en la opinión y sitio fuerte como el suyo. A que allende desto, a él le servían todos los indios y toda la tierra, y que los enemigos no tenían más de su suerte, y que desassossegándolos con indios (que por todas partes les diessen su chaya) los traerían a términos que la hambre y necesidad los constriñería a una de dos cosas: o a salir huyendo del fuerte (adonde fácilmente los desbaratasse, y él mesmo se desharía) o a que todos o la mayor parte de la gente se le pasasse, sin aventurar un hombre solo de los leales que consigo traía. Y que esto lo podía bien hazer estándose quedo y holgando, sólo con tener cuidado de guarda y de buena vela sobre el tirano, principalmente en lo alto de la quebrada o punta que salía hasta el río sobre los dos campos. Y que guardando aquel passo, estaba muy más fuerte y seguro que no su contrario. Muy bien pareció a muchos de los principales tal parecer, aunque Martín de Robles (a quien ya el Mariscal había encomendado la compañía de Diego de Almendras), con otros algunos, insistían en que se diese batalla. Empero, Lorenzo de Aldana insistió tanto en esto, que el Mariscal le prometió y dio su palabra de no les dar batalla. Y así, con este presupuesto, despachó luego para el campo que los Oidores habían hecho, pidiendo algunos tiros pequeños de artillería y arcabuzeros, con intento de ojear de la punta de aquella quebrada los enemigos, para necesitarlos a salir de su fuerte y fatigarlos de tal manera que se rindiessen o le viniessen a las manos”.

Hasta aquí es del Palentino, donde muestra bien la mucha gana que el Mariscal tenía de dar batalla al tirado, y la ninguna que los suyos tenían de que la diese, y las buenas razones que para ello le alegaron; las cuales no se guardaron, y así se perdió todo, como luego veremos.

CAPITULO XVI

Juan de Piedrahita da un arma al campo del Mariscal Rodrigo de Pineda se pasa al Rey, persuade a dar la batalla. Las contradicciones que sobre ello hubo. La determinación del Mariscal para darla.

Venida la noche, Juan de Piedrahita salió con tres docenas de arcabuceros a dar arma a los del Mariscal, y porque estaban divididos la dio en tres o cuatro partes, sin hacer otro efecto alguno de importancia; y los del Mariscal, aunque le respondieron con los arcabuceros porque viese que no dormían, no hicieron caso dél, y así al amanecer se volvió Piedrahita a los suyos sin haber ganado cosa alguna, más que haber dado ocasión y lugar a que Rodrigo de Pineda, vecino del Cozco, capitán de caballos, que era de Francisco Hernández, se huyese al Mariscal con achaque de ir a reforzar las armas que Piedrahita andaba dando en diversas partes. Rodrigo de Pineda, como lo dice el Palentino en el mismo capítulo alegado, habló lo que se sigue:

“Llegado que fue, dixo al Mariscal y le certificó que muchos y la mayor parte de los de Francisco Hernández se passarían, si no fuese por la mucha guarda que tenían. Y ansimismo que aquella noche huiría, y que el río se podía fácilmente vadear. Luego el Mariscal llamó a consulta los vezinos y capitanes; y venidos, el Mariscal propuso lo que Rodrigo de Pineda le había dicho. Por lo cual dixo que estaba determinado de acometer al enemigo, dando algunas razones para ello. Muchos de la consulta las repugnaron, dando causas bastantes que no convenía acometerle por ninguna manera en su fuerte. Viendo el Mariscal la contradicción de los principales, dixo a Rodrigo Pineda que propusiese allí ante todos lo que a él le había dicho, y lo que sentía de Francisco Hernández y de su campo, y lo que creía que Francisco Hernández quería hazer, y la gente que tenía. Rodrigo Pineda dixo que la gente que Francisco Hernández tenía sería hasta trezientos y ochenta hombres, entre ellos dozientos y veinte arcabuceros, y éstos desproveídos, y algunos contra su vo-

luntad, y que tenía más de mil cabalgaduras. Y que lo que Francisco Hernández entendía era que, si no se le daba batalla, huiría aquella noche, por no tener comida y tener la gente atemorizada; y que si se huyesse y le quisiessen seguir haría mucho daño a los que le siguiessen por la grande aspereza de la tierra y malos caminos, de que resultaría gran daño en el Reino. Y que la gente podía fácilmente vadear el río para passar a darle la batalla. El Mariscal dixo luego que él quería aquel día acometerle, por evitar no se le huyesse como a los Oidores, y porque no hiziesse más daño de lo hecho, pues no le podía seguir después sin mucho daño. A lo cual le tornaron a replicar, diciendo que les parecía que estando Francisco Hernández en el fuerte en que estaba era más acertado dexarle huir, porque huyendo se desbarataría a menos daño y sin aventurar un solo soldado. Empero, no satisfaziendo esto al Mariscal, dixo que no era cosa acertada, ni cumplia con la obligación que él tenía, y que mucho menos convenía a la honra de tantos caballeros y buenos soldados como allí estaban que Francisco Hernández anduviesse con la gente que tenía, dessasossegando e inquietando el Reino y robándole. Y que no obstante cualquier inconveniente, él estaba dispuesto y determinado darle batalla. Con esto se salieron descontentos muchos de los principales capitanes del campo del toldo del Mariscal, donde la consulta se hazía. Y al salir dixo Gómez de Alvarado muy desabrido: "Vamos, pues, ya, que bien sé que tengo de morir". Hasta aquí es del Palentino, sacado a la letra.

Salidos de aquella consulta, volvieron los vecinos del Cozco y de los Charcas, que por todos eran más de treinta, y entre ellos Lorenzo de Aldana, Juan de Saavedra, Diego Maldonado, Gómez de Alvarado, Pedro Hernández Paniagua, el Licenciado Polo, Juan Ortiz de Zárate, Alonso de Loaysa, el fator Juan de Salas, Martín de Meneses, García de Melo, Juan de Berrio, Antón Ruiz de Guevara, Gonzalo de Soto, Diego de Trujillo, que todos eran de los ganadores del Perú; los cuales hablaron aparte al Mariscal Alonso de Alvarado, y le suplicaron diciendo se reportase en la determinación de la batalla, mirase que el sitio del enemigo era fortísimo, y que el suyo no lo era menos para asegurarse

del contrario. Que advirtiese que el mismo Rodrigo de Pineda decía que Francisco Hernández carecía de bastimento, por lo cual la hambre los había de echar del fuerte dentro de tres días; que esperase aquellos si quiera, que conforme a las ocasiones se podían aconsejar mejor; que al enemigo tenían delante, que, cuando huyese, no había de ir volando por los aires, sino por tierra, como ellos siguiéndole, y que con mandar a los indios que les cortasen los caminos, pues eran tan dificultosos, los atajaban para que no se fuesen; y que acometer al enemigo en lugar tan fuerte (demás de aventurar a perder el juego, pues en las batallas no había cosa cierta ni segura) era enviar sus capitanes y soldados al matadero, para que el enemigo los degollase todos con sus arcabuces. Que mirase bien las ventajas que a su enemigo tenía, pues le sobraba lo que al contrario le faltaba de bastimento, de servicio de indios y de todo lo demás necesario para estarse quedos; y que la victoria se debía alcanzar sin daño de los suyos, principalmente teniendo al contrario tan sujeto y rendido como estaba; que no era bien aventurar a perder lo que tenían tan ganado.

El Mariscal (no acordándose de que en aquel mismo río, como atrás se dijo, perdió otra batalla semejante a ésta) respondió con cólera, diciendo que él lo tenía bien mirado todo, y que su oficio le obligaba a ello; que no era razón ni decente a la reputación suya, y de todos ellos, que aquellos tiranillos anduviesen tan devengozados dándoles arma cada noche, con que lo tenían muy enojado, y que él estaba determinado darles batalla aquel día, que, a trueque de que le matasen trecientos hombres, los quería tener hechos cuartos antes que el sol se pusiese. Que no le hablasen más en excusar y prohibir la batalla sino que se fuesen luego a aprestarse para ella; que se lo mandaba como su Capitán general, so pena de darlos por traidores.

Con esta resolución se acabó la consulta, y los vecinos salieron della bien enfadados, y algunos dellos dijeron que, como los soldados no eran sus hijos, parientes ni amigos, ni le costaban nada, los quería poner al terrero para que el enemigo los matase; y que la desgracia y desdicha dellos les había dado Capitán general tan apasionado y melancólico que la victoria que te-

nia en las manos (sin propósito alguno, y sin necesidad que le forzase) se la quería dar al enemigo a costa de todos ellos. Sin esto dijeron otras muchas cosas, pronosticando su mal y daño, como sucedió dentro de seis horas.

Con la desesperación dicha, se apercibieron para la batalla los vecinos, capitanes y soldados más bien considerados. Otros hubo que les parecía que llevarían a los enemigos en las uñas, pues no llegaban a cuatrocientos hombres, ni a trecientos y cincuenta, y ellos pasaban de mil y docientos; pero no miraban el sitio del enemigo ni las dificultades que habían de pasar para acometerle y llegar a vencerle, que era un río caudaloso y tantos andenes y estrechuras y malos pasos como el enemigo tenía por delante en su defensa. Por las cuales dificultades los de a caballo de la parte del Mariscal eran inútil, porque no podían, ni había por dónde, acometer al enemigo, que los arcabuces eran los que habían de hacer el hecho, y los enemigos los traían muchos y muy buenos, y ellos eran grandes tiradores, que presumían matar pájaros con una pelota, y entre ellos había algunos mestizos, particularmente un fulano Granada, de tierra de México, que era maestro de todos ellos para enseñarles a tirar de mampuesto o sobre brazo, o como quiera que se hallasen. Sin esto, había sospecha y casi certidumbre que Francisco Hernández echaba alguna manera de tósigo en la pólvora que hacía, porque los cirujanos decían que las heridas de arcabuz (como no fuesen mortales) sanaban con más facilidad y en menos tiempo que las que hacían las otras armas, como lanza o espada, pica o partesana. Pero que las que los enemigos presentes hacían con arcabuces eran incurables, por pequeñas que fuesen las heridas, y que aquello lo causaba la maldad y tósigo de la pólvora. Con todas estas dificultades salieron a la batalla, que a muchos dellos costó la vida.

CAPITULO XVII

El Mariscal ordena su gente para dar la batalla. Francisco Hernández hace lo mismo para defenderse.

Los lances que hubo en la pelea. La muerte de muchos hombres principales.

Poco antes de mediodía era cuando el Mariscal mandó tocar arma. Y habiéndose recogido toda la gente a sus compañías, mandó al capitán Martín de Robles que con la suya de arcabuceros, pasando el río, se pusiese a la parte siniestra del enemigo para acometerle por aquella banda. Y a los capitanes Martín de Olmos y Juan Ramón les mandó que asimismo, pasando el río, se pusiesen a la mano derecha del contrario, para acometerle juntamente con Martín de Robles. Y a los unos y a los otros mandó que no acometiesen sino a la par, y que fuese cuando oyesen una trompeta que les daba por señal para la arremetida. Dioles estas orden porque el enemigo, acometido por dos partes, se divirtiese a la una banda y a la otra para defenderse, y tuviese menos fuerza para ofenderles. Demás desto mandó que la demás infantería y los caballos todos bajasen por una senda muy estrecha, que no había otro camino para bajar al río, y que, habiéndolo pasado, armasen su escuadrón en un llano pequeño que estaba cerca de los enemigos, y de allí los acometiesen a toda furia. Con esta orden salieron todos a la batalla.

Francisco Hernández Girón, que de su puesto miraba el orden que sus enemigos llevaban, que parecía le habían de acometer por tres partes dijo a los suyos: "¡Ea, señores, que hoy nos conviene vencer o morir, porque los enemigos vienen ya a buscarnos con mucha furia!". Un soldado plático y de mucha experiencia que Francisco Hernández y los suyos llamaban el coronel Villalba, por esforzar a su General y a los demás sus compañeros, que le pareció que estaban algo tibios, les dijo, como lo refiere el Palentino, "que no tuviesen temor alguno, porque el Mariscal por ninguna vía podía traer orden; y que al passar del río forzosamente se habían de desbaratar, y que por esto y por la espe-
reza de la tierra se había de quebrar su orden, cuanto

más que ellos venían por diversas partes repartidos, y que el fuerte donde estaban era tal que podía muy bien esperar ofender y defender aunque fuesse a diez mil hombres, y que todos se perderían si le acometiessen. Con esto que dixo Villalba, Francisco Hernández y toda su gente se regocijó”, etc. Lo que el coronel Villalba dijo sucedió, sin faltar punto. Francisco Hernández puso parte de sus arcabuceros y todos los piqueros en un andén, en forma de escuadrón, y por capitanes a Juan de Piedrahita y a Sotelo, para que tuviesen cuidado de acudir a la defensa, divididos o ambos juntos, como vieses la necesidad. Otra gran banda, de más de cien arcabuceros, puso derramados de cuatro en cuatro y de seis en seis por los andenes y peñascales, barrancas y arboledas que había a la orilla del río, porque no había sitio para formar escuadrón y los enemigos habían de venir sueltos de uno en uno, y les podían tirar de mampuesto sin ser ofendidos, como ello pasó.

Martín de Robles, con su compañía de arcabuceros, pasó el río. E imaginándose vencedor, según estimaba en poco al enemigo (porque no participase otro alguno de la honra de la victoria), le acometió con tanta prisa, que aun no aguardó a que todos sus soldados pasasen el río, sino que empezó la batalla con los que lo habían pasado, y el agua, a los que iban por ella, les daba a la cinta y a los pechos, y a muchos que no se apercibieron les mojó la pólvora en los frascos; los más diligentes la llevaban en las manos, alzándolas sobre la cabeza, con los arcabuces juntamente. El capitán Piedrahita y sus compañeros, viendo ir a Martín de Robles tan aprisa y tan sin orden, le salieron al encuentro con grande ánimo, y le dieron una muy buena rociada de arcabuces, y le mataron muchos soldados, de manera que el capitán los suyos huyeron hasta volver a pasar el río, y Piedrahita se volvió a su primer puesto. A este punto llegaban cerca del fuerte de Piedrahita los capitanes Martín de Olmos y Juan Ramón, los cuales, viendo que Martín de Robles no había hecho nada con su arremetida, quisieron ellos ganar lo que el otro había perdido, y así arremetieron a los enemigos con mucha furia; más ellos, que estaban victoriosos del lance pasado, **los recibieron con otra gran rociada** de arcabuces, y, aunque la pelea duró algún rato,

al fin hubo la victoria el capitán Juan de Piedrahita, que los hizo retirar hasta el río, con muerte y heridas de muchos dellos, y algunos volvieron a pasar el río, viendo cuán mal los trataba el enemigo. El capitán Juan de Piedrahita, muy ufano de sus dos buenos lances, se volvió a su puesto, para acudir de allí a donde le conviniese.

Entretanto que al Mariscal le sucedieron estas dos desgracias, por no querer Martín de Robles esperar el sonido de la trompeta ni guardar el orden que se le había dado, los demás capitanes y soldados reales bajaron al río y procuraron pasarlo, aunque con mucho trabajo, porque estaba por allí el agua más honda que por las otras partes, y les mojaba a los infantes los arcabuces y la pólvora, y los piqueros perdían sus picas. Los arcabuceros de Francisco Hernández que, como atrás dijimos, estaban derramados por los andenes, barrancas y peñascales del río, viendo que sus enemigos lo pasaban con tanto trabajo, les salieron al encuentro y los recibieron con sus arcabuces y mataron muchos dellos dentro, en el mismo río, que no los dejaron pasar, porque les tiraban de mampuesto y les daban con las pelotas donde querían. Fueron muchos los muertos y heridos en aquel paso y en el llano que iban a tomar para plantar su escuadrón, que no los dejaron poner en efecto.

Los hombres principales que allí murieron fueron Juan de Saavedra y el sargento mayor Villavicencio, Gómez de Alvarado, el capitán Hernando Álvarez de Toledo, Don Gabriel de Guzmán, Diego de Ulloa; Francisco de Barrientos, vecino del Cozco, y Simón Pinto, alférez; todos estos fueron muertos. Salieron heridos el capitán Martín de Robles y el capitán Martín de Alarcón y Gonzalo Silvestre, de quien atrás hemos hecho larga mención, el cual perdió en aquel lance un caballo que le mataron, por el cual dos días antes le daba Martín de Robles (a quien el Presidente, como atrás dijimos, dio cuarenta mil pesos de renta) doce mil ducados, y él no lo quiso vender, por hallarse en la batalla en un buen caballo. Este paso referimos en el Libro nono, capítulo diez y seis, de la primera parte de estos **Comentarios**, y no nombramos a los susodichos, y ahora se ofreció poner aquí sus nombres. Gonzalo Silvestre,

con una pierna quebrada, que su caballo se la quebró al caer en el suelo, se escapó de la batalla porque un indio suyo, que traía otro caballo, no tan bueno, le socorrió con él y le ayudó a subir, y fue con él hasta Huamanca, y le sirvió en toda esta guerra, hasta el fin della, como propio hijo.

Sin los principales que hemos nombrado, que mataron e hirieron los enemigos, mataron más de otros sesenta famosos, que no llegaron a golpe de espada ni de pica. Estos lances fueron los más notables que en aquel rompimiento de la batalla sucedieron, que todo lo demás fue desorden y confusión, de manera que mucha parte de los soldados del Mariscal no quisieron pasar el río a pelear con los enemigos, de miedo de sus arcabuces; porque, en hecho de verdad, desde la escaramuza que tuvieron el primer día que se vieron los dos ejércitos, quedaron amedrentados los del Mariscal de los arcabuces contrarios, y aquel miedo les duró siempre, hasta que se perdieron. Un soldado que se decía fulano Perales se pasó a los del Mariscal, y les pidió un arcabuz cargado para tirar a Francisco Hernández, diciendo que le conocía bien y sabía de qué color andaba vestido; y habiéndoselo dado, tiró y mató a Juan Alonso de Badajoz, creyendo que era Francisco Hernández, porque estaba vestido del mismo color y le semejaba en la disposición de la persona. Loóse en público de haberlo muerto, y después, cuando se reconoció la victoria por Francisco Hernández, se volvió a él, diciendo que le habían rendido: más no tardó mucho en pagar su traición, que pocos días después, estando Perales en el Cozco con su maese de campo el Licenciado Diego de Alvarado, Francisco Hernández, habiendo sabido que Perales se había loado de haberlo muerto, escribió al Licenciado Alvarado que lo ahorcase, y así se hizo, que yo le vi ahorcado en la picota de aquella ciudad.

Volviendo a la batalla, decimos que, viendo el capitán Juan de Piedrahita el desorden, confusión y temor que en el campo del Mariscal andaba, mandó que los suyos le siguiesen aprisa, y con los arcabuceros que pudieron seguirle, que fueron menos de cincuenta, salió corriendo de su fuerte, cantando victoria y disparando sus arcabuces dondequiera que había junta de vein-

te o treinta hombres y más y menos, y todos se le rendían hasta darle las armas y la pólvora, que era lo que los enemigos más habían menester. Y desta manera rindió más de trecientos hombres y los volvió consigo, y los rendidos no osaban apartarse dél porque otros de los enemigos no los maltratasen.

CAPITULO XVIII

Francisco Hernández alcanza victoria. El Mariscal y los suyos huyen de la batalla. Muchos dellos matan los indios por los caminos.

El Mariscal Don Alonso de Alvarado, viendo que muchos de los suyos no acudían a la batalla ni querían pasar el río, lo volvió él a pasar, con deseo de recogerlos y traerlos a la pelea. Empero, cuando él más lo procuraba, con voces y gritos, tanto menos le obedecían y tanto más huían del enemigo, que era el capitán Juan de Piedrahita, que iba en los alcances en pos dellos. Algunos amigos del Mariscal le dijeron que no se fatigase por recogerlos, que gente que empezaba a huir del enemigo nunca jamás volvía a la batalla, si no se ofrecía nuevo accidente o nuevo socorro.

Con esto se alejó el Mariscal, y le siguieron los que pudieron, y los demás huyeron por diversas partes, donde les parecía tener mejor guarida. Unos fueron a Arequepa, otros a los Charcas, otros al Pueblo Nuevo, otros a Huamanca, otros fueron por la costa a juntarse con el ejército de Su Majestad, donde estaban los Oidores. Los menos fueron al Cozco, que no fueron más de siete soldados, de los cuales daremos cuenta adelante.

Por aquellos caminos, tantos y tan largos, mataron los indios muchos españoles de los que iban huyendo, que, como iban sin armas ofensivas, pudieron matarlos sin que hiciesen defensa alguna. Mataron entre ellos a un hijo de Don Pedro de Alvarado, aquel gran caballero que fue al Perú con ochocientos hombres de guerra, de quien dimos larga cuenta en su lugar. Llamábase el hijo Don Diego de Alvarado, que yo conocí, hijo digno de tal padre, cuya muerte tan

desgraciada causó mucha lástima a todos los que conocían a su padre. Atreviéronse los indios a hacer esta insolencia y maldad, porque los ministros del campo del Mariscal (no nombremos a nadie en particular), teniendo la victoria por suya, deseando que no se escapase alguno de los tiranos, mandaron a los indios que matasen por los caminos todos los que huyesen; y así lo hicieron, que fueron más de ochenta los muertos. Los que murieron en la batalla y en la escaramuza del primer día fueron más de ciento y veinte, y de los que quedaron heridos, que (según el Palentino) fueron docientos y ochenta, murieron otros cuarenta por mala cura y falta de cirujanos, medicinas y regalos, que en todo hubo mucha malaventura. De manera que fueron los muertos de la parte del Mariscal cerca de docientos y cincuenta hombres, y de los tiranos no murieron más que diez y siete. Robaron, como lo dice aquel autor, el campo más rico que jamás hubo en el Perú a causa que el Mariscal metió en la batalla cien vecinos de los ricos y principales de los de arriba, y muchos soldados que habían gastado a seis y siete mil pesos, y otros a cuatro y a tres y a dos mil.

Al principio desta batalla mandó Francisco Hernández a su sargento mayor Antonio Carrillo que, con otros ocho o nueve de caballo, guardasen un portillo por donde temía se huirían algunos de los suyos, porque estaba algo lejos de la batalla. Andando la furia della más encendida, llegó a ellos Albertos de Orduña, alférez general de Francisco Hernández, con el estandarte arrastrando, y les dijo que huyesen, que ya su General era muerto y su campo destruído, con lo cual huyeron todos y caminaron aquella noche ocho o nueve leguas. Otro día supieron de los indios que el Mariscal era el vencido y Francisco Hernández vencedor. Con esta nueva volvieron a su real con harta vergüenza de su flaqueza, aunque dijeron que habían ido en alcance de muchos del Mariscal que huían por aquellas sierras. Empero, bien se entendió que ellos eran los huídos, y Francisco Hernández, por abonarlos, dijo que él les había mandado que rindiesen y volviesen a los que por aquella parte huyesen.

Habida la victoria por Francisco Hernández, su maese de campo Alvarado, aunque en la batalla no

se mostró en nada maese de campo, ni un soldado de los menores, quiso con la victoria mostrarse bravo y hazañoso; que trayendo los suyos preso un caballero de Zamora, que llamaban el Comendador Romero, que cuatro días antes llegó al campo del Mariscal con mil indios cargados de bastimento, como atrás dijimos, sabiendo el maese de campo que lo traían, envió a su ministro Alonso González (ministro de tales hazañas), con orden que antes que entrase en el real lo matase, porque sabía que Francisco Hernández le había de perdonar si intercediesen por él. El verdugo cruel lo hizo como se lo mandó. Luego trajeron otro prisionero ante Francisco Hernández, llamado Pedro Hernández, el Leal, que por haberlo sido tanto en el servicio de Su Majestad mereció este renombre, porque sirvió con muchas veras en toda la guerra de Gonzalo Pizarro, y fue uno de los que fueron con el capitán Juan Vázquez Coronado, vecino de México, a descubrir las Siete Ciudades, de la cual entrada dimos cuenta en nuestra historia de **La Florida**; y en aquella jornada sirvió como un buen soldado, y después, como se ha dicho, en la de Gonzalo Pizarro, y en la presente contra Francisco Hernández Girón, en el ejército del Mariscal. También le dieron el apellido Leal por diferenciarle de otros que se llamaban Pedro Hernández, como Pedro Hernández el de la Entrada, de quien poco ha hicimos mención, que le llamaron así por haber ido a la entrada de Masu con Diego de Rojas, de quien atrás se dio larga cuenta.

A este Pedro Hernández el Leal dice el Palentino que era sastre, y que Francisco Hernández, después de haberle perdonado por intercesión de Cristóbal de Funes, vecino de Huamanca, le dio una mala reprehensión, llamándole bellaco, sastre vil y bajo, y que, siendo tal, había alzado bandera como de taberna en el Cozco, en nombre de Su Majestad. Todo lo cual fue relación falsa que dieron al autor, porque yo conocí a Pedro Hernández el Leal, que todo el tiempo que estuvo en el Perú fue huésped de mi padre, posaba en su casa y comía y cenaba a su mesa, porque antes de pasar a las Indias fue criado muy familiar de la ilustrísima y excelentísima Casa de Feria, de la cual, por la misericordia divina, descendía mi padre, de hijo

segundo dellas. Y porque Pedro Hernández había sido criado della y vasallo de aquellos señores, natural de Oliva de Valencia, le hacía mi padre la honra y el trato que si fuera su propio hermano. Y Pedro Hernández se trataba como hombre noble y muy honrado, que siempre le conocí uno, dos caballos, y me acuerdo que uno dellos se llamaba Pajarillo, por la ligereza de su correr; y con el caballo me acaeció después de la guerra de Francisco Hernández un caso extraño, en que Nuestro Señor, por su misericordia, me libró de la muerte.

A este hombre tal dice el Palentino que era sastre. No puedo creer sino que el que le dio la relación debía de conocer otro del mismo nombre con oficio de sastre, y añadió que alzó bandera en el Cozco contra Francisco Hernández. No pasó tal, porque en todo aquel tiempo de esta guerra yo no salí de aquella ciudad, y Pedro Hernández, como lo he dicho, posaba en casa de mi padre, y si algo hubiera de bandera o de otra cosa lo supiera yo como cualquiera otro, y mejor que el autor. Pero cierto que no hubo nada de aquello. El muchacho de quien dimos cuenta en el Libro segundo, capítulo veinte y cinco de la primera parte destes **Comentarios**, a quien yo puse la yerba medicinal en el ojo que tenía enfermó para perderlo, era hijo deste buen soldado, y nació en casa de mi padre. Y hoy, que es año de mil seiscientos y once, vive en Oliva de Valencia, tierra de su padre, y se llama Martín Leal. Y el excelentísimo Duque de Feria y el ilustrísimo Marqués de Villanuevas de Barca Rota le ocupan en su servicio, que, cuando han menester adiestrar caballos o comprarlos, le envían a buscarlos, porque salió muy buen hombre de a caballo de la jineta, que es la silla con que se ganó aquella nuestra tierra, etc.

Pedro Hernández el Leal, cuando supo el levantamiento de Francisco Hernández Girón, en los Antis, donde trataba y contratava en la yerba llamada **cuca**, y administrava una gruesa hacienda de Su Majestad llamada Tunu, que en aquel distrito tiene de la dicha yerba, se fue dende allí al campo del Mariscal, donde anduvo como leal servidor del Rey hasta que le prendieron en la batalla de Chuquinca y lo presentaron a Francisco Hernández Girón por prisionero de calidad,

por su lealtad y muchos servicios hechos a la Majestad Imperial. Francisco Hernández, porque era enemigo de leales, mandó que le matasen luego, y así lo llevaron al campo para matarle. El verdugo le mandó hincarse de rodillas y le puso la soga al pescuezo para darle garrote. A este tiempo habló un soldado al verdugo, preguntándole cierta cosa. El verdugo, para responderle, volvió el rostro a él y se puso de espaldas a Pedro Hernández el Leal; el cual, viéndole ocupado con el soldado y que no le miraba, se atrevió a levantarse, y, aunque era hombre mayor, echó a correr con tanta ligereza que no le alcanzara un caballo, porque no iba en ello menos que la vida. Así llegó donde estaba Francisco Hernández, y se echó a sus pies, abrazándole las piernas, suplicándole hubiese misericordia dél. Lo mismo hicieron todos los que se hallaron presentes. que uno dellos fue Cristóbal de Funes, vecino de Huamanca. Y entre otras cosas le dijeron que ya el triste había tragado la muerte, pues traía la soga al pescuezo. Francisco Hernández, por dar contento a tantos, lo perdonó, aunque contra su voluntad. Esto pasó como lo hemos dicho, y en casa de mi padre (después, en sana paz) se refirió vez y veces, unas en presencia de Pedro Hernández el Leal y otras en ausencia, y adelante diremos cómo se huyó del tirano y se fue al Rey.

CAPITULO XIX

El escándalo que la pérdida del Mariscal causó en el campo de Su Majestad. Las provisiones que los Oidores hicieron para remedio del daño. La discordia que entre ellos hubo sobre ir o no ir con el ejército real. La huida de un capitán del tirano a los del Rey.

De la misma manera que sucedió el hecho de la batalla de Chuquinca, que Antonio Carrillo, sargento mayor de Francisco Hernández, y Alberto de Orduña, su alférez general, huyeron, porque se dijo a voces que Francisco Hernández era muerto en la batalla, y luego, a poco rato, salió por vencedor della, ni más

ni menos llegó al campo de Su Majestad la nueva del suceso de aquel rompimiento, que algunos españoles que estaban en la comarca, teniendo nueva por los indios que Francisco Hernández era vencido y muerto, lo escribieron a los Oidores a toda diligencia, pidiendo albricias por la buena nueva que les enviaban. Mas porque no se diesen las albricias de balde, llegó muy aína la fama verdadera de la pérdida del Mariscal y de todos los suyos, la cual causó grandísimo alboroto y escándalo en el ejército de Su Majestad, tanto que (sin dar causa ni razón para ello) escribe el Palentino, capítulo cuarenta y seis, que consultaron entre los tres Oidores de matar al Licenciado y Oidor Santillán, o prenderlo y enviarlo a España, y que no se efectuó por la contradicción del Doctor Saravia; como si el Licenciado Santillán hubiera causado la pérdida de aquella batalla. Y no hay que espantarnos desto, porque la victoria de Francisco Hernández Girón fue tan en contra de la imaginación y esperanza de todos los hombres prácticos del Perú, que todos sospecharon, y aun creyeron, que los suyos habían vendido al Mariscal, e imaginaban en los que pudieran haberlo hecho, y en esta imaginación estuvieron tan firmes y certificados como que hubiera sido revelación de algún ángel, hasta que vieron muchos de los sospechados, que huyendo de la batalla fueron a parar al campo de Su Majestad, y los más dellos iban heridos y muy maltratados. Con lo cual se acreditaron en su lealtad, y desengañaron a los sospechosos que no había sido traición, sino desventura de todos ellos.

Aplacado el alboroto, mandaron los Oidores que Antonio de Quiñones, vecino del Cozco, fuese con sesenta arcabuceros a la ciudad de Huamanca, a socorrer y amparar los que por aquella vía viniesen huyendo, de los perdidosos de la batalla, y también para que la ciudad tuviese quien la defendiese si Francisco Hernández enviase gente a ella, que era cierto la había de enviar para que le llevaran algunas cosas de las muchas que había menester para socorrer su gente. Y es así que poco después de la batalla Francisco Hernández envió a su capitán Juan Cobo a la dicha ciudad, para que le llevara algún socorro de medicinas para los heridos y enfermos; mas Juan Cobo, sabiendo que An-

tonio de Quiñones iba sobre él, se retiró de Huamanca sin haber hecho cosa alguna en ella. En este tiempo llegaron dos cartas de diversas partes a manos de los Oidores, casi en una misma hora: la una del Mariscal Don Alonso de Alvarado, en que se quejaba de su mala fortuna y de su gente, que no le hubiese querido obedecer ni guardar el orden que les había dado para la batalla, como ello pasó en hecho de verdad; la otra carta era de Lorenzo de Aldana, en la cual escribe en muy pocas palabras todo el suceso de la batalla, y cómo se dio contra toda la opinión de todos los principales del campo, que según lo escribe el Palentino, capítulo cuarenta y siete, es la que se sigue, sacada a la letra:

“El lunes passado escribí a Vuesa Señoría, y dixe lo que sospechaba y temia. Y acabado de despachar, entró Lucifer en el Mariscal, y luego se determinó de dar la batalla a Francisco Hernández en el fuerte en que estaba, contra el parecer y opinión de todos, y más de la mía. Y no obstante todo esto, lo hizo de manera que Francisco Hernández, de su fuerte, nos desbarató y mató mucha gente, y harto principal en ella. La cantidad no sabré dezir, porque, como era en su mismo fuerte y se retiró el Mariscal, no se pudo entender. Él salió herido, y no por pelear ni por animar su gente”. etc. Hasta aquí es del Palentino.

Con la certificación de la pérdida del Mariscal, ordenaron los Oidores que el campo marchase y siguiese a Francisco Hernández Girón, y que la Audiencia fuese con el ejército, como lo dice el Palentino por estas palabras, “assí por le dar mayor autoridad como porque la gente no murmurasse de que ellos se quedaban holgando. Y tratado esto en su acuerdo, hubo contradicción por el Licenciado Altamirano, diciendo que el Audiencia no podía salir fuera, porque Su Majestad los mandaba residir en Lima. Y que sin expreso mandamiento, no podían salir, ni tampoco valdría lo que el Audiencia fuera de la ciudad mandasse. E insistiendo el Doctor Saravia sobre que el Audiencia había de salir, dixo el Licenciado Altamirano que por alguna vía él no saldría, porque el Rey no le había mandado venir a pelear, sino a asentarse en los estrados y sentenciar los processos y causas que hubiesse. El Doctor Saravia

dixo que le suspendería del oficio si no iba con el campo, y mandaría a los oficiales reales no le pagassen salario alguno. Y assí se les notificó, aunque después vino cédula de Su Majestad para que se le pagasse”.

Hasta aquí es de Diego Fernández Palentino. Con las dificultades dichas, determinaron que los tres Oidores, el Doctor Saravia, el Licenciado Santillán y el Licenciado Mercado, fuesen con el ejército real, y que el Licenciado Altamirano, pues se daba por rendido a las armas y que no quería sino guerra civil, mandaron que quedase en la Ciudad de los Reyes por justicia mayor della. Y a Diego de Mora, vecino de Trujillo, que vino como se ha dicho con una buena compañía de arcabuceros, dejaron por Corregidor de aquella ciudad, y su compañía dieron a otro capitán, llamado Pedro de Zárate. Ordenado todo esto y lo que convenía a la guarda de la mar, caminó el ejército real hasta Huamanca.

En aquel viaje se les vino un soldado famoso que se decía Juan Chacón, que habían preso los tiranos en la rota de Uillacori; al cual, por ser tan buen soldado, Francisco Hernández Girón, por obligarle a que fuese su amigo, le había dado una compañía de arcabuceros. Pero Juan Chacón, siendo leal servidor de Su Majestad, trataba en secreto, con otros amigos suyos, de matar al tirano. Y como entonces no se usaba otra lealtad sino venderse unos a otros, dieron noticia dello a Francisco Hernández, lo cual supo Juan Chacón, y antes que le prendiesen se huyó a vista de Francisco Hernández y de todos los suyos; y en el camino corrió mucho peligro de su vida, porque, como los indios tenían mandato de atrás que matasen todos los que se huyesen, tomándolo ellos sin distinción de leales a traidores, apretaron malamente a Juan Chacón y le mataran, si no fuera por un arcabuz que llevó, con que los ojeaba a lejos. Pero con todo eso llegó herido al campo de Su Majestad, donde dio cuenta de todo lo que Francisco Hernández pensaba hacer, con que los Oidores y todo su ejército recibieron mucho contento; y así caminaron hasta Huamanca, donde los dejaremos por decir lo que Francisco Hernández hizo en aquellos mismos días.

CAPITULO XX

Lo que Francisco Hernández hizo después de la batalla. Envía ministros a diversas partes del Reino a saquear las ciudades. La plata que en el Cozco robaron a dos vecinos della.

Francisco Hernández Girón estuvo más de cuarenta días en el sitio donde venció aquella batalla, así por gozar de la gloria que sentía de verse en él como por la necesidad de los muchos heridos que quedaron de los del Rey, a los cuales regalaba y acariciaba todo lo más que podía, por hacerlos amigos, y así ganó a muchos dellos, que le siguieron hasta el fin de su jornada. En aquel tiempo proveyó que su maese de campo Alvarado fuese al Cozco, en alcance de los que hubiesen huido hacia allá. Proveyó asimismo que su sargento mayor Antonio Carrillo (porque perdiese algo de la mucha melancolía que traía por haber huído de la batalla de Chuquinca) fuese a la Ciudad de la Paz, a Chucuito, a Potocsi y a la Ciudad de la Plata, y corriese todas aquellas provincias recogiendo la gente, armas y caballos que hallase. Particularmente le envió a que recogiese la plata y oro y mucho vino escondido que un soldado de los del Mariscal, llamado Francisco Boloña, le dijo que sabía dónde todo aquello quedaba escondido. A lo cual fue Antonio Carrillo con veinte soldados, y llevó consigo a Francisco Boloña; y de los veinte soldados que fueron con él, no fueron más de dos de los prendados de Francisco Hernández, que todos los demás eran de los del Mariscal, por lo cual se sospechó en público y se murmuró en secreto que Francisco Hernández enviaba su sargento mayor a que lo maltratasen, y no a cosa de provecho suyo, como ello sucedió, según veremos adelante. Asimismo proveyó Francisco Hernández que su capitán Juan de Piedrahita fuese a la ciudad de Arequipa a recoger la gente, armas, y caballos que hallase. Y para este viaje le nombró y dio título de maese de campo del Ejército de la Libertad, que así llamaba Francisco Hernández al suyo. Y a su maese de campo

Alvarado le dio nombre de teniente general. Con estos títulos mejoró a estos dos ministros suyos, para que con más soberbia y vanagloria hiciesen lo que después hicieron.

El teniente general Licenciado Alvarado fue al Cozco, en alcance de los que huyeron de la batalla de Chuquinca; y un día antes que entrase en la ciudad llegaron siete soldados de los del Mariscal, y uno dellos, que iba por cabo, se decía Juan de Cardona, los cuales dieron aviso de la pérdida del Mariscal, de que toda la ciudad se dolió muy mucho, porque nunca se imaginó que tal victoria pudiera alcanzar un hombre que venía tan roto y perdido como Francisco Hernández. Acordaron huirse todos antes que el tirano los matase. Francisco Rodríguez de Villafuerte, que entonces era Alcalde ordinario, recogió la gente que en la ciudad había, que con los siete soldados huídos apenas llegaban a número de cuarenta, y todos fueron camino del Collao. Unos pararon a hacer noche legua y media de la ciudad, y el Alcalde fue uno dellos; otros pasaron adelante tres y cuatro leguas, y fueron los mejor librados, porque el buen Juan de Cardona, viendo que el Alcalde paraba tan cerca de la ciudad, en pudiendo escabullirse huyó dellos y llegó al Cozco a medianoche, y dio cuenta al Licenciado Alvarado cómo Villafuerte y otros veinte con él quedaban legua y media de allí. El Licenciado mandó que luego, a la hora, saliese el verdugo general Alonso González por capitán de otros veinte soldados, y fuese a prender a Villafuerte; en lo cual puso tan buena diligencia Alonso González, que otro día, a las ocho, los tenía a todos en el Cozco, entregados a su teniente general. El cual hizo ademanes de matar a Francisco de Villafuerte y a algunos de los suyos; pero no hallando culpa, los perdonó por intercesión de los suegros y amigos de Francisco Hernández Girón.

Entre otras maldades que por orden y mandado de su Capitán general hizo el Licenciado Alvarado en la ciudad del Cozco, fue despojar y robar las campanas de la Iglesia Catedral y de los monasterios de aquella ciudad; que al Convento de Nuestra Señora de las Mercedes, de dos campanas que tenía le quitó la una; y al Convento del Divino Santo Domingo hi-

zo lo mismo, y fueron las mayores que tenían. Al Convento del Seráfico San Francisco no quitó ninguna, porque no tenía más de una, y esto fue a ruego de los religiosos, que también la quería llevar. A la Catedral, de cinco campanas quitó las dos, y las llevara todas cinco si no acudiera el Obispo con su clerecía a defenderlas con descomuniones y maldiciones. Y éstas de la Catedral estaban benditas de mano del Obispo, y tenían óleo y crisma, y eran muy grandes. De todas las cuatro campanas hizo seis tiros de artillería, y el uno dellos reventó cuando los probaron, y al mayor dellos pusieron en la fundición unas letras que decían: "Libertas", que este fue el apellido de aquella tiranía. Estos tiros, como hechos de metal que fue dedicado y consagrado al servicio divino, no hicieron daño en persona alguna, según adelante veremos.

Con esta maldad, hizo aquel teniente general otros muchos sacos y robos de la hacienda de los vecinos que se huyeron y de otros que murieron en la batalla de Chuquinca, que tenían fama de ricos porque no eran tan gastadores (como otros que había en aquella ciudad), y se sabía que tenían guardadas muchas barras de plata. Con su buena diligencia y amenazas descubrió el Licenciado Alvarado, por vía de los indios, dos hoyos que Alonso de Mesa tenía en un hortezuelo de su casa, y de cada uno dellos sacó sesenta barras de plata, tan grandes que pasaba cada una de a treientos ducados de valor. Yo las vi sacar, que, como la casa de Alonso de Mesa estaba calle en medio de la de mi padre, me pasé a ella a la grita que había con las barras de plata. Pocos días después trajeron de los indios del capitán Juan de Saavedra ciento y cincuenta carneros de aquella tierra cargados con trecientas barras de plata, todas del mismo tamaño y precio que las primeras. Sospechase entonces que no haber querido salir Juan de Saavedra de la ciudad del Cozco la noche del levantamiento de Francisco Hernández Girón, como se lo rogaron mi padre y sus compañeros, había sido por guardar y poner en cobro aquella cantidad de plata, y por mucho guardar no guardó nada, pues la perdió y la vida por ella. Estas dos partidas, según el precio común de las barras de aquel tiempo, montaron ciento y veinte y seis mil

ducados castellanos, de a trecientos y sesenta y cinco maravedís. Y aunque el Palentino dice que entró a la parte de la pérdida Diego Ortiz de Guzmán, vecino de aquella ciudad, yo no lo supe más que de los dos referidos.

CAPITULO XXI

El robo que Antonio Carrillo hizo, y su muerte. Los sucesos de Piedrahita en Arequepa. La victoria que alcanzó por las discordias que en ella hubo.

No anduvo menos bravo (si le durara más la vida) el sargento mayor Antonio Carrillo, que fue a saquear el Pueblo Nuevo y las demás ciudades del distrito de Collasuyu, que en la Ciudad de la Paz en muy pocos días sacó de los caciques de aquella jurisdicción, de los tributos que debían a sus amos y de otras cosas, una suma increíble, como lo dice el Palentino por estas palabras, capítulo cuarenta y nueve: "Prendió Antonio Carrillo los mayordomos de los vezinos y todos los cacique, y túvolos presos poniéndoles grandes temores, hasta que dieron todas las haciendas y tributos de sus amos. Y así desto como de muchos hoyos de barras de plata que sacó del monasterio del Señor San Francisco y de otras partes, así dentro de la ciudad como de fuera, en término de cinco días que allí estuvo había recogido y robado más de quinientos mil castellanos en oro y plata, vino y otras cosas", etc.

Hasta aquí es de aquel autor. Todo lo cual se hizo por orden y aviso de Francisco Boloña, que sabía bien aquellos secretos, y pasara adelante el robo y saco, sino que el mismo denunciador, acusado de su conciencia y por persuasión de Juan Vázquez, Corregidor de Chucuitu, lo restituyó a sus dueños, con que él y otros amigos suyos mataron al pobre Antonio Carrillo a estocadas y cuchilladas que le dieron dentro en su aposento, y redujeron aquella ciudad al servicio de Su Majestad, como antes estaba. Así acabó el triste Antonio Carrillo. Al maese de campo de Francisco Hernández Girón, que dijimos que era Juan

de Piedrahita, le fue mejor en la ciudad de Arequepa que a su sargento mayor Antonio Carrillo, por la discordia que hubo entre el Corregidor de Arequepa y el capitán Gómez de Solís, a quien los Oidores enviaron a ella por General para seguir por aquella parte la guerra contra Francisco Hernández Girón, de lo cual se enfadó el Corregidor muy mucho, porque le hiciesen superior sobre él, teniéndose por soldado más práctico para la guerra que Gómez de Solís, como lo refiere Diego Fernández, capítulo cincuenta y uno por estas palabras: "Partido que fue Gómez de Solís del campo de Su Majestad, llevando sus provisiones y por su alférez a Vicencio de Monte, antes que llegase a la ciudad se tuvo de su venida, y apercibiéronse muchos para le salir a recibir. Empero, el Corregidor Gonzalo de Torres, lo estorbó, mostrando tener resabio de aquel proveimiento, diciendo que los Oidores jamás acertaban a prover cosa alguna. Y ansimismo publicaba que Gómez de Solís no era capaz para tal cargo como se le había dado, y que estando él por Corregidor en aquella ciudad no se debía proveer otra persona de todo el Reino. Por lo cual, mostrando en público su pasión, no quiso ni consintió que le saliesen a recibir", etc.

Hasta aquí es de Diego Fernández. Estando en estas pasiones y bandos los de Arequepa, tuvieron nueva de la ida de Juan de Piedrahita, y que llevaba más de ciento y cincuenta hombres, y que más de los ciento eran arcabuceros de los famosos de Francisco Hernández. Por lo cual se recogieron todos en la Iglesia Mayor, llevando sus mujeres e hijos y los muebles de sus casas, y la cercaron toda en derredor de una pared alta, porque el enemigo no les entrase, y pusieron los pocos arcabuceros que tenían a la boca de dos calles por donde los enemigos podían entrar, para que los ofendiesen dende las puertas y ventanas sin que los viesen. Pero como en tierra donde hay pasión y bandos no haya cosa segura, tuvo Piedrahita aviso de la emboscada que le tenían armada, y torciendo su camino entró por otra calle, hasta ponerse en la casa episcopal, cerca de la Iglesia, donde hubo alguna pelea, pero de poco momento.

Entonces vino a ellos, de parte de Piedrahita, un religioso dominico, y les dijo que Piedrahita no quería romper con ellos, sino que hubiese paz y amistad y que los soldados de una parte y otra quedasen libres para irse a servir al Rey o a Francisco Hernández, y que le diesen las armas que les sobrasen. Gómez de Solís no quiso aceptar este partido por parecerle infamia entregar las armas al enemigo, aunque fuesen de las que le sobrasen; pero otro día aceptó el partido, y aun rogando, porque aquella noche le quemaron unas casas que allí tenía (aunque él era vecino de los Charcas), y otras principales de la ciudad, y, aunque había treguas puestas por tres días, los tiranos las quebrantaron, porque tuvieron aviso que se habían huído algunos de los de Gómez de Solís y que los que quedaban no querían pelear. Con esto se desvergonzaron tanto, que salieron a combatir el fuerte. Gómez de Solís y los vecinos que con él estaban, viendo que no había quien pelease, se huyeron como mejor pudieron, y dejaron a Piedrahita toda la hacienda que había recogido para guardarla, la cual tomaron los enemigos y se volvieron ricos y prósperos en busca de su Capitán general Francisco Hernández Girón. Y aunque en el camino se le huyeron a Piedrahita más de veinte soldados que de los del Mariscal llevaba consigo, no se le dio nada, por la buena presa de mucho oro, plata, joyas y preseas, armas y caballos que en lugar de los huídos le quedaba, y no hizo caso dellos porque eran de los rendidos.

Francisco Hernández Girón, que lo dejamos en el sitio de la batalla de Chuquinca, estuvo en él cerca de mes y medio, por los muchos heridos que de parte del Mariscal quedaron. Al cabo deste largo tiempo, caminó con ellos, como mejor pudo, hasta el valle de Antahuaylla, con enojo que llevaba de los indios de las provincias de los Charcas por la mucha pesadumbre que en la batalla de Chuquinca le dieron, que se atrevieron a pelear con los suyos y les cargaron de mucha cantidad de piedras con las hondas, y descalabraron algunos de los de Francisco Hernández. Por lo cual, luego que llegó a aquellas provincias, mandó a sus soldados, así negros como blancos, que saqueasen los pueblos y los quemasen, y talasen los

campos e hiciesen todo el mal y daño que pudiesen. De Antahuaylla envió por Doña Mencía, su mujer, y por la de Tomás Vázquez, a las cuales hicieron los soldados solemnes recibimiento. Y a la mujer de Francisco Hernández llamaban muy desvergonzadamente, como lo dice el Palentino, Reina del Perú. Estuvieron pocos días en la provincia de Antahuaylla; contentáronse con haberse satisfecho del enojo que contra aquellos indios tenían. Caminaron hacia el Cozco, porque supieron que el ejército real caminaba en busca dellos; pasaron los dos ríos, Amáncay y Apurímac. Viendo Francisco Hernández los pasos tan dificultosos que hay por aquel camino, tan dispuestos para los defender y resistir a los que contra él fuesen, decía muchas veces que, si no hubiera enviado a su maese de campo Juan de Piedrahita con la gente escogida que llevó, que esperara y aun diera la batalla a los Oidores en algún paso fuerte de aquéllos.

Caminando Francisco Hernández un día de aquéllos, se atrevieron seis soldados principales, de los del Mariscal, a huirse a vista de todos los contrarios; llevaban cabalgaduras escogidas y sus arcabuces y todo buen recaudo para ellos. Salieron con su pretensión porque Francisco Hernández no quiso que fuesen en pos de dellos, porque no se huyesen todos. Contentose con que no fuesen más de seis los que le negaban, que al principio de la revuelta temió que la huída era de mucha más gente, pues se hacía tan al descubierto y con tanto atrevimiento. Aquellos seis soldados llegaron al campo de Su Majestad, y dieron aviso de cómo Francisco Hernández iba al Cozco, y que pretendía pasar adelante al Collao. Los Oidores, con la nueva, mandaron que el ejército caminase con diligencia y recato; y así caminaron, aunque, por las diferencias y pasiones que entre los superiores y ministros principales había, se cumplía mal y tarde lo que al servicio de Su Majestad convenía.

CAPITULO XXII

**Francisco Hernández huye de entrar en el Cozco.
Lleva su mujer consigo.**

Francisco Hernández, con todo su ejército, pasó el río de Apurímac por la puente y dejó en guarda della un soldado llamado fulano de Valderrábano, con otros veinte en su compañía. Dos días después, no fiando del Valderrábano, envió a Juan Gavilán, y que Valderrábano se volviese donde Francisco Hernández estaba. Juan Gavilán quedó guardando la puente, y dos días después vio asomar corredores del ejército de Su Majestad, y sin aguardar a ver qué gente era, cuánta y cómo venía, quemó la puente y se retiró a toda prisa donde estaba su Capitán general. Al cual, según lo dice el Palentino, "le pesó mucho que la hubiese quemado, y que por ello trató ásperamente de palabra a Juan Gavilán", etc. No sé que razón tuviese para ello, porque no habiendo de volver a pasar por la puente, pues se iba retirando, no había hecho mal Juan Gavilán en quemarla, antes había hecho bien en dar pesadumbre y trabajo a sus contrarios para haberla de hacer y pasar por ella.

Francisco Hernández pasó al valle de Yúcay, por gozar, aunque pocos días, de los deleites y regalos de aquel valle ameno. Su ejército caminó hasta una legua cerca del Cozco; de allí rodeó a mano izquierda de como iba, por no entrar en aquella ciudad, porque de sus adivinos, hechiceros, astrólogos y pronosticadores (que dio mucho en tratar con ellos) estaba Francisco Hernández persuadido a que no entrase en ella, porque por sus hechicerías sabían que el postrero que della saliese a dar batalla había de ser vencido, para lo cual daban ejemplos de capitanes, así indios en sus tiempos como españoles en los suyos, que habían sido vencidos, pero no decían los que habían sido vencedores como lo pudiéramos decir si importara algo. En confirmación de lo cual escribe Diego Fernández, capítulo treinta y dos y cuarenta y cinco, y en ellos nombra cuatro españoles y una morisca que eran tenidos por hechiceros y micrománticos, y que daban a en-

tender que tenían un familiar que les descubría lo que pasaba en el campo de Su Majestad y lo que se trataba y comunicaba en el campo de Francisco Hernández; con lo cual dice que no osaban los suyos tratar de huirse ni de otra cosa en perjuicio del tirano, porque el diablo no se le revelase. Yo vi una carta suya, que se la escribió a Juan de Piedrahita cuando había de ir a Arequepa como atrás se ha dicho, y se la envió al Cozco, en que le decía: "Vuesa merced no saldrá desa ciudad tal día de la semana, sino tal día; porque el nombre Juan no se ha de escribir con u sino con o". Y a este tono decía otras cosas en la carta, de que no me acuerdo para poderlas escribir. Sólo puedo afirmar que públicamente era notado de embaidor y embustero. Y este mismo trato y contrato (como paga cierta de los tales) le hizo perderse más aína, como adelante veremos.

Los mismos de Francisco Hernández Girón, que sabían estos tratos y conciertos que con los hechiceros tenía, decían unos con otros que por qué no se valía de la hechicería y pronósticos de los indios, que aquella tierra, pues tenían fama de grandes maestros en aquellas diabólicas artes. Respondían que su General no hacía caso de las hechicerías de los indios, porque las más dellas eran niñerías antes que tratos ni contratos con el Demonio. Y en parte tenían razón, según dijimos de algunas dellas en la primera parte de estos **Comentarios**, Libro cuarto, capítulo diez y seis, sobre el mal agüero o bueno que tan de veras tomaban en el palpar de los ojos, a cuya semejanza diremos otra adivinación que sacaban del zumbir de los oídos, que lo apuntamos en el dicho capítulo y lo diremos ahora, y danos autoridad a ello el Confesionario católico que por mandado de un Sínodo que en aquel Imperio hubo se hizo.

El cual, entre otras advertencias que da a los confesores, dice que aquellos indios tienen supersticiones en la vista y en los oídos. La que tenían en los oídos es la que se sigue, que yo la vi hacer a alguno dellos, y era que zumbando el oído derecho decían que algún pariente o amigo hablaba bien dél, y para saber quién era el tal amigo (tomándolo en la imaginación) avahaban con el anhélito la mano derecha, y tan presto

como la apartaban de la boca la ponían sobre el oído, y, no cesando el zumbido, tomaban en su imaginación otro amigo y hacían lo mismo que con el primero, y así con otros y otros, hasta que cesaba el zumbido, y del postrer amigo con quien cesaba el zumbido certificaban que aquel amigo era el que decía bien dél.

Lo mismo, en contra, tenían, del zumbido del oído siniestro, que decían que algún enemigo hablaba mal dél, y, para saber quién era, hacían en el dicho oído las mismas niñerías que en el pasado hasta que cesaba de zumbear, y al postrero con quien cesaba tenían que había sido el maldiciente, y se confirmaban en su enemistad si habían tenido alguna pasión.

Por ser estas hechicerías, y otras que aquellos indios tuvieron, tan de reír, decían los amigos de Francisco Hernández que no hizo caso dellas para valerse de aquellos hechiceros.

El tirano, siguiendo su camino, alcanzó su ejército en un llano que está a las espaldas de la fortaleza del Cozco, donde dice el Palentino que le fue a visitar Francisco Rodríguez de Villafuerte, Alcalde ordinario de aquella ciudad, a quien dijo Francisco Hernández grandes maldades de los vecinos del Cozco, y les hizo muchos fieros, que los había de matar y destruir porque no fueron con él en su tiranía, y todo fue mentir y querer hacer culpados a los que no quisieron seguirle. De allí siguió su camino con su ejército por cima de la ciudad del Cozco, al oriente della, como se lo mandaron sus hechiceros; llevó consigo su mujer, a pesar de sus suegros, que les dijo que no quería dejarla en poder de sus enemigos para que se vengasen en ella de lo que él pudiese haberles ofendido. Y así pasó hasta el valle de Orcos, cinco leguas de la ciudad, donde lo dejaremos por decir lo que un hijo deste caballero Francisco Rodríguez de Villafuerte ha hecho conmigo en España, sin habernos visto, más de comunicarnos por nuestras cartas.

Es su hijo segundo; vino a España a estudiar; vive en Salamanca años ha, donde florece en todas ciencias; llámase Don Feliciano Rodríguez de Villafuerte, nombre bien apropiado con su galano ingenio. Este año de seiscientos y once, al principio dél, me hizo

merced de un retablo pequeño, tan ancho y largo como un medio pliego de papel, lleno de reliquias santas cada una con su título, y entre ellas un poco del **lignum crucis**, todo cubierto con una vidriera y guarnecido de madera por todas las cuatro partes, muy bien labrada y dorada a las maravillas, que hay bien que mirar en él. Con el relicario me envió dos relojes hechos de su mano. Uno de sol, como los ordinarios, con su aguja al norte y su sombra, para ver por ella las horas del día. El otro reloj es de luna, galanamente obrado, en toda perfección de la astrología, con su movimiento circular repartido en veinte y nueve partes, que son los días de la luna. Tiene la figura de la misma luna, con su creciente y menguante, conjunción y llena, todo lo cual se ve muy claro en el movimiento circular que tiene hecho, para que por él le muevan. Tiene su sombra para ver por ella las horas de la noche, poniéndola conforme a la edad de la luna. Tiene otras cosas, que, por no saber darlas a entender, las dejo de escribir. Todo lo cual es hecho por su propias manos, sin ayuda ajena, así lo que es material como lo que es de ciencia, y que ha dado bien que admirar a los hombres curiosos que han visto lo uno y lo otro, y yo me he llenado de vanagloria de ver que un hombre nacido en mi tierra y en mi ciudad haga obras tan galanas y tan ingeniosas que admiren a muchos de los de acá, lo cual es prueba del galano ingenio y mucha habilidad que los naturales del Perú, así mestizos como criollos, tienen para todas ciencias y artes, como atrás lo dejamos apuntado con la autoridad de nuestro preceptor y maestro, el Licenciado Juan de Cuéllar, conónigo que fue de la Santa Iglesia del Cozco, que leyó gramática en aquella ciudad, aunque breve tiempo. Sea Dios Nuestro Señor loado por todo, amén. Y con tanto nos volveremos al Perú, a decir lo que el ejército de Su Majestad hizo en su viaje, que lo dejamos en la ciudad de Huamanca.

CAPITULO XXIII

El ejército real pasa el río de Amáncay y el de Apurímac con facilidad, la que no se esperaba. Sus corredores llegan a la ciudad del Cozco.

El ejército de Su Majestad salió de Huamanca en seguimiento de Francisco Hernández Girón, porque supo que iba camino del Cozco; caminaba mucho recato, con sus corredores delante. Pasó el río de Amáncay por el vado, y para la gente de a pie y la artillería hicieron la puente, que allí es fácil porque en aquella parte es angosto el río, en el cual acaeció una desgracia que lastimó mucho a todos. Y fue que el capitán Antonio Luján, habiéndolo pasado, se puso a beber con las manos del agua del río, y al tiempo del levantarse se le deslizaron ambos pies de la peña en que se había puesto, y cayó de espaldas y dio con el colodriño donde tenía los pies y de allí en el río, donde nunca más pareció, aunque hicieron toda la diligencia posible por sacarle. Una cota que llevaba puesta llevaron los indios dende a dos años al Cozco, siendo Corregidor mi padre en aquella ciudad. La compañía del capitán Luján, que era de arcabuceros, dieron a Juan Ramón, aunque perdió la suya en Chuquinca.

Con esta desgracia llegó el ejército al río de Apurímac, y supo que uno de los corredores, llamado Francisco Menacho, que se había adelantado con otros cuarenta compañeros como soldado bravo y temerario, sin haber habido antes de él quien se hubiese atrevido a pasar aquel río, se había arrojado a él por el sitio que ahora llaman El Vado, y lo había pasado sin peligro alguno; y que así lo había hecho otras tres o cuatro veces, entre tanto que llegaba allí el campo de Su Majestad. Con esta nueva, aunque temerosa, se atrevió a pasarlo todo el ejército, por no estar detenido en tal mal puesto mientras se hacía la puente, que se perdía mucho tiempo; y para más seguridad de los peones e indios de carga y de los que llevaban el artillería, que la llevaban a cuestras, pusieron la caballería por todo el río adelante, en quien quebrase la furia de su corriente, y por las espaldas de la caballe-

ría pasó la infantería, hasta los indios cargados, y la artillería, que la llevaban en hombros, y todos pasaron tan sin peligro como lo dice el Palentino, capítulo cincuenta. Y es mucho de estimar la merced que Dios Nuestro Señor les hizo aquel día en facilitarles aquel paso tan peligroso, que, aunque entonces lo pasó todo un ejército, después acá no se ha atrevido nadie a pasarlo.

Luego caminaron por aquella cuesta tan áspera con mucho trabajo y dificultad, por la aspereza del camino. Llegaron el segundo día a Rimactampu, siete leguas de la ciudad. De allí pasaron adelante la misma noche que llegaron, con mucha pesadumbre de los ministros del ejército, porque casi siempre, en lo que convenía mandar y ordenar que hiciese el ejército, se mostraba la pasión y bando que entre ellos había, unos en mandar y otros en desmandar; y esto lo causó entonces que los corredores del ejército de Su Majestad y los de Francisco Hernández caminaban siempre a vista unos de otros, y el tirano tenía cuidado de remudar los suyos a menudo, porque no pareciese que iba huyendo sino que caminaba a su gusto y placer.

Así llegó el ejército a Sacsahuana, cuatro leguas de la ciudad; de allí quisieron ser corredores del campo los vecinos del Cozco, por visitar sus casas, mujeres e hijos. Llegaron a mediodía, y aquella mañana había salido della el teniente general Licenciado Alvarado. Los vecinos no quisieron dormir la noche siguiente en sus casas, porque el enemigo no revolviere sobre ellos y los hallase divididos; juntáronse todos, con los pocos soldados que llevaron, en las casas que eran de Juan de Pancorvo, que son fuertes y no tienen por dónde entrarle, sino por la puerta principal de la calle. En ella hicieron un reparo con adobes, que salía siete u ocho pasos fuera de la puerta. Hicieron sus troneras, para tirar por ellas con sus arcabuces a los que les acometiesen por tres calles que van a dar a la puerta, la una por derecho y las dos por los lados. Allí estuvieron seguros toda la noche, con sus centinelas puestas por las calles que iban a dar a la casa. Y yo estuve con ellos, y hice tres o cuatro recaudos a casas donde me enviaban sus dueños, y en esto gasté la noche.

El día siguiente, estando yo en un corredor de la casa de mi padre, a las tres de la tarde, vi entrar por la puerta de la calle a Pedro Hernández el Leal, en su caballo Pajarillo, y, sin hablarle, entró corriendo al aposento de Garcilaso mi señor, a darle la buena nueva; el cual salió aprisa, y abrazó a Pedro Hernández, con grandísimo regocijo de ambos. El cual dijo que el día, antes, caminando el ejército del tirano poco más de una legua de la ciudad, se apartó dellos fingiendo necesidad, y se entró por entre unas peñas que hay a mano izquierda del camino; y que encubriéndose con ellas, subió por aquella sierra hasta alejarse de los enemigos, y que desta manera escapó dellos. Después fue con mi padre en el ejército de Su Majestad, y sirvió en aquella guerra hasta que se acabó, y volvió con Garcilaso, mi señor, al Cozco, de todo lo cual soy testigo de vista, y como tal lo digo.

CAPITULO XXIV

El campo de Su Majestad entra en el Cozco y pasa adelante. Dase cuenta de cómo llevaban los indios la artillería a cuestras. Llega parte de la munición al ejército real.

A tercero día de como entraron los vecinos en la ciudad, entró el campo de Su Majestad, cada compañía por su orden. Armaron su escuadrón de infantería en la plaza principal; los caballeros escaramuzaron con los infantes, con muy buena orden militar, donde hubo mucha arcabucería muy bien ordenada, que los soldados estaban diestros en todo lo que convenía a su milicia. Y aunque el Palentino, capítulo cincuenta, dice que al pasar por la plaza Don Felipe de Mendoza, que era capitán de la artillería, jugó con toda ella, y que la gente dio vuelta en contorno de la plaza, salvando siempre galanamente los arcabuceros, en este paso le engañaron sus relatores, como en otros que hemos apuntado y apuntaremos adelante, porque la artillería no iba para usar della a cada paso, ni a cada repiquete, porque no caminaba en sus carretones,

sino que los indios, como lo hemos dicho, llevaban lo uno y lo otro a cuestras, que para sólo llevar la artillería y sus carretones iban señalados diez mil indios, que todos ellos eran menester para llevar once piezas de artillería gruesa. Y para que se sepa cómo la llevaban, lo diremos aquí, en aquel día que entraron en el Cozco yo me hallé en la plaza, y los vi entrar desde el primero hasta el postrero.

Cada pieza de artillería llevaba atada a una viga gruesa de más de cuarenta pies de largo. A la viga atravesaban otros palos gruesos como el brazo; iban atados espacio de dos pies unos de otros, y salían estos palos como media braza en largo a cada lado de la viga. Debajo de cada palo destos entraban dos indios, uno al un lado y otro al otro, al modo de los palanquines de España. Recibían la carga sobre la cerviz, donde llevaban puesta su defensa, para que los palos, con el peso de la carga, no les lastimasen tanto; y a cada docientos pasos se remudaban los indios, porque no podían sufrir la carga más trecho de camino. Ahora es de considerar con cuánto afán y trabajo caminarían los pobres indios con cargas tan grandes y tan pesadas, y por caminos tan ásperos y dificultosos como los hay en aquella mi tierra, que hay cuestras de dos, tres leguas de subida y bajada, que muchos españoles vi yo caminando, que, por no fatigar tanto sus cabalgaduras se apeaban dellas, principalmente al bajar de las cuestras, que muchas dellas son tan derechas que les conviene a los caminantes hacer esto, porque las sillas se les van a los cuellos de las cabalgaduras y no bastan las gruperas a defenderlas, que las más dellas se quiebran por aquellos caminos. Esto es desde Quito hasta el Cozco, donde hay quinientas leguas de camino; pero del Cozco a los Charcas es tierra, y se camina con menos trabajo. Por lo cual se puede entender que lo que el Palentino dice que, al pasar de la plaza, Don Felipe de Mendoza jugó con con toda la artillería, fue más por afeitar, componer y hermohear su historia que no porque pasó así, sino como lo hemos dicho.

El ejército de Su Majestad pasó una legua de la ciudad, donde estuvo cinco días aprestando lo que era menester para pasar adelante, principalmente el bas-

timento, que lo proveían los indios de aquella comarca, y hacer el herraje, que llevaba mucha necesidad dél, y fue menester todo aquel tiempo para juntar lo uno y labrar lo otro, y no por lo que aquel autor dice, capítulo cincuenta, por estas palabras: "Estuvo el campo en las Salinas cinco o seis días esperando indios, para aviar la gente, y al fin se partió el campo sin ellos, mas antes huyeron algunos de los que antes llevaba la gente, de aquéllos que eran de repartimientos de los vezinos del Cozco, y sospechóse, y aun túvose por cierto, que los mismos vezinos, sus amos, los hazían huir", etc.

Mucho me pesa de topar semejantes pasos en aquella historia, que arguyen pasión del autor o del que le daba la relación, particularmente contra los vecinos del Cozco, que siempre los hace culpados en cosas que ellos no imaginaron, como en este paso y en otros semejantes. Que a los vecinos mejor les estaba dar prisa a que el ejército pasase adelante, que no estorbarle su camino con mandar que los indios se huyesen, porque era en daño y perjuicio de los mismos vecinos, que, estando el ejército tan cerca de la ciudad, recibían molestias y agravios en sus casas y heredades. Y el mismo autor parece que se contradice, que habiendo dicho que esperaba el ejército indios de carga, y que de los que traían se le huyeron algunos, dice: "Al fin se partió el campo sin ellos". Luego no los había menester, pues pudo caminar sin que viniesen los que esperaban. Lo que pasó fue lo que hemos dicho; y lo que el autor dice que los mismos vecinos, sus amos, los hacían huir, fue que despidieron muchos indios de carga, porque de allí adelante, por ser la tierra llana, sin cuestras ni barrancos, se caminaba con más facilidad y menos pesadumbre, y así no fueron menester tantos indios como hasta allí traían. *

El ejército, pasados los cinco días, salió de aquel sitio, caminando siempre con buena orden y apercebida la gente para si fuese menester pelear, porque iba con sospecha y recelo si el tirano esperaría para dar batalla entre pasos estrechos que hay hasta llegar a Quequesana. Mas el enemigo no imaginaba tal, y así caminó sin pesadumbre alguna hasta llegar al pueblo que llaman Pucara, cuarenta leguas del Cozco, sir-

viéndose de sus soldados los negros, los cuales, apartándose a una mano y a otra del camino real, le traían cuanto ganado y bastimentos había por la comarca; y el ejército real caminaba con necesidad, porque le llevaban la comida de lejas tierras, por estar saqueados los pueblos que hallaban por delante. Por el camino no dejaban de encontrarse los corredores del un campo y del otro, aunque no llegaron a pelear. Pero los del Rey supieron que Francisco Hernández los esperaba en Pucara para darles allí la batalla. Por aquel camino no faltaron traidores de la una parte y de la otra, que de los del Rey se huyeron algunos soldados al tirano y del tirano otros a los del Rey. Los Oidores enviaron del camino un personaje que volviese atrás por la munición de pólvora, mecha y plomo que habían dejado en Antahuaylla, porque los que allí habían quedado para llevarla habían sido negligentes en caminar; pero con la solicitud y diligencia que puso Pedro de Cianca, que fue el comisario, a darle prisa, llegó al real parte de la munición un día antes de la batalla, que se estimó en muy mucho y dio gran contento a todo el ejército, porque estaba con falta della.

CAPITULO XXV

El campo de Su Majestad llega donde el enemigo está fortificado. Alójase en un llano, y se fortifica. Hay escaramuzas, y malos sucesos a los de la parte real.

En este camino supieron los Oidores la pérdida de Gómez de Solís en Arequepa, de que recibieron mucha pesadumbre; pero no pudiendo remediarla disimularon su enojo como mejor supieron, y siguieron su camino hasta Pucara, donde el enemigo estaba alojado con muchas ventajas porque el sitio era tan fuerte que no podían acometerle por parte alguna, que todo él estaba rodeado de una sierra áspera y dificultosa de andar por ella, que parecía muro fuerte hecho a mano, y la entrada del sitio era por un callejón estrecho que iba dando vueltas a una mano y a otra. El sitio,

allá dentro, era muy grande, capaz de la gente y cabalgaduras que tenía y de otra mucha más, donde tenían su bastimento y munición en gran abundancia, como gente que había alcanzado y gozado uno de las mayores victorias que en aquel Imperio ha habido, que fue la de Chuquinca. Y los soldados etíopes traían cada día cuanto hallaban por toda aquella comarca.

El campo de Su Majestad estaba, en contra, en un campo raso de todas partes, sin fortaleza alguna que le amparase, con pocos bastimentos y menos munición, como se ha dicho, mas con todo eso, por no estar tan descubiertos, se fortificaron lo mejor que pudieron. Echaron una cerca de tapias a todo el real, que daba hasta los pechos, que, como llevaban tantos indios con las cargas y con la artillería, servían de gastadores cuando era menester. Hicieron en breve tiempo la cerca (aunque tan grande), que abrazaba todo el ejército. Francisco Hernández, viendo alojado el ejército de Su Majestad, puso su artillería en lo alto del cerro que tenía delante de su campo, para ofenderle con ella; y así lo hacía, que, por inquietar a los Oidores y a todos los suyos, no cesaba de día ni de noche de jugar y tirar con ella, y metía cuantas balas quería en el campo real; y muchas veces, por bizarría y vanagloria, tiraba por alto a tira más tira, y pasaban las pelotas de la otra parte del ejército en mucha distancia de tierra, pero ni las unas ni las otras no hicieron daño alguno, ni en la gente ni en las cabalgaduras, que parecían pelotas de viento que iban dando saltos por todo el campo. Túvose a misterio divino que lo que estaba dedicado a su servicio, como eran las campanas de que se hicieron aquellos tiros, no permitiese que hiciesen daño a los que en aquel particular no le habían ofendido, y esto se notó por los hombres bien considerados que en el un campo y en el otro había.

Alojados los dos ejércitos, el uno a vista del otro, luego procuraron los capitanes y soldados famosos de ambos bandos mostrar cada cual su valentía. En las primeras escaramuzas murieron dos soldados principales de la parte del Rey, y otros cinco o seis no tales se pasaron a Francisco Hernández y le dieron cuenta de todo lo que en el ejército real había, y le dijeron que pocos días antes que llegasen a Pucara había pre-

tendido el General Pablo de Meneses dejar el oficio, porque por las diferencias y bandos que había entre los ministros dél no obedecían lo que él mandaba, antes lo contradecían, y que no quería cargo, aunque tan honroso, con carga tan pesada. Y que el Doctor Saravia le había persuadido que no pretendiese tal cosa, que antes era perder honra que ganar reputación. De lo cual holgaron mucho Francisco Hernández y todos los suyos, esperando que la discordia ajena les había de ser muy favorable, hasta darles la victoria.

En aquellas escaramuzas se dijeron algunos dichos graciosos entre los soldados de la una parte y de la otra como los escribe Diego Fernández, que, por ser dichos de soldados, me pareció poner aquí algunos dellos, sacados a la letra del capítulo cincuenta y uno, declarando lo que el autor dejó confuso, para que se entienda mejor, que es lo que se sigue:

“Y como a estas escaramuzas salían algunos de la una parte que tenían amigos de la otra, siempre se platicaban y hablaban, asegurándose de no se hazer daño los unos a los otros. Scipio Ferrara, que era del Rey, habló a Pavía, que habían sido los dos criados del buen Visorrey Don Antonio de Mendoza, y, atrayendo Scipio a Pavía con palabras persuassorias al servicio del Rey, dixo Pavía que de buena guerra le habían ganado, y que así de buena guerra le habían de volver a ganar”, etc.

Dijo esto Pavía porque en la batalla de Chuquinca le rindieron los tiranos, y él se halló bien con ellos, y, por no negarles, dijo que de buena guerra le habían ganado, y que así de buena guerra le habían de volver a ganar. También dice: “El capitán Rodrigo Niño habló con Juan de Piedrahita, y, persuadiéndole para que viniese al servicio del Rey, ofriciéndole de parte de la Audiencia mucha gratificación, le respondió que ya él sabía las mercedes que los Oidores hazían, y que, si otra vez se había de volver a armar, que agora la tenía bien entablada”, etc.

Esto dijo Piedrahita porque él y otros aficionados a Francisco Hernández Girón estaban enhechizados con las mentiras que sus hechiceros les decían, que habían de vencer a los del Rey; pero pocos días después mudó parecer, como adelante se verá. Prosiguiendo el

autor, dice: "Ansimismo se hablaron Diego Méndez y Hernando Guillada; y el capitán Ruybarba con Bernardino de Robles, su yerno. Y viendo los Oidores que de estas pláticas no resultaba fruto alguno, dióse bando que ninguno, so pena de la vida, hablasse con los enemigos. Habíase concertado entre el capitán Ruybarba y Bernardino de Robles que para otro día se hablassen, dándose contraseñas que fuessen conocidas, que fue llevar capas de grana, y assí salieron. Y teniendo Bernardino de Robles prevenidos diez o doze capitanes y soldados, engañosamente lo prendió y llevó a Francisco Hernández, diciendo públicamente que se había pasado de su voluntad. Lo cual oyendo Ruybarba, dixo que cualquiera que dixesse que él de su voluntad se venía no dezía verdad en ello, y que él se lo haría bueno a pie o a caballo, dándole para ello licencia Francisco Hernández, salvo que su yerno Robles le había prendido con engaño. Francisco Hernández se holgó mucho de su venida, y fuésse con él a Doña Mencía, y díxole: "Ved, señora, que buen prisionero os traigo, mirad bien por él, que a vos le doy en guarda". Doña Mencía dixo que era bien contenta, y que assí lo haría. Después desto, habiendo salido al campo Raudona, habló con Juan de Illanes, sargento mayor de Francisco Hernández. Y creyendo el Raudona cogerle a carrera de caballo, arremetió para él. Y a causa de traer el caballo mal concertado, le tomaron preso. Y en el camino dixo a los que le llevaban que había prometido a los Oidores de no volver sin presa de uno de los principales, y que por esso había arremetido con el sargento mayor, de que fue tanto el enojo que hubieron algunos de los más prendados, que dezían que si no le mataban no habían de pelear, porque semejante pretensores que aquél, y tan desvergonzados, no era bien dexarlos con la vida. E ansí luego le pusieron en el toldo del Licenciado Alvarado, y le mandaron confessar, guardando el toldo Alonso González, para que, si Francisco Hernández o su embaxada viniésse, matarle primero que llegasse. El Licenciado Toledo, alcalde mayor de Francisco Hernández, y el capitán Ruybarba, rogaron a Francisco Hernández por la vida de Raudona, y él dio sus guantes para ello. Y como Alonso González vio venir el recaudo, entró dentro del toldo y dixo

al clérigo: "Acabá, padre, de absolverle; si no, así se habrá de ir". Por lo cual, apresurando el clérigo la absolución, luego Alonso González le cortó la cabeza con un gran cuchillo que traía. Lo cual hecho, saliose del toldo diciendo: "Ya yo hize que el señor marquesote cumpla su palabra, porque él prometió llevar una cabeza o dexar la suya, y así lo cumplió". E diciendo esto, le hizo sacar fuera del toldo, que cierto hizo lástima a muchos que allí estaban, y mucho más en el campo del Rey cuando supieron su muerte", etc.

Raudona dicimos que era un soldado que presumía más de valiente que de discreto. Tenía un buen caballo, si le tratara como era menester, pero traíalo, por mostrar su destreza, tan acosado, que en todo el día no le dejaba holgar una hora con carrera y corvetas. Y así, cuando lo hubo menester, le faltó por mal concertado, como lo dice el Palentino. Y su buena discreción la mostró en decir a sus enemigos que había prometido a los Oidores no volver sin presa, lo cual le causó la muerte, por la mucha crueldad de Alonso González, el verdugo mayor. El autor pasa adelante diciendo: "Enviaron en esta sazón los Oidores algunos perdones para particulares, los cuales se enviaban con negros y con yanaconas que a la continua iban y venían del un campo al otro, y todos vinieron a poder de Francisco Hernández, que los hacía luego pregonar públicamente diciendo: "Tanto dan por los perdones". Y no contento con esto, hizo a los que los llevaron cortar las manos y narices y ponérselas al cuello; y desta suerte los tornaba a enviar al campo del Rey". Hasta aquí es de aquel autor, con que acaba el capítulo alegado.

CAPITULO XXVI

Cautelas de malos soldados. Piedrahita da arma al ejército real. Francisco Hernández determina dar batalla a los Oidores, y la prevención dellos.

Con estas desvergüenzas y desacatos a la Majestad Real, estuvo Francisco Hernández en Pucara los días

que allí paró, que en las escaramuzas que cada día y cada hora se hacían siempre ganaba gente y caballos, porque muchos soldados bulliciosos y revoltosos, jugando a dos manos, se hacían perdedizos, que en las escaramuzas (dando a entender que iban a pelear) arremetían con los enemigos, y viéndose entre ellos decían: "Yo me paso a vosotros, yo me rindo", y entregaban las armas y se dejaban llevar presos con astucia y cautela, para si los del Rey venciesen decir que los tiranos los habían rendido y preso, y, si venciese el tirano, alegar que ellos se le habían pasado y ayudado a ganar la victoria y la tierra. Sintiendo algo desto los Oidores, mandaron cesar las escaramuzas, que no las hubiese, ni que los soldados de la una parte se hablasen con los de la otra, por parientes y amigos que fuesen, porque nunca se vio buen suceso de las tales pláticas. Viendo Francisco Hernández que las escaramuzas y las pláticas de los soldados cesaban, por irritar al enemigo envió una noche de aquéllos a su maese de campo y capitán Juan de Piedrahita que fuese a dar una arma al campo de Su Majestad, con ochenta arcabuceros que llevase consigo, y que viese y notase con qué cuidado o descuido estaban los del Rey, para darles otras muchas armas cada noche y desvelarlos hasta cansarlos y destruirlos. Piedrahita fue con su gente, y dio la arma como mejor pudo y supo; pero no hizo cosa de importancia, ni los del Rey le respondieron, porque vieron que todo era un poco de viento y no manera de pelear. Piedrahita se volvió, y contó a Francisco Hernández y a los suyos grandes bravatas que había hecho, y que halló los del campo real sin guarda ni centinela, tan descuidados y dormidos que, si llevara docientos y cincuenta arcabuceros, que él los desbaratara y venciera y trajera presos los Oidores y sus capitanes. Y con esto dijo otras muchas cosas al mismo tono, según la común costumbre de soldados parleros, que son más para charlatanes que para caudillos. Y aunque Piedrahita fue capitán en aquella tiranía, y le sucedieron lances venturosos, aquella noche no hizo más de lo que se ha dicho, y habló mucho sobre ello.

Francisco Hernández Girón, con las nuevas demasiadas que su maese de campo Piedrahita le dio, te-

niéndolas por ciertas, y también por el aviso que ciertos soldados que de los del Rey se le pasaron le dieron, diciendo que el campo de Su Majestad estaba muy necesitado, que no tenía pólvora ni mecha, se determinó a dar batalla al ejército real una noche de aquellas. Presumió dar batalla a sus enemigos, pues que no le acometían en su fuerte. Lo cual le parecía flaqueza de ánimo y de fuerzas, y que los tenía ya rendidos, pues se mostraban tan cobardes y pusilánimos. Llamó a sus capitanes a consulta, y les propuso su pretensión, persuadiéndoles con mucha instancia que todos viniesen en ello, porque les prometía buen suceso, dándoles a entender que así lo certificaban sus pronósticos y agüeros, y, por mejor decir, sus hechicerías. Sus capitanes lo contradijeron, diciendo que no tenía necesidad de dar batalla sino de estarse quedo, pues estaba en un lugar fuerte y bien acomodado de todo lo necesario, bien en contra de sus enemigos, que estaban con falta de bastimento y de munición. Y que si quería traerlos a mayor necesidad, podía pasar adelante en su camino con la prosperidad que hasta allí había traído, y llegar a los Charcas y recoger cuanta plata había por aquella tierra, para pagar su gente y revolver por la costa adelante, hasta entrar en la Ciudad de los Reyes, pues estaba desamparada y sin gente de guerra. Que sus enemigos, por venir faltos de cabalgaduras y con falta de herraje para las que traían, no le podían seguir si no era escogiendo los pocos que tenían posibilidad para seguirle, y que a éstos que les siguiesen los tenía vencidos cada vez que quisiese revolver sobre ellos. Y que pues hasta entonces le había ido bien, no trocarse el juego para perderlo, que con mucha facilidad se solía perder en las batallas. Que se acordase de la de Chuquinca, cuan confiados le acometieron sus contrarios y cuan fácilmente y en cuan breve tiempo se vieron perdidos. Francisco Hernández dijo que él estaba determinado de dar una encamisada con todo su ejército, porque no quería andar huyendo de los Oidores, y que las buenas viejas decían que allí había de ser. Que les pedía y rogaba que no le contradijesen, sino que se apercibiesen para la noche siguiente, que él estaba determinado a lo dicho.

Con esto se acabó la consulta, y sus capitanes quedaron muy descontentos viendo que, contra la común opinión de todos ellos, acometía una cosa tan peligrosa y dudosa. Salieron todos muy afligidos porque vieron que los llevaban a perderse. Y el General, aunque los vio y halló tan contrarios de su parecer y determinación, no se mudó, antes en contra de todos ellos quiso seguir el consejo y pronóstico de sus hechicerías y encantamientos. Dieron orden entre todos ellos que habían de salir después de medianoche, al ponerse de la luna, encamisados de blanco, porque se conociesen unos a otros. A puesta de sol llamaron a recoger; hallaron que faltaban dos soldados de los del Mariscal; sospecharon que se hubiesen ido a los del Rey. Pero los que pretendían agrandar a Francisco Hernández trajeron nuevas falsas, diciendo que el uno dellos, que era de más crédito y reputación, los indios afirmaban que le habían encontrado camino de los Charcas, y que del otro soldado, de menos cuenta, decían los noveleros que no harían caso los Oidores, ni le darían crédito a lo que dijese, porque no era hombre de talento. Francisco Hernández se satisfizo con estas novelas, y mandó que todos se apercibiesen para la hora señalada.

Los soldados huídos, ya bien tarde, fueron a parar al campo de Su Majestad, y dieron aviso de la determinación del enemigo, y que vendrían aquella noche divididos en dos partes, con ánimo y presunción de acometerles en su fuerte, pues que ellos no le habían acometido en el suyo ni osado mirarles. Los Oidores y sus ministros y consejeros, que eran los vecinos más antiguos de todo aquel Imperio, que, por la experiencia larga de tantas guerras como habían tenido eran grandes soldados, de mucha milicia, acordaron que porque el fuerte que habían hecho, donde estaban alojados, estaba muy ocupado con tiendas y toldos y lleno de cabalgaduras e indios, que antes les habían de estorbar en la pelea que ayudarles, acordaron sacar la gente del fuerte, y formar sus escuadrones de infantería y caballería en un llano, y así lo pusieron por obra, aunque entre los del consejo hubo contradicción, diciendo que un cobarde y un pusilánimo mejor pelearía estando detrás de una pared que estando al descubierto en un llano. Con esta razón dijeron otras al propósito;

mas al fin sacaron la gente, y fue permisión de Dios y misericordia suya que la sacasen, como adelante veremos. Formaron un hermosa escuadrón de infantería, muy bien guarnecido de picas y alabardas, y su arcabucería puesta por mucha orden, con once tiros de artillería gruesa.

CAPITULO XXVII

Francisco Hernández sale a dar batalla. Vuélvese retirando, por haber errađo el tiro. Tomás Vázquez se pasa al Rey. Un pronósticō que el tirano dijo.

El tirano, llegada la hora de sus agüeros y pronósticos, salió de su fuerte con ochocientos infantes, según el Palentino, los seiscientos arcabuceros y los demás piqueros, y muy poco de a caballo, que no llegaban a treinta. Por otra parte envió otro escuadrón de los soldados negros, que pasaban de docientos y cincuenta. Con ellos fueron setenta arcabuceros españoles para guiarles y adiestrarles en lo que habían de hacer, pero no les enviaban más de para divertir al escuadrón real, que no entendiese cuál de aquellos dos escuadrones era el de Francisco Hernández. Mandaron que los negros acometiesen el fuerte de los Oidores por delante, porque Francisco Hernández pensaba acometerle por las espaldas. Con esta orden caminaron hacia el campo de Su Majestad con todo el silencio posible, y las mechas atapadas, porque no las viesen. Los del Rey estaban en sus escuadrones con todo silencio y alerta, y las mechas asimismo cubiertas, para no ser vistos. Los negros de Francisco Hernández llegaron al fuerte primero que Francisco Hernández, porque tuvieron menos que andar, y, no hallando quien les resistiese, se entraron por él, matando indios, caballos y mulas y cuanto por delante topaban, y entre los indios mataron cinco o seis españoles que de cobardes quedaron escondidos. Francisco Hernández llegó poco después al fuerte, y encaró a él toda su arcabucería, sin que los de Su Majestad respondiesen con arcabuz alguno, hasta que los tiranos hubieron disparado todos los suyos. Entonces dispararon los del Rey su arcabucería y arti-

llería del puesto donde estaban, que los enemigos no imaginaban tal, sino que estaban en su fuerte; pero los unos y los otros hicieron en aquella batalla poco más que nada, porque era de noche muy oscura y tiraban a tiento, sin verse los unos a los otros, que, según la arcabucería que tenían, que de ambas partes pasaban de mil y trescientos arcabuceros, y llegando tan cerca los unos de los otros como llegaron, no fuera mucho, si se vieran, quedar todos asolados y tendidos en el campo.

El tirano, viendo que había errado el tiro, se dio por perdido, y así todo su intento fue retirarse a su fuerte con el mejor orden que él y sus ministros pudieron dar. Mas no fue bastante su diligencia para que no se le quedasen en el camino más de docientos soldados de los del Mariscal, que soltaron las picas y alabardas que llevaban. Los soldados de Su Majestad quisieran arremeter y romper del todo a los que iban huyendo. Mas los que gobernaban aquel ejército, que, sin el General y maese de campo, eran otros muchos vecinos de aquel Imperio, como ya lo hemos dicho, no consintieron que saliesen de su orden, sino que se estuviesen quedos; y fue bien acordado, porque de una banda de caballos, que, entendiendo que los enemigos no iban para pelear ni resistir, salieron a molestarles, mataron un alférez e hirieron tres vecinos del Cozco, que fueron Diego de Silva, Antón Ruiz de Guevara y Diego Maldonado el Rico. Y la herida de Diego Maldonado fue tan extraña que se hizo incurable, que hasta que falleció, que fueron once o doce años después de la batalla, la tuvo abierta por consejo de los médicos y cirujanos, que decían que en cerrándola se había de morir. Con estos que hirieron hicieron los tiranos que les dejasen pasar su camino, y así fue muy bien acordado prohibir que no salieran los del Rey a pelear con ellos, porque, si salieran, hubiera mucha mortandad de ambas partes. Francisco Hernández entró en su fuerte bien desfallecido de su ánimo, soberbia y orgullo, por verse engañado de lo que tanto confiaba, que eran sus hechicerías, con las cuales se hacía vencedor de todos sus enemigos. Mas por no desanimar los suyos mostró la cara alegre, pero no pudo disimular tanto que no se le viese al descubierto la pena que en el corazón tenía.

No hubo más pelea en aquella batalla de la que se ha dicho, que si hubiera la que el Palentino dice, capítulo cincuenta y cuatro, no quedara de todos ellos hombre a vida. Pruébese lo que decimos con lo que él mismo dice, que los muertos de parte de los Oidores fueron cinco o seis, y hasta treinta los heridos, y del tirano diez muertos y muchos heridos y presos, etc. Los presos fueron los que se quedaron de los del Mariscal, que, como dijimos, pasaron de docientos, y de los de Francisco Hernández no pasaron de quince. Los muertos y heridos que se hallaron en el escuadrón real fueron muertos y heridos por los suyos mismos, que los de la retaguardia, por ser la noche tan oscura, no atinando bien dónde estaban los enemigos, tiraban a tiento, para asombrarlos, y así mataron e hirieron los que se han dicho, y fueron de la compañía del capitán Juan Ramón, que estaban en una manga de las del escuadrón. Averiguose lo dicho porque todas las heridas de los muertos y heridos fueron dadas por detrás, y uno de los difuntos fue un caballero que se decía Suero de Quiñones, hermano de Antonio de Quiñones, vecino del Cozco; y un primo hermano suyo, que se decía Pedro de Quiñones, fue de los heridos.

El día siguiente a la batalla no hubo cosa alguna, de ninguna de las partes. A la noche se pusieron los del Rey en escuadrón, como la noche pasada, porque tuvieron nueva que el tirano volvía con otra encamisada a enmendar el yerro de la noche pasada, a tentar si acertaban mejor; más fue novela de quien la quiso inventar, porque el desdichado de Francisco Hernández más estudiaba en cómo huirse y librarse de la muerte que en dar batalla, que ya estaba desengañado della y de sus abusiones. El día tercero a la batalla, por no mostrar tanta flaqueza, mandó a sus capitanes y soldados que saliesen al campo y provocasen a los enemigos, que escaramuzasen con ellos porque no los tuviesen por rendidos. Y así se trabó una escaramuza de poco momento, pero de mucha importancia, porque el capitán Tomás Vázquez y diez o doce amigos suyos que estaban apercebidos para el hecho se pasaron a los de Su Majestad, y llevaron una prenda del maese de campo Juan de Piedrahita, que era una celada de plata, en señal de que haría otro tanto, y que no lo hacía

luego por llevar más gente consigo. Todo esto dijo Tomás Vázquez a los Oidores, de que ellos y todo su ejército recibieron grandísimo contento, por ver perdido al tirano y acabada su desvergüenza, porque Tomás Vázquez era el pilar más principal que le sustentaba y, faltando él, no había que hacer caso de todos los demás. Los de la escaramuza se recogieron todos a sus puestos, y Francisco Hernández, animando los suyos, porque no sintiesen tanto la pérdida de Tomás Vázquez, les hizo un parlamento breve y compendioso, como lo dice el Palentino, capítulo cincuenta y cinco, por estas palabras:

“Caballeros y señores: Bien saben todos, vuestras mercedes, cómo antes de agora les tengo dicho la causa y razón de haber yo tomado esta empresa, y las cosas que passaban en el Reino, por las cuales los hombres eran molestados y estaban sin remedio, y la vexación y molestia que assí a vezinos como a soldados se hacía, a los unos quitándoles sus haziendas y a los otros las granjerías y servicio. Y los señores vezinos, mis compañeros, que lo desseaban y querían hazer, me dexaron al mejor tiempo, y agora lo ha hecho Tomás Vázquez. No tengan vuestras mercedes pena por su ausencia, y miren que un hombre era, y no más. Y no se fíen en dezir que tienen perdón, que con él al cuello los ahorcarán otro día. Miren bien que si vuestras mercedes se reportan, tenemos hoy mejor juego que nunca, porque les hago saber que a Tomás Vázquez y a todos los demás que se fueron los justiciarán luego que yo falte. Y no me pesa por mí, que uno solo soy, y, si con mi muerte librasse a vuestras mercedes, yo me ofrezco luego al sacrificio della. Pero tenga bien entendido que, a bien librar, quien se escapare de la horca irá afrentado a galeras. Por tanto, consideren bien tal caso, y, esforzándose, anímense unos a otros a passar adelante con la empresa, pues somos quinientos, que dos mil no nos harán daño sin que mayor no sea el suyo. Y pues el negocio tenemos en tan buen punto, y tanto nos conviene, miremos bien lo que nos va y lo que será de cada uno si yo faltasse”. Éstas y otras cosas les dixo a este propósito. Empero, era cierto grande la tristeza que su gente sentía por la huída de Tomás Vázquez”, etc.

Hasta aquí es del Palentino. Y lo que Francisco Hernández dijo, que con el perdón al cuello los ahorcarían, se cumplió mejor que los pronósticos que sus hechiceros le dieron a él, que, aunque no ahorcaron a Tomás Vázquez ni a Piedrahita, los ahogaron en la cárcel con los perdones reales que la Chancillería les había dado, sellados con el sello imperial, que los tenían en sus manos alegando que delitos perdonados no se debían ni podían castigar no habiendo delinquido después dellos. Mas no les aprovechó nada, que, como lo dijo Francisco Hernández, así se cumplió. Y esto quede aquí dicho anticipado de su lugar, porque no lo repitamos adelante.

CAPITULO XXVIII

Francisco Hernández se huye solo. Su maese de campo, con más de cien hombres, va por otra vía.

El General Pablo de Meneses los sigue y prende, y hace justicia dellos.

Francisco Hernández quedó tan perdido y desamparado con la huída de Tomás Vázquez, que determinó huirse de los suyos aquella misma noche, porque la sospecha se le entró en el corazón y en las entrañas, y se le apoderó de tal manera, que causó en él los efectos que el divino Ariosto pinta della en el segundo de los cinco cantos añadidos, pues le hizo temer y creer que los más suyos le querían matar, para librarse con su muerte de la pena que todos ellos merecían por haberle seguido y servido contra la Majestad Real. Tuvo indicios para sospecharlo y crerlo, como lo dice el Palentino, capítulo cincuenta y cinco, por estas palabras:

“Finalmente Francisco Hernández determinó huir aquella noche, porque le descubrieron en gran puridad y secreto que sus capitanes le trataban la muerte”, etc.; no imaginando ellos tal, sino seguirle y morir todos con él, como adelante lo mostraron, si él se fiara dellos al presente. Y fue tan rigurosa la sospecha, que aun de sus propia mujer, con ser tan noble y virtuosa, no le consintió fiarse, ni de ninguno de los suyos, por muy amigo y privado que fuese. Y así, venida la noche,

dando a entender a su mujer y a los que con él estaban que iba a proveer ciertas cosas necesarias a su ejército, salió de entre ellos y pidió un caballo que llamaban Almaraz, porque era de su cuñado, fulano de Almaraz. Fue de los buenos caballos que allá hubo; subió en él, y, con decir que volvía luego, se partió de los suyos sin saber dónde iba. Y con el temor de creer que le querían matar, no veía la hora de escaparse de sus propios amigos y valedores, ni imaginaba cosa más segura que la soledad, como lo dice el Palentino, capítulo alegado. Así se fue el pobre Francisco Hernández, sin ninguna compañía. Dos o tres de los suyos le siguieron por el rastro. Pero él, sintiéndolos a pocos pasos que habían andado, se hurtó dellos, y se fue solo por una quebrada honda, y anduvo por ella tan a ciegas, que al amanecer se halló cerca de su fuerte, y, reconociéndole, huyó de él, y fue a meterse en unas sierras nevadas que por allí había, sin saber a cuál parte podía salir. Al fin, por la bondad del caballo, salió dellas, habiendo pasado mucho peligro de ahogarse en la nieve.

No hubo más ruido del que se ha dicho en la salida que hizo de su ejército; y decir el Palentino que tuvo un largo coloquio con su mujer y muchas lágrimas entre ellos, fue relación de quien no lo sabía, que la sospecha y el temor de la muerte no le daban lugar a que dijese a nadie que se iba de entre ellos. Su teniente general, que había quedado en el real, quiso recoger la gente y seguir a Francisco Hernández. Salió con cien hombres que fueron con él, que algunos dellos eran de los más prendados; pero otros, que también lo eran tanto como ellos, y aun más, que fue Piedrahita, Alonso Díaz y el capitán Diego de Gavilán y su hermano Juan Gavilán, el capitán Diego Méndez, el alférez Mateo del Sauz, y otros muchos con ellos, de la misma calidad y prendas, sabiendo que Francisco Hernández era ido, se fueron al ejército real, diciendo que se pasaban del tirano a servir a Su Majestad. Fueron bien recibidos, y a su tiempo les dieron a cada uno su provisión de perdón real de todo lo pasado, sellada con el sello real. Los Oidores y toda su gente estuvieron aquella noche puestos en escuadrón, para esperar lo que sucediese.

El día siguiente, certificados los Oidores de la huída de Francisco Hernández Girón y de todos los suyos, proveyeron que el General Pablo de Meneses, con ciento y cincuenta hombres, fuese en alcance de los tiranos, para los prender y castigar. El General, por salir aprisa, no pudo sacar más de ciento y treinta soldados; con ellos siguió el rastro de los huídos, y acertó a seguir el de Diego de Alvarado, teniente general de Francisco Hernández, que, como llevaba cien españoles y más de veinte negros, se supo luego por dónde iban; y a ocho o nueve jornadas que fue en pos dellos, los alcanzó; y aunque llevaba menos gente que el enemigo, porque se le habían quedado muchos soldados cuyas cabalgaduras no pudieron sufrir las jornadas largas, se le rindieron los contrarios sin hacer defensa alguna. El General los prendió, e hizo justicia de los más principales, que fueron Diego de Alvarado, Juan Cobo, Diego de Villalba, fulano de Lugones, Albertos de Orduña, Bernardino de Robles, Pedro de Sotelo, Francisco Rodríguez y Juan Enríquez de Orellana, que, aunque tenía buen nombre, se preciaba de ser verdugo, y su oficio era ser pregonero. Fue verdugo (como se ha dicho) de Francisco de Carvajal y del Licenciado Alvarado, que tenía presente. El General Pablo Meneses le dijo: "Juan Henríquez, pues sabéis bien el oficio, dad garrote a estos caballeros, vuestros amigos, que los señores Oidores os lo pagarán". El verdugo se llegó a un soldado que él conocía, y en vez baja le dijo: "Creo que la paga ha de ser mandarme ahogar después que yo haya muerto a estos mis compañeros". Como él lo dijo sucedió el hecho, porque habiendo dado garrote a los que hemos nombrado, y cortádoles las cabezas, mandaron a dos negros que ahogasen al verdugo como él lo había hecho a los demás, que sin los nombrados fueron otros once o doce soldados. Pablo de Meneses envió al Cozco, presos y a buen recaudo, muchos de los que prendió y nueve cabezas de los que mandó matar. Yo las vi en las casas que fueron de Alonso de Hinojosa, donde posaba Diego de Alvarado cuando hacía el oficio de maese de campo y teniente general, y andaba siempre en una mula, y en ella corría a unas partes y a otras hacien-

do su oficio, por semejar a Francisco de Carvajal, que nunca le vi a caballo.

De la desvergüenza de algunos soldados de los tiranos se me ofrece un cuento particular, y fue que otro día después de la huida de Francisco Hernández, sentado Garcilaso, mi señor, a su mesa, para comer con otros diez y ocho o veinte soldados que siempre comían con él, que todos los vecinos de aquel Imperio, cada cual conforme a su posibilidad, cuando había guerra hacían lo mismo, vio entre los soldados sentado uno de los de Francisco Hernández, que había sido con él dende los principios de su tiranía y usado toda la desvergüenza y libertad que se puede imaginar, y con ella se fue a comer con aquellos caballeros, y era herrador, pero en la guerra andaba en estofa de más rico que todos los suyos. Viéndole mi padre sentado, le dijo: "Diego de Madrid (que así se llamaba él), ya que estáis sentado, comed en hora buena con estos caballeros, pero otro día no vengáis acá, porque quien ayer, si pudiera cortarme la cabeza, fuera con ella a pedir albricias a su General, no es razón que se venga hoy a comer con estos mis señores, que dessean mi vida y mi salud y el servicio de Su Majestad". El Madrid dijo: "Señor, y aun ahora me levantaré, si vuesa merced lo manda". Mi padre respondió: "No digo que os levantéis; pero si vos lo queréis hazer, haced lo que quisiéredes". El herrador se levantó, y se fue en paz, dejando bien que mofar de su desvergüenza.

Tan odiados como esto quedaron los de Francisco Hernández, porque fue aquella tiranía muy tirana contra Su Majestad, que pretendió quitarle aquel Imperio, y contra los vecinos dél, que desearon matarlos todos para heredar sus haciendas y sus indios. La mujer de Francisco Hernández quedó en poder del capitán Ruybarba, y los Oidores mandaron a Juan Rodríguez de Villalobos que se encargase de su cuñada hasta llevarla al Cozco y entregarla a sus padres, y así cumplió.

CAPITULO XXIX

El maese de campo Don Pedro Portocarrero va en busca de Francisco Hernández. Otros dos capitanes van a lo mismo por otro camino, y prenden al tirano y lo llevan a Los Reyes y entran en ella en manera de triunfo.

El General Pablo de Meneses, habiendo enviado al Cozco los presos y las cabezas que hemos dicho, no hallando rastro de Francisco Hernández, determinó volverse a dar cuenta de su jornada a los Oidores. Los cuales, habiendo desperdigado a los tiranos, caminaron a la ciudad imperial, de donde, sabiendo que Francisco Hernández iba hacia los Reyes, enviaron al maese de campo Don Pedro Portocarrero que, con ochenta hombres, fuese en pos del tirano por el camino de los llanos. Y a dos capitanes que habían venido de la ciudad de Huánucu con dos compañías a servir a Su Majestad en aquella guerra, mandaron que, como se habían de volver a sus casas, fuesen con sus compañías por el camino de la sierra en seguimiento del tirano, porque no se escapase ni por la una vía ni por la otra y les dieron comisión para que hiciesen justicia de los que prendiesen. Los capitanes, que eran Juan Tello y Miguel de la Serna, hicieron lo que se les mandó, y llevaron ochenta hombres consigo. En la ciudad de Huamanca supieron que Francisco Hernández iba por los llanos a Rímac; fueron en busca dél, y a pocas jornadas tuvieron nueva que estaba quince leguas dellos con trecientos hombres de guerra, los ciento y cincuenta arcabuceros. Los capitanes caminaron en seguimiento dellos, que no les atemorizó la nueva de tanta gente. Otros día les dijeron los indios que no eran más de docientos, y así los fueron apocando de día en día, hasta decir que no eran más de cien hombres.

Las nueva tan varias y diversas que los indios a estos dos capitanes dieron del número de la gente que Francisco Hernández llevaba no fueron sin fundamento. Porque es así que luego que sus soldados supieron que se había huído, se desperdigaron por diversas partes, como gente sin caudillo, huyendo de veinte en

veinte y de treinta en treinta, y muchas cuadrillas destas fueron a parar con él, de manera que se vio con más de docientos soldados, y muchos dellos fueron de los del Mariscal que le habían tomado afición. Pero como iban huyendo, el temor de los contrarios y la necesidad que, como gente huída y perdida, llevaban de lo que habían menester, les forzó a que se quedasen por los caminos a esconderse y buscar su remedio. Y así, cuando los del Rey llegaron cerca dellas, no iban más de ciento. Y los indios en la primera relación dijeron más de los que iban, y en la segunda los que pocos días antes caminaban, y en la última los que entonces eran. De manera que si Francisco Hernández no huyera de los suyos, sino que saliera en público, le siguieran muchos, y hubiera más dificultad en prenderlos y consumirlos.

Los capitanes, hallándose tres leguas de los enemigos, por certificarse de cuántos eran enviaron un español diligente muy ligero, que con un indio que le guiase fuere a reconocerlos y supiese cuántos eran. La espía, habiendo hecho sus diligencias, escribió que los enemigos serían hasta ochenta, y no más. Los capitanes se dieron prisa a caminar, hasta que llegaron a vista los unos de los otros, y fueron a ellos con sus banderas tendidos y con ochenta indios de guerra que los curacas habían juntado para servir a los españoles en lo que fuese menester. Los enemigos, viendo que iban a combatirles, temiendo los caballos que los capitanes llevaban, que eran cerca de cuarenta, se subieron a un cerro, a tomar unos paredones que en lo alto había, para fortificarse en ellos. Los capitanes los siguieron con determinación de pelear con ellos, aunque los enemigos tenían ventaja en el sitio; pero iban confiados en que entonces llevaban ya docientos indios de guerra, apercebidos con sus armas, que ellos mismo se habían convocado con deseo de acatar a los **aucas**, que así llaman a los tiranos. Estando ya los capitanes a tiro de arcabuz de los enemigos, se les vinieron cuatro o cinco dellos, y entre ellos un alférez de Francisco Hernández; el cual les pidió con mucha instancia que no pasasen adelante, que todos los de Francisco Hernández se les pasarían que no aventurasen a que les matasen alguno de los suyos, pues los te-

nían ya rendidos. Estando en esto se pasaron otros diez o doce soldados aunque los indios de guerra los maltrataron a pedradas hasta que los capitanes les mandaron que no lo hiciesen. Lo cual visto por los de Francisco Hernández, se pasaron todos, que no quedaron con él sino dos solos: el uno fue su cuñado fulano de Almaraz y el otro un caballero extremeño, llamado Gómez Suárez de Figueroa.

Francisco Hernández, viéndose desamparado de todos los suyos, salió del fuerte a que los del Rey le matasen o hiciesen dél lo que quisiesen. Lo cual visto por los dos capitanes, arremetieron con todos los suyos al fuerte a prender a Francisco Hernández, y los primeros que llegaron a él fueron tres hombres nobles, Esteban Silvestre, Gómez Arias de Ávila y Hernando Pantoja. El cual asió de la celada a Francisco Hernández; y queriendo él defenderse con su espada, le asió de la guarnición Gómez Arias, diciendo que la soltase; y no queriendo Francisco Hernández soltarla, le puso Esteban Silvestre la lanza a los pechos, diciendo que le mataría si no obedecía a Gómez Arias.

Con esto le rindió la espada a Gómez Arias, y subió a las ancas del caballo del vencedor, y así lo llevaron preso. Y llegados a la dormida, pidió Gómez Arias que le hiciese alcaide del prisionero, que él lo guardaría y daría cuenta dél. Los capitanes lo concedieron, mandando que le echasen prisiones y señalando soldados que lo guardasen, y así caminaron hasta salir al camino de la sierra, para ir a la Ciudad de los Reyes. Los capitanes Miguel de la Serna y Juan Tello quisieron, conforme a su comisión, hacer justicia de muchos de los de Francisco Hernández que prendieron en aquel viaje. Pero viendo gente noble, rendida y pobre, se apiadaron dellos y los desterraron fuera del Reino, a diversas partes. Y porque pareciese que entre tanta misericordia habían hecho algo de rigor de justicia, mandaron matar a uno dellos que se decía fulano Guadramiros, que fue de los de Don Sebastián y fue el más desvergonzado de los que anduvieron con Francisco Hernández, y así pagó por todos sus compañeros.

La fama divulgó la prisión de Francisco Hernández, y, sabiéndola el maese de campo Don Pedro Portocarrero y el capitán Baltasar Velázquez, que pocos

dían antes, por orden de los Oidores, habían salido del Cozco con treinta soldados y dos banderas en busca de Francisco Hernández, se dieron prisa a caminar, por gozar de la victoria ajena a ir con el prisionero hasta la Ciudad de los Reyes, como que ellos con su trabajo y diligencia le hubiesen preso. Y así, dándose toda la prisa que pudieron, alcanzaron a los capitanes y al prisionero pocas leguas antes de la Ciudad de los Reyes. Entraron en ella en manera de triunfo, tendidas las cuatro banderas. Las de los dos capitanes (por haberse hallado en la prisión de Francisco Hernández) iban en medio de las del maese de campo y del capitán Baltasar Velázquez; y el preso iba en medio de las cuatro banderas, y a sus lados y delante dél iban los tres soldados ya nombrados, que se hallaron en prenderle. Luego se seguía la infantería, puesta por su orden, por sus hileras, y asimismo la caballería. A lo último de todos iban el maese de campo y los tres capitanes. Los arcabuceros iban haciendo salva con sus arcabuces, con mucha fiesta y regocijo de todos, de ver acabada aquella tiranía que tanto mal y daño causó en todo aquel Imperio, así a indios como a españoles, que, mirándolo por entero y cada cosa de por sí, no se ha escrito la décima parte del mal que hubo.

CAPITULO XXX

Los Oidores proveen Corregimientos. Tienen una plática molesta con los soldados pretendientes. Hacen justicia de Francisco Hernández Girón. Ponen su cabeza en el rollo. Húrtala un caballero con la de Gonzalo Pizarro y Francisco de Carvajal. La muerte extraña de Baltasar Velázquez.

Los Oidores, viniendo de Pucara, donde fue la pérdida de Francisco Hernández Girón, pararon en la ciudad del Cozco algunos días, para proveer cosas importantes al gobierno de aquel Reino, que tan sin él estuvo más de un año, y tan sujeta a tiranos tan tiranos que no se puede bastantemente decir. Proveyeron que el capitán Juan Ramón fuese Corregidor de la Ciudad de la Paz, donde tenía su repartimiento de indios,

y que el capitán Don Juan de Sandoval lo fuese de la Ciudad de la Plata y sus provincias. Y que Garcilaso de la Vega fuese Corregidor y gobernador de la ciudad del Cozco. Diéronle por teniente un letrado que se decía el licenciado Monjaraz, en cuya provisión decían los Oidores que fuese teniente de aquella ciudad durante el tiempo de la voluntad dellos. El Corregidor, cuando vio la provisión, dijo que su teniente había de estar a su voluntad y no a la ajena, porque, cuando no hiciese bien su oficio, quería tener libertad para despedirle y nombrar otro en su lugar. Los Oidores pasaron por ello, y mandaron enmendar la cláusula, y el Licenciado Monjaraz, mediante la buena condición y afabilidad de su Corregidor, gobernó tan bien, que, pasado aquel trienio, le dieron otro Corregimiento no menor, bien en contra de lo que sucedió a su sucesor, como adelante diremos.

Estando los Oidores en aquella ciudad del Cozco, que fueron pocos días, trataron con ellos importunamente los capitanes y soldados pretendientes de repartimientos de indios que les hiciesen mercedes de dárselos por los servicios que en aquella guerra y en las pasadas habían hecho a Su Majestad. Los Oidores se excusaron por entonces, diciendo que aún la guerra no era acabada, pues el tirano aún no era preso, y que había mucha gente de su bando derramada por todo el Reino. Que cuando hubiese entera paz, ellos tenían cuidado de hacerles mercedes en nombre de Su Majestad, y que no hiciesen juntas, como las hacían, para tratar de eso ni de otra cosa, que parecía mal y que daban ocasión a que las malas lenguas dijesen dellos lo que quisiesen. Con esto se libraron los Oidores de aquella molestia, y entre tanto tuvieron la nueva de la prisión de Francisco Hernández Girón, y se dieron prisa a los despachos, por irse a la Ciudad de los Reyes y hallarse en el castigo del tirano. Y así salió el Doctor Saravia seis o siete días antes que el Licenciado Santillán ni el Licenciado Mercado sus compañeros.

Los capitanes, que eran Juan Tello y Miguel de la Serna, llevaron a Francisco Hernández, su prisionero, hasta la cárcel de la Chancillería, y se lo entregaron al Alcalde, y pidieron testimonio dello, y se les

dio muy cumplido. Dos o tres días después entró el Doctor Saravia, que también se dio prisa a caminar, por hallarse a la sentencia y muerte del preso; la cual le dieron dentro de ocho días después de la venida del Doctor, como lo dice el Palentino, capítulo cincuenta y ocho, por estas palabras:

“Fuele tomada su confesión, y al fin della dixo y declaró haber sido de su opinión generalmente todos los hombres y mujeres, niños y viejos, frailes, clérigos y letrados del Reino. Sacáronle a justicia, a mediodía, arrastrando, metido en un serón, atado a la cola de un rocín, y con voz de pregonero que decía: “Ésta es la justicia que manda hazer Su Majestad y el magnífico caballero Don Pedro Portocarrero, maestre de campo, a este hombre, por traidor a la Corona Real y alborotador de estos reinos, mandándole cortar la cabeza por ello y fixarle en el rollo desta ciudad, y que sus casas sean derribadas y sembradas de sal, y puesto en ellas un mármol con un rétulo que declare su delito”. Murió cristianamente, mostrando grande arrepentimiento de los muchos males y daños que había causado”.

Hasta aquí es de aquel autor, sacado a la letra, con que acaba el capítulo alegado. Francisco Hernández acabó como se ha dicho; su cabeza pusieron en el rollo de aquella ciudad, en una jaula de hierro, a mano derecha de la de Gonzalo Pizarro y la de Francisco de Carvajal. Sus casas, que estaban en el Cozco, de donde salió a su rebelión, no se derribaron, ni hubo más de lo que se ha referido. La rebelión de Francisco Hernández, dende el día que se alzó hasta el de su fin y muerte, duró trece meses y pocos más días.

Decíase que era hijo de un caballero del hábito de San Juan. Su mujer se metió monja en un convento de la Ciudad de los Reyes, donde vivió religiosamente. Más de diez años después, un caballero que se decía Gómez de Chavez, natural de Ciudad Rodrigo, aficionado de la bõndad, honestidad y nobleza de la doña Mencía de Almaraz, imaginando que le sería agradable ver quitada del rollo la cabeza de su marido (no teniendo certificación cuál de aquellas tres era), él y un amigo suyos llevaron de noche una escala, y alcanzaron una dellas, pensando que era la de Francisco Hernández Girón y acertó a ser la del maese de campo Fran-

cisco de Carvajal. Luego alcanzaron otra, y fue la de Gonzalo Pizarro. Viendo esto aquel caballero, dijo al compañero: "Alcancemos la otra, para que acertemos; y en verdad, que, pues así lo ha permitido Dios Nuestro Señor, que no ha de volver ninguna dellas donde estaban". Con esto se las llevaron todas tres, y las enterraron de secreto en un convento de aquéllos. Y aunque la justicia hizo diligencia para saber quién las quitó, no se pudo averiguar, porque el hecho fue agradable a todos los de aquella tierra, porque quitaron entre ellas la cabeza de Gonzalo Pizarro, que les era muy penoso verla en aquel lugar.

Esta relación me dio un caballero que gastó algunos años de su vida en los Imperios de México y Perú en servicio de Su Majestad, con oficio real; ha por nombre Don Luis de Cañaverál; vive en esta ciudad de Córdoba. Pero al principio del año de mil y seiscientos y doce vino un religioso de la Orden del Seráfico Padre San Francisco, gran teólogo nacido en el Perú llamado Fray Luis Jerónimo de Oré, y, hablando destas cabezas, me dijo que en el Convento de San Francisco, de la Ciudad de los Reyes, estaban depositadas cinco cabezas: la de Gonzalo Pizarro, la de Francisco de Carvajal y la de Francisco Hernández Girón, y otras dos que no supo decir cuyas eran. Y que aquella santa casa las tenía en depósito, no enterradas sino en guarda, y que él deseó muy mucho saber cuál de ellas era la de Francisco de Carvajal, por la gran fama que en aquel Imperio dejó. Yo le dije que por el letrado que tenía en la jaula de hierro pudiera saber cuál dellas era. Dijo que no estaban en jaulas de hierro, sino sueltas, cada una de por sí, sin señal alguna para ser conocidas. La diferencia que hay de la una relación a la otra debió de ser que los religiosos no quisiesen enterrar aquellas cabezas que les llevaron, por no hacerse culpados de lo que no lo fueron, y que se quedasen en aquella santa casa, ni enterradas ni por enterrar, y que aquellos caballeros que las quitaron del rollo dijese a sus amigos que las dejaron sepultadas y así hubo ambas relaciones como se han dicho.

Este religioso, Fray Luis Jerónimo de Oré, iba dende Madrid a Cádiz con orden de sus superiores y

del Consejo Real de las Indias para despachar dos docenas de religiosos, o ir él con ellos, a los reinos de la Florida, a la predicación del Santo Evangelio a aquellos gentiles. No iba certificado si iría con los religiosos o si volvería habiéndolos despachado. Mandome que le diese algún libro de nuestra historia de la Florida que llevasen aquellos religiosos, para saber y tener noticia de las provincias y costumbres de aquella gentilidad. Yo le serví con siete libros: los tres fueron de **La Florida** y los cuatro de nuestros **Comentarios**, de que Su Paternidad se dio por muy servido. La Divina Majestad se sirva de ayudarles en esta demanda, para que aquellos idólatras salgan del abismo de sus tinieblas.

Será bien digamos aquí la muerte del capitán Baltasar Velázquez, que fue extraña, y también porque no vaya sola y sin compañía la de Francisco Hernández Girón¹. Es así que algunos meses después de lo dicho, residiendo Baltasar Velázquez en la Ciudad de los Reyes, tratándose como capitán mozo y valiente, le nacieron dos postemas en las vedijas; y él, por mostrarse más galán de lo que le convenía, no quiso curarse, de manera que llegasen a madurar y abrirse las postemas, que es lo más seguro. Pidió que se las resolviesen adentro: sucedió que al quinto día le dio cáncer allá en lo interior, y fue de manera que se asaba vivo. Los médicos, no sabiendo qué le hacer, le echaban vinagre por refrescarle, pero el fuego se encendía más y más, de manera que nadie podía sufrir a tener la mano media vara alta del cuerpo, que ardía como fuego natural. Así acabó el pobre capitán, dejando bien que hablar a los que le conocían de sus valentías presentes y pasadas, que se acabaron con muerte tan rigurosa.

Los capitanes y soldados pretendientes que quedaron en el Cozco, luego que supieron la prisión y muerte de Francisco Hernández Girón, fueron en pos de los Oidores a porfiar que les hiciesen mercedes por los servicios pasados. Y así, luego que estuvieron de asiento en la Ciudad de los Reyes, volvieron con mucha

1. Nuevamente Garcilaso acentúa, al final de este libro, su visión fatalista de la historia.

instancia a su demanda, y muchos dellos alegaban diciendo que por haber gastado sus haciendas en la guerra pasada estaban tan pobres que aun para el gasto ordinario no les había quedado nada, y que era razón y justicia cumplirles la palabra que les habían dado, de que acabado el tirano se les haría gratificación; que ya él era muerto, que no restaba más de la paga, y que della (según ellos sentían) había poca o ninguna cuenta. Los Oidores respondieron que no era de leales servidores de Su Majestad pretender sacar con fuerza y violencia la gratificación que se les debía. Que ellos y todo el mundo la conocían, que por horas y momentos esperaban nuevas de que Su Majestad hubiese proveído Visorrey, que no podía ser menos, porque no convenía que aquel Imperio estuviese sin él. El cual, si hallase repartido lo que en la tierra había vaco, se indignaría contra los Oidores por no haberle esperado, y contra los pretendientes por haber hecho tanta instancia en la paga, y todos quedarían mal puesto con él. Que se sufriesen, siquiera por tres o cuatro meses, que no era posible sino que en este tiempo tuviesen nuevas de la avenida del Visorrey. Y que cuando no fuese así, ellos repartirían la tierra y cumplirían su palabra, que bien sentían la falta que tenían de hacienda, y que les dolía muy mucho no poderles socorrer en aquella necesidad. Pero que por ser el plazo tan corto y por no desagradar al Visorrey, se debía sufrir la necesidad, con esperanza de la abundancia. Que hacer otra cosa y querer violentar la paga, más era perder méritos que ganar la gratificación dellos.

Con estas razones y otras semejantes templaron los Oidores la furia de los pretendientes; y permitió Dios que pocos meses después, que no fueron más de seis, llegase la nueva de la ida del Visorrey, con la cual se aplacaron todos y se apercibieron para el recibimiento de Su Excelencia, que de los que fueron al Perú fue el primero que se llamó así.

FIN DEL LIBRO SÉPTIMO

LIBRO OCTAVO

de la segunda parte de los Comentarios Reales de los Incas

Dice cómo celebraban indios y españoles la fiesta del Santísimo Sacramento en la ciudad del Cozco. Un caso admirable que acaeció en ella. La elección del Marqués de Cañete por Visorrey del Perú. La provisión de nuevos ministros. Las preven- ciones que hizo para atajar motines. La muerte de los vecinos que siguieron a Francisco Hernández Girón, y la de Martín de Robles. El destierro de los pretendientes a España. La salida de las monta- ñas, por vía de paz, del Príncipe heredero de aquel Imperio, y su muerte breve. Los desterrados llegan a España. La mucha merced que Su Majestad les hizo. Restituyen sus indios a los herederos de los que mataron por tiranos. La ida de Pedro de Orsúa a las Amazonas. La elección del Conde de Nieva por Visorrey del Perú. El fallecimiento de su ante- cesor, y la del mismo Conde. La elección del Li- cenciado Castro por Gobernador del Perú, y la de Don Francisco de Toledo por Visorrey. La prisión del Príncipe Túpac Amaru, heredero de aquel Im- perio, y la muerte que le dieron. La venida del Vi- sorrey a España, y su fin y muerte. Contiene veinte y un capítulos.

CAPITULO I

Cómo celebraban los indios y españoles la fiesta del Santísimo Sacramento en el Cozco. Una pendencia particular que los indios tuvieron en una fiesta de aquéllas.

Porque la historia pide que cada suceso se cuente en su tiempo y lugar, y ponemos estos dos siguientes al principio deste Libro octavo, porque sucedieron en el Cozco después de la guerra de Francisco Hernández Girón y antes de la llegada del Visorrey que los de aquel Reino esperaban. Guardando, pues, esta regla decimos que la fiesta que los católicos llamamos Corpus Christi se celebraba solemnísimamente en la ciudad del Cozco después que se acabaron las guerras que el Demonio inventó en aquel Imperio por estorbar la predicación de nuestro Santo Evangelio, que la postrera fue la de Francisco Hernández Girón, y plega a Dios que lo sea. La misma solemnidad habrá ahora, y mucho mayor, porque de aquella guerra, que se acabó al fin del año de quinientos y cincuenta y cuatro han sucedido cincuenta y siete años de paz, hasta el presente, que es de mil y seiscientos y once, cuando se escribe este capítulo.

Mi intención no es¹ sino escribir los sucesos de aquellos tiempos, y dejar los presentes para los que quisieren tomar el trabajo de escribirlos. Entonces había en aquella ciudad cerca de ochenta vecinos, todos caballeros nobles, hijosdalgo, que por vecinos (como en otras partes lo hemos dicho) se entienden los señores de vasallos, que tienen repartimientos de indios. Cada uno dellos tenía cuidado de adornar las andas que sus vasallos habían de llevar en la procesión de la fiesta. Componíanlas con seda y oro y muchas ricas joyas, con esmeraldas y otras piedras pre-

1. De acuerdo con su sentido autobiográfico de la historia, el Inca cumple su propósito, ya anunciado en el prólogo a la primera parte de los Comentarios, se quiere sólo referirse a la época de los conquistadores y de la estirpe incaica (mundos paterno y materno), y concluir su obra en el momento en que él deja el Perú y parte a España. Cf. supra, Estudio preliminar.

ciosas. Y dentro en las andas ponían la imagen de Nuestro Señor o de Nuestra Señora o de otro Santo o Santa de la devoción del español o de los indios, sus vasallos. Semejaban las andas a las que en España llevan las cofradías en las tales fiestas.

Los caciques de todo el distrito de aquella gran ciudad venían a ella a solemnizar la fiesta, acompañados de sus parientes y de toda la gente noble de sus provincias. Traían todas las galas, ornamentos e invenciones que en tiempo de sus Reyes Incas usaban en la celebración de sus mayores fiestas (de las cuales dimos cuenta en la primera parte de estos **Comentarios**); cada nación traía el blasón de su linaje, de donde se preciaba descender.

Unos venían (como pintan a Hércules) vestidos con la piel del león, sus cabezas encajadas en las del animal, porque se preciaban descender de un león. Otros traían las alas de un ave muy grande que llaman **cúnter**, puestas a las espaldas, como las que pintan a los ángeles, porque se precian descender de aquella ave. Y así venían otros con otras divisas pintadas, como fuentes, ríos, lagos, sierras, montes, cuevas, porque decían que sus primeros padres salieron de aquellas cosas. Traían otras divisas extrañas, con los vestidos chapados de oro y plata. Otros con guirnaldas de oro y plata; otros venían hechos monstruos, con máscaras feísimas, y en las manos pellejinas de diversos animales, como que los hubiesen cazado, haciendo grandes ademanes, fingiéndose locos y tontos, para agradar a sus Reyes de todas maneras, unos con grandezas y riquezas y otros con locuras y miserias, y cada provincia con lo que le parecía que era mejor invención, de más solemnidad, de más fausto, de más gusto, de mayor disparate y locura, que bien entendían que la variedad de las cosas deleitaba la vista y añadía gusto y contento a los ánimos. Con las cosas dichas, y otras muchas que se pueden imaginar, que yo no acierto a escribirlas, solemnizaban aquellos indios las fiestas de sus Reyes. Con las mismas (aumentándolas todo lo más que podían) celebraban en mis tiempos la fiesta del Santísimo Sacramento, Dios verdadero, Redentor y Señor Nuestro. Y hacíanlo con

grandísimo contento, como gente ya desengañada de las vanidades de su gentilidad pasada.

El Cabildo de la iglesia y el de la ciudad hacían por su parte lo que convenía a la solemnidad de la fiesta. Hacían un tablado en el hastial de la iglesia, de la parte de afuera, que sale a la plaza, donde ponían el Santísimo Sacramento en una muy rica custodia de oro y plata. El Cabildo de la Iglesia se ponía a la mano derecha, y el de la ciudad a la izquierda. Tenía consigo a los Incas que habían quedado de la sangre real, por honrarles y hacer alguna demostración de que aquel Imperio era dellos.

Los indios de cada repartimiento pasaban con sus andas, con toda su parentela y acompañamiento, cantando cada provincia en su propia lengua particular materna, y no en la general de la Corte, por diferenciarse las unas naciones de las otras.

Llevaban sus atambores, flautas, caracoles y otros instrumentos rústicos musicales. Muchas provincias llevaban sus mujeres en pos de los varones, que les ayudaban a tañer y cantar.

Los cantares que iban diciendo eran en loor de Dios Nuestro Señor, dándole las gracias por la merced que les había hecho en traerlos a su verdadero conocimiento. También rendían gracias a los españoles sacerdotes y seculares, por haberles enseñado la doctrina cristiana. Otras provincias iban sin mujeres, solamente los varones; en fin, todo era a la usanza del tiempo de sus Reyes.

A lo alto del cementerio, que está siete u ocho gradas más alto que la plaza, subían por una escalera, a adorar el Santísimo Sacramento en sus cuadrillas, cada una dividida de la otra diez o doce pasos en medio, porque no se mezclasen unas con otras. Bajaban a la plaza por otra escalera, que estaba a mano derecha del tablado. Entraba cada nación por su antigüedad (como fueron conquistados por los Incas), que los más modernos eran los primeros, y así los segundos y terceros, hasta los últimos, que eran los Incas. Los cuales iban delante de los sacerdotes, en cuadrilla de menos gente y más pobreza, porque habían perdido todo su Imperio, y sus armas y heredades y sus haciendas particulares.

Yendo pasando las cuadrillas como hemos dicho, para ir en procesión, llegó la de los Cañaris, que, aunque la provincia dellos está fuera del distrito de aquella ciudad, van con sus andas en cuadrilla de por sí, porque hay muchos indios de aquella nación que viven en ella, y el caudillo dellos era entonces Don Francisco Chillchi Cañari, de quien hicimos mención en el cerco y mucho aprieto en que el Príncipe Manco Inca tuvo a Hernando Pizarro y a los suyos, cuando este Cañari mató en la plaza de aquella ciudad al indio capitán del Inca que desafió a los españoles a batalla singular. Este Don Francisco subió las gradas del cementerio muy disimulado, cubierto con su manta, y las manos debajo della, con sus andas sin ornamento de seda ni oro, mas de que iban pintadas de diversas colores, y en los cuatro lienzos del chapitel llevaba pintadas cuatro batallas de indios y españoles.

Llegando a lo alto del cementerio, en derecho del Cabildo de la ciudad, donde estaba Gracilaso de la Vega, mi señor, que era Corregidor entonces, y su teniente el Licenciado Monjaraz, que fue un letrado de mucho prudencia y consejo, desechó el indio Cañari la manta que llevaba en lugar de capa, y uno de los suyos se la tomó de los hombros, y él quedó en cuerpo, con otra manta ceñida (como hemos dicho que se la ciñen cuando quieren pelear o hacer cualquiera otra cosa de importancia). Llevaba en la mano derecha una cabeza de indio contrahecha, asida por los cabellos. Apenas la hubieron visto los Incas, cuando cuatro o cinco dellos arremetieron con el Cañari y lo levantaron alto del suelo, para dar con él de cabeza en tierra. También se alborotaron los demás indios que había de la una parte y de la otra del tablado donde estaba el Santísimo Sacramento, de manera que obligaron al Licenciado Monjaraz a ir a ellos para ponerlos en paz. Preguntó a los Incas que por qué se habían escandalizado. El más anciano dellos respondió diciendo: "Este perro auca, en lugar de solemnizar la fiesta, viene con esta cabeza a recordar cosas pasadas, que estaban muy bien olvidadas".

Entonces el teniente preguntó al Cañari que qué era aquello. Respondió diciendo: "Señor, yo corté esta cabeza a un indio que desafió a los españoles que esta-

ban cercados en esta plaza con Hernando Pizarro y Gonzalo Pizarro y Juan Pizarro, mis señores y mis amos, y otros docientos españoles. Y ninguno dellos quiso salir al desafío del indio, por parecerles antes infamia que honra pelear con un indio uno a otro. Entonces yo les pedí licencia para salir al duelo, y me la dieron los cristianos, y así salí y combatí con el desafiador, y le vencí y corté la cabeza en esta plaza". Diciendo esto, señaló con el dedo el lugar donde había sido la batalla. Y volviendo a su respuesta, dijo: "Estas cuatro pinturas de mis andas son cuatro batallas de indios y españoles en las cuales me hallé en servicio dellos. Y no es mucho que tal día como hoy me honre yo con la hazaña que hize en servicio de los cristianos".

El Inca respondió: "Perro traidor, ¿hiciste tú esa hazaña con fuerzas tuyas, sino en virtud deste Señor Pachacámac que aquí tenemos presente, y en la buena dicha de los españoles? ¿No sabes que tú y todo tu linaje érades nuestros esclavos, y que no hubiste esa victoria por sus fuerzas y valentia sino por la que he dicho. Y si lo quieres experimentar ahora, que todos somos cristianos, vuélvete a poner en esa plaza con tus armas, y te enviaremos un criado, el menor de los nuestros, y te hará pedazos a ti a todos los tuyos. ¿No sabes que en esos mismos días y en esta misma plaza cortamos treinta cabezas de españoles, y que un Inca tuvo rendidas dos lanzas a dos hombres de a caballo y se las quitó de las manos, y a Gonzalo Pizarro se la hubiera de quitar si su esfuerzo y destreza no le ayudara? ¿No sabes que dejamos de hacer guerra a los españoles y desamparamos el cerco, y nuestro Príncipe se desterró voluntariamente y dejó su Imperio a los cristianos, viendo tantas y tan grandes maravillas como el Pachacámac hizo en favor y amparo dellos? ¿No sabes que matamos por esos caminos de Rímac al Cozco (durante el cerco desta ciudad) cerca de ochocientos españoles? ¿Fuera bien hecho que para honrarnos con ellas sacáramos en esta fiesta las cabezas de todos ellos, y la de Juan Pizarro, que matamos allí arriba, en aquella fortaleza? ¿No fuera bien que miraras todas estas cosas y otras muchas que pudiera yo decir para que tú no hicieras un escándalo, disparate y locura como la que has hecho?". Diciendo esto

volvió al teniente y le dijo: "Señor, hágase justicia como se debe hacer, para que no seamos baldonados de los que fueron nuestros esclavos".

El Licenciado Monjaraz, habiendo entendido lo que el uno y el otro dijeron, quitó la cabeza que el Cañari llevaba en la mano, y le mandó desceñir la manta que llevaba ceñida, y que no tratase más de aquellas cosas en público ni en secreto, so pena que lo castigaría rigurosamente. Con esto quedaron satisfechos los Incas y todos los indios de la fiesta, que se habían escandalizado de la libertad y desvergüenza del Cañari, y todos en común, hombres y mujeres, le llamaron "¡Auca, auca!", y salió la voz por toda la plaza. Con esto pasó la procesión adelante, y se acabó con la solemnidad acostumbrada. Dícenme que en estos tiempos alargan el viaje della dos y tantos más que solía andar, porque llegan hasta San Francisco y vuelven a la iglesia por muy largo camino; entonces no andaba más que el cerco de las dos plazas, Cusipata y Haucaypata, que tantas veces hemos nombrado. Sea la Majestad Divina loada, que se digna de pasearlas, alumbrando aquellos gentiles y sacándoles de las tinieblas en que vivían.

CAPITULO II

De un caso admirable que acaeció en el Cozco.

El segundo suceso es el que veremos, bien extraño, que pasó en el Cozco en aquellos años, después de la guerra de Francisco Hernández Girón, que por habérmelo mandado algunas personas graves y religiosas que me han oído contarle, y por haberme dicho que será en servicio de la Santa Madre Iglesia Romana, madre y señora nuestra, dejarlo escrito en el discurso de nuestra historia, me pareció que yo, como hijo, aunque indigno, de tal madre, estaba obligado a obedecerles y dar cuenta del caso, que el que se sigue.

Ocho o nueve años antes de lo que se ha referido, se celebraba cada año en el Cozco la fiesta del divino San Marcos, como podían los moradores de aquella ciudad. Salía la procesión del Convento del Bien-

aventurado Santo Domingo, que, como atrás dijimos, se fundó en la casa y templo que era del Sol en aquella gentilidad antes que el Evangelio llegara a aquella ciudad. Del convento iba la procesión a una ermita que está junto a las casas que fueron de Don Cristóbal Paullu Inca. Un clérigo sacerdote, antiguo en la tierra, que se decía el Padre Porrás, devoto del Bienaventurado evangelista, queriendo solemnizar su fiesta, llevaba cada año un toro manso en la procesión, cargado de guirnaldas de muchas maneras de flores. Yendo ambos Cabildos, eclesiástico y seglar, con toda la demás ciudad, el año de quinientos y cincuenta y seis, iba el toro en medio de toda la gente tan manso como un cordero, y así fue y vino en la procesión. Cuando llegaron de vuelta al convento (porque no cabía toda la gente en la iglesia) hicieron calle los indios y la demás gente común en la plaza que está antes del templo. Los españoles entraron dentro, haciendo calle dende la puerta hasta la capilla mayor. El toro, que iba poco delante de los sacerdotes, habiendo entrado tres o cuatro pasos del umbral de la iglesia, tan manso como se ha dicho, bajó la cabeza y con una de sus armas asió por la horcajadura a un español que se decía fulano de Salazar y, levantándolo en alto, lo echó por cima de sus espaldas y dio con él en una de las puertas de la iglesia, y de allí cayó fuera della, sin más daño de su persona. La gente se alborotó con la novedad del toro, huyendo a todas partes; mas él quedó tan manso como había ido y venido en toda la procesión, y así llegó hasta la capilla mayor. La ciudad se admiró del caso, e imaginando que no podía ser sin misterio, procuró con diligencia saber la causa. Halló que seis o siete meses antes, en cierto pleito o pendencia que el Salazar tuvo con un eclesiástico, había incurrido en descomunión, y que él, por parecerle que no era menester, no se había absuelto de la descomunión. Entonces se absolvió y quedó escarmentado para no caer en semejante yerro. Yo estaba entonces en aquella ciudad, y me hallé presente al hecho; vi la procesión, y después oí el cuento a los que lo contaban, mejor y más largamente referido que lo hemos relatado.

CAPITULO III

La elección del Marqués de Cañete por Visorrey del Perú. Su llegada a Tierra Firme. La reducción de los negros fugitivos. La quema de un galeón con ochocientas personas dentro.

La Majestad Imperial, luego que supo en Alemaña la muerte del Visorrey Don Antonio de Mendoza, proveyó por Visorrey del Perú al Conde de Palma, el cual se excusó con causas justas para no aceptar la plaza. Lo mismo hizo el Conde de Olivares, que asimismo fue proveído para Visorrey de aquel gran Reino. Sospecharon los indianos que por ser la carrera tan larga, hasta llegar allá, y alejarse tanto de España, no querían aceptar el cargo, aunque un Visorrey de los que fueron después decía que la mejor plaza que Su Majestad proveía era el Visorreino del Perú, si no estuviera tan cerca de Madrid, donde reside la Corte, Decía esto porque le parecía que en muy breve tiempo llegaban a la Corte las nuevas de los agravios que él hacía. Últimamente proveyó Su Majestad a Don Andrés Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, Guarda Mayor de Cuenca. El cual aceptó la plaza, y con las provisiones necesarias se partió para el Perú y llegó al Nombre de Dios, donde tomó residencia a los ministros de la justicia y a los oficiales de la hacienda imperial. Hizo mercedes a ciertos conquistadores antiguos de aquellas Islas de Barlovento y Tierra Firme, como lo dice el Palentino, capítulo segundo, porque los halló muy pobres. Pero no fueron las mercedes de repartimientos de indios, porque ya en aquellos tiempos eran acabados los naturales de aquellas tierras. Fueron de ayudas de costa y de oficios de aprovechamiento.

Proveyó a Pedro de Orsúa, que era un caballero noble, gran soldado y capitán que en el Nuevo Reino había hecho grandes conquistas y poblado una ciudad que llamaron Pamplona, y por la aspereza de un juez que fue a gozar de lo que Orsúa había trabajado, por alejarse de él, como lo escribe el Beneficiario Juan de Castellanos, se fue a vivir al Nombre de Dios, donde

le halló el Visorrey Don Andrés Hurtado de Mendoza y le dio comisión para que diese orden y traza para remediar y prohibir los daños que los negros fugitivos, que llaman **cimarrones** y viven en las montañas, hacían por los caminos, salteando los mercaderes y caminantes, robándoles cuanto llevaban, con muerte de muchos dellos, que era intolerable. Y no se podía caminar sino en escuadras de veinte arriba. Y el número de los negros crecía cada día, porque teniendo tal guarida, se huían con mucha facilidad y sin recibir de sus amos agravio alguno. Para lo cual (declarando a aquel autor, que no escribe nada desto) decimos que Pedro de Orsúa hizo gente para conquistar los negros **cimarrones** (vocablo del lenguaje de las Islas de Barlovento), a lo cual fueron muchos soldados de los de Francisco Hernández Girón que estaban en aquella tierra, dellos huídos y dellos desterrados, y el Visorrey los perdonó a todos los que se hallasen en esta jornada. Los negros, viéndose apretados, salieron a pedir partidos. Y por bien de paz, porque así convenía, les concedieron que todos los que hasta tal tiempo se hubiesen huído de sus amos fuesen libres, pues ya los tenían perdidos. Y que los que de allí adelante se huyesen, fuesen obligados los cimarrones a volverlos a sus dueños, o pagasen lo que les pidiesen por ellos. Que cualquier negro o negra que fuese maltratado de su amo, pagándole lo que le había costado le diese libertad. Y que los negros poblasen donde viviesen recogidos, como ciudadanos y naturales de la tierra, y no derramados por los montes. Que contratasen con los españoles todo lo que bien les estuviese. Todo lo cual se otorgó de la una parte y de la otra, por vivir en paz, y los negros dieron sus rehenes bastantes, con que se aseguró todo lo capitulado.

Con las rehenes salió el Rey dellos, que se decía Ballano, para entregarlas por su propia persona; mas él quedó por rehenes perpetuas, porque no quisieron soltarle. Trajéronlo a España, donde falleció el pobre negro. Y porque poco antes de ese viaje del Visorrey sucedió en el mar Océano un caso extraño, me pareció dar cuenta dél, aunque no es de nuestra historia. Y fue que Jerónimo de Alderete, que había venido de Chile a España a negocios del Gobernador Pedro de

Valdivia, sabiendo su fin y muerte, pretendió la misma plaza, y Su Majestad le hizo merced della. El cual llevó consigo una cuñada suya, mujer honesta y devota, de las que llaman beatas. Embarcose en un galeón, donde iban ochocientas personas, el cual iba por capitán de otras seis naves. Salieron de España dos meses antes que el Visorrey. La beata, por mostrarse muy religiosa, pidió al maestre del galeón para tener en su cámara lumbre de noche, para rezar sus devociones. El maestre se la dio porque era cuñada del Gobernador. Navegando con tiempo muy próspero, sucedió que un médico, que iba en otro navio, fue al galeón a visitar un amigo suyo, que, por serlo tanto, holgaron de verse, aunque iban ambos en la armada. Ya sobre tarde, queriendo volverse el médico de su navío, le dijo su amigo: "No os vais, hermano, quedaos acá esta no todo". El médico se quedó, y la barquilla en que iban che, y mañana os iréis, que el buen tiempo lo permita ataron al galeón, para servirse otro día della.

Sucedió que aquella noche la beata, después de rezar o a medio rezar, se durmió con la lumbre encendida, con **tan poca advertencia** de lo que podía suceder que se vio luego cuan malhecho es quebrantar cualquiera regla y orden que la malicia de mar o de tierra tenga dada por ley para su conservación, que una dellas es que jamás de noche haya otra lumbre en la nao sino la de la lantia, so pena de la vida del maestre que la consintiera. Sucedió la desgracia que la lumbre de la beata iba cerca de la madera del galeón, de manera que el fuego se encendió y se descubrió por la parte de afuera. Lo cual visto por el maestre, viendo que no tenía remedio de apagarse, mandó al marinero que gobernaba que arrimase al galeón el barco que iba atado a él, en que el médico fue el día antes. Y el maestre fue al Gobernador Alderete, y, sin hacer ruido, le recordó y dijo lo que había en el galeón. Y tomando un muchacho hijo suyo, de dos que llevaba consigo, se fue con el Gobernador al barco, y entraron dentro los cuatro que hemos dicho, y se alejaron del galeón sin dar voces ni hacer ruido, porque no recordase la gente y se embarcasen unos y otros y se ahogasen todos. Quiso por aquella vía librarse de la muer-

te y dejarle entregado un hijo en pena de haber quebrantado la ley que tan inviolablemente debía guardar.

El fuego, con el buen alimento que en los navíos tiene, la brea y alquitrán, pasó adelante y despertó los que dormían. Las otras naos de la armada, viendo el gran fuego que había en la capitana, se acercaron a ella para recoger la gente que se echase a la mar. Pero llegando el fuego a la artillería, la disparó toda, de manera que los navíos huyeron a toda prisa, de temor de las balas, que como nao capitana iba bien artillada y aprestada para lo que se ofreciese. Y así perecieron las ochocientas personas que iban dentro, dellos quemados del fuego y dellos ahogados en la mar, que causó gran lástima la nueva desta desgracia a todos los del Perú. Jerónimo de Alderete, luego que amaneció, entró en uno de sus navíos y mandó poner estandarte, para que viesen los demás que había escapado del fuego y del agua. Y dando orden a los demás navíos que siguiesen su viaje al Nombre de Dios, él arribó a España, a pedir nuevas provisiones de su Gobernador y lo demás necesario para su persona, porque todo lo consumió el fuego. Y así volvió a seguir su camino, en compañía de la armada en que fue el Marqués de Cañete por Visorrey al Perú, como lo dice el Palentino, aunque no cuenta la desgracia del galeón.

CAPITULO IV

El Visorrey llega al Perú. Las provisiones que hace de nuevos ministros. Las cartas que escribe a los Corregidores.

El Visorrey Don Andrés Hurtado de Mendoza salió de Panamá y con buen tiempo llegó a Paita, que es término del Perú, donde despachó provisiones de Gobernación para el Reino de Quito y otras partes de aquel paraje, y escribió a todos los Corregidores de las ciudades de aquel Imperio. Envió un caballero, deudo de su casa, con particular embajada a la Chancillería Real de Los Reyes; el cual paró en la ciudad de San Miguel y, como mozo, se detuvo en ella con otros caballeros de su edad, en ejercicios poco o nada

honestos. Lo cual sabido por el Visorrey, le envió a mandar que no pasase adelante. Y cuando llegó a aquella ciudad mandó que le prendiesen y trajesen a España preso, porque no quería que sus embajadores y criados saliesen de la comisión y orden que les daba. Asimismo envió a España a Don Pedro Luis de Cabre-
ra y a otros casados que tenían sus mujeres en ellas, aunque es verdad que la culpa más era de las mujeres que no de sus maridos, porque algunos dellos habían enviado por las suyas con mucho dinero para el camino, y por no dejar a Sevilla, que es encantadora de las que la conocen, no quisieron obedecer a sus maridos, antes procuraron ellas con la justicia que se los enviasen a España; que por no ir al Perú dellas, cuyos maridos yo conocí, perdieron los repartimientos que con la muerte de sus maridos heredaban, que valían más de cien mil ducados de renta, los cuales pudiéramos nombrar, pero es justo que guardemos la reputación y honor de todos.

El Visorrey pasó adelante en su camino con la mayor blandura y halago que pudo mostrar, haciendo mercedes y regalos de palabra a todos los que le hablaban y pedían gratificación de sus servicios; todo lo cual hacía con buena maña e industria, para que la nueva pasase adelante y quietase los ánimos de los que que podían estar alterados por los delitos e indicios pasados. La fama, entre otras cosas, publicó entonces que el Visorrey quería hacer un particular Consejo de cuatro personas principales y antiguas en el Reino, que fuesen libres de pasión y de afición, que, como hombres que conocían a todos los de aquel Imperio y sabían los méritos de cada uno, le avisasen y dijese lo que debía hacer con los pretendientes, porque no le engañasen con relaciones fingidas. Publicó la fama los que habían de ser del Consejo. Uno dellos era Francisco de Garay, vecino de Huánuco, y otro Lorenzo de Aldana, vecino de Arequipa, y Garcilaso de la Vega y Antonio de Quiñones, vecinos del Cozco. Y era notorio que cualquiera de todos cuatro pudiera muy largamente gobernar todo el Perú, y más adelante. Con esta novela se alentaron y regocijaron todos los moradores de aquel Imperio, así indios como españoles, seglares y eclesiásticos, y todos a voces decían

que aquel príncipe venía del cielo, pues con tales consejeros quería gobernar el Reino.

El Visorrey siguió su camino hasta la Ciudad de los Reyes, publicando siempre que iba a hacer mercedes, como lo dice el Palentino, capítulo segundo, por estas palabras: "Lo que más se entendía su fama era que hacía grandes mercedes, y que no tocaba en cosas passadas, por cuya causa acudió a Trujillo gran número de gente, y entre ellos muchos que no habían sido muy sanos en servicio del Rey. Y a éstos por entonces el Virrey les hacía buena cara, y daba a entender en sus pláticas que aquéllos que de Francisco Hernández se habían pasado al Rey le habían dado la tierra. Y desta suerte los descuidados tanto, que, en el Cozco y otras partes, vecinos que vivían recatados por la pasada dolencia y que estaban en sus pueblos de indios, y cuando veían a la ciudad era con mucha compañía y gran recato, con este amor y fama se comenzaron a descuidar", etcétera.

Hasta aquí es de aquel autor. Y declarando lo que en esto hubo, decimos que todos los vecinos del Cozco estaban quietos y sosegados, alegres y contentos con la venida del Visorrey y con las buenas nuevas que la fama publicaba de su intención y deseos. Sólo Tomás Vázquez y Piedrahita eran los que estaban en los pueblos de sus indios, y no residían en la ciudad. Y esto más era de vergüenza de haber seguido al tirano dende el principio de su levantamiento que no de miedo de la justicia, porque estaban perdonados en nombre de Su Majestad por su Chancillería Real, porque habían hecho aquel gran servicio de negar al tirano en la coyuntura que le negaron, que fue toda su perdición y acabamiento. Y no venían a la ciudad con mucha compañía ni gran recato, como lo dice aquel autor, sino que voluntariamente se estaban desterrados en sus repartimientos de indios, que en más de tres años (que entonces fue Corregidor de aquella ciudad Garcilaso de la Vega, mi señor) yo no los vi en ella, si no fue sola una vez a Juan de Piedrahita, que vino de noche a algún negocio forzoso, y de noche visitó a mi padre y dio cuenta de su vida solitaria, pero nunca salió a plaza de día. Por lo cual me espantó que se escriban cosas tan ajenas de lo que pasó. Y Alonso

Díaz, que fue otro vecino que acompañó a Francisco Hernández Girón, no quiso ausentarse de la ciudad, sino vivir en ella como solía. Y esto es lo que hubo entonces en aquel pueblo, y no tanto escándalo como las palabras de aquel autor significan y causan a los oyentes.

El Visorrey llegó a la Ciudad de los Reyes por el mes julio de mil y quinientos y cincuenta y siete años, donde fue recibido como convenía a la grandeza de su oficio real y a la calidad de su persona y estado, que era señor de vasallos con título de Marqués, que, aunque los Visorreyes pasados tuvieron el mismo oficio, carecieron de título de vasallos. Y habiendo tomado su silla y asiento, pasados ocho días tomó la posesión de aquel Imperio por el Rey Don Felipe Segundo, por renunciación que el Emperador Carlos Quinto hizo en Su Majestad de los Reinos y Señoríos que tenía, lo cual hizo por falta de salud para poder gobernar Imperios y Reinos tan grandes y tratar negocios tan importantes y dificultosos como los que se ofrecen en semejantes gobiernos. La posesión se tomó con toda la solemnidad y ceremonias y acompañamiento que se requería, donde se halló el Visorrey y la Audiencia Real y los Cabildos seglar y eclesiástico con el Arzobispo de los Reyes Don Jerónimo de Loaysa y los conventos de religiosos que entonces había en aquella ciudad, que eran cuatro: el de Nuestra Señora de las Mercedes, de San Francisco, Santo Domingo y San Agustín. Pasada la ceremonia en la plaza y por las calles, fueron a la Iglesia Catedral, donde el Arzobispo dijo una misa pontifical con gran solemnidad. Lo mismo pasó en todas las demás ciudades de aquel Imperio, en lo cual mostró cada uno, conforme su posibilidad, el contento y regocijo que recibieron de tal auto. Hubo muchas fiestas muy solemnes de toros y juegos de cañas, y muchas libreas muy costosas, que era y es la fiesta ordinaria de aquella tierra.

El Visorrey Don Andrés Hurtado de Mendoza, luego que se hubieron tomado las posesiones, envió Corregidores y ministros de justicia a todos los pueblos del Perú. Entre ellos fue al Cozco un letrado natural de Cuenca que se decía Bautista Muñoz, que el Visorrey llevó consigo. El Licenciado Altamirano, Oidor de Su

Majestad, que no quiso acompañar al estandarte real y su ejército en la guerra pasada, fue por Corregidor a la Ciudad de la Plata; y otros fueron a las ciudades Huamanca, Arequepa y de la Paz, donde pasaron cosas grandes. Algunas dellas contaremos en el capítulo siguiente, que decirlas todas es muy dificultoso.

CAPITULO V

Las prevenciones que el Visorrey hizo para atajar motines y levantamientos. La muerte de Tomás Vázquez, Piedrahita y Alonso Díaz, por haber seguido a Francisco Hernández Girón.

El Visorrey, como lo dice el Palentino, capítulo segundo de su tercera, parte, luego que entró en la Ciudad de los Reyes mandó tomar todos los caminos que salían della para las demás ciudades de aquel Imperio. Puso en ellos personas de quien tenía confianza; mandoles que con mucho cuidado y vigilancia mirasen y catasen, así a españoles como a indios, si llevaban cartas de unas partes a otras, "lo cual mandó que se hiziese para entender si se trataba alguna novedad de los unos a los otros". Palabras son de aquel autor, y todo lo que vamos diciendo es suyo, y yo vi mucha parte dello. Asimismo mandó el Visorrey que ningún español caminase sin licencia particular de la justicia del pueblo donde salía, habiendo dado causas bastantes para que se la diesen. Y en particular mandó que no viniesen los españoles a la Ciudad de los Reyes con achaque de ver las fiestas y regocijos que en ella se hacían. Aunque en esto hubo poco efecto, porque antes que el Visorrey llegara a aquella ciudad estaba toda llena de los pretendientes y de los demás negociantes que esperaban la venida del Visorrey; que luego que supieron su ida acudieron todos a hallarse a su recibimiento y festejarle su llegada. Mandó recoger en su casa la artillería gruesa que había en aquella ciudad, y los arcabuces y otras armas que pudo haber; todo lo cual se hizo recelando no hubiese algún levantamiento, que, según lo pasado, estaba aquella tierra mucho para temer semejantes rebeliones. Pero los morado-

res estaban ya tan cansados de guerras y tan lastados, que no había que temerles. Y dejando al Visorrey, diremos de los Corregidores que envió al Cozco y a los Charcas.

El Licenciado Muñoz llegó a la ciudad del Cozco con su provisión de Corregidor de aquella ciudad, la cual le salió a recibir; y luego que entró en ella, Garcilaso, mi señor, le entregó la vara de justicia, y con ella en la mano le preguntó el Corregidor nuevo cuánto valía el derecho de cada firma. Fuele respondido que no lo sabía, porque no había cobrado tal derecho. A esto dijo el Licenciado que no era bien que los jueces perdiesen sus derechos, cualesquiera que fuesen. Los oyentes se admiraron de oír el coloquio, y dijeron que no era de espantar que quisiese saber lo que le podía valer el oficio fuera del salario principal, que de España a Indias no iban a otra cosa sino a ganar lo que buenamente pudiesen.

El Corregidor, luego que tomó la vara y crió sus alguaciles, envió dos dellos fuera de la ciudad, el uno a prender a Tomás Vázquez y el otro a Juan de Piedrahita, y los trajeron presos dentro de cinco o seis días, y los pusieron en la cárcel pública. Los parientes del uno y del otro procuraron buscar fiadores que les fiasen que asistirían en la ciudad y no se irían della, porque les pareció que la prisión era para que residiesen en la ciudad y no en el pueblos de sus indios. A uno de los que hablaron para que fiase, fue mi padre. Respondió que la comisión que el Corregidor traía debía de ser muy diferente de la que ellos pensaban, que para que residieran en la ciudad bastaba mandárselo con cualquiera pena, por liviana que fuera, y no hacer tanta ostentación de enviar por ellos y traerlos presos, de lo cual sospechaba que era para cortarles las cabezas. El suceso fue como lo pronosticó Francisco Hernández Girón, como atrás se dijo, porque otro día amanecieron muertos, que en la cárcel les dieron garrote, no les valiendo los perdones que en nombre de Su Majestad les había dado la Chancillería Real. Y les confiscaron los indios; y los de Tomás Vázquez, que era uno de los principales repartimientos de aquella ciudad, dio el Visorrey a otro vecino della, natural de Sevilla, que se decía Rodrigo de Esquivel,

por mejorarle; que aunque tenía repartimiento de indios, eran pobres y de poca valía. Lo mismo hicieron de los indios de Piedrahita y de Alonso Díaz, que también le mataron y confiscaron sus bienes como a los otros dos. No hubo más que esto en aquella ciudad de la ejecución de la justicia contra los rebeldes en la guerra pasada.

El Licenciado Muñoz siguió la residencia contra sus antecesores; puso cuatro cargos al Corregidor. El uno fue que jugaba cañas siendo justicia de aquella ciudad. Otro cargo fue que salía algunas veces de su casa a visitar algunos vecinos suyos sin la vara en la mano, que era dar ocasión a que le perdiesen el respeto que al Corregidor se le debía. El tercero fue que consentía que las Pascuas de Navidad jugasen en su casa los vecinos y otra gente principal de aquella ciudad, y que él, siendo Corregidor, jugaba con ellos. El último cargo fue que había recibido un escribano para que lo fuese de la ciudad, sin hacer ciertas diligencias que la ley mandaba en semejante caso. Fuele respondido que jugaba cañas porque lo había hecho toda su vida, y que no lo dejara de hacer aunque el oficio fuera de más calidad y alteza. El segundo cargo se le respondió que salía algunas veces de su casa sin la vara en la mano, por ser tan cerca de su posada la visita que iba a hacer que no se echaba de ver en la vara, y que sin ella y con ella le tenían y hacían el respeto que le debían, porque era muy conocido en todo aquel Imperio y fuera dél, y que no hacía delito contra la vara en no sacarla en la mano. Y a lo del jugar en su casa las Pascuas, dijo que era verdad, que lo consentía, y él jugaba con los que iban a ella, porque jugando en su casa se prohibían y excusaban las riñas y pendenias que el juego podía causar no jugando en su presencia, como lo hacía el juego a cada paso, aun con los muy altos y presuntuosos. A lo del escribano dijo que, como él no era letrado, no miró en lo que la ley mandaba sino en que la ciudad tenía necesidad de un oficial que administrase aquel oficio. Y que lo que él procuró fue que fuese hombre fiel y legal, cual convenía para tal ministerio, y que así hallaría que lo era, y toda aquella ciudad lo diría. Al Licenciado Monjaraz, que fue teniente de Corregidor, le pusieron cargos se-

mejantes y aun más livianos, que la residencia mas fue por decir el nuevo juez que la había tomado, que no porque hubiese cargos que castigar ni deudas que satisfacer, y así los dio por libres de todo.

CAPITULO VI

La prisión y muerte de Martín de Robles, y la causa por qué lo mataron.

El Licenciado Altamirano, Oidor de la Chancillería Real de la Ciudad de los Reyes, fue (como atrás se dijo) por Corregidor a la Ciudad de la Plata, y luego que llegó a su Corregimiento prendió a Martín de Robles, vecino de aquella ciudad, y sin hacerle cargo alguno lo ahorcó públicamente en la plaza della, que lastimó a toda aquella tierra, porque era de los principales vecinos de aquel Imperio, y tan cargado de años y vejez que ya no podía traer la espada en la cinta y se la traía un muchacho indio que andaba tras él. Lastimó mucho más su muerte cuando se supo la causa, que la cuenta el Palentino, en el capítulo segundo de su tercera parte, como se sigue:

“El Visorrey escribió al Licenciado Altamirano una carta missiva para que justiciasse a Martín de Robles, y publicóse haber sido la ocasión que habían certificado o dicho al Visorrey que, estando Martín de Robles en conversación, había dicho: “Vamos a Lima a poner en crianza al Virrey, que viene descomedido en el escribir” (propio dicho de Martín de Robles, aunque no hubiera causa ni color para decirlo), y muchos, y aun la común, afirman que Martín de Robles nunca tal dixo. Algunos afirmaron que lo que incitó al Virrey, más que esta pequeña ocasión, fue haber sido Martín de Robles tan culpado en la prisión y muerte de Blasco Núñez Vela, Visorrey del Perú”, etc.

Hasta aquí es de aquel autor, y, declarando este paso, que está oscuro y confuso, decimos que Martín Robles dijo aquellas palabras pero por otro término, y la causa para decirlas fueron las cartas que el Visorrey, como atrás dijimos, escribió dende Paita a todos los Corregidores de aquel Imperio, haciéndoles sa-

ber su venida, que todos los sobrescritos de las cartas decían: "Al noble señor, el Corregidor de tal parte". Y dentro en la carta hablaba de vos con cualquiera que fuese. Esta manera de escribir causó admiración en todo el Perú, porque en aquellos tiempos y mucho después, hasta que salió la premática de las cortesías, los hombres nobles y ricos en aquella tierra escribían a sus criados con el título noble, y decían en el sobrescrito: "Al muy noble señor fulano", y dentro hablaban a unos de vos y a otros de él, conforme a la calidad del oficio en que servían. Pues como las cartas del Visorrey iban tan de otra suerte, los maldicientes y hombres facinerosos, que deseaban alteraciones y revueltas, tomaron ocasión para murmurar, mofar y decir lo que se les antojaba, porque los Visorreyes y Gobernadores pasados escribían con respeto y miramiento de las calidades y méritos de cada uno. Y así no faltó quien dijese a mi padre (que era entonces Corregidor de la imperial ciudad del Cozco) que cómo se podía llevar aquella manera de escribir. Mi padre respondió que se podía llevar muy bien, porque el Visorrey no escribía a Garcilaso de la Vega, sino al Corregidor del Cozco, que era su ministro. Que mañana o esotro día le escribiría a él, y verían cuán diferente era la una carta de la otra. Y así fue, que, dentro de ocho días después que el Visorrey llegó a Rímac escribió a mi padre con el sobrescrito que decía: "Al muy magnífico señor Garcilaso de la Vega", etc. Y dentro hablaba como pudiera hablar con un hermano segundo, tanto que admiró a todos los que la vieron. Yo tuve ambas las cartas en mis manos, que entonces yo servía a mi padre de escribiente en todas las cartas que escribía a diversas partes de aquel Imperio, y así respondió a estas dos por mi letra.

Volviendo ahora al cuento de Martín de Robles, es así que una de aquellas primeras cartas fue al Corregidor de los Charcas, con la cual hablaron los mofadores muy largo, y entre otras cosas dijeron que aquel Visorrey iba muy descomedido, pues escribía de aquella manera a todos los Corregidores, que muchos dellos eran en calidad y cantidad tan buenos como él. Entonces dijo Martín de Robles: "Déxenlo llegar, que acá le enseñaremos a tener crianza". Díjolo por do-

naire, que en menores ocasiones, como lo ha dicho el Palentino, decía mayores libertades, no perdonando amigo alguno por muy amigo que fuese, ni aun a su propia mujer, que pudiéramos contar en prueba de esto algunos cuentos y dichos suyos, si no fueran indecentes e indignos de quedar escritos. Baste decir que, reprehendiéndole sus amigos la libertad de sus dichos, porque los más dellos eran perjudiciales y ofensivos, y que se hacía malquisto con ellos, respondía que él tenía por menor pérdida la de un amigo que la de un dicho gracioso y agudo dicho a su tiempo y coyuntura, y así perdió el triste la vida por ellos, que la prisión del Visorrey Blasco Núñez Vela, que el Palentino dice que fue la causa, estaba ya olvidada, que habían pasado trece años en medio, y en aquel tiempo Martín de Robles hizo muchos servicios a Su Majestad; que en muy gran coyuntura y con mucho riesgo suyo se huyó de Gonzalo Pizarro al Presidente Gasca, y sirvió en aquella guerra hasta el fin della, y así se lo pagó bien el Presidente Gasca, como se ha dicho. Asimismo sirvió en la guerra de Don Sebastián y en la de Francisco Hernández Girón, en las cuales gastó gran suma de oro y plata de su hacienda, y todos sus delitos pasados estaban ya perdonados en nombre de Su Majestad, así por su Presidente Gasca como por los Oidores de aquella Chancillería Real.

CAPITULO VII

Lo que el Visorrey hizo con los pretendientes de gratificación de sus servicios; cómo por envidiosos y malos consejeros envió desterrados a España treinta y siete dellos.

En otro paso de aquel capítulo, segundo, hablando del Visorrey Don Andrés Hurtado de Mendoza, dice el Palentino lo que se sigue: "So color de fiestas y regozijos, recogió en su casa toda la artillería y arcabuzes y otras armas que había. Luego que todo esto hubo hecho y proveído, revocó los poderes y perdones que los Oidores habían dado, y dio tiento a muchas personas, así capitanes como soldados, aco-

metiéndoles con alguna gratificación, en remuneración de sus servicios. Y como entendió que tenían gran punto, y assimismo porque le dixeron que dezian algunas palabras de mal sonido, mandó prender a muchos y a un mismo tiempo, en su propia casa (con buena maña que para ello se tuvo), de donde luego los mandó llevar con buena guarda al puerto y Callao de Lima, para los enviar a España, publicando enviar a los unos para que Su Majestad allá los gratificasse de sus servicios, porque en el Perú no convenía; y a otros, para que con el destierro fuessen castigados. Y aconsejándole algunas personas y persuadiéndole que enviase con ellos la información de sus culpas, assí de las palabras que habían dicho como de las obras que habían hecho (si algunos eran culpados), no lo quiso hazer, diziendo que no quería ser su fiscal, sino intercessor, para que de Su Majestad fuessen bien recibidos, aprovechados y honrados", etc.

Hasta aquí es de aquel autor. Y porque son pasos de la historia que conviene declarar para que se entiendan cómo pasaron, porque aquel autor los dejó oscuros, diremos historialmente el suceso de cada cosa. Es así que el recoger de los arcabuces y otras armas que el autor dice que el Visorrey mandó recoger en su casa, los Oidores, antes que el Visorrey fuera allá, lo habían mandado a todos los Corregidores de aquel Imperio. Mi padre, como uno dellos, lo mandó apregonar en su jurisdicción, y muchos caballeros y soldados principales, muy servidores de Su Majestad, entregaron los arcabuces y las demás armas que tenían; pero de la gente común no acudía nadie, y, si alguno acudía era con el desecho y con lo inútil que él y sus amigos tenían. Por lo cual escribió Garcilaso, mi señor, a la Chancillería Real lo que pasaba, avisando que aquello más era perder que ganar, porque los amigos del servicio real quedaban desarmados, y los no tales se tenían sus armas. Por lo cual mandaron los Oidores que de secreto se las volbiesen a sus dueños, y así se hizo. Y esto fue lo del recoger de las armas que aquel autor dice.

Y lo del revocar los poderes y perdones que los Oidores habían dado a los que siguieron a Francisco Hernández, fue para que los justiciasen, como se hizo

y se ha contado. Y el tiento que dice que el Visorrey dio a muchas personas, así capitanes como soldados, acometiéndoles con alguna gratificación en remuneración de sus servicios, es así que a muchos de los pretendientes, de los cuales atrás hemos hecho mención, les ofreció alguna gratificación, pero muy tasada, no conforme a los méritos dellos, y que había de ser con condición que se habían de casar luego, pues había muchas mujeres españolas en aquella tierra. Y que aquello le mandaba Su Majestad que hiciese y cumpliese para que todo aquel Reino sosegase y viviese en paz y quietud. Y a muchos de los pretendientes les señalaron las mujeres con quien habían de casar, que, como el Visorrey no las conocía, las tenía a todas por muy honradas y honestas, pero muchas dellas no lo eran. Por lo cual se escandalizaron los que las habían de recibir por mujeres, rehusando la compañía dellas porque las conocían de muy atrás, y esto bastó para que los émulos y enemigos de los pretendientes, envidiosos de sus méritos y servicios, llevasen chismas y novelas al Visorrey, muy escandalosas y perjudiciales contra los soldados pretendientes. Por lo cual dice aquel autor que como el Visorrey "entendió que tenían gran punto, y asimismo porque le dixeron que dezían algunas palabras de mal sonido, mandó prender a muchos y llevar con buena guarda al puerto y Callao de Lima, para los enviar a España, publicando enviar a los unos para que Su Majestad allá les gratificasse de sus servicios, porque en el Perú no convenía, y a otros para que con el destierro fuesen castigados", etc.

Fueron treinta y siete los que prendieron y embarcaron, que eran los más calificados y más notorios en el servicio de Su Majestad, y en prueba desto decimos que uno dellos fue Gonzalo Silvestre¹, de cuyos trabajos y servicios se hizo larga relación en nuestra historia de la Florida, y en ésta se ha hecho lo mismo. En la batalla de Chuquinca, como en su lugar se dijo, le mataron un caballo que pocos días antes le da-

1. Con el destierro de los "pretendientes", parte del mundo paterno de los conquistadores, pues eran soldados veteranos, queda sellado el fin de una época y se asienta otra, la Colonia. El Inca ajeno a ésta, queda en España como un desarraigado.

ba Martín de Robles por él doce mil ducados. De la misma calidad y de más antigüedad en aquel Reino eran muchos dellos, que holgara tener la copia de todos. Y aunque el Palentino dice que enviaron a otros para que con el destierro fuesen castigados, no desterraron a ninguno dellos por delitos, que todos eran beneméritos. También dice que "aconsejándole algunas personas, y persuadiéndole que enviase con ellos la información de sus culpas, assí de las palabras que habían dicho como de las obras que habían hecho (si algunos eran culpados), no lo quiso hazer, diciendo que no quería ser fiscal sino intercessor, para que de Su Majestad fuessen bien recibidos, aprovechados y honrados", etc.

Verdad es que no faltó quien dijese al Virrey esto, y mucho más, de grandes alborotos y motín que aquellos soldados pretendían hacer, por la costa y mala paga que por sus muchos y grandes servicios se les ofrecía y prometía. Pero también hubo otros que le suplicaron no permitiese tal crueldad en lugar de gratificación. Que el destierro del Perú a España era castigo más riguroso que la muerte cuando ellos la merecieran, porque iban pobres, habiendo hecho tantos servicios a Su Majestad y gastado sus haciendas en ellos. Asimismo le dijeron que a la persona y oficio del Virrey no convenía que aquellos hombres fuesen a España como los enviaba, porque Su Majestad les había de oír y dar crédito a lo que le dijeren, pues no podía el Virrey enviar en contra dellos cosa mal hecha que hubiesen hecho contra el servicio de Su Majestad, sino gastado en él sus vidas y haciendas. Y que muchos dellos llevaban heridas que les habían dado en las batallas en que habían peleado en servicio de su Rey, y que se las habían de mostrar en prueba de sus trabajos y lealtad. A lo cual el Virrey, alterado y escandalizado con las maldades y sospechas de motines y rebeliones que le habían dicho, respondió con enojo que no se le daba nada de enviarlos como iban, porque así convenía al servicio de su Rey y a la quietud de aquel Imperio, y que no hacía caso de lo que podían decir ni llevar contra él cuando volviesen de España al Perú. Y a lo último dicen los maldicientes que dijo: "Un año han de gastar en ir y otro en negociar y otro en

volver. Y cuando traigan en su favor las provisiones que quisieren, con besarlas y ponerlas sobre mi cabeza y dezir que las obedezca y que el cumplimiento dellas no ha lugar, les pagaré. Y cuando vuelvan por sobre cartas y las traigan, habrán gastado otros tres años, y de aqui a seis, Dios sabe lo que habrá”.

Con esto despidió a los buenos consejeros y envió los pretendientes presos a España, tan pobres y rotos que el mejor librado dellos no traía mil ducados para gastar. Y aun eso fue vendiendo el caballo y el vestido y eso poco de muebles y ajuar que tenían, que, aunque algunos dellos tenían posesiones y ganado de la tierra para sus granjerías y ayuda de costa, estaban lejos de donde lo tenían, y lo dejaron desamparado y lo perdieron todo. Que aunque quedaba en poder de amigos, la distancia de España al Perú da lugar y ocasiones para que se pierda lo que desta manera se deja. Que lo digo como experimentado, que una heredad que yo dejé en mi tierra encomendada a un amigo, no faltó quien se la quitó y la consumió.

Así les acaeció a estos pobres caballeros que dejaron sus haciendas, que algunos dellos, cuando vine a España, me preguntaron por las personas a quien las dejaron, para saber si eran vivos y lo que pudieran haber hecho de sus haciendas. Yo supe darles poca cuenta dellas, porque mi poca edad no daba lugar a saber de haciendas ajenas. Como se ha referido salieron del Perú los pretendientes de mercedes reales por sus servicios. Dejarlos hemos en su camino hasta su tiempo, y diremos otras cosas que en aquella misma sazón sucedieron en aquel Imperio con su natural señor.

CAPITULO VIII

El Visorrey pretende sacar de las montañas al Príncipe heredero de aquel Imperio, y reducirlo al servicio de Su Majestad. Las diligencias que para ello se hicieron

El Visorrey envió aquellos caballeros a España de la manera que se ha dicho, por envidiosos y malos consejeros que para ello hubo que le incitaron y atemori-

zaron para que así lo hiciese, diciéndole que los pretendientes eran los que alborotaban la tierra y a ellos seguían los demás soldados de menos cuenta. Y que echándolos del Reino, cesaban los escándalos y alborotos que hasta entonces habían pasado. El Virrey lo permitió, porque, según las tiranías pasadas, tantas y tan crueles, era de temer no hubiesen otros escándalos, y quiso asegurarse dellos, y entendió en otras cosas que asimismo tocaban a la quietud de aquel Imperio. Escribió al Licenciado Muñoz, Corregidor del Cozco, y a Doña Beatriz Coya, para que tratasen en dar orden y manera como traer y reducir que el Príncipe Sayri Túpac, que estaba en las montañas, saliese de paz y amistad para vivir entre los españoles, y que se le haría larga merced para el gasto de su casa y familia. Todo esto se trató con la Coya, la cual era hermana del padre de aquel Príncipe, heredero legítimo de aquel Imperio, hijo de Manco Inca, a quien mataron los españoles que él había librado de poder de sus enemigos, como se refirió en el capítulo sétimo del Libro cuarto de esta Segunda parte.

La infanta Doña Beatriz, por ver a su sobrino en aquella su ciudad (aunque no fuese para restituirle en su Imperio), recibió con mucha voluntad y amor el orden y mandato del Visorrey. Despachó un mensajero acompañado de indios de servicio a las montañas de Uillca Pampa, donde el Inca estaba. El embajador era pariente de los de la sangre real, porque la embajada fuese con autoridad y fuese bien recibida. El cual, por hallar quebrados los caminos y las puentes, pasó mucho trabajo en su viaje. Al fin llegó donde estaban las primeras guardas, y les dio aviso del recaudo que llevaba para el Inca. Entonces se juntaron los capitanes y gobernadores, que como tutores gobernaban al Príncipe, que aún no había llegado a edad suficiente para tomar la borla colorada, que, como se ha dicho, era señal de corona real. Los capitanes, habiendo oído al mensajero, temiendo no fuese falso, aunque era pariente, eligieron otro mensajero que fuese de parte del Inca y de sus gobernadores al Cozco a certificarse de la embajada, porque temían engaño de parte de los españoles, acordándose de la muerte de Atahuallpa y de los demás sucesos pasados. Mandaron que el mensaje-

ro de la Coya Doña Beatriz, y los indios que con él fueron, se quedasen entre ellos como en rehenes, hasta que volviese el que ellos enviaban. Al cual dieron comisión para que, habiéndose certificado de la infanta Doña Beatriz que no había engaño en estos tratos, hablase al Corregidor del Cozco y a cualquiera otra persona que fuese menester, para certificarse de lo que les convenía saber, para perder el temor que tenían de que la embajada era falsa; y que pidiese al Corregidor y a Doña Beatriz que les enviase a Juan Sierra de Leguizamo, su hijo y de Mancio Sierra de Leguizamo, de los primeros conquistadores, para que les asegurase del temor y sospecha que podían tener; y que no volviese sin él, porque de otra manera todo lo daban por falsedad y engaño.

El Corregidor y la infanta holgaron mucho con el mensajero del Inca, y con él enviaron a Juan Sierra, para que, como pariente tan cercano, asegurase al Inca y a todos los suyos que no había engaño en lo que con él se trataba, y que todos los suyos holgarían de verle fuera de aquellas montañas.

Entretanto que en el Cozco se trataba lo que se ha dicho, el Visorrey, deseando ver acabada esta empresa, haciéndosele largo que se negociase por ajena inteligencia y cuidado, envió un fraile de la Orden de Santo Domingo, que el Palentino llama Fray Melchior de los Reyes, y con él fue un vecino del Cozco que se decía Juan de Betanzos, marido de Doña Angelina, hija del Inca Atahualpa, de la cual atrás hicimos mención. Juan de Betanzos presumía de gran lenguaraz en la lengua general de aquella tierra, y así por esto como por el parentesco de su mujer con el Príncipe Sayri Túpac, mandó el Virrey que fuese en compañía del fraile, para que fuese intérprete y declarase las cartas y provisiones y cualquiera otro recaudo que llevasen. Estos dos embajadores, por cumplir el mandato del Virrey, se dieron prisa en su camino y procuraron entrar donde estaba el Inca por el término de la ciudad de Huamanca, porque por aquel puesto está la entrada de aquellas montañas más cerca que por otra parte alguna, y por esto llamaron los españoles a aquella ciudad San Juan de la Frontera, porque era frontera del Inca y porque los primeros españoles que entraron en

ella (cuando la conquista de aquel Imperio) fue día de San Juan. Pero por mucho que lo procuraron no pudieron entrar, porque los indios capitanes y gobernadores del Inca, temiendo a los españoles no procurasen tomarlos de sobresalto y prender a su Príncipe, tenían cortados los caminos de tal suerte que de ninguna manera podían entrar donde ellos estaban. Lo cual visto por el fraile y Juan de Betanzos, pasaron por el camino real otras veinte leguas adelante, a ver si hallaban paso por Antahuaylla; mas tampoco les fue posible hallarlo.

Todo lo cual supo el Corregidor del Cozco por aviso de los indios, y escribió a los embajadores que no trabajasen en vano, sino que fuesen al Cozco, donde se daría orden de lo que se hubiese de hacer. En el capítulo siguiente diremos, sacado a la letra, lo que en este paso escribe el Palentino, donde se verá el recato de los indios, su maña y astucia para descubrir si había en la embajada algún engaño o trato doble, con otras cosas que hay que notar de parte de los indios.

CAPITULO IX

La sospecha y temor que los gobernadores del Príncipe tuvieron con la embajada de los cristianos. La maña y diligencias que hicieron para asegurarse de su recelo.

Dice aquel autor en el Libro tercero, capítulo cuarto, de su historia, lo que se sigue: "Venidos, pues, al Cozco, trataron el Licenciado Muñoz y la Doña Beatriz que se fuesen delante los embaxadores con su hijo Juan Sierra al Inga, y que quedassen siempre atrás (y en parte segura) el fraile y Betanzos. Y assí, siendo de este acuerdo, partieron del Cozco tres días antes el fraile y Betanzos, diciendo aguardarían en el camino. Empero, queriendo ganar la honra de primero embaxador, se adelantaron hasta do está la puente que llaman de Chuquichaca, donde comienza la jurisdicción del Inga. Y passada la puente con harto trabajo, los indios de guerra que allí estaban por guarda del passo

los tomaron y detuvieron, sin los hazer otro daño, salvo que no les consintieron passar adelante ni volver atrás. Y así estuvieron detenidos hasta otro día, que llegó Juan Sierra con los embaxadores y con otros diez indios que por mandado del Inga habían salido en busca de sus embaxadores. Y mandó que Juan Sierra entrase con ellos seguramente, y no otra persona alguna. Finalmente que Betanzos y los frailes quedaron detenidos, y Juan Sierra y los embaxadores passaron adelante. Empero, habían andado bien poco cuando también fueron detenidos, hasta dar mandado al Inga de su venida. Sabiendo el Inga que Juan Sierra venía, y siendo informado que el fraile y Betanzos venían por embaxadores del Virrey, envió un capitán con dozientos indios de guerra, armados caribdes (que son indios guerreros que se comen unos a otros en guerra) para que diese al capitán (que era su General) el mandado y embaxada que traía. Llegado el General, les dio la bienvenida, y no quiso oírlos hasta otro día, que, venido el Juan Sierra, se lo reprendió por venir acompañado de cristianos. Juan Sierra se desculpó diciendo que aquello había sido por consejo y mandado del Corregidor del Cozco y de su tía Doña Beatriz. Y dióle la embaxada que para el Inga traía, y le declaró y leyó las cartas de su madre y del Corregidor, y la que el Virrey había escrito a Doña Beatriz. Habiendo dado Juan Sierra su embaxada, hizieron venir en aquel lugar a Betanzos y a los frailes, y les pidieron la misma razón que a Juan Sierra, por ver si en algo diferían.

“Ellos mostraron la provisión del perdón, y les dieron la embaxada que traían, junto con un presente que el Virrey enviaba al Inga, de ciertas piezas de terciopelo y damasco, y dos copas de plata doradas, y otras cosas. Hecho esto, el General y capitanes mandaron a dos indios (que a todo habían sido presentes) fuessen luego a dar relación al Inga. El cual, habiendo bien entendido, dio por respuesta que luego se volviessen de allí, sin los hazer algún daño, con sus cartas, provisión y presente, porque él no quería cosa alguna más de que el Virrey hiziesse su voluntad, porque él también haría la suya, como hasta allí lo había hecho. Estando ya de partida de Juan Sierra y los demás, llegaron otros dos indios, con mandado que todos en-

trassen a dar al Inga y a sus capitanes la embaxada que traían. Estando ya no más que cuatro leguas del Inga, llegó mandado que Juan Sierra fuesse solo con los recados, y que a los demás aviassen de lo necesario para su partida.

“Otro día Juan Sierra se partió para el Inga, y, estando a dos leguas de donde estaba, le vino mandado que se detuviesse allí dos días. Y por otra parte fueron mensajeros para que Betanzos y los frailes se volviessen. Passados los dos días, el Inga envió por Sierra, y, venido ante él, le ricibió con mucho amor y como a deudo principal suyo. Juan Sierra le dio y explicó (lo mejor que pudo) su embaxada y recados. El Inga mostró holgarse mucho con la embaxada; empero dixo que él solo no era parte para efetuarlo, a causa que no era señor jurado ni tenía poder para ello, por no haber recebido la borla (que es como la corona entre los Reyes), por no tener edad cumplida. Y que era necesario que explicasse la embaxada a sus capitanes; y habiéndolo hecho, se mandó por ellos que Fray Melchior de los Reyes viniesse a explicar, la embaxada del Virrey; el cual fue gratamente oído, y bien recebido el presente que traía. Y dieron los capitanes por respuesta que el fraile y Juan Sierra aguardassen por la respuesta hasta que ellos entrassen en su consulta. Y después de haberlo entre sí consultado, se resumieron que ellos habían de mirar tal negocio de espacio, y consultar sus guacas para la resolución. Y que en el ínter, Juan Sierra y el fraile, con dos capitanes suyos, fuessen a Lima, y besasen las manos al Virrey de parte del Inga, y tratasen le hiziesse mercedes, pues los Reinos naturalmente le pertenecían, por herencia y sucesión. Y assí partieron de aquel assiento y viniéronse por Andaguaylas a la Ciudad de los Reyes, y entraron en la ciudad por junio, día de Señor San Pedro. Los indios capitanes dieron su embaxada al Virrey, y fueron bien recibidos y hospedados. Estuvieron en Lima estos dos capitanes ocho días. Y en este tiempo se vieron muchas vezes con el Virrey, sobre dar corte en las mercedes y cosas que al Inga se habían de dar para salir de paz y dar la obediencia al **Rey**. El Virrey lo consultó con el Arzobispo y Oidores; acordó de darle para su gastos (y que como señor, se

puadiesse sustentar) diez y siete mil castellanos de renta para él y sus hijos, con encomienda de los indios del repartimiento de Francisco Hernández, con el valle también de Yúcaj (indios del repartimiento de Don Francisco Pizarro, hijo del Marqués) y más unas tierras encima de la fortaleza del Cuzco, para hazer su morada y casa de sus indios. Con este acuerdo y determinación, se hizo y libró provisión en forma, y se le dio a Juan Sierra para que él solo fuesse con los capitanes y concierto presente al Inga. Y en la provisión se contenía que aquello le daba con tal que el Inga saliesse de sus pueblos, do residía, dentro de seis meses, que se contaban de la data de la provisión, que fue a cinco de julio. Ya quando llegó Juan Sierra, había el Inga recibido la borla, y mostró holgarse en extremo con los despachos del Virrey", etc.

Hasta aquí es de Diego Fernández, y yo holgué de sacarlo como él lo dice, porque no pareciese que, diciéndolo yo, encarecía el trato y recato de los indios más de lo que de suyo lo era. Ahora será bien declarar algunos pasos de los que aquel autor ha dicho. El primero sea de los caribes que dice que se comían unos a otros en tiempo de guerra; lo cual se usó en el Imperio de México en su gentilidad antigua, pero en el Perú no hubo tal, porque, como se dijo en la Primera parte, los Incas vedaron severísimamente el comer carne humana. Y así aquel autor lo dice conforme a la usanza de México y no a la del Perú. La renta que dieron al Inca no llegó a los diez y siete mil pesos, porque el repartimiento de Francisco Hernández, como atrás dijimos, valía diez mil pesos de renta. Y lo que dice que le dieron en el valle de Yúcaj otro repartimiento, que fue del hijo del Marqués Don Francisco Pizarro, fue casi nada, porque, como aquel valle era tan ameno, estaba todo él repartido entre los españoles vecinos del Cozco para viñas y heredades, como hoy las tienen. Y así no dieron al Inca más del nombre y título de señor de Yúcaj, y lo hicieron porque aquel valle era el jardín más estimado que los Incas tuvieron en su Imperio, como atrás se dijo. Y así lo tomó este Príncipe por gran regalo, y esto que el Palentino escribe está anticipado de su tiempo y lugar, porque la cédula de la merced de los indios se la die-

ron al mismo Inca cuando fue a la Ciudad de los Reyes a visitar al Visorrey y darle la obediencia que le pedían; que lo que Juan Sierra le llevó entonces no fue la cédula de mercedes, sino la provisión del perdón que al Príncipe hacían (sin decir de qué delitos) y grandes promesas de lo que se le había de dar para su gasto y sustento de su casa y familia, sin decir qué repartimiento ni cuánta renta se le había de dar. En el capítulo siguiente pondremos sucesivamente cómo pasó el hecho, que esto que se adelantó no fue sino por mostrar de mano ajena el recato, la astucia, sospecha y temor que aquellos capitanes tuvieron para oír aquella embajada y entregar a su príncipe en poder de los españoles.

CAPITULO X

Los gobernadores del Príncipe toman y miran sus agüeros y pronósticos para su salida. Hay diversos pareceres sobre ella. El Inca se determina salir; llega a Los Reyes. El Visorrey le recibe. La respuesta del Inca a la merced de sus alimentos.

Los capitanes y tutores del Inca consultaron entre ellos la salida y entrega de su Príncipe a los españoles. Cataron sus agüeros en sus sacrificios de animales y en las aves del campo, diurnas y nocturnas, y en los celajes del aire. Miraban si aquellos días se mostraba el sol claro y alegre, o triste y oscuro, con nieblas y nublados, para tomarlo por agüero malo o bueno. No preguntaron nada al Demonio, porque, como atrás se ha dicho, perdió la habla en todo aquel Imperio luego que los sacramentos de Nuestra Santa Madre Iglesia Romana entraron en él. Y aunque sus agüeros pronosticaban buenos sucesos, hubo diversos pareceres entre los capitanes, porque unos decían que era bien que el Príncipe saliese a ver su Imperio y gozar dél, y que todos los suyos viesan su persona, pues lo deseaban tanto. Otros decían que no había para qué pretender novedades, que ya el Inca estaba desheredado de su Imperio, y que los españoles lo tenían repartido entre sí por pueblos y provincias y que no se lo habían de volver, y que sus vasallos antes habían de llorar de verlo desheredado y pobre. Y aunque el Virrey pro-

metía de darle con que se sustentase su casa y familia, mirasen que no eran más que palabras, porque no decía qué provincias o qué parte de su Imperio le había de dar. Y que no habiendo de ser la dádiva conforme a su calidad, que mejor le estaba morir desterrado en aquellas montañas que salir a ver lástimas. Y que lo que más se debía temer era que no hiciesen los españoles de su Príncipe lo que los pasados hicieron de su padre, que en lugar de agradecerle los beneficios y regalos que les hacía, habiéndolos librado de sus enemigos y de la muerte que les pretendían dar, se la diesen ellos tan sin causa y sin razón como se lo dieron, jugando el Inca con ellos a la bola por aliviarlos de la melancolía y tristeza perpetua que aquellos españoles consigo tenían. Y que se acordasen de lo que habían hecho con Atahualpa, que lo mataron ahogándolo atado a un palo, y que de tal gente ahora y siempre se debía temer no hiciesen otro tanto con su Príncipe.

Estos hechos y otros semejantes que los españoles habían hecho con caciques y con indios principales que ellos bien sabían (y nosotros hemos dejado de escribir por no decirlo todo) trajeron a la memoria aquellos capitanes, y luego fueron a dar relación a su Inca de las dos opiniones que entre ellos había acerca de su salida.

Lo cual oído por el Príncipe, recordado con la muerte de su padre y de su tío Atahualpa, se arrimó al parecer segundo, de que no saliese de su guarida ni se entregase a los españoles. Y entonces dijo el Príncipe lo que el Palentino ha dicho atrás, que, habiendo bien entendido, "dio por respuesta que luego se volviessen de allí sin los hazer algún daño, con sus cartas, provisión y presente, porque él no quería cosa alguna más de que el Virrey hiziesse su voluntad, porque él también haría la suya, como hasta allí lo había hecho", etc.

Pero como Dios Nuestro Señor, por su infinita misericordia, tenía determinado que aquel Príncipe y su mujer, hijos y familia entrasen en el gremio de su Iglesia Católica Romana, Madre y Señora Nuestra, le trocó la mala voluntad que el parecer negativo, con el temor de su muerte y perdición, le había puesto, en la contraria, de tal manera que en muy breve tiempo se

aplacó de su cólera y enojo, y mudó el temor en esperanza y confianza que hizo de los españoles, para salir y entregarse a ellos, como el mismo Palentino (prosiguiendo la razón, que la cortamos arriba) dice, que "estando ya de partida Juan Sierra y los demás, llegaron otros dos indios con mandado que todos entrasen a dar al Inga y a sus capitanes la embaxada que traían", etc.

Así pasó, como aquel autor lo dice, aunque antepuestos algunos pasos y pospuestos otros. Yo lo escribo como una y muchas veces lo contaron a mi madre los indios parientes que salieron con este Príncipe, que la visitaban a menudo. Y porque no alarguemos tanto el cuento, decimos que, habiéndose aplacado el Príncipe de su cólera, dijo: "Yo quiero salir a ver y visitar al Virrey, siquiera por favorecer y amparar los de mi sangre real". Pero sus capitanes todavía le suplicaron e importunaron que mirase por su salud y vida, y no la pusiese en tanto riesgo. El Inca repitió que estaba determinado en lo que decía, porque el Pachacámac y su padre el Sol se lo mandaban. Los capitanes entonces miraron en su agüero, como atrás dijimos, y no los hallando contrarios, como ellos quisieran, obedecieron a su Príncipe y salieron con él, y fueron hasta la Ciudad de los Reyes.

Por el camino salían los caciques e indios de las provincias por do pasaba a recibirle y festejarle como mejor podían, pero más eran sus fiestas para llorarlas que para gozarlas, según la miseria de lo presente a la grandeza de lo pasado. Caminaba el Príncipe en unas andas, aunque no de oro como las traían sus antepasados. Llevábanlas sus indios, que sacó trecientos de los que tenía consigo para su servicio. No quisieron sus capitanes que llevasen las andas los indios que estaban ya repartidos entre los españoles, porque eran ajenos, y por aviso y consejo de los mismos capitanes se quitó el Príncipe, luego que salió de su término, la borla colorada, que era la corona real, porque le dijeron que, estando desposeído de su Imperio, tomarían a mal los españoles que llevase la insignia de la posesión dél. Así caminó este Príncipe, hasta llegar a la Ciudad de los Reyes. Luego fue a visitar al Virrey que (como lo dice el Palentino, por estas pala-

bras) "le estaba esperando en las casas de sus morada. Recibíole el Virrey amorosamente, levantándose a él y sentándole a par de sí. Y en las pláticas con que se recibieron y después passaron hasta que se despidió, fue del Virrey y de los Oidores juzgado el Inga por cuerdo y de buen juicio, y que mostraba bien ser descendiente de aquellos señores Ingas que tan prudentes y valerosos fueron", etc. Hasta aquí es de aquel autor, sacado a la letra.

Dos días después le convidó el Arzobispo de aquella ciudad a comer en su casa, y fue orden de los magnates para que sobre mesa el Arzobispo Don Jerónimo de Loaysa le diese de su mano la cédula de la merced que se le hacía, porque fuese más estimada y mejor recibida, aunque no faltaron maliciosos que dijeron que no había sido la traza sino para que pagase en oro y plata y esmeraldas las albricias del repartimiento de indios que le daban. Más él la pagó con una matemática demostración que hizo delante del Arzobispo y de otros convidados que con él comieron. Y fue que, alzados los manteles, trajo el maestresala, en una gran fuente de plata dorada, la cédula del Visorrey de las mercedes que se hacían al Inca para el sustento de su persona y familia. Y habiéndolas oído el Príncipe y entendiéndolas bien, tomó la sobremesa que tenía delante, que era de terciopelo y estaba guarnecida con un flueco de seda, y, arrancando una hebra de flueco, con ella en la mano, dijo al Arzobispo: "Todo este paño y su guarnición era mío, y ahora me dan este pelito para mi sustento y de toda mi casa". Con esto se acabó el banquete, y el Arzobispo y los que con él estaban quedaron admirados de ver la comparación tan al propio.

CAPITULO XI

El Príncipe Sayri Túpac se vuelve al Cozco, donde le festejaron los suyos. Bautízanse él y la infanta, su mujer. El nombre que tomó, y las visitas que en la ciudad hizo.

Pasados algunos días que aquel Príncipe estuvo en la Ciudad de los Reyes, pidió licencia al Visorrey para

ir al Cozco. Diéronselas, con muchos ofrecimientos para lo de adelante. El Inca se fue, y por el camino le hicieron los indios muchas fiestas, semejantes a las pasadas. A la entrada de la ciudad de Huamanca, los vecinos della salieron a recibirle, y le hicieron fiestas, dándole el parabién de la salida de las montañas, y le acompañaron hasta la posada donde le tenían hecho el alojamiento.

Otro día fue a visitarle un vecino de aquella ciudad que se decía Miguel Astete, y le llevó la borla colorada que los Reyes Incas traían en señal de corona, y se la presentó, diciéndole que se la habían quitado al Rey Atahuallpa en Casamarca, cuando le prendieron los españoles, y que él se la restituía como a heredero de aquel Imperio. El Príncipe la recibió con muestras, aunque fingidas, de mucho contento y agradecimiento, y quedó fama que se la había pagado en joyas de oro y plata. Pero no es de creer, porque antes le fue la borla odiosa que agradable, según después en su secreto él y los suyos la abominaron, por haber sido de Atahuallpa. Dijeron sus parientes al Príncipe que por haber hecho Atahuallpa la traición, guerra y tiranía al verdadero Rey, que era Huáscar Inca, había causado la pérdida de su Imperio. Por tanto debía quemar la borla, por haberla traído aquel **auca** traidor, que tanto mal y daño hizo a todos ellos. Esto y mucho más contaron los parientes a mi madre cuando vinieron al Cozco.

El Príncipe salió de Huamanca, y por sus jornadas entró en su imperial ciudad y se aposentó en las casas de su tía, la infanta Doña Beatriz, que estaba a las espaldas de las de mi padre, donde todos los de su sangre real, hombre y mujeres, acudieron a besarle las manos y darle la bienvenida a su imperial ciudad. Yo fui en nombre de mi madre a pedirle licencia para que personalmente fuera a besárselas. Hallele jugando con otros parientes a uno de los juegos que entre los indios se usaba, de que dimos cuenta en la Primera parte de estos **Comentarios**. Yo le besé las manos y le di mi recaudo. Mandome sentar, y luego trajeron dos vasos de plata dorada, llenos de brebaje de su maíz, tan pequeños que apenas cabía en cada uno cuatro onzas de licor. Tomolos ambos, y de su mano me dio

el uno dellos; él bebió el otro, y yo hice lo mismo, que, como atrás se dijo, es costumbre muy usada entre ellos y muy favorable hacerlo así. Pasada la salva, me dijo: “¿Por qué no fuiste por mí a Uillcapampa?”. Respondile: “Inca, como soy muchacho, no hicieron caso de mí los gobernadores”. Dijo: “Pues yo holgara más que fueras tú que no los padres que fueron (entendiendo por los frailes, que, como oyen dezir el Padre fulano y el Padre zutano, les llaman comúnmente padres). Dile a mi tía que le beso las manos, y que no venga acá, que yo iré a su casa a besárselas y darle la nora buena de nuestra vista”.

Con esto me detuvo algún espacio, preguntándome de mi vida y ejercicios. Después me dio licencia para que me fuese, mandándome que le visitase muchas veces. A la despedida le hice mi adoración a la usanza de los indios, sus parientes, de que él gustó muy mucho, y me dio un abrazo con mucho regocijo que mostró en su rostro. En el Cozco estaban juntos todos los caciques que hay de allí a los Charcas, que son docientas leguas de largo y más de ciento y veinte de ancho. En aquella ciudad hicieron los indios fiestas de más solemnidad y grandeza que las de los caminos, dellas con mucho regocijo y alegría de ver su Príncipe en su ciudad y dellas con tristeza y llanto, mirando su pobreza y necesidad, que todo cupo en aquel teatro.

Durante aquellas fiestas pidió el Príncipe el sacramento del bautismo. Había de ser el padrino Garcilaso, mi señor, que así estaba concertado de mucho atrás; pero por una enfermedad que le dio, dejó de hacer el oficio de padrino, y lo fue un caballero de los principales y antiguos vecinos de aquella ciudad, que se decía Alonso de Hinojosa, natural de Trujillo. Bautizose juntamente con el Inca Sayri Túpac la infante, su mujer, llamada Cusi Huárcay. El Palentino dice que era hija de Huáscar Inca, habiendo de decir nieta, porque para ser hija había de tener por lo menos treinta y dos años, porque Atahuallpa prendió a Huáscar año de mil y quinientos y veinte y ocho, y los españoles entraron en aquel Imperio año de treinta, y, según otros, de treinta y uno y el bautismo de aquella infanta y del Inca, su marido, se celebró año de cincuenta y ocho, casi al fin dél. Y conforme a esta cuen-

ta había de tener la infanta más de treinta años, pero cuando se bautizó no tenía diez y siete cumplidos, y así fue yerro del molde decir hija, por decir nieta, que lo fue del desdichado Huáscar Inca, de las legítimas en sangre. Era hermosísima mujer, y fuéralo mucho más si el color trigueño no le quitara parte de la hermosura, como lo hace a las mujeres de aquella tierra, que por la mayor parte son de buenos rostros. Llamose Don Diego Sayri Túpac; quiso llamarse Diego porque de su padre y de sus capitanes supo las maravillas que el Glorioso Apóstol Santiago hizo en aquella ciudad en favor y defensa de los españoles, cuando el Inca, su padre, los tuvo cercados. Y de los cristianos supo que aquel Santo se llamaba Diego, y por sus grandezas y hazañas quiso tomar su nombre. Hicieron los vecinos de aquella ciudad, el día de su bautismo, mucha fiesta y regocijo de toros y cañas, con libreas muy costosas; soy testigo dellas, porque fui uno de los que las tiraron.

Pasadas las fiestas de los indios y españoles y la visita de los caciques, se estuvo el Inca, algunas días holgando y descansando con los suyos, en los cuales visitó la fortaleza, aquella tan famosa que sus antepasados labraron. Admiróse de verla derribada por los que debían sustentarla para mayor gloria y honra dellos mismos, pues fueron para ganarla de tanto número de enemigos como la historia ha referido. Visitó asimismo la Iglesia Catedral y el Convento de Nuestra Señora de las Mercedes y el de San Francisco y el de Santo Domingo, en los cuales adoró con mucha devoción al Santísimo Sacramento, llamándole “¡Pachacámac, Pachacámac!”. Y a la imagen de Nuestra Señora, llamándola Madre de Dios, aunque no faltaron maliciosos que dijeron, cuando le vieron de rodillas delante del Santísimo Sacramento en la Iglesia de Santo Domingo, que lo hacía por adorar al Sol, su padre, y a sus antepasados, cuyos cuerpos estuvieron en aquel lugar. Visitó asimismo las casas de las vírgenes escogidas dedicadas al Sol. Pasó los sitios de las casas que fueron de los Reyes sus antepasados, que ya los edificios estaban todos derribados, y otros en su lugar que los españoles habían labrado. Estos pasos no los anduvo todos en un día ni en una semana, sino

en muchas, tomándolo por ejercicio y entretenimiento para llevar la ociosidad que tenía. Gastó algunos meses en este oficio; después se fue al valle de Yúcaj, más por gozar de la vida de aquel regalado jardín, que fue de sus antepasados, que por lo que a él le dieron. Allí estuvo eso poco que vivió hasta su fin y muerte, que no llegaron a tres años. Dejó una hija, la cual casó el tiempo adelante con un español que se decía Martín García de Loyola, de quien diremos en su lugar lo que hizo y cómo feneció.

CAPITULO XII

El Visorrey hace gente de guarnición de infantes y caballos para seguridad de aquel Imperio. La muerte natural de cuatro conquistadores.

El Visorrey, habiendo echado del Perú los pretendientes de repartimientos de indios y mandado degollar los que siguieron a Francisco Hernández Girón, y habiendo reducido al Príncipe heredero de aquel Imperio al servicio de la Católica Majestad, que fueron cosas grandiosas, hizo gente de guarnición de hombres de armas e infantes para guarda y seguridad de aquel Imperio y de la Chancillería Real y de su persona. Llamó lanzas a la gente de a caballo, y arcabuces a los infantes; dio a cada lanza mil pesos de salario cada año, con cargo de mantener caballo y armas, y fueron sesenta lanzas las que eligió, y docientos arcabuceros con quinientos pesos de salario cada uno, con obligación de tener arcabuz y las demás armas de infante. Los unos y los otros fueron elegidos por soldados de confianza, que en todas ocasiones harían el deber en el servicio de Su Majestad, aunque los maldicientes hablaban en contra. Decían que muchos dellos pudiera el Visorrey, haciendo justicia, enviar a galeras por las rebeliones en que se hallaron con Francisco Hernández Girón y Don Sebastián de Castilla, y por las muertes que en pependencias particulares que unos con otros habían tenido se habían hecho; mas todo se calló y cumplió como el Visorrey lo mandó. El cual, viendo el Reino pacífico y perdidos los temores y recelos que

de nuevos motines y rebeliones había tenido, pues los que le habían dado por facinerosos estaban fuera de la tierra, vivía con más quietud y descanso. Dio en ocuparse en edificios de la república y en el gobierno della; y las horas que desto le vacaban, las gastaba en entretenerse honestamente en cosas de placer y contento, a que no ayudaba poco un indiezuelo de catorce o quince años, que dio en ser chocarrero y decía cosas muy graciosas; tanto, que se lo presentaron al Visorrey y él holgó de recibirle en su servicio, y gustaba mucho de oírle a todas horas los disparates que decía, hablando parte dellos en el lenguaje indio y parte en el español. Y entre otros disparates de que el Visorrey gustaba mucho, era que, por decirle "Vuesa Excelencia", le decía "Vuesa Pestilencia", y el Virrey lo reía mucho, aunque los maldicientes, que le ayudaban a reír (en sus particulares conversaciones), decían que este apellido le pertenecía más propiamente que el otro, por las crueldades y pestilencia que acusó en los que mandó matar, y en sus hijos, con la confiscación que les hizo de sus indios, y por la peste que echó sobre los que vivió desterrados a España, pobres y rotos, que fuera mejor mandarlos matar, y que el nombre Excelencia era muy en contra destas hazañas. Con estas razones, y otras tan maliciosas, glosaban los hechos del Visorrey los del Perú, que no quisieran que hubiera tanto rigor en el gobierno de aquel Imperio.

Entre estos sucesos tristes y alegres que en aquel Reino pasaban, falleció el Mariscal Alonso de Alvarado de una larga enfermedad que tuvo después de la guerra de Francisco Hernández, que padeció mucha tristeza y melancolía de haber perdido la batalla de Chuquinca, que nunca más tuvo un día de placer ni contento, y así se fue consumiendo poco a poco hasta que acabó extrañadamente, que, por ser cosa rara, me pareció contarla. Y fue que, estando ya para espirar, lo pasaron de su cama a un repostero que estaba en el suelo, con la cruz de ceniza, como lo manda la religión militar del hábito de Santiago. Y en estando un espacio de tiempo sobre el repostero, parecía que mejoraba y volvía en sí, por lo cual lo volvieron a su cama. Y estando otro espacio en ella, volvió a desma-

yar, como se iba feneciendo, y obligaba a los suyos a que lo volviesen a poner en el repostero, donde volvía a mejorar y tomar aliento. De manera que lo volvían a la cama, donde volvía a empeorar, hasta volverlo al repostero. Desta manera anduvieron con él casi cuarenta días, con mucho trabajo de los suyos y lástima del enfermo, hasta que acabó. Poco tiempo después falleció su hijo mayor, por cuya muerte vacó el repartimiento de indios que tenía de merced del Emperador. Su Majestad, por los muchos servicios que su padre le había hecho, hizo merced dellos al hijo segundo, que fue merced que se ha hecho a pocos en aquel Imperio.

Al fallecimiento del Mariscal Don Alonso de Alvarado sucedió el de Juan Julio de Hojeda, hombre noble, de los principales vecinos del Cozco y de los primeros conquistadores. Casó con Doña Leonor de Tordoya, sobrina de Garcilaso de la Vega, hija de un primo hermano suyo; hubieron a Don Gómez de Tordoya, que heredó sus indios. Pocos meses sucedió el de Garcilaso de la Vega, mi señor, que se causó de otra larga enfermedad, que duró dos años y medio, con largas crecientes y menguantes, que parecía estar ya libre de toda pasión y subía a caballo y andaba por la ciudad como hombre de entera salud; pero pasados tres o cuatro meses en la mayor confianza, volvía el mal de nuevo, y lo derribaba y le tenía otros tantos meses encerrado en su casa, que no salía della, y así duró la enfermedad aquel largo tiempo, hasta que le acabó.

Mandose enterrar en el Convento de San Francisco, y porque entonces se usaban en aquella ciudad entierros muy solemnes, que para tres paradas que hacían en la calle hacían otros tres túmulos altos, donde, mientras se cantaba el responso, ponían el cuerpo difunto, y otro túmulo más alto hacían en la iglesia, donde lo ponían mientras se celebraba el oficio divino, por parecerle esto cosa prolija mandó que a su entierro no se hiciese nada de aquello, sino que llevasen un repostero y lo tendiesen en el suelo, y sobre él un paño negro, y encima pusiesen el cuerpo, y lo mismo se hiciese en la iglesia, lo cual se cumplió todo como lo dejó mandado. Y pareció tan bien a la ciudad, que

de allí adelante cesó el trabajo que hasta entonces tenían en hacer sus túmulos. Venido yo a España, alcancé bula de Su Santidad para que me trajesen sus huesos, así los sacaron de aquel convento y me los trajeron, y yo los puse en la iglesia de San Isidro, collación de Sevilla, donde quedaron sepultados a gloria y honra de Dios Nuestro Señor, que se apiade de todos nosotros, amén.

Un año después sucedió en Arequepa la muerte de Lorenzo de Aldana; falleció de otra larga y grave enfermedad; no fue casado ni tuvo hijos naturales. En su testamento dejó por su heredero al repartimiento de indios que tuvo para que con la herencia pagasen parte de los tributos venideros. Este caballero fue hombre noble, y de los segundos conquistadores, que entraron en el Perú con Pedro de Alvarado. Poco tiempo después de la guerra de Gonzalo Pizarro pasaron a aquella tierra dos caballeros mozos, parientes suyos, aunque no cercanos; recibíolos en su casa y tratolos como a hijos. Al cabo de más de tres años que los tuvo consigo, pareciéndole que sería bien que se encaminasen a tener algún caudal de suyo, les envió a decir con su mayordomo que en aquella tierra se usaba granjear los hombres, por nobles que fuesen, mientras no había guerra ni nuevos descubrimientos; que si gustaban dello, que él les ofrecía luego diez mil pesos, que son doce mil ducados, para que entrasen en su granjería, porque entendiesen en algo y no anduviesen tan ociosos, sino que ganasen algún caudal para adelante. Envíoles a decir esto con intención de hacerles gracia de aquella cantidad. Ellos recibieron muy mal el recaudo y la ofrenda, y dijeron que eran caballeros y que no se habían de hacer mercaderes comprando y vendiendo cosa alguna, que era infamia dellos. Y aunque el mayordomo les dijo que aquel trato y contrato se usaba entre los españoles, por nobles que fuesen, porque no era medir varas ni paños ni sedas en la tienda, sino manejar y llevar ropa de indios y la yerba **cuca** y bastimento de maíz, y trigo a las minas de plata de Potocsi, donde se ganaba mucho dinero, y que no lo habían de hacer ellos por sus personas, sino sus criados los indios yanacunas, que eran de toda confianza y bondad, a esto respondieron que

de ninguna manera lo habían ellos de hacer, porque eran caballeros y que preciaban más su caballería que cuanto oro y plata había en el Perú, y que así lo debían hacer todos los caballeros como ellos, porque todo esotro era menoscabo y afrenta.

Con esta respuesta volvió el mayordomo a su señor, y le dijo que preciaban tanto los parientes su caballería, que de muy mala gana le habían oído la embajada. Entonces, con mucha mesura, dijo Lorenzo de Aldana: "Si tan caballeros ¿para qué tan pobres? Y si tan pobres, ¿para qué tan caballeros?". Con esto se acabó la pretensión de Lorenzo de Aldana en sus parientes, y ellos vivieron con necesidad, como yo los ví, aunque el comer y vestir no les faltaba, porque si venían de Arequepa al Cozco, posaban en casa de Garcilaso, mi señor, donde se les daba lo necesario; y si iban a otras ciudades, iban a parar a casas de caballeros extremeños, que entonces bastaba ser cualquiera de la patria para ser recibidos y tratados como hijos propios.

Estos cuatro caballeros¹ que hemos referido fueron de los conquistadores y ganadores del Perú, y murieron todos cuatro de su muerte natural. No sé si hallarán por la historia que hayan fallecido otros cuatro conquistadores a semejanza destes, sino que los más acabaron con muertes violentas, como se podrá notar en el discurso de lo que se ha escrito. El fallecimiento de estos varones dio pena y sentimiento en todo aquel Imperio, porque fueron ganadores y pobladores dél, y por sí cada uno dellos de mucha calidad, virtud y bondad, como lo fueron todos ellos.

Aunque no hubiera ley de Dios que manda honrar a los padres, la ley natural lo enseña, aun a la gente más bárbara del mundo, y la inclina a que no pierda ocasión en que pueda acrecentar su honra. Por lo cual me veo yo en este paso obligado por derecho divino, humano y de las gentes, a servir a mi padre, diciendo

1. Con esta expresión del sino fatalista adverso a los conquistadores del Perú, el Inca se acerca al final de su obra. Estas ideas fatídicas no son exclusivas de él, pues corrieron en la época, pero sí constituyen en Garcilaso una pieza preciosa para su interpretación de la historia.

algo de las muchas virtudes que tuvo, honrándolo en muerte, ya que en vida no lo hice como debiera. Y para que la balanza sea mejor y menos sospechosa, pondré aquí una oración sobre un elogio que después de muerto hizo de su vida, un religioso varón, que la sabía muy bien, para consuelo de sus hijos, parientes y amigos, y ejemplo de caballeros. Y no pongo aquí su nombre, por haberme mandado, cuando me lo escribió, que no lo publicase en su nombre, y habérselo yo prometido, aunque me estuviera mejor nombrarle, porque con su autoridad quedara la de mi padre más calificada. No pondrá el exordio de la oración ni las digresiones oratorias que la hacían mayor; antes las cortaré todas, por atar el hilo de la narración historial y ser breve en esta tan piadosa digresión¹.

ORACION FUNEBRE DE UN RELIGIOSO A LA MUERTE DE GARCILASO, MI SEÑOR

“En Badajoz, ciudad bien conocida en España por su antigüedad y nobleza, fundada de los romanos en tiempo de Julio César, en la frontera de Portugal, de la parte de Extremadura, nació, entre otros caballeros que le ayudaron a ganar el Nuevo Mundo, Garcilaso de la Vega, de padres nobilísimos, descendientes por línea recta de varón del esforzado caballero Garcipérez de Vargas, de cuyas gloriosas hazañas y de sus legítimos sucesores, y de las del valeroso caballero Gómez Suárez de Figueroa, primer Conde de Feria, su bisabuelo, y el Íñigo López de Mendoza (de quien descienden los Duques de Infantado), hermano de su bisabuela materna, y de Alonso de Vargas, señor de Sierra Brava, su abuelo, y de Alonso de Hinestrosa de Vargas, señor de Valdesevilla, su padre, y ascendientes, se pudiera muy bien honrar y preciar si le faltaran virtudes y hazañas propias con que poderse ilus-

1. Nosotros pensamos que este sermón, dicho por un religioso anónimo, no es una ficción del Inca. Sobre ello, ya expuesto por nosotros en oportunidades anteriores, hemos de volver luego con mayor detalle. Cf. supra notas al lib. II, cap. XXXII y lib. IV, cap. XX; Cf. también, del propio Inca, la **Genealogía de Garcipérez de Vargas**.

trar a sí y a su linaje, o, fuera uno de los nobles que retribiendo en la honra y fama que sus mayores les ganaron con esfuerzo, valor, industria, virtud y hechos más que humanos, viven de manera que, comparada su vida con la de ellos, ninguna otra cosa les queda de nobleza que la jactancia della y la afrenta de haber degenerado de los que, si fueran como ellos son, estuvieran sepultados en el olvido. Por lo cual, dejando los ilustres hechos de sus progenitores, que no le sirvieron de más que de un estímulo ardiente que le incitó a no degenerar de quien era, trataré de los propios suyos, de que tanto se deben honrar y preciar sus hijos, pues son tales que si a sus ascendientes les faltara nobleza, él se la pudiera dar muy grande e ilustrar su Casa, por desconocido que fuese.

No es mi intento contar por menudo las buenas partes naturales de que Dios le dotó desde niño, el buen agrado de su condición, la hermosura de su rostro, la gallardía de su persona, la agudeza de su ingenio y la facilidad en aprender lo que sus ayos y maestros le enseñaban. Ni tampoco las flores bellas que brotó, siendo aún tierna rama de tan generoso tronco; del valor, prudencia, equidad y moderación que después había de tener, con cuya verdad y suave olor recreaba, entretenía y aficionaba a sus iguales, y aun era admiración a sus mayores, como lo testifican en este Nuevo Mundo los que en el viejo, siendo mozos, muy de cerca le comunicaron cuando, sin haberle apuntado el bozo, estaba cubierto de canas su maduro juicio. Sólo diré con brevedad algo de lo que se notó en él desde que pasó al Perú con el Adelantado Don Pedro de Alvarado y otros muchos caballeros de su patria, el año de treinta y uno, hasta el de cincuenta y nueve, en que murió.

“Era Garcilaso de la Vega mancebo de veinte y cinco años, lindo jinete de ambas sillas, bien ejercitado en las armas, diestro en jugar dellas, por haberse impuesto en la paz sin ver al enemigo, en lo que después había de hacer al tiempo de la guerra, a que de su voluntad se ofreció en las nuevas conquistas del Perú, para las cuales fue desde España señalado por capitán de infantería, y el primero que con este título pasó a estas partes, por las muchas que él tenía para

dar buena cuenta de sí en semejantes cargos. Y diola tan buena, que, si a mí no me ciega la pasión o no me deslumbra el gran resplandor de sus hazañas, ellas fueron tales que no sé quién deba honrarse de quién, o él de sus antepasados o sus antepasados de él. Porque las cosas insignes que a cada uno dellos dieron fama inmortal, todas éstas se hallaron juntas en Garcilaso de la Vega, muy en su punto. Porque, ¿qué cosa se pudiera decir en alabanza dellos que no la diga yo con más justo título en la de este invencible capitán? Alababa España en Garcipérez de Vargas la fortaleza en sufrir trabajos incomparables por su ley y por su Rey, la grandeza de ánimo en los peligros, la industria en comprehenderlos, la presteza en acabarlos, la ciencia y uso del arte militar, con que mereció que el Santo Rey Don Fernando le honrase tanto que le diese las armas de Castilla para orla y ornato de las suyas, y que le atribuyese a él la toma de Sevilla, y esta noble ciudad le pusiese aquel tan celebrado elogio sobre una de sus puertas, grabado en duro mármol, que el tiempo largo ha gastado o la envidia ha desaparecido:

“Hércules me edificó,
Julio César me cercó
de muros y cercas largas,
el Rey Santo me ganó
con Garcipérez de Vargas”

Honra es por cierto bien debida al valor de su persona. Mas la que da el Pirú a Garcilaso de la Vega es muy superior, porque ¿qué lengua podrá contar los trabajos que padeció, los peligros a que se puso, la hambre, sed, cansancio, frío y desnudez que padeció, las tierras nunca vistas que anduvo y las inmensas dificultades que venció? Testigo es de esto la navegación que hizo desde Nicaragua a Puerto Viejo por debajo de la tórrida zona, abrasándose de calor y secándose de sed, después de haber atravesado el inmenso mar Océano hasta allí desde Sevilla. Testigos son los inciertos llanos y enriscados montes de Quito: caminando ya por desiertos inhabitables, pereciera él y sus compañeros por falta de agua, si en las ipas o caña-

verales no se la tuviera guardada. Aquél que la hace salir bullendo de las peñas, con que se refrescó su campo; y por habérseles acabado el bastimento, sustentándose de yerbas, después de haberse comido sus caballos, que valian entonces a cuatro y a cinco mil ducados cada uno; ya subiendo por sierras nevadas, donde se helaron sesenta compañeros; ya hendiendo por selvas y bosques tan cerrados que era menester abrir a mano lo que el pie había de pisar; ya caminando a la vista de horribles volcanes, cuyas cenizas los cubrían, cuyos truenos los atronaban, cuyos fuegos y abrasaderas piedras les impedían el paso y cuyo humo los cegaba. Mas nada le detenía para que no pasase adelante con su esforzada compañía, ayudado de Dios, que lo alentaba y favorecía para mayores cosas.

Testigo es de su valor y fortaleza la conquista que hizo a la tierra que llamaron los suyos la Buenaventura, que por tal la tenían ellos en ir Garcilaso de la Vega por su descubridor y capitán de docientos y cincuenta soldados españoles, los mejores del Perú, que, en sabiendo que él estaba señalado por capitán deste descubrimiento, cada cual pretendía ir con él, anteponiendo el trabajo al descanso, la guerra a la paz, lo dudoso a lo cierto, los indios montaraces a los rendidos y tributarios, y la tierra desconocida a la que ya les era como propia y sabida: tanta era la opinión y buen concepto que todos de este esforzado capitán tenían. Mas ¿quién podrá referir lo que en esta jornada padeció por aumentar la fe en Jesucristo, por extender el patrimonio real y monarquía de España, y por ilustrar más el nombre de su persona y descendencia? Bien lo relataran si hablar pudieran los encumbrados cerros y pantanosos llanos, que quedaron ufanos con sus huellas; las fieras salvajinas, que, huyendo de sus lucientes armas, en ninguna parte se tenían por seguros; los espesos bosques, que, siendo más difíciles de romper que fuertes murallas, se vieron aportillados de sus robustos brazos; los caudalosos ríos, que, vadeados de gente extranjera, murmurando de su atrevimiento, tal vez se llevaba consigo a los menos animosos o más desgraciados el furioso caudal de sus corrientes; los caimanes carniceros de a veinte

y cinco y de a treinta pies en largo, que de temor se escondían debajo de las aguas y hurtaban el cuerpo a los que temían no les sacasen el alma. Mas pues ellos no pueden contar lo que yo sé muy bien sentir, diré de paso lo que pasó el capitán y su noble compañía, porque si por menudo se hubiera de contar todo, sería hacer un grande libro, y yo lo dejo para los que escriben su historia.

Esta tierra inhabitable, llena de montañas de increíble espesura, pobladas de árboles silvestres tan grandes como grandes torres, porque hay muchos de ellos cuyos troncos tienen el diámetro más de cinco varas, y de circunferencia diez y seis, pues no los pueden abarcar ocho hombres; de unos a otros hay tanta maleza, que imposibilitan a los hombres y animales de poner el pie en el suelo, ni dar un paso adelante sin muy grande trabajo, porque su dureza resiste al fuerte acero, y su humedad fría engendra culebras espantosas, monstruosos sapos, lagartos fieros, ponzoñosos mosquitos y otras sabandijas asquerosas. Los ríos caudalosos inundan la tierra con las crecientes y avenidas que causan los perpetuos aguaceros, y dejan toda la tierra empantanada y llena de tan mal olor y gruesos vapores, que ni aun pájaros pueden por allí pasar volando. Por esta tierra adentro más de cien leguas anduvo Garcilaso con los suyos más de un año, a los principios con esperanzas de la buena ventura que buscaban, a los medios con varios efectos de la mala que hallaban, y a los fines con necesidad extrema de volverse, porque dentro de pocos días que emprendió esta jornada le faltaron los mantenimientos que llevaban indios de servicio, y se vieron todos forzados a comer yerbas y raíces, sapos y culebras, que le sabían al capitán mejor que gazapos.

Dentro de pocos meses se hallaron desnudos, en carnes, porque como se echaban en el suelo húmedo con los vestidos mojados, ya de lluvias del cielo, ya de los ríos de la tierra, se les pudrieron en los cuerpos y se rasgaron por el continuo ludir con los ganchos, con las ramas, con los riscos, con las zarzas y espinas y con los árboles, a cuyas cimas subían trepando con mucho trabajo, por descubrir alguna población, y a veces hallaban en lo alto, al sol, cualque

una gruesa culebra enroscada y les hacía bajar más que de paso, dejándose con la prisa, no sólo parte del vestido, más de la carne. Crecían con el tiempo los trabajos, disminuíanse las fuerzas, faltaba la salud a los más fuertes, y el buen capitán no desmayaba un punto ni faltaba a sus obligaciones, porque, siendo en todo mayor, era en el trabajo igual, en el amor hermano y en la solicitud padre, acariciaba a los unos, socorría a los otros, a éstos alababa, a aquellos entretenía y a todos era ejemplo de valor, de paciencia, de caridad, siendo el primero en los trabajos, el postrero en el descanso, y hecho en todo al gusto de todos. Quebrábale el corazón no poder socorrer a muchos de sus soldados que perecían de hambre; veíalos flacos, descoloridos, sin jugo, sin sangre, las sienas hundidas, los ojos desencasados, las mejillas caídas, el estómago seco, los huesos de la piel sola cubiertos, hechos unos esqueletos, sin poder dar un solo paso ni aun echar la voz. ¿Qué haría el buen capitán, viendo un espectáculo tan triste? ¿Qué sentiría, qué diría? La misma muerte le fuera menos grave que ver padecer tales trabajos a los que le hacían compañía en los suyos. Levantaba el corazón a Dios (que las manos apenas podía, de pura flaqueza); pedíale misericordia para sí y para los suyos, y juntamente mandó degollar los caballos que llevaba, no reservando sino cual y cual de los mejores. Y con la carne dellos les dio un refresco, y pasó adelante, porque temía menos el morir que el volver atrás sin haber hecho cosa digna de memoria.

No tenía ya soldados, sino una imagen o sombra de hombres muertos, como vemos, de hombres helados de frío, cubiertos de llagas, llenos los pies de grietas, sin fuerzas, sin vestidos, sin armas, que parecían la hez del mundo, y con estos infantes y su ánimo le parecía que sería fácil conquistar nuevas provincias. Mas viendo poco después que se le iban muriendo, no sólo los indios sino también los españoles, y que se le quedaban a docenas los soldados, tan desflaquecidos y macilentos que no parecían sino un vivo retrato de la muerte, y requerido de los oficiales del Rey, se resolvió de dar la vuelta. Mas para saber por dónde o cómo, subíase a un árbol de los mayores y más descollados, como solía para descubrir tierra, cuando al ama-

necer, tendida en ella su gente, descansaba; y extendiendo la vista cuanto pudo, no pudo descubrir sino montañas y más montañas como las presentes y las pasadas; y alzando los ojos al cielo, de donde le había de venir el remedio, lo pedía al Padre de las Misericordias por Jesucristo, su hijo y nuestro bien. Y no fue vana su oración, porque luego oyó recios graznidos de papagayos; y mirando, vio una gran banda dellos, que, después de haber volado grande rato se abatieron todos de golpe al suelo.

Juzgó el prudente capitán que allí había población, o por lo menos maíz, de que estas aves son muy golosas. Y marchando hacia aquel paraje, anduvieron ocho leguas en treinta días, por entre la maleza de aquellos cerrados bosques, abriéndolos a fuerza de brazos, y al fin dellos salieron a puerto de claridad y encontraron gente; la cual se aficionó grandemente al capitán, porque, con ir en carnes, lleno de garranchos y rasguños, seco y flaco, parecía en su talle, semblante, autoridad y gentil disposición, hombre principal. Rogábale el cacique que se quedase con él o lo llevase consigo. Dábale cuanto tenía, regalábalo, servíalo; y en treinta días que allí se detuvo ganó de suerte a todos aquellos bárbaros, que acudieron a sus soldados y a él, obedeciéndoles como a señores y acomodándolos como a hermanos de todo lo mejor que pudieron. Y a la partida se fue con el capitán de cacique y otros muchos indios, así para mostrarles el camino como para regalarlos en él hasta los primeros valles de Puerto Viejo, donde con muchas lágrimas se despidieron del capitán, que llegó al puerto con poco más de ciento y sesenta soldados, habiéndosele muerto de hambre y mal pasar más de ochenta españoles, sin los indios, lo cual en muchos años no acababan de contar los compañeros de sus trabajos, los testigos de su fortaleza, los pregoneros de sus virtudes.

He referido en pocas palabras, y con menos diré lo que resta, siendo todo lo dicho nada, comparado con lo que después padeció, hizo, mereció. Porque en sabiendo que el Marqués Don Francisco Pizarro le tenían los indios cercado en Lima, su atrevido valor y grandeza de ánimo le hizo olvidar de sí, de su comodidad, de su sustento y de su vida, y partir luego

como un rayo a socorrerle. De Lima fue al Cozco con Alonso de Alvarado, a apaciguar la tierra, quietar los indios rebelados y favorecer a los hermanos del Marqués. Tuvo varias batallas en el camino con los indios en Pachacámac, en la puente Rumichaca y a cada paso, en cualquier lugar áspero, porque en los llanos temían a los caballos, y más a Garcilaso, que, por ir siempre en los delanteros y hacer gran riza en ellos, ya le conocían. Y el refrigerio que le estaba esperando en el Cozco, después de tantas peleas y heridas que recibió, fue una larga prisión en que le tuvo Diego de Almagro, porque seguía las partes de la justicia, de la razón, del Marqués. En la cual padeciendo, no mostró menos valor que en el campo peleando.

Libre ya destes trabajos, se ofreció a otros mayores y tales como los de la Buenaventura, porque fue con Gonzalo Pizarro a la conquista y descubrimiento del Collao y de los Charcas, que están docientas leguas del Cuzco hacia el mediodía. Era esta gente muy belicosa, y tan atrevida, que siete indios en carne, cada cual con solo su arco y aljaba, acometieron a Gonzalo Pizarro y a Garcilaso y a otros dos compañeros que iban a caballo y muy bien armados, con tanto denuedo y valor, que les dieron bien en que entender, y, si bien quedaron cuatro dellos muertos, tres de los nuestros salieron malheridos, y el caballo del cuarto. Tal era la gente desta provincia, y tales las refriegas que tenían con los españoles, y al fin los vinieron a poner en tal aprieto, que, faltándoles socorro del Marqués, perecieran todos a manos de aquellos bárbaros si no sintieran el favor del cielo, peleando el glorioso Santiago por ellos visiblemente, armado en su caballo y acaudillando el pequeño escuadrón cristiano, con cuyo socorro se animaron, y Garcilaso más particularmente, habiendo grande matanza en los enemigos, por lo cual le dieron el repartimiento de indios que tuvo primero en Chuquisaca, llamado Tapacri, que vino a valer más de cuarenta mil pesos ensayados de renta en cada un año, que hacen más de cuarenta y ocho mil ducados. Con el cual dejó las armas que había siete años manejado con tanta gloria de Dios y aumento de nuestra Santa Fe, y de un esforzado Pompeyo se trocó en un repúblico Catón.

Ya se imaginaba libre de rebatos, seguro de enemigos, lejos de batallas, apartado de peligros y en tiempo de coger el fruto de sus trabajos. Mas ¡oh esperanzas engañosas!, oh inestable rueda de la inconstante fortuna! Apenas descansado había dos años, cuando por la desgracia y violenta muerte del Marqués Don Francisco Pizarro y el levantamiento de Don Diego de Almagro el Mozo, fue forzado a tomar las armas que apenas había dejado y a refrescar las heridas recién curadas. Suenan los pífanos y cajas, júntase en el Cozco la gente, convócanse de varias partes los fieles vasallos de Su Majestad, señalase General, maese de campo, capitanes y los demás ministros. Sale por capitán de caballos Garcilaso, hace una muy lucida compañía, y él y Gómez de Tordoya, su primo hermano, caballero del hábito de Santiago, y maese de campo del ejército imperial, van a dar la obediencia en nombre del Cozco al Licenciado Vaca de Castro, su Gobernador, como los dos caballeros más calificados y cuerdos de aquella ciudad. Confírmalos en sus oficios, aprueba todo lo hecho y mándales ir en busca de Don Diego de Almagro. En esta empresa se mostró este capitán muy gran servidor de Su Majestad, aficionando las voluntades de todos a su servicio; muy gran caballero, haciendo grandes gastos de su hacienda en sustentar, vestir y armar a muchos hombres nobles; gran soldado, peleando valerosamente en la batalla de Chupas, de donde salió muy mal herido. Mas dióle el Gobernador, en nombre de Su Majestad, un buen repartimiento de indios, y tras desto Dios Nuestro Señor, entera salud, para que mejor se echase de ver cuán leal vasallo era del Emperador, porque viniendo poco después el Virrey Blasco Núñez Vela, y haciendo Gonzalo Pizarro gente contra él (al parecer con justo título), Garcilaso incitó a muchos vecinos del Cozco para que se fuesen a servir al Virrey, y así lo hicieron con muchos trabajos y peligros de la vida, desamparando sus mujeres, sus hijos, sus casas y sus haciendas. Y cuando llegaron a Lima ya estaba preso el Virrey, y la Audiencia de parte de Pizarro.

¡Santo Dios, qué grande golpe de fortuna fue éste para Garcilaso! Saqueáronle sus casas sin dejar esta en pared. Acometieron a quemarlas, cañoneáronse

las con piezas de batir, echaron dellas los indios e indias de servicio; mandoles, so pena de la vida, que no entrasen más en ellas. La mujer y los hijos corrieron grande riesgo de ser degollados, y perecieron de hambre si los Incas y Pallas no les acudieran de secreto, y si un cacique vasallo suyo, llamado Don García Pauqui, no les diera cincuenta hanegas de Maíz, con que se sustentaron ocho meses que les duró la persecución. Quejábanse de Garcilaso sus amigos, hacíanle autor de su total ruina y perdición, veíanse en desgracia de Pizarro, ausentes de sus casas, confiscados sus bienes, a riesgo sus indios, sus personas, sus vidas, sus honras, y él muy contento de haber hecho lo que debía. Porque es muy propia de la fortaleza la magnanimidad, que consiste en hacer cosas grandes, llenas de semejantes peligros y alegrarse de verse en ellos, aun con pérdida de todas las cosas temporales, si bien no dejó de congojarse y afligirse cuando vido a todos sus compañeros presos y algunos dellos ahorcados por el caso, y asimismo privado de sus indios y tan perseguido y buscado de Carvajal para quitarle la vida, que le obligó a estar más de cuatro meses escondido en el hueco de una sepultura del convento de Santo Domingo, hasta que Gonzalo Pizarro le perdonó, si bien le quitó cuanto poseía y le trajo consigo como a un principal prisionero tres años, sin dejarle apartar de sí ni en la mesa ni en la casa ni en la tienda ni en parte alguna, temeroso de perder tan gran soldado y consejero.

Y este recato aún fue mayor cuando le aconsejó Garcilaso que se rindiese al Presidente Gasca, como se lo había prometido a él y al Licenciado Cepeda en algunas ocasiones. Y no queriendo cumplirle la palabra, él buscaba ocasiones de huirse, mas no tuvo ocasión de hacerlo hasta la batalla de Sacsahuana, a que fue el primero que se pasó al ejército imperial y el que abrió el camino e incitó a los demás que hiciesen lo mismo, desamparando a Gonzalo Pizarro y obligándole a que él hiciese lo que los suyos y se rindiese, dándole con este hecho al Rey de España todo el Perú, que sin duda lo perdiera si Gonzalo Pizarro ganara la victoria. Por lo cual le hizo merced el Presidente Gasca de un buen repartimiento de indios, que tuvo mientras vivió, y le valía treinta mil ducados de renta.

Dejo otros muchos sucesos en que mostró su fortaleza. Callo lo que hizo en la rebelión de Don Sebastián de Castilla; no cuento lo que pasó en el levantamiento de Francisco Hernández Girón, aunque en entrambos sirvió a Su Majestad con cargo de capitán de caballos, sin quitarse las armas hasta dejar toda la tierra quieta y a los traidores rendidos y muertos, porque en todos sus esforzados hechos fue siempre muy semejante a sí mismo, y digno descendiente e imitador de Garcipérez de Vargas. Porque si aquel insigne caballero sirvió a su Rey en la conquista de una provincia, este ilustre capitán sirvió al suyo en las conquista de de un mundo entero. Si aquél puso a riesgo su vida dentro de su tierra por echar a los moros del Andalucía, éste dejó su patria, pasó mares, rompió montes, descubrió tierras, domó naciones, en fiereza bárbaras y en muchedumbre innumerables, por sujetarlas a Dios y a su Rey y desterrar los demonios y su adoración de tantas provincias. Si aquél ayudó a ganar a la más rica ciudad de España, que es Sevilla, éste ayudó a conquistar y a poblar, no sólo el más rico Imperio del mundo, sino al que ha enriquecido a todo el universo. Si aquél lustró sus armas con las de Castilla, éste matizó las suyas con su sangre y las acrecentó con las de los Incas. Si aquél emparentó con la Casa real de España, éste no se dignó de emparentar con la imperial del Cozco. Y finalmente, si aquél fue ayudado de Dios para salir victorioso de los moros, éste lo fue también del mismo Dios y de su Apóstol Santiago, para alcanzar tantas victorias de los indios, para entablar el Evangelio, para reducir los bárbaros y apaciguar los españoles, mostrándose en todas ocasiones fuerte, magnánimo y diligente, sin declinar a la mano derecha de la temeridad, pertinacia, crueldad, arrogancia, ira o ambición, ni a la izquierda del temor, facilidad y flojería o pusilanimidad. Nunca la avaricia le inclinó a despojar los rendidos ni a saquear los rebeldes; nunca la sensualidad le trajo de la melena a sus vicios y torpes deleites; nunca la comodidad y regalo le acortó los pasos de sus intentos y jornadas, ni el mismo trabajo pudo acabar con él que tomase algún descanso que no fuese común a todos.

Por lo cual, y por los muchos servicios hechos a su Rey, le nombraron los Oidores por Corregidor del Cozco acabada la rebelión de Francisco Hernández Girón, pareciéndoles que nadie mejor que Garcilaso haría aquel oficio en tiempos tan revueltos y calamitosos. Habíanse gastado los propios en la guerra. La juventud estaba estropeada, las mieses alzadas, el ganado perdido, las caserías quemadas, los cortijos desiertos, las casas y templos saqueados, tantos viejos sin hijos, tantos niños sin padres, tantas matronas viudas, tantas doncellas desamparadas, las leyes oprimidas, la religión olvidada, todo puesto en grande confusión, llanto, lágrimas y desconsuelo, y con sólo este medio les parecía a los Oidores que ponían remedio a tantos males. Y no se engañaron, porque, en tomando la vara Garcilaso, se convirtió en vara misteriosa de virtud, de justicia, de religión.

Pidió a Nuestro Señor el nuevo juez le diese luz para acertar, y Su Majestad le ilustró la prudencia natural y adquisita con la sobrenatural y práctica, de manera que pudiera ser ejemplo de Gobernadores cristianos. Arrose con el temor santo de Dios, a quien había de dar estrecha residencia. Diose a leer las leyes comunes, propias y municipales. Escogió teniente docto, cuerdo, experimentado y temeroso de Dios, con el cual y con otros grandes letrados siempre se aconsejaba. Entró en el gobierno de su república cual sabio médico en hospital general, donde hay enfermos de todas enfermedades, aplicándoles las medicinas que eran menester para sanar el gusto estragado y las llagas y dolencias viejas. Sangraba a unos con livianas penas, y jaropaba a otros con saludables avisos; purgaba a éstos volviendo por ellos, y untaba a aquéllos hablándoles con apacibilidad y buen término, entrándoselos por sus puertas y mostrándoseles más padre que juez, con lo cual hacía estar a raya a los ciudadanos y soldados, que, por no darle un enojo, disimulaban ellos muchos suyos. Vez hubo que cierto soldado principal dejó de matarse con otro que le había dado ocasión y metió mano contra él, y la razón que dio para no hacerlo fue no dar pesadumbre y enojo a tan buen Corregidor, que sentía mucho castigar desórdenes se-

mejantes y tenía por mejor prevenir los delitos que castigarlos después de hechos.

Hacíase amar antes que temer; no se airaba ni se aceleraba en los negocios, teniendo a la ira por enemiga del consejo y a la aceleración por madre del engaño. Era en sus palabras blando y comedido, en sus reprehensiones reportado y tan medido, que nunca se le oyó palabra injuriosa ni malcriada. Quitaba a sus súbditos las cargas, los tropiezos, las ocasiones de atropellar las leyes, de agraviar a sus prójimos, de dar mal ejemplo a la ciudad, y para esto buscaba, como buen padre, medios suaves y fáciles, uno de los cuales fue acomodando en el Cozco la sagrada religión de San Francisco, a cuyos santos hijos amparó y los demás vecinos con sus limosnas, de suerte que en dos días con sus noches les dieron más de veinte y dos mil ducados, con que compraron el sitio y lo que con él estaba labrado. Y el Corregidor les dio la posesión; y ellos a él, por su dineros, la capilla mayor para su entierro, donde pusieron sus armas en memoria deste beneficio. Y no fue menor el que hizo a los indios, labrándoles el hospital que hoy tienen en esta imperial ciudad, para cuya obra salió Garcilaso a pedir limosna, y la primera tarde que la pidió, en compañía del Padre Fray Antonio de San Miguel, guardián de San Francisco, juntó, entre solos sus amigos principales (que tenían indios), treinta y cuatro mil y docientos ducados, cosa que admiró mucho, y manifestó más cuán bienquisto estaba este caballero entre sus ciudadanos.

Mas ¿qué maravilla, si nunca dejó de hacer lo que debía, ni por temor de los más poderosos, que no había menester, ni por codicia de los cohechos, que nunca recibió, ni por amor particular, que a todos lo tenía, ni por odio, que no se le conoció? Antes siendo uno, se hacía muchos, cual cada uno lo había menester, con lo cual tenía ganados a los altos y a los bajos, a los ricos y a los pobres, a los sabios y a los ignorantes, y, en fin a los buenos y a los malos, de quien hacía por bien lo que quería, y quería lo que les estaba bien a todos. ¿Quién pacificó la ciudad y entabló en ella las leyes, justas ordenanzas? Garcilaso. ¿Quién deshizo los bandos y parcialidades de hombres inquietos, que intentaron varias veces perturbar la paz? Garcilaso. ¿Quién

reprimió los insolentes motines de soldados temerarios? Garcilaso. ¿Quién sosegó las turbulentas ondas y repentinas avenidas de enemistades no pensadas? Garcilaso.

Muchos ejemplos pudiera traer, mas sirva uno por todos. Andaba en el Cozco un caballero principal y mozo, de los quejosos sin razón del Presidente Gasca, llamado Francisco de Añasco, hombre animoso, valiente, atrevido, sagaz y astuto, deseoso de novedades y resuelto de arriesgar su vida y las de sus amigos (que tenía muchos) a trueque de desagraviarse o hacerse señor de la tierra, como Francisco Hernández Girón lo había intentado. Ya se preparaba de armas, ya alistaba su gente, ya nombraba capitanes, ya les prometía montes de oro, que los de plata le parecían poco. Ya se rugía entre muchos la rebelión, cuando lo vino a saber el Corregidor, y de secreto se enteró del caso, más no se dio por entendido dél, antes trató con más facilidad al caballero. Envíole a llamar, convidole con su casa, trájole a ella, aderezole un cuarto, sentole a su mesa, entreteníase con él. Y a ocho de los caballeros amigos y deudos que honraban su posada (siendo sus ordinarios huéspedes) ordenó que al disimulo, remudándose, nunca se apartasen dos dellos del lado del dicho caballero cuando él no le tuviese consigo. Y haciéndose así, el astuto gobernador obligaba con beneficios a que se declarasen y redujesen las demás cabezas de la conjuración, si bien les andaba muy a las inmediatas, sin perder punto que fuese de provecho con los secretos avisos que de ordinario tenía de lo que se pensaba, cuanto y más de lo que se hacía.

Los que no conocían la prudente sagacidad y sagaz prudencia del Corregidor, y temían alguna novedad por lo que oían, murmuraban dél, porque ya les parecía que veían salir con mano armada y temerario furor a los amotinados, que saqueaban las casas, que mataban sus dueños, que deshonoraban sus hijas y mujeres, que abrasaban la ciudad. Acudían al Corregidor, y suplicábanle que no permitiese ver muertos ante sus ojos, por su remisión, a los que había perdonado el furor de tantas guerras civiles, requiriéndole que conservase la vida de los ciudadanos, que mirase por la honra de las mujeres y volviese por la de Dios; que defen-

diese la hacienda real, la pública, la particular, y que conservase la ciudad que se le había encomendado. Él agradecía los avisos con palabras comedidas, y les rogaba que se quietasen, que presto verían las esperanzas de los inquietos frustradas, y todo quieto, como lo vieron, porque dentro de muy pocos días redujo a mejor parecer a los soldados honrados, y a los más inquietos los esparció por el Reino, y al caballero que desasosegaba la gente, después de haberle tenido cuarenta días en su casa, regalado como a hijo, le afeó su mal intento, y, amenazándole con castigo riguroso si no se enmendaba, le dio un caballo de los de su caballeriza y trecientos pesos de su hacienda, y lo envió como desterrado a Quito, quinientas leguas de allí, con que fue muy agradecido el Añasco, viendo que en lugar de darle la muerte le daba la vida, y le acomodaba tan honradamente. De lo cual luego que tuvieron aviso el Presidente y Oidores, loaron el hecho y la gran prudencia del Corregidor, que, como experimentado, había prevenido el daño que se podía seguir si hiciera ruido prendiendo al caudillo, haciendo pesquisa de los culpados y proceso contra ellos, fulminando sentencias rigurosas y ejecutando castigos ejemplares, porque no sirviera de más que de irritar y mover a otros a que prosiguiesen lo comenzado. Y con blandura y secreto se atajaron los daños que tales desórdenes amenazaban.

Este fue el fin de los temores y el principio de la quietud que en el tiempo de su gobierno hubo en aquella ciudad, la cual respetaba a su Corregidor como a un hombre venido del cielo, y con mucha razón por cierto, porque su religión era muy grande, su piedad muy notoria, el deseo del bien común extraordinario, su buen ánimo para con todos conocido de todos, su agudeza en interpretar las leyes justa, su solicitud en despachar los pleitos increíble, y su apacibilidad y buen agrado en satisfacer a los pleiteantes muy de padre y amigo. Pues ya si hubiéramos de decir algo de su liberalidad, misericordia, rectitud y compasión, sería nunca acabar. ¿Cuándo se le pidió algo puesto en razón que él no lo concediese? ¿Qué hombre noble vido necesitado que no le ofreciese su casa y le diese cuanto había menester? ¿Qué pobre le pidió limosna, que se

fuese las manos vacías? ¿Qué viuda, qué huérfano, qué persona desvalida le pidió justicia que dél no la alcanzase? ¿Quién se quiso valer de su favor que no fuese dél favorecido? Bien saben esto y lo publican los caballeros que en su casa comían y cenaban, pues de ordinario estaba llena de huéspedes, a quien no sólo sustentaba, sino también vestía y daba caballos de su caballeriza, en que ruasen. Bien lo lloran las viudas religiosas y pobres vergonzantes, a quien de secreto socorría con muy buenas limosnas, sin las que se repartían a su puerta, que eran muchas. Bien lo sienten los huérfanos y menores, de quien gustaba ser tutor por ampararlos y porque no se desperdiciase o consumiese con pleitos y engaños las haciendas. Y vez hubo que después de haber alimentado cinco años a sus huérfanos, hijos de Pedro del Barco, vecino del Cozco, uno de los que ahorcó Carvajal porque se huyeron con Garcilaso, y descargándole la justicia de la tutela cinco mil y quinientos ducados por los alimentos, no los quiso recibir en cuenta, sino pagarlos, dando por razón que eran hijos de su amigo y que él no contaba nada por el comer a los que en su casa comían.

Bien le echan menos los presos y pleiteantes, a quienes despachaba con toda suavidad y blandura posible, sin llevarles derechos por las firmas. Si eran las causas civiles, las mediaba y componía como juez, árbitro y amigo; si las penas eran pecuniarias, perdonaba su parte; si los delitos eran criminales, moderaba las sentencias y hacía que su teniente no llevara las cosas por todo rigor de justicia, para que no se exasperase la gente, pues no estaban quietos los ánimos de muchos soldados descontentos, que pretendían escándalos y alborotos con cualquiera pequeña ocasión. Mas cuanto era de blando en las causas civiles y criminales, tanto era de riguroso en castigar cualquier desacato que a Dios se hiciese en su santo templo. Sirva de ejemplo lo que le pasó a cierto vecino del Cuzco (más noble que sufrido), que con un procurador hubo palabras entre los dos, diciéndolas el vecino malas y volviéndolas peores el procurados. Aquél metió mano a su espada; éste, porque no la tenía, huyó y entrose en la iglesia, sin parar hasta el altar mayor, siguiéndole el vecino para matarle; e hiriérale por lo menos, si

no le detuvieran dentro de la misma capilla mayor los que acudieron al ruido, entre los cuales se halló uno de los Alcaldes ordinarios, y, conociendo de la causa, le sentenció al vecino por el desacato al Santísimo Sacramento en cuatro arrobas de aceite, que valían entonces más de cien ducados, y en cuatro arrobas de cera y en docientos escudos para el servicio del altar. Apeló el vecino de la sentencia para el Corregidor, el cual sintió mucho no haber sido juez de aquella causa y de que el Alcalde hubiese andado tan corto, y así dijo: "Si yo lo sentenciara, no fuera la pena menos de doze mil ducados. Porque ¿dónde se sufre que predicando nosotros a estos indios gentiles que aquel Señor que está en la iglesia es el Dios verdadero, hazedor y criador del Universo y redemptor nuestro, que tengamos tanto desacato, que entremos en su casa con la espada desnuda y lleguemos hasta su aposento, que es la capilla mayor, a matar un hombre? ¿Cómo nos creerán los indios lo que les predicamos, viendo nuestros hechos tan en contra, pues tenían estos bárbaros tanto respeto a la casa del Sol, que ellos adoraban por Dios, que para entrar en ella se descalzaban dozientos passos antes de llegar a ella?". Por lo cual le condenó en otro tanto más de lo que decía la sentencia del Alcalde, y la pagó el vecino con gusto, viendo que no se regía por pasión, sino por razón.

Y por eso mismo le lloran todos y sienten su pérdida. Pero más en particular los indios vasallos suyos la testifican bien, y con lágrimas copiosas y tiernos gemidos manifiestan la falta que les hace su señor, en quien tenían padre, defensor y amparo. Porque si enfermaban algunos en el Cuzco de los del servicio personal, los hacía curar en su casa como a hijos. De los tributos se contentaba en una de sus provincias con la quinta parte, porque debiéndole dar tantas cabezas de ganado de la tierra y de cerda, que cada cual se vendía en la plaza de la ciudad por quince pesos, se contentaba él con que le diesen tres pesos no más por cada cabeza. Los Huamampallpas, que están cuarenta leguas del Cuzco, tenían obligación de ponerle cada año en su casa una gran partida de trigo, el cual traían a cuesta, y, por hacerles bien su señor, concertó con ellos que llevasen el trigo que él cogía en un cortijo suyo,

diez y seis leguas de la ciudad, que estaba en el mismo camino por donde los indios venían de su tierra, y por solamente el porte les descontaba otro tanto trigo de lo que ellos estaban obligados a darle. Estos mismos indios, y los Cotaneras le habían de dar cada año tantos vestidos de indios, poniendo ellos la lana, y se la daba su amo en tanta cantidad que les sobraba della para sí, y cada cuatro meses le debían traer cierto número de cestos llenos de la yerba cuca, y él, por aliviarles del trabajo, para que no la trajesen a costas y porque no gastasen tanto en su sustento (sin tener obligación), les daba a cada uno media hanega de maíz, y les prestaba sus carneros de carga, en que ellos llevasen su comida y trajesen la cuca, cosas que no sé yo las haya hecho con sus indios ninguno otro señor de vasallos. Y así los de este caballero se esmeraban tanto en servirle con un amor extraordinario, que la ropa que hacían y la cuca que beneficiaban era la mejor del Reino.

Mucho he oído y leído del amor de señores de vasallos para con sus súbditos, mas nada tiene que ver con lo dicho. Mucho he sabido de su agradecimiento por servicios recibidos, más ninguno mayor que el que ahora diré. Estimó en tanto Garcilaso el servicio que le hizo su vasallo Don García Pauqui, dando cincuenta hanegas de maíz a su familia cuando se vio en el aprieto que dijimos, que hizo libre y franco al dicho cacique, y a los lugares de su señorío, de cualquier tributo que estuviesen obligados a pagarle, contentándose con que le diesen algunas frutas, como guayabas, limas y pimientos verdes para su comer en señal de vasallaje. ¿Y a este señor no habían de amar?, ¿no habían de servir?, ¿no habían de echar menos y llorar después de muerto? Llórenle, que razón tienen, pues también le lloran los esforzados varones que ven con su muerte quebrada una firme columna de la fortaleza; llórenle los prudentes repúblicos, pues perdieron en él un rico depósito de la prudencia civil; llórenle los gobernadores y jueces, pues les ha faltado un vivo retrato de la justicia; llórenle finalmente todos los buenos, pues con su falta les falta un raro ejemplo de templanza en la comida, en la bebida, en el sueño y en el trato de su persona, siendo para los suyos muy liberal

y para los extraños muy cumplido; de continencia, con que tenía a raya sus deseos y pasiones; de clemencia, con que moderaba el ánimo irritado a la venganza y le inclinaba a hacer bien a todos; de modestia, con que se hacía querer y estimar, dando a cada cual más honra de la que se debía; de urbanidad y recato en el decir mal de nadie, pues ni aun consentía que esto en su presencia se hiciese, cortando luego la plática, excusando lo malo y alabando lo bueno; de moderación, aun en la muerte, mandando por su testamento que, cuando le llevasen a enterrar, pusiesen el cuerpo en el suelo sobre un paño para decir los responsos, usándose entonces en el Cozco hacer tan grandes túmulos en tres partes diversas de las calles por donde pasaba el entierro de los hombres principales, donde subían la caja parando todos al responso un grande espacio. Y con el buen ejemplo de Garcilaso, le imitaron todos de allí adelante, y le imitan hasta hoy.

Pues ya ¿que diré de las virtudes propias del verdadero cristiano? Ya vimos que por la fe de Cristo y por su aumento se puso a tantos peligros y riesgos de la vida, defendiéndola con su sangre, la cual sustentó por toda su vida, no sólo poniendo sacerdotes virtuosos, doctos y celosos para la enseñanza y doctrina de sus indios, y procurando de su parte cuanto podía que esta Santa Fe se dilatase hasta los fines de la tierra, sino también con el ejemplo, cumpliendo lo que ella nos manda y creyendo firmísimamente lo que nos enseña, y acompañándola con obras santas de religión y piedad. Oía de ordinario misa, y mandaba decir muchas por las ánimas de Purgatorio, y en sola una fiesta que les hacía cada año gastaba seiscientos ducados. ¿Quien podrá explicar la grandeza de su firme esperanza y encendida caridad? El Señor que se las dio sólo las sabe, de las cuales nos descubrió grandes señales todo el tiempo de su vida, y más en particular dos años y medio antes de su muerte, los cuales tomó Dios para labrarle para el Cielo por medio de una larga enfermedad que le duró todo este tiempo, si no derribado siempre en la cama, a lo menos la mayor parte de la temporada, para que mejor se dispusiese y despacio se preparase, como lo hizo, confesándose a menudo con el Padre guardián de San Francisco, Fray Antonio de

San Miguel, que a solo él confesaba en aquella ciudad, y solía decir que ojalá fuera él como el que estaba en aquella cama.

En la cual, ya que no podía echar mano a la espada, empuñar la lanza ni hacer heroicas hazañas en la guerra, echaba mano a la bolsa, haciendo bien a todos, y empuñaba la cruz con Cristo Crucificado, pidiéndole misericordia y perdón; hacía obras heroicas de caridad, de paciencia y de humildad cristiana, en medio de una grande paz de su alma, causada de su buena conciencia, y más de la confianza que tenía en los merecimientos de Cristo Nuestro Señor. Aquí se aumentaron las limosnas, aquí las oraciones, misas y devociones, aquí el sufrimiento y paciencia en los dolores, aquí la esperanza del perdón y la confianza de verse en la gloria; aquí los deseos afectuosos y encendidos de que se cumpliese en él la voluntad de Dios, y de dar la vida por su amor, como la dio después de haber recibido todos los sacramentos a los cincuenta y nueve años de su edad, con sentimiento universal del Cuzco y de todo el Pirú, y con mucha razón, porque muriendo Garcilaso cayó un fuerte baluarte de la religión cristiana, murió el esfuerzo de la guerra, el ornamento de la paz, la honra de los nobles, el modelo de los jueces, el padre de la patria, el reparo de los pobres, el amigo de los buenos, el espanto de los malos y, finalmente, el amparo de los naturales.

Mas mientras todos hacen el justo sentimiento de su muerte, él está gozando de la eterna vida, mientras que sus amigos se espantan y dicen: "¿Es posible que aquel varón y esfuerzo de España es vencido?, ¿que aquella luz y resplandor de la casa de Vargas está apagado?, ¿que la apacibilidad y cortesanía del Perú se acabó y que la firme columna de este Imperio se ha caído?". Él, riéndose de todo lo del suelo, teniendo su esfuerzo por flaqueza, su luz y resplandor por tinieblas, su sabiduría y discreción por ignorancia, y su firmeza por inestabilidad, triunfa glorioso en el Cielo de la inestimable corona de gloria de que goza y gozará para siempre. Amén.

CAPITULO XIII

Que trata de los pretendientes que vinieron desterrados a España, y la mucha merced que Su Majestad les hizo. Don García de Mendoza va por Gobernador a Chile, y el lance que le sucedió con los indios.

Volviendo a los pretensesores de repartimientos de indios, que atrás dejamos que venian desterrados a España, decimos que llegaron a ella bien fatigados de la pobreza y hambre que traían. Presentáronse en la Corte, ante la Majestad del Rey Don Felipe Segundo; causáronle mucha lástima, así con la presencia como con la relación que le hicieron de la causa porque venían derrotados y tan malparados. Su Majestad les consoló con hacerles mercedes en Indias a los que quisieron volver a ellas, dándoles allá la renta librada en su tesoro y caja real, porque no tuviesen que ver con el Visorrey de aquel Imperio. Y a los que quisieron quedarse en España les hizo mercedes conforme a sus servicios y calidad, dando a unos más y a otros menos, como yo lo hallé cuando vine a España, que fue poco después de lo que se ha referido. Libróseles la renta en la Casa de la Contratación de Sevilla. Al que le cupo menos fueron cuatrocientos y ochenta ducados de renta, y de allí fueron subiendo las mercedes a seiscientos y ochocientos, y a mil y a mil docientos ducados, a los mejorados, por todos los días de su vida. Poco después, sabiendo Su Majestad las pláticas que en la Ciudad de los Reyes habían pasado acerca de los desterrados, por excusar algún motín que podía suceder por la aspereza del Gobernador, proveyó por Visorrey del Perú a Don Diego de Acevedo, caballero muy principal, de toda virtud y bondad, de quien descenden los Condes de Fuentes. El cual, solicitando su viaje, falleció de enfermedad; lo cual sabido en el Perú, lastimó muy mucho a todos los de aquel Imperio, que a hombres graves y antiguos en la tierra les oí decir: "Porque no merecíamos tal Visorrey, se lo llevó Dios temprano al Cielo". Por no haber pasado este caballero al Perú no

está en la lista de los Visorreyes que han ido a aquel gran Reino.

Entretanto que en la Corte de España pasaba lo que se ha dicho, el Visorrey del Perú proveyó por Gobernador y Capitán del Reino de Chile a su hijo Don García de Mendoza, porque con la muerte de Jerónimo de Alderete estaba sin Gobernador. El cual falleció en el camino poco antes de llegar a Chile, de congoja y tristeza de ver que por causa de su cuñada y suya hubiesen perecido ochocientas personas que murieron en su galeón. Consideraba que si aquella mujer no fuera su cuñada, no le diera licencia el maestre para tener lumbre en su aposento, de donde se causó todo aquel mal y daño. La provisión de Don García de Mendoza fue muy acepta a los del Perú; ofreciéronse muchos vecinos y soldados principales a hacer con él la jornada, porque entendían que ganaban méritos en el servicio de Su Majestad y del Visorrey, por acompañar a su hijo. Proveyó que el Licenciado Santillán. Oidor de aquella Chancillería, fuese por lugarteniente y gobernador de su hijo, y a él se lo pidió le hiciese gracia de aceptarlo. Hízose para esta jornada grandísimo aparato en todo aquel Reino, de armas y caballos, vestidos y otros ornamentos, que costaron mucho dinero, por la carestía de las cosas de España. Proveyó asimismo el Visorrey otras tres conquistas: envió por capitanes dellas a tres caballeros principales, el uno llamado Gómez Arias y el otro Juan de Salinas y el tercero Antón de Aznayo. Cada uno dellos hizo sus diligencias para cumplir bien con el oficio que llevaba.

Don García de Mendoza fue a su Gobernación, y llevó mucha gente muy lucida; y habiendo tomado la posesión, trató de ir con brevedad a la conquista y sujeción de los indios Araucos, que estaban muy soberbios y altivos con las victorias que de los españoles habían ganado, la primera de Pedro de Valdivia y otras que hubieron después, según las escriben en verso los poetas de aquellos tiempos, que fuera mejor escribirlas en prosa, porque fuera historia y no poesía, y se les diera más crédito.

Entró el Gobernador en las provincias rebeldes, con mucha y muy lucida gente y grande aparato de todo lo necesario para la guerra, particularmente de

armas y munición y mucho bastimento, porque los enemigos tenían alzados los suyos. A pocas jornadas que hubo entrado, le armaron los indios una brava emboscada. Echáronle por delante un escuadrón de cinco mil indios de guerra, con orden que no aguardasen a pelear ni llegasen a las manos, sino que, con la mejor orden y mayor diligencia que pudiesen poner, se fuesen retirando de día y de noche, porque los españoles no los alcanzasen y les obligasen a pelear. Los españoles, teniendo nueva por sus corredores que aquel ejército de indios iba delante dellos y que no los esperaban, dieron orden en seguirlos, aunque con recato, sin demandarse a parte alguna, porque el Gobernador, luego que entró en aquel Reino, tuvo aviso de los españoles de la tierra de las mañas, trazas y ardidés de guerra que aquellos indios tenían y usaban con los españoles, unas veces acometiendo y otras huyendo, como mejor les estaba y convenía. Pero no le aprovechó al Gobernador el aviso, porque se cebó en ir en pos de los enemigos, con deseo de hacer una gran matanza en ellos, porque los demás, sintiendo el ánimo belicoso que llevaba, se rindiesen y perdiesen la soberbia que habían cobrado. Con este ánimo siguió aquel escuadrón un día y una noche. Los enemigos que quedaron en la celada, viendo al Gobernador algo alejado de su real, donde había dejado todo lo que llevaba, salieron de la emboscada, y, no hallando contradicción, robaron todo lo que hallaron, sin dejar cosa alguna, y se fueron con ello libremente. La nueva de la pérdida llegó al Gobernador y le obligó dejar los que seguía y volver a buscar los que le habían saqueado. Mas no le aprovecharon sus diligencias, que los enemigos se habían puesto en cobro por no perder el despojo.

La nueva de este mal suceso llegó al Perú casi juntamente con la nueva de la llegada del Gobernador a su Gobernación, tanto que se admiró toda la tierra de que en tan breve tiempo hubiese sucedido una cosa tan hazañosa para los indios y de tanta pérdida para los españoles, porque no les quedó de armas ni ropa más de la que tenían vestida. El Visorrey proveyó el socorro con gran diligencia, porque llegase más aína. Gastose mucha suma de oro y plata de la hacien-

da real, de que hubo murmuración, como lo dice el Palentino, Libro tercero, capítulo segundo, aunque lo dice acerca del primer gasto que se hizo para que el Gobernador fuese a Chili, y no cuenta este segundo gasto, ni el hecho de los indios que lo causó, que también fue causa de la murmuración, porque dijeron que, por socorrer el Visorrey a su hijo, había mandado hacer una y dos y más veces aquellas demasías de gastos en la hacienda real.

De los sucesos de aquel Reino de Chili no diremos más que la muerte de Loyola, porque no son de nuestra historia. Lo que se ha dicho fue porque el Gobernador salió del Perú por orden de su padre, el Visorrey. Los que quisieren escribir los sucesos de aquel Reino tienen bien que decir, según la guerra tan larga que en él ha habido entre indios y españoles, de cincuenta y ocho años a esta parte que ha que se rebelaron los indios Araucos, que fue al fin del año de mil y quinientos y cincuenta y tres, y ha corrido ya la mayor parte del año de mil y seiscientos y once cuando escribimos esto. Podrán contar la muerte lastimera del Gobernador Francisco de Villagra con la de docientos españoles que iban con él, que pasó en la loma que llaman, de su nombre, Villagra. Podrán decir asimismo la muerte del maese de campo Don Juan Rodolfo, y la de otros docientos hombres que con él iban, y los mataron en la ciénega de Purén, que holgara yo tener la relación entera destes hechos y de otros tan grandes y mayores que en aquel Reino belicoso han pasado, para ponerlos en mi historia. Pero donde ha habido tanta bravosidad de armas no faltará la suavidad y belleza de las letras de sus propios hijos, para que en tiempos venideros florezcan en todo aquel famoso Reino, como yo lo espero en la Divina Majestad.

CAPITULO XIV

Hacen restitución de sus indios a los herederos de los que mataron por haber seguido a Francisco Hernández Girón. La ida de Pedro de Orsúa a la conquista de las Amazonas, y su fin y muerte, y la de otros muchos con la suya.

El Visorrey Don Andrés Hurtado de Mendoza, viendo los pretendientes que él había desterrado del Perú que volvían con grandes mercedes que Su Majestad les había hecho, libradas en el tesoro de su arca real de las tres llaves, bien en contra de lo que él había imaginado, que pensó que ninguno dellos volviera allá, se admiró del suceso, y mucho más cuando supo que también había proveído Su Majestad nuevo Visorrey que le sucediera. Pesole de lo pasado, y trocó el rigor que en el gobierno hasta allí había habido con toda la suavidad y mansedumbre que buenamente se puede decir. Y así procedió hasta su fin y muerte de tal manera que, los que lo notaban, decían públicamente que, si como acababa empezara, que no hubiera habido tal Gobernador en el mundo.

Viendo el Reino la mansedumbre del Visorrey, sosegada la tierra y trocada la furia y rigor de los jueces en afabilidad y quietud, se atrevieron los agraviados de la justicia pasada a pedir satisfacción de los males que habían recibido. Y así los hijos y herederos de los vecinos que por haber seguido la tiranía de Francisco Hernández Girón justificaron, pusieron sus demandas ante los Oidores, presentaron las provisiones de perdón que a sus padres se habían dado, y siguieron su justicia hasta que en vista y revista alcanzaron sentencia en favor dellos, en que les mandaban volver y restituir los repartimientos de indios que les habían quitado, y cualquiera otra confiscación que les hubiesen hecho. Y así les volvieron los indios, aunque el Virrey los había repartido y dado a otros españoles, mejorando a unos con mejores repartimientos que los que tenían y dando a otros nuevos repartimientos, que

no los tenían. De lo cual quedó el Visorrey en gran confusión, así porque le revocaban todo cuanto en este particular había hecho, quitando a unos y dando a otros, como por hallarse en grande afán y congoja para haber de satisfacer con nuevas mercedes a los desposeídos de las que él les había hecho. Todo esto que hemos dicho vi yo en el Cozco, y lo mismo pasó en las demás ciudades donde se ejecutaron los rigores de la justicia pasada, como en Huamanca, Arequepa, los Charcas y el Pueblo Nuevo. Vista la sentencia de la restitución a los herederos de los muertos por justicia, y que se había revocado todo lo que en este particular por orden y mandato del Visorrey se había hecho, tomaron ocasión los españoles para decir que el castigo y rigor pasado no había sido por orden de Su Majestad ni de su Real Consejo de las Indias, sino que el Visorrey lo había hecho de su voluntad y albedrío, por hacerse temer y asegurarse de algún motín como los pasados, que él temiese.

Procediendo el Visorrey en su gobierno con la suavidad y blandura que hemos dicho, concedió la jornada y conquista de las Amazonas del Río Marañón, que atrás dijimos que Francisco de Orellana, negando a Gonzalo Pizarro, vino a España y pidió a Su Majestad la dicha conquista, y acabó en el camino, sin llegar donde pretendía. Diola el Visorrey a un caballero llamado Pedro de Orsúa, que yo conocí en el Perú, hombre de toda bondad y virtud, gentilhombre de su persona y agradable a la vista de todos. Fue dende el Cozco hasta Quito, recogiendo los soldados que pretendían salir a nuevas conquistas, porque en el Perú ya no había en qué medrar, porque todo él estaba repartido entre los más antiguos y beneméritos que había en aquel Imperio. Recogió asimismo Pedro de Orsúa las armas y bastimento que pudo para su conquista, a todo lo cual los vecinos y moradores de aquellas ciudades acudieron con mucha liberalidad y largueza y todo buen ánimo, porque la bondad de Pedro de Orsúa lo merecía todo.

Del Cozco salieron con él muchos soldados, y entre ellos un Don Fernando de Guzmán que yo conocí, que era muy nuevo en la tierra, recién llegado de Es-

pañá, y otro soldado más antiguo, que se decía Lope de Aguirre, de ruin talle, pequeño de cuerpo y de perversa condición y obras, como las refiere en sus **Elegías de varones ilustres de Indias** el Licenciado Juan de Castellanos, clérigo presbítero, beneficiado de la ciudad de Tunja en el Nuevo Reino de Granada. En las cuales elegías gasta seis cantos de su verdadera y galana historia, aunque escrita en verso. En ella cuenta la jornada de Pedro de Orsúa, que llevaba más de quinientos hombres muy bien armados y aderezados, con muchos y buenos caballos. Escribe su muerte, que se le dieron sus propios compañeros y los más allegados a él, por gozar de una dama hermosa que Orsúa llevaba en su compañía. Pasión que ha destruído a muy grandes capitanes en el mundo, como al bravo Aníbal y a otros tales.

Los principales autores de la muerte de Orsúa fueron Don Fernando de Guzmán, y Lope de Aguirre, y Salduendo, que era apasionado por la dama, sin otros muchos que aquel autor nombra. Y dice cómo aquellos traidores alzaron por Rey a su Don Fernando, y él era tan discreto que consintió en ello y holgó que le llamasen Rey, no habiendo Reino que poseer, sino mucha malaventura, como a él le sucedió, que también lo mataron los mismos que le dieron el nombre de Rey. Aguirre se hizo caudillo dellos y mató en veces más de docientos hombres; saqueó la Isla Margarita, donde hizo grandísimas crueldades. Pasó a otras islas comarcanas, donde fue vencido por los moradores dellas, y antes que se rindiese mató una hija suya que consigo llevaba, no por otra causa más de porque después de él muerto no la llamasen hija del traidor. Esta fue la suma de sus crueldades, que cierto fueron diabólicas, y este fin tuvo aquella jornada, que se principió con tanto aparato, como yo vi parte dél.

CAPITULO XV

El Conde de Nieva es elegido por Visorrey del Perú. Un mensaje que envió a su antecesor. El fallecimiento del Marqués de Cañete, y del mismo Conde de Nieva. La venida de Don García de Mendoza a España. La elección del Licenciado Castro por Gobernador del Perú.

Entretanto que pasaban estos sucesos en el Perú, y la mortandad de los de Orsúa en el Río Grande de las Amazonas, la Majestad Real del Rey Don Felipe Segundo no se olvidaba de proveer nuevo Gobernador para aquel su Imperio. Que luego que falleció el buen Don Diego de Acevedo, proveyó a Don Diego de Zúñiga y Velasco, Conde de Nieva, por Visorrey del Perú. El cual, despachándose a toda diligencia, salió de España por enero de quinientos y sesenta años, y entró en el Perú por abril del mismo año. Dende Paita, que es ya dentro en su jurisdicción, envió un criado suyo, con una carta breve y compendiosa para el Visorrey Don Andrés Hurtado de Mendoza, que supiese su ida a aquel Imperio y se desistiese del gobierno y de cualquiera otra cosa que a él perteneciese. El Visorrey Don Andrés Hurtado de Mendoza, sabiendo la ida del mensajero, mandó se le proveyese todo lo necesario por los caminos, con mucha abundancia y mucho regalo. Y en la Ciudad de los Reyes le tuvo apercebida una honrada posada y una muy buena dádiva de joyas de oro y plata, y otras preseas que valían de seis o siete mil pesos arriba. Todo lo cual perdió el mensajero, porque llevaba orden que no le llamase Excelencia sino Señoría, y en la carta hablaba de la misma manera. Lo cual recibió a mal el Visorrey Don Andrés Hurtado de Mendoza, de que el sucesor quisiese triunfar dél tan al descubierto y tan sin razón y justicia. De la cual melancolía se le causó un accidente de poca salud, y se le fue quitando de día en día, y la edad, que era larga, no pudiendo resistir al mal, feneció antes que el nuevo Visorrey llegara a la Ciudad de los Reyes; al cual no fue mejor, porque, pasados algunos

meses después de haber tomado la posesión de su silla con la solemnidad que de otros se ha dicho, se le siguió la muerte por un caso extraño que él mismo lo procuró y apresuró, para que más aína llegase su fin y muerte. El suceso de la cual, por ser odioso, es razón que no se diga, y así pasaremos adelante, dejando esto tan confuso como queda.

Don García de Mendoza, que era Gobernador en Chile, sabiendo el fallecimiento del Virrey su padre, se dio prisa a salir de aquel Reino y venir al Perú y dar orden en su venida a España, todo lo cual hizo con mucha diligencia, de manera que los murmuradores decían que la salida del Reino de Chile con tanta prisa más había sido por huir de los Araucos que le habían asombrado, que no por acudir a la muerte de su padre ni a sus negocios, y que con la misma prisa había salido del Perú, por no verse en jurisdicción ajena. El cual se vino a España, donde estuvo hasta que volvió a aquel Imperio a ser Gobernador dél, e impuso el tributo de las alcabalas que hoy pagan los españoles y los indios, éstos de sus cosechas y aquéllos de sus tratos y contratos. Este paso se anticipó de su tiempo y lugar por ser particular, que mi intención no se extiende a escribir más de hasta la muerte del Príncipe heredero de aquel Imperio, hermano segundo de Don Diego Sayri Túpac, de cuya salida de las montañas y de su bautismo, fin y muerte, dijimos atrás. Y con este propósito vamos abreviando la historia, por ver ya el fin della.

La Majestad del Rey Don Felipe Segundo, luego que supo la desgraciada muerte del Visorrey Don Diego de Zúñiga, Conde de Nieva, proveyó al Licenciado Lope García de Castro, que era del Consejo Real y Supremo de las Indias, de quien atrás hicimos mención, cuando hablamos de mis pretensiones por los servicios de mi padre y la contradicción que entonces me hizo. Proveyole por Presidente y Gobernador general de todo aquel Imperio, para que fuese a reformar y apaciguar los accidentes que las muertes tan breves de aquellos dos Visorreyes hubiesen causado. Porque el Licenciado Lope García de Castro era hombre de gran prudencia, caudal y consejo para gobernar un Impe-

rio tan grande como aquél. Y así fue a toda diligencia y gobernó aquellos reinos con mucha mansedumbre y blandura, y se volvió a España dejándolos en toda paz y quietud. Y volvió a sentarse en su silla, donde vivió con mucha honra y aumento y falleció como buen cristiano.

Mis amigos, viendo este gran personaje en su silla en el Consejo Supremo de las Indias, me aconsejaban que volviese a mis pretensiones acerca de los servicios de mi padre y de la restitución patrimonial de mi madre. Decían que ahora que el Licenciado Castro había visto el Perú, que fue lo que mi padre ayudó a ganar y fue de mis abuelos maternos, me sería muy buen padrino para que me hicieran mercedes, ya que la otra vez me había sido contrario para que me las negaran, como atrás se refirió.

Pero yo, que tenía enterradas las pretensiones y despedida la esperanza dellas, me pareció más seguro y de mayor honra y ganancia no salir de mi rincón, donde con el favor divino he gastado el tiempo en lo que después acá se ha escrito, aunque no sea de honra ni provecho. Sea Dios loado por todo.

CAPITULO XVI

La elección de Don Francisco de Toledo por Visorrey del Perú. Las causas que tuvo para seguir y perseguir al Príncipe Inca Túpac Amaru, y la prisión del pobre Príncipe.

Al Licenciado Lope García de Castro, Presidente y Gobernador general del Imperio llamado Perú, sucedió Don Francisco de Toledo, hijo segundo de la casa del Conde de Oropesa. Fue elegido por su mucha virtud y cristiandad, que era un caballero que recibía el Santísimo Sacramento cada ocho días. Fue al Perú con nombre y título de Visorrey. Fue recibido en la Ciudad de los Reyes con la solemnidad acostumbrada. Gobernó aquellos reinos con suavidad y blandura; no tuvo rebeliones que aplacar ni motines que castigar. Pasados dos años, poco más o menos de su gobierno, de-

terminó sacar de las montañas de Uillcapampa al Príncipe Túpac Amaru, legítimo heredero de aquel Imperio, hijo de Manco Inca y hermano de Don Diego Sayri Túpac, de quien hemos dado larga cuenta en este octavo libro. Pertenece la herencia, porque su hermano mayor no dejó hijo varón, sino una hija, de la cual diremos adelante.

Deseó el Visorrey sacarle por bien y afabilidad (a imitación del Visorrey Don Andrés Hurtado de Mendoza), por aumentar su reputación y fama que hubiese hecho una cosa tan grande y heroica como era reducir al servicio de la Católica Majestad un Príncipe tal que andaba fugitivo, metido en aquellas montañas. Para lo cual intentó seguir al Visorrey pasado por algunos caminos de los que aquél llevó y anduvo. Y envió mensajeros al Príncipe, pidiéndole y amonestándole que saliese a vivir entre los españoles como uno dellos, pues eran ya todos unos. Que Su Majestad le haría mercedes, como las hizo a su hermano, para el sustento de su persona y casa. No le salieron al Visorrey las diligencias de provecho alguno ni de esperanza, porque el Príncipe no correspondió a ellas, porque al Visorrey le faltaron muchos de los ministros, así indios como españoles, que en aquel particular sirvieron y ayudaron a su antecesor. Y de parte del Príncipe también hubo dificultades para no aceptar partido alguno, porque los parientes y vasallos que consigo tenía, escarmentados de la salida de su hermano y de la poca merced que le hicieron y de lo poco que vivió entre los españoles, haciendo de todo ello sentimiento y queja, como que los españoles la hubiesen causado, aconsejaron a su Inca que en ninguna manera saliese de su destierro, que mejor le estaba vivir en él que morir entre sus enemigos.

Esta determinación de aquel Príncipe supo el Visorrey de los indios que entraban y salían de aquellas montañas, así de los que él envió como de los indios domésticos que vivían con los españoles, que lo dijeron a sus amos más claro y descubierto, y todo fue a oídos del Visorrey. El cual pidió parecer y consejo a sus familiares, los cuales le aconsejaron que pues aquel Príncipe no había querido salir por bien, lo sacase por

fuerza, haciéndole guerra hasta prenderle y aun matarle, que a la Majestad Católica se le haría mucho servicio y para todo aquel Reino sería gran beneficio, porque aquel Inca estaba cerca del camino real que va del Cozco a Huamanca y a Rímac; que sus indios y vasallos salían a saltear y robar a los mercaderes españoles que pasaban por aquel camino, y hacían otras grandes insolencias, como enemigos mortales. Demás desto dijeron los consejeros que aseguraría aquel Imperio de levantamientos, que aquel mozo, como heredero, con el favor y ayuda de los indios Incas, sus parientes, que vivían entre los españoles, y de los caciques, sus vasallos, y de los mestizos, hijos de españoles y de indias, podía hacer siempre que lo pretendiese, que todos holgarían de la novedad, así los indios vasallos como los parientes, por ver los unos y los otros restituido a su Inca, y los mestizos por gozar de los despojos que con el levantamiento podían haber, porque todos (según se quejaban) andaban pobres y alcanzados de lo necesario para la vida humana.

Sin esto, le dijeron que con la prisión de aquel Inca se cobraría todo el tesoro de los Reyes pasados, que según la pública voz y fama, lo tenían escondido los indios, y una de las joyas era la cadena de oro que Huayna Cápac mandó hacer para la solemnidad y fiesta que se había de celebrar al poner nombre a su hijo primogénito Huáscar Inca, como atrás queda referido. Dijeron que aquella pieza y todo el demás tesoro era de la Majestad Católica, pues era suyo el Imperio y todo lo que fue de los Incas pasados, que lo ganaron los españoles sus vasallos con sus armas y poder. Sin esto, le dijeron otras muchas cosas para incitar al Visorrey a que le prendiese.

Volviendo a las acusaciones que al Príncipe hacían, decimos que es verdad que muchos años antes, en vida de su padre Manco Inca, hubo algo de robos en aquel camino, que sus vasallos hicieron, pero no a los mercaderes españoles, que no tenían necesidad de sus mercaderías, sino a los indios o castellanos que de una parte a otra llevaban a trocar y vender ganado natural de aquella tierra; que la necesidad de no tener su Inca carne que comer les forzaba a saltearla, porque

en aquellas bravas montañas no se cría ganado alguno manso, sino tigres, leones y culebras de a veinte y cinco y treinta pies de largo, sin otras malas sabandijas, que aquella región de tierra y otras de su suerte (de las cuales hemos hecho larga mención en la historia) no dan otro fruto. Por lo cual su padre deste Príncipe mandó hacer algunos robos en el ganado, diciendo que todo aquel Imperio y cuanto en él había era suyo; que quería gozar, comoquiera que pudiese, de lo que tanta falta tenía para su comer. Esto pasó mientras vivió aquel Inca, que yo me acuerdo que en mis niñeces oí hablar de tres o cuatro saltos y robos que sus vasallos habían hecho; pero muerto el Inca, cesó todo aquel alboroto y escándalo.

El Visorrey, movido con estos consejos y avisos, determinó hacer guerra a aquel Príncipe comoquiera que pudiese, hasta prenderle, porque le parecía, según los consejeros decían, que era grande inconveniente que aquel Inca viviese en frontera y enemistad de los españoles, alborotando la tierra, salteando los caminos y robando los mercaderes, todo lo cual era de mucho desasosiego y poca o ninguna seguridad para aquel Reino, y que los indios, según decían las espías, andaban inquietos viendo su Príncipe tan cerca dellos, y que no pudiesen gozar dél ni servirle como quisieran. Convencido el Visorrey con estas persuasiones, nombró por capitán de la jornada a un caballero que se decía Martín García Loyola, que años atrás, en ocasiones grandes, había hecho muchos servicios a Su Majestad. Mandole hacer gente, echando fama que era para ir a socorrer al Reino de Chile, donde los araucos traían muy apretados a los españoles que en aquel Reino vivían. Juntáronse para la jornada más de docientos y cincuenta hombres, y con toda brevedad fueron a Uillcapampa, bien apercebidos de armas ofensivas y defensiva. Pudieron entrar en aquellas bravas montañas porque, dende que salió el Príncipe Don Diego Sayri Túpac, se había allanado y facilitado todos los caminos que entraban y salían de aquel puesto, sin que hubiese contradicción alguna.

El Príncipe Túpac Amaru, sabiendo la gente de guerra que entraba en su distrito, no asegurándose del

hecho, se retiró más de veinte leguas por un río abajo. Los españoles, viendo su huída, hicieron a prisa muy grandes balsas, y le siguieron. El Príncipe, considerando que no podía defenderse porque no tenía gente, y también porque se hallaba sin culpa, sin imaginación de alboroto ni otro delito que hubiese pensado hacer, se dejó prender. Quiso más fiarse de los que iban a prenderle que perecer huyendo por aquellas montañas y ríos grandes que salen al río que llaman de la Plata. Entregose al capitán Martín García Loyola y a sus compañeros, con imaginación que antes habrían lástima dél, de verlo desamparado, y le darían algo para sustentarse, como hicieron a su hermano Don Diego Sayri Túpac, pero que no le querrían para matarle ni hacerle otro daño, porque no había hecho delito. Y así se dio a los españoles. Los cuales recogieron todos los indios e indias que con él estaban, y a la infanta, su mujer, y dos hijos y una hija que tenían, con los cuales volvieron los españoles y su capitán, y entraron en el Cozco muy triunfantes con tales prisioneros, donde los esperaba el Visorrey, que, sabiendo la prisión del pobre Príncipe, se fue a ella para recibirlos allí.

CAPITULO XVII

El proceso contra el Príncipe y contra los Incas parientes de la sangre real, y contra los mestizos, hijos de indias y de conquistadores de aquel imperio

Luego que vieron preso al Príncipe, le crearon un fiscal que le acusase sus delitos, el cual le puso los capítulos que atrás apuntamos: que mandaba a sus vasallos y criados que saliesen de aquellas montañas a saltar y robar a los caminantes mercaderes, principalmente a los españoles; que los tenía a todos por enemigos; que tenía hecho trato y concierto con los Incas, sus parientes, que vivían entre los españoles, que, a tal tiempo y en tal día, concertándose con los caciques, señores de vasallos, que habían sido de sus padres y abuelos, se alzasen y matasen cuantos españoles pudiesen.

También entraron en la acusación los mestizos, hijos de los conquistadores de aquel Imperio y de las in-

dias naturales dél. Pusiéronles por capítulo que se habían conjurado con el Príncipe Túpac Amaru y con los demás Incas para alzarse con el Reino, porque algunos de los mestizos eran parientes de los Incas por vía de sus madres, y que éstos, en su conjuración, se habían quejado al Príncipe Inca, diciendo que, siendo hijos de conquistadores de aquel Imperio y de madres naturales dél, que alguna dellas eran de la sangre real y otras muchas eran mujeres nobles, hijas, sobrinas y nietas de los curacas, señores de vasallos, y que ni por los méritos de sus padres, ni por la naturaleza y legítima de la hacienda de sus madres y abuelos no les había cabido nada, siendo hijos de los más beneméritos de aquel Imperio, porque los Gobernadores habían dado a sus parientes y amigos lo que sus padres ganaron y había sido de sus abuelos maternos, y que a ellos los dejaron desamparados, necesitados a pedir limosna para poder comer, o forzados a saltar por los caminos para poder vivir, y morir ahorcados. Que Su Alteza, el Príncipe, se doliese dellos, pues que eran naturales de su Imperio, y los recibiese en su servicio y admitiese en su milicia, que ellos harían como buenos soldados, hasta morir todos en la demanda. Todo esto pusieron en la acusación de los mestizos; prendieron todos los que en el Cozco hallaron de veinte años arriba, que pudiesen ya tomar armas. Condenaron algunos dellos a quisi-tión de tormento, para sacar en limpio lo que se temía en confuso.

En aquella furia de prisión, acusación y delitos, fue una india a visitar su hijo, que estaba en la cárcel; supo que era de los condenados a tormento. Entró como pudo donde estaba el hijo, y en alta voz le dijo: "Sabido he que estás condenado a tormento; súfrello y pásalo como hombre de bien, sin condenar a nadie, que Dios te ayudará y pagará lo que tu padre y sus compañeros trabajaron en ganar esta tierra para que fuese de cristianos y los naturales della fuesen de su Iglesia. Muy bien se os emplea que todos los hijos de los conquistadores muráis ahorcados, en premio y paga de haber ganado vuestros padres este Imperio". Otras muchas cosas dijo a este propósito, dando grandísimas voces y gritos, como una loca sin juicio alguno, llaman-

do a Dios y a las gentes, que oyesen las culpas y delitos de aquellos hijos naturales de la tierra y de los ganadores della, y que, pues los querian matar con tanta razón y justicia como decían que tenían para matarlos, que matasen también a sus madres, que la misma pena merecían por haberlos parido y criado y ayudado a sus padres, los españoles (negando a los suyos propios), a que ganasen aquel Imperio. Todo lo cual permitía el Pachacámac por los pecados de las madres, que fueron traidoras a su Inca y a sus caciques y señores, por amor de los españoles. Y que pues ella se condenaba en nombre de todas las demás, pedía y requería a los españoles y al capitán dellos que, con toda brevedad, ejecutasen y pusiesen por obra su voluntad y justicia y la sacasen de pena, que todo se lo pagaría Dios muy largamente en este mundo y en el otro.

Diciendo estas cosas y otras semejantes a grandes voces y gritos, salió de la cárcel, y fue por las calles con la misma vocería, de manera que alborotó a cuantos la oyeron. Y valió mucho a los mestizos este clamor que la buena madre hizo, porque, viendo la razón que tenía, se apartó el Visorrey de su propósito, por no causar más escándalo. Y así no condenó ninguno de los mestizos a muerte, pero dioles otra muerte más larga y penosa, que fue desterrarlos a diversas partes del Nuevo Mundo, fuera de todo lo que sus padres ganaron. Y así enviaron muchos al Reino de Chile, y entre ellos fue un hijo de Pedro del Barco, de quien se ha hecho larga mención en la historia, que fue mi condiscípulo en la escuela y fue pupilo de mi padre, que fue su tutor. Otras enviaron al Nuevo Reino de Granada y a diversas islas de Barlovento y a Panamá y a Nicaragua, y algunos aportaron a España, y uno dellos fue Juan Arias Maldonado, hijo de Diego Maldonado del Rico. Estuvo desterrado en España más de diez años, y yo le vi y hospedé dos veces en mi posada, en uno de los pueblos desde Obispado de Córdoba donde yo vivía entonces, y me contó mucho de lo que hemos dicho, aunque no se dice todo.

Al cabo del largo tiempo de su destierro, le dio licencia el Supremo Consejo Real de las Indias por tres años, para que volviese al Perú a recoger su hacienda

y volviese a España a acabar en ella la vida. A su partida, pasando con su mujer por donde yo estaba (que se había casado en Madrid), me pidió que le ayudase con algo de ajuar y ornamento de casa, que iba a su tierra muy pobre y falto de todo. Yo me despojé de toda la ropa blanca que tenía y de unos tafetanes que había hecho a la soldadesca, que eran como banderas de infantería, de muchos colores. Y un año antes le había enviado a la Corte un caballo muy bueno que me pidió, que todo ello llegaría a valer quinientos ducados. Y acerca dellos me dijo: "Hermano, fiadlos de mí, que, en llegando a nuestra tierra, os enviaré dos mil pesos por el caballo y por este regalo que me habéis hecho". Yo creo que él lo hiciera así, pero mi buena fortuna lo estorbó, que llegando a Paita, que es término del Perú, de puro contento y regocijo de verse en su tierra, espiró dentro de tres días. Perdóneseme la digresión, que por ser cosas de mis discípulos me atreví a tomar licencia para contarlas. Todos los que fueron así desterrados perecieron en el destierro, que ninguno dellos volvió a su tierra.¹

CAPITULO XVIII

El destierro que se dio a los indios de la sangre real y a los mestizos. La muerte y fin que todos ellos tuvieron. La sentencia que dieron contra el Príncipe, y su respuesta, cómo recibió el Santo Bautismo.

A los indios de la sangre real, que fueron treinta y seis varones, los más notorios y propincuos del linaje de los Reyes de aquella tierra, desterraron a la Ciudad de los Reyes, mandándoles que no saliesen della sin licencia de los superiores. Con ellos enviaron los dos niños, hijos del pobre Príncipe, y la hija, todos tres tan de poca edad que el mayor dellos no pasaba de los

1. El infortunio de los conquistadores se extiende así a sus hijos mestizos (cf. supra, nota al cap. XII).

diez años. Llegados los Incas a Rímac, por otro nombre la Ciudad de los Reyes, el Arzobispo della, Don Jerónimo de Loaysa, apiadándose dellos, llevó la niña a su casa para criarla. Los demás desterrados, viéndose fuera de su ciudad, de sus casas y naturaleza, se afligieron de tal manera que en poco más de dos años murieron treinta y cinco dellos, y entrellos los dos niños. Demás de la aflicción, les ayudó a fenecer tan presto la región de aquella ciudad, que está en tierra caliente y costa de la mar, que llaman los llanos, que es temple muy diferente de lo que llaman sierra. Y los naturales de la sierra, como dijimos en la primera parte desta historia, enferman muy presto en entrando en los llanos, como si entrasen en tierra apestada. Y así acabaron brevemente aquellos pobres Incas.

A los tres que quedaron, que uno dellos fue Don Carlos, mi discípulo, hijo de Don Cristóbal Paullu, de quien muchas veces hemos hecho mención, mandó la Chancillería (de lástima que les tuvo) que se volviesen a sus casas, mas ellos iban tan gastados de su mala ventura, que dentro de año y medio se murieron todos tres. Pero no por esto quedó entonces consumida la sangre real de aquella tierra, porque quedó un hijo de Don Carlos susodicho, de quien dimos cuenta en el último capítulo de la primera parte destes **Comentarios**, que vino a España a recibir grandes mercedes, como en el Perú se las prometieron. El cual falleció al fin del año de mil y seiscientos y diez en Alcalá de Henares, de cierta pesadumbre que tuvo de verse recluso en un convento por cierta pasión que tuvo con otro de su mismo hábito de Santiago. Falleció en muy breve tiempo, de melancolía de que, habiendo estado ocho meses recluso por la misma causa en otro convento, lo encarcelasen ahora de nuevo. Dejó un hijo, niño de tres o cuatro meses, legitimado para que heredara la merced que Su Majestad le había hecho en la Contratación de Sevilla; el cual murió dentro del año, y así se perdió toda la renta con la muerte del niño, para que en todo se cumpliesen los pronósticos que el gran Huayna Cápac echó sobre los de su sangre real y sobre su Imperio.

En el Reino de México, que tan poderosos fueron aquellos Reyes en su gentilidad (como lo escribe Fran-

cisco López de Gómara en su **Historia general de las Indias**) no ha habido escándalo alguno en la sucesión del Reino, porque no era por herencia de padres a hijo, sino por elección de los vasallos, Que muerto el poseedor, elegían los grandes del Reino al que les parecía más digno y capaz para ser Rey. Y así, después que lo ganaron los españoles, no ha habido pretensor ni alteración que apaciguar en este particular, porque muerto el Rey, no había quien aspirase a la sucesión del Reino, sino a la gracia y elección de los electores. Pero en mi tierra ha habido escándalos, causados mas por la sospecha que de los legítimos herederos se ha tenido, que por la culpa dellos, como lo fue el deste pobre Príncipe que tenemos presente. Que le sentenciaron a muerte, cortada la cabeza con voz de pregonero que fuese publicando su tiranía y las traiciones que con los suyos, indios y mestizos, tenía concertadas de hacer en el levantamiento de aquel Imperio, contra la Corona y servicio de la Majestad Católica del Rey Don Felipe Segundo, Rey de España y Emperador del Nuevo Mundo.

Notificáronle la sentencia brevemente, que no le dijeron más de que le mandaban cortar la cabeza, pero no le dijeron las causas por qué. Respondió el pobre Inca que él no había hecho delito alguno para merecer la muerte; que se contentase el Visorrey de enviarlo preso y a buen recaudo a España, y que holgaría muy mucho de besar la mano a su señor el Rey Don Felipe; y que con esto se aseguraba el Visorrey y todos los suyos de cualquiera temor y sospecha que hubiesen tenido o pudiesen tener de que se quería alzar y levantar con el Reino; cosa tan ajena de todo buen entendimiento, como lo mostraba la imposibilidad del hecho, que pues su padre no había podido con docientos mil hombres de guerra sujetar a docientos españoles que tuvo cercados en aquella misma ciudad, que no era de imaginar que él pretendiese rebelarse contra ellos, habiendo tanto número de moradores en cada pueblo de cristianos, sin los que había derramados por todo aquel Imperio. Que si él hubiera hecho o imaginado hacer algún delito contra los españoles, que no se dejara prender, que huyera a más lejos, donde no le alcanzaran. Pero que viéndose inocente y sin culpa, esperó a los

que iban a prenderle y vino con ellos de buena gana, entendiendo que le llamaban y sacaban de las montañas donde estaba para hacerla alguna merced, como se la hicieron a su hermano Don Diego Sayri Túpac. Que él apelaba de la sentencia para el Rey de Castilla, su señor, y para el Pachacámac, pues no se contentaba el Visorrey de gozar de su Imperio y ser señor dél, pues le bastaba, sino que ahora le quisiese quitar la vida, tan sin culpa como él se hallaba. Con lo cual dijo que recibiría la muerte contento y consolado, pues se la daban en lugar de la restitución que de su Imperio le debían. Con esto dijo otras cosas de mucha lástima, con que indios y españoles lloraron tiernamente de oír palabras tan lastimeras.

Los religiosos de aquella ciudad del Cozco acudieron al Príncipe a enseñarle la doctrina cristiana y a persuadirle que se bautizase, a ejemplo de su hermano Don Diego Sayri Túpac y de su tío Atahuallpa. A lo cual dijo el Príncipe que holgaba muy mucho de bautizarse, por gozar de la ley de los cristianos, de la cual su abuelo Huayna Cápac les dejó dicho que era mejor ley que la que ellos tenían. Por tanto quería ser cristiano y llamarse Don Felipe, siquiera por gozar del nombre de su Inca y su Rey Don Felipe, ya que no quería el Visorrey que gozase de su vista y presencia, pues no quería enviarlo a España. Con esto se bautizó, con tanta tristeza y llanto de los circunstantes como hubo de fiesta y regocijo en el bautismo de su hermano Don Diego Sayri Túpac, como atrás se dijo.

Los españoles que estaban en aquella imperial ciudad, así religiosos como seculares, aunque oyeron la sentencia y vieron todo lo que se ha dicho y mucho más, que no lo acertamos a decir por excusar prolijidad, no imaginaron que se ejecutara la sentencia, por parecerles un hecho ajeno a la humanidad y clemencia que con un Príncipe desheredado de un imperio tal y tan grande se debía tener y usar, y que a la Majestad del Rey Don Felipe no le sería agradable, antes grave y enojoso, el no dejarle ir a España. Mas el Visorrey estaba de diferente parecer, como luego se verá.

CAPITULO XIX

La ejecución de la sentencia contra el Príncipe. Las consultas que se hacían para prohibirla. El Visorrey no quiso oírlas. El buen ánimo con que el Inca recibió la muerte.

Determinado el Visorrey de ejecutar su sentencia, mandó hacer un tablado muy solemne en la Plaza Mayor de aquella ciudad, y que se ejecutase la muerte de aquel Príncipe, porque así convenía a la seguridad y quietud de aquel Imperio. Admiró la nueva desto a toda la ciudad, y así procuraron los caballeros y religiosos graves de juntarse todos y pedir al Visorrey no se hiciese cosa tan fuera de piedad, que la abominaría todo el mundo dondequiera que se supiese, y que su mismo Rey se enfadaría dello. Que se contentase con enviarlo a España en perpetuo destierro, que era más largo tormento y más penoso que matarlo brevemente. Estas cosas y otras platicaban los de aquella ciudad, determinando de hablar al Visorrey con todo el encarecimiento posible, hasta hacerle requerimiento y protestaciones para que no ejecutase la sentencia. Mas él, que tenía espías puestas por la ciudad para que le avisasen cómo tomaban la sentencia los moradores della, y qué era lo que platicaban y trataban acerca della, sabiendo la junta que estaba hecha para hablarle y requerirle, mandó cerrar las puertas de su casa, y que su guardia se pusiese a la puerta y no dejase entrar a nadie, so pena de la vida. Mandó asimismo que sacasen al Inca y le cortasen la cabeza con toda brevedad, porque se quitase aquel alboroto, que temió no se le quitasen de las manos.

Al pobre Príncipe sacaron en una mula, con una soga al cuello y las manos atadas y unregonero delante, que iba regonando su muerte y la causa della, que era tirano, traidor contra la corona de la Majestad Católica. El Príncipe, oyendo el pregón, no entendiendo el lenguaje español, preguntó a los religiosos que con él iban qué era lo que aquel hombre iba diciendo. Declarándole que le mataban porque era auca contra el

Rey, su señor. Entonces mandó que le llamasen aquel hombre, y, cuando le tuvo cerca, le dijo: "No digas eso que vas pregonando, pues sabes que es mentira, que yo no he hecho traición ni he pensado hacerla, como todo el mundo lo sabe. Di que me matan porque el Visorrey lo quiere, y no por mis delitos, que no he hecho ninguno contra él ni contra el Rey de Castilla. Yo llamo al Pachacámac, que sabe que es verdad lo que digo".

Con esto pasaron adelante los ministros de la justicia. A la entrada de la plaza salieron una gran banda de mujeres de todas edades, algunas dellas de su sangre real, y las demás mujeres e hijas de los caciques de la comarca de aquella ciudad, y con grandes voces y alaridos, con muchas lágrimas (que también las causaron en los religiosos y seculares españoles) le dijeron: "Inca ¿por qué te llevan a cortar la cabeza? ¿Qué delitos, qué traiciones has hecho para merecer tal muerte? Pide a quien te la da que mande matarnos a todas, pues somos tuyas por sangre y naturaleza, que más contentas y dichosas iremos en tu compañía que quedar por siervas y esclavas de los que te matan". Entonces temieron que hubiera algún alboroto en la ciudad, según el ruido, grita y vocería que levantaron los que miraban la ejecución de aquella sentencia, tan no pensada ni imaginada por ellos. Pasaban de trecientas mil ánimas los que estaban en aquellas dos plazas, calles, ventanas y tejados para poderla ver.

Los ministros se dieron prisa hasta llegar al tabladillo, donde el Príncipe subió, y los religiosos que le acompañaban y el verdugo en pos dellos, con su alfanje en la mano. Los indios, viendo su Inca tan cercano a la muerte, de lástima y dolor que sintieron levantaron otro murmullo, vocería, gritos y alaridos, de manera que no se podían oír. Los sacerdotes que hablaban con el Príncipe le pidieron que mandase callar aquellos indios. El Inca alzó el brazo derecho con la mano abierta, y la puso en derecho del oído, y de allí la bajó poco a poco, hasta ponerla sobre el muslo derecho. Con lo cual, sintiendo los indios que les mandaba callar, cesaron de su grita y vocería, y quedaron con tanto silencio que parecía no haber ánima nacida en toda aquella ciudad, de lo cual se admiraron muy mucho los españoles,

y el Visorrey entre ellos, el cual estaba a una ventana, mirando la ejecución de su sentencia. Notaron con espanto la obediencia que los indios tenían a sus Príncipes, que aun en aquel paso la mostrasen, como todos la vieron.

Luego cortaron la cabeza al Inca, el cual recibió aquella pena y tormento con el valor y grandeza de ánimo que los Incas y todos los indios nobles suelen recibir cualquiera inhumanidad y crueldad que les hagan, como se habrán visto algunas en nuestra historia de la Florida y en ésta, y otras en las guerras que en Chile han tenido y tienen los indios araucos con los españoles, según lo han escrito en verso los autores de aquellos hechos, sin otros muchos que se hicieron en México y en el Perú, por españoles muy calificados, que yo conocí algunos dellos, pero dejámoslos de decir por no hacer odiosa nuestra historia.

Demás del buen ánimo con que recibió la muerte aquel pobre Príncipe (antes rico y dichoso, pues murió cristiano), dejó lastimados los religiosos que le ayudaron a llevar su tormento, que fueron los de San Francisco, Nuestra Señora de las Mercedes, de Santo Domingo y San Agustín, sin otros muchos sacerdotes clérigos, los cuales todos, de lástima de tal muerte en un Príncipe tal y tan grande, lloraron tiernamente y dijeron muchas misas por su ánima, y se consolaron con la magnanimidad que en aquel paso mostró, y tuvieron qué contar de su paciencia y actos que hacía de buen cristiano, adorando las imágenes de Cristo Nuestro Señor y de la Virgen, su Madre, que los sacerdotes le llevaban delante. Así acabó este Inca, legítimo heredero de aquel Imperio por línea recta de varón, dende el primer Inca Manco Cápac hasta él, que, como lo dice el Padre Blas Valera, fueron más de quinientos años y cerca de seiscientos. Este fue el general sentimiento de aquella tierra y la relación nacida de la compasión y lástima de los naturales y españoles. Puede ser que el Visorrey haya tenido más razones para justificar su hecho.

Ejecutada la sentencia en el buen Príncipe, ejecutaron el destierro de sus hijos y parientes a la Ciudad de los Reyes, y el de los mestizos a diversas partes del

Nuevo Mundo y Viejo, como atrás se dijo, que lo antepusimos de su lugar, por contar a lo último de nuestra obra y trabajo lo más lastimero de todo lo que en nuestra tierra ha pasado y hemos escrito, porque en todo sea tragedia, como lo muestran los finales de los Libros desta segunda parte de nuestros **Comentarios**. Sea Dios loado por todos.¹

CAPITULO XX

La venida de Don Francisco de Toledo a España. La reprehensión que la Majestad Católica le dio, y su fin y muerte. Y la del Gobernador Martín García Loyola.

Porque no vaya sola y desacompañada la muerte del Inca Don Felipe Túpac Amaru, será razón demos cuenta brevemente de la que tuvo el Visorrey Don Francisco de Toledo. El cual, cumplido el término de su visorreinado, que fue muy largo (que, según dicen, pasó de los diez y seis años), se vino a España con mucha prosperidad y riqueza, que fue pública voz y fama que trajo más de quinientos mil pesos en oro y plata. Con esta riqueza y la buena fama della, entró en la Corte, donde pensó ser uno de los grandes ministros de España, por los muchos servicios que imaginaba haber hecho a la Majestad Católica en haber extirpado y apagado la real sucesión de los Incas Reyes del Perú, para que nadie pretendiese ni imaginase que le pertenecía la herencia y sucesión de aquel Imperio, y que la Corona de España la poseyese y gozase sin recelo ni cuidado de que hubiese quien pretendiese pertenecerle por vía alguna. También imaginaba que se le habian de gratificar las muchas leyes y ordenanzas que dejaba hechas en aquellos Reinos, así para el aumento de la hacienda real, en el beneficio de las minas de pláta y del azogue (donde mandó que por su vez y

1. Texto fundamental para la comprensión de la presente obra del Inca, al cual nos venimos refiriendo desde 1949 y que sólo recientemente ha sido atendido por otros estudiosos, como Aurelio Miró Quesada. Cf. *supra*, Estudio preliminar, texto y notas.

rueda acudiesen tantos indios de cada provincia a trabajar en las dichas minas, pagándoles a cada uno su jornal), como por las que mandó en servicio y regalo de los españoles moradores de aquellos Reinos, que los indios habían de hacer y guardar, pagándoseles el valor de aquellas cosas que habían de criar y guardar para tal servicio y regalo, que, por ser cosas largas y prolijas, las dejamos de escribir.

Con estas imaginaciones de tan grandes méritos, entró a besar la mano al Rey Don Felipe Segundo. La Católica Majestad, que tenía larga y general relación y noticia de todo lo sucedido en aquel Imperio, y en particular de la muerte que dieron al Príncipe Túpac Amaru, y del destierro en que condenaron a sus parientes más cercanos, donde perecieron todos, recibió al Visorrey, no con el aplauso que él esperaba, sino muy en contra. Y en breves palabras le dijo que se fuese a su casa, que Su Majestad no le había enviado al Perú para que matase Reyes, sino que sirviese a Reyes. Con esto se salió de la presencia real, y se fue a su posada, bien desconsolado del disfavor que no imaginaba, al cual se añadió otro no menor, y fue que no faltaron émulos que avisaron al Consejo de la Hacienda Real que sus criados y ministros habían cobrado su salario pesos por ducados, que, como eran cuarenta mil ducados, tomaban cada año cuarenta mil pesos, y que, por el largo tiempo que el Visorrey había asistido en el gobierno de aquel Imperio, pasaban de ciento y veinte mil ducados los que se habían hecho de daño y agravio a la Hacienda Real, por lo cual los del Consejo della mandaron embargar todo el oro y plata que Don Francisco de Toledo traía del Perú, hasta que se averiguase y sacase en claro lo que pertenecía a la Real Hacienda. Don Francisco de Toledo, viendo el segundo disfavor, que igualaba con el primero, cayó en tanta tristeza y melancolía que murió en pocos días.

Resta decir el fin que tuvo el capitán Martín García Loyola, que le sucedió como se sigue. Al cual, en remuneración de haber preso al Inca, y de otros muchos servicios que a la Corona de España había hecho, le casaron con la infanta, sobrina deste mismo Príncipe, hija de su hermano Sayri Túpac, para que gozase

del repartimiento de indios que esta infanta heredó de su padre el Inca. Y para mayor honra y satisfacción suya y servicio de la Majestad Católica, lo eligieron por Gobernador y Capitán general del Reino de Chile, donde fue con muy buena compañía de caballeros y soldados españoles, y gobernó aquel Reino algunos meses y años, con mucha prudencia y discreción suya y gusto de sus compañeros, aunque con mucho trabajo y pesadumbre de todos ellos por la guerra continua que los indios enemigos sustentaban, y hoy (que es ya entrado el año de mil y seiscientos y trece) sustentan, habiéndose rebelado y alzado el año de mil y quinientos y cincuenta y tres, sin haber dejado las armas en todo este largo tiempo, como en otras partes lo hemos apuntado.

Sirviendo el Gobernador Loyola en este ejercicio militar, fue un día de aquéllos (como otras muchas veces lo había hecho) a visitar los presidios que estaban en frontera de los rebeldes, los cuales presidios servían de reprimir a los enemigos que no saliesen a hacer daño en los indios domésticos que estaban en servicio de los españoles. Y habiendo proveído todos los presidios de armas, municiones y bastimento, se volvía al gobierno de las ciudades pacíficas que en aquel Reino había. Y pareciéndole (como era así) que estaba ya fuera de los términos de los enemigos, despidió docientos soldados que en su guardia traía, y les mandó que se volviesen a sus plazas y fortalezas. Y él se quedó con otros treinta compañeros, entre ellos capitanes viejos y soldados aventajados, de muchos años de servicio. Hicieron su alojamiento en un llano muy hermoso, donde armaron sus tiendas para descansar y regalarse aquella noche y las venideras, y vengarse de las malas noches que en la visita de la frontera y presidios habían sufrido y pasado, porque los indios de guerra andaban tan vigilantes y solícitos que no les permitían hora de descanso para dormir ni comer.

Los indios araucos y los de otras provincias comarcanas a ellos, de los que están rebeldes (que fueron vasallos de los Incas), venida la noche fueron algunos dellos, como espías, a ver lo que hacían los españoles, si dormían con centinelas o sin ellas; y hallándolos con

todo el descuido y olvido de sí propios que sus enemigos podían desear, hicieron señas, llamándose unos a otros con graznidos de aves y ladridos de animales nocturnos, para no ser sentidos. Las cuales señas ellos de continuo traen por señas y contraseñas, para lo que se les ofreciere en semejantes pasos. Oyendo las señas, en un punto se juntó una gran banda de indios, y con todo el silencio posible entraron en el alojamiento de los españoles y, hallándolos dormidos, desnudos en camisa, los degollaron todos. Y los indios, con la victoria, se llevaron los caballos y las armas y todo el demás despojo que los españoles traían.

Este fin tuvo el Gobernador Martín García Loyola, que dio harta lástima en el Reino de Chile y ocasión en todo el Perú a que indios y españoles hablasen de su fallecimiento y dijesen que la fortuna había encaminado y ordenado sus hechos y negocios de manera que los vasallos del Príncipe que él prendió lo matasen en venganza de la muerte que a su Inca dieron, pues teniendo a las espaldas y tan cerca enemigos tan crueles, tan deseosos de la destrucción y muerte de los españoles, se durmiesen de manera que se dejasen matar todos sin hacer resistencia alguna, siendo, como eran, capitanes y soldados tan prácticos y veteranos en aquella tierra.

El Gobernador Martín García Loyola dejó una hija, habida en su mujer, la infanta hija del Príncipe Don Diego Sayri Túpac. La cual hija trajeron a España y la casaron con un caballero muy principal llamado Don Juan Enríquez de Borja. La Católica Majestad, demás del repartimiento de indios que la infanta heredó de su padre, le ha hecho merced (según me lo han escrito de Corte) de título de Marquesa de Oropesa, que es un pueblo que el Visorrey Don Francisco de Toledo fundó en el Perú, y le llamó Oropesa porque quedase memoria en aquella tierra de la Casa y estado de sus padres y abuelos. Sin esta merced y título, me dicen que entre los ilustrísimos señores Presidentes del Consejo Real de Castilla y de Indias, y el confesor de Su Majestad y otros dos Oidores del mismo Consejo de Indias, se trata y consulta de hacerle grandes mercedes en gratificación de los muchos y señalados servicios

que su padre el Gobernador hizo a Su Majestad, y en restitución de su herencia patrimonial. A lo cual me dicen que no sirven poco nuestros **Comentarios** de la primera parte, por la relación sucesiva que ha dado de aquellos Reyes Incas.¹ Con esta nueva me doy por gratificado y remunerado del trabajo y solicitud de haberlos escrito, sin esperanza (como en otras partes lo hemos dicho) de galardón alguno.

CAPITULO XXI

Fin del Libro octavo, último de la historia.

Habiendo dado principio a esta nuestra historia con el principio y origen de los Incas Reyes que fueron del Perú, y habiendo dado larga noticia de sus conquistas y generosidades, de sus vidas y gobierno en paz y en guerra y de la idolatría que en su gentilidad tuvieron, como largamente, con el favor divino, lo hicimos en la primera parte destes **Comentarios**, con que se cumplió la obligación que a la patria y a los parientes maternos se les debía; y en esta segunda, como se ha visto, se ha hecho larga relación de las hazañas y valentías que los bravos y valerosos españoles hicieron en ganar aquel riquísimo Imperio, con que asimismo he cumplido (aunque no por entero) con la obligación paterna, que a mi padre y a sus ilustres y generosos compañeros debo, me pareció dar fin y término a esta obra y trabajo, como lo hago, con el término y fin de la sucesión de los mismos Reyes Incas, que hasta el desdichado Huáscar Inca fueron trece los que dende su principio poseyeron aquel Imperio hasta la ida de los españoles. Y otros cinco que después sucedieron, que fueron Manco Inca y sus dos hijos, Don Diego y Don Felipe, y sus dos nietos, los cuales no poseyeron nada de aquel Reino, más de tener derecho a él. De manera que por todos fueron diez y ocho los sucesores por línea recta de varón del primer Inca Manco Cápac, hasta el último de los niños, que no supe có-

1. De este modo, al final de sus días, Garcilaso ve llegar la recompensa a sus esfuerzos. Ha servido a su pueblo y goza de excelente reputación personal. Y ha podido, en fin, llegar al término de sus escritos. Cf. supra, Estudio preliminar.

mo le llamaron. Al Inca Atahuallpa no le cuentan los indios entre sus Reyes, porque dicen que fue auca.

De los hijos transversales destes Reyes, aunque en el último capítulo de la primera parte destes **Comentarios** dimos cuenta cuántos descendientes había de cada Rey de los pasados, que ellos mismos me enviaron (como allí lo dije) la memoria y copia de todos ellos, con poder cumplido a Don Melchior Carlos y a Don Alonso de Mesa y a mí, para que cualquiera de nosotros la presentara ante la Católica Majestad y ante el Supremo Consejo de las Indias, para que se les hiciera merced (siquiera porque eran descendientes de Reyes) de libertarles de las vejaciones que padecían, y yo envié a la Corte los papeles y la memoria (que vinieron a mí dirigidos) a los dichos Don Melchior Carlos y Don Alonso de Mesa, mas el Don Melchior, teniendo sus pretensiones por la misma vía, razón y derecho que aquellos Incas, no quiso presentar los papeles por no confesar que había tantos de aquella sangre real, por parecerle que, si lo hacía, la quitarían mucha parte de las mercedes que pretendía y esparaba recibir, y así no quiso hablar en favor de sus parientes, y él acabó como se ha dicho, sin provecho suyo ni ajeno. Pareciome dar cuenta deste hecho para mi descargo, porque los parientes, allá donde están, sepan lo que pasa, y no se me atribuya a descuido o malicia no haber yo hecho lo que ellos me mandaron y pidieron, que yo holgara haber empleado la vida en servicio de los que tan bien lo merecen; pero no me ha sido posible, por estar ocupado en escribir esta historia, que espero no haber servido menos en ella a los españoles que ganaron aquel Imperio que a los Incas que lo poseyeron.

La Divina Majestad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios verdadero, sea loada por todos los siglos de los siglos, que tanta merced me ha hecho en querer que llegase a este punto. Sea para gloria y honra de su nombre divino, cuya infinita misericordia, mediante la sangre de Nuestro Señor Jesucristo y la intercesión de la siempre Virgen María, su Madre, y de toda su Corte celestial, sea en mi favor y amparo, ahora y en la hora de mi muerte, amén, Jesús, cien mil veces Jesús.

L A V S D E O

INDICE GENERAL

VOLUMEN I

| | |
|--|----|
| PRESENTACION | 9 |
| ESTUDIO PRELIMINAR, por José Durand | 11 |
| CRONOLOGIA SUMARIA | 39 |
| Licencia. Aprobación y Mandato Real para la impresión de la segunda parte de los Comentarios Reales | 48 |
| Dedicatoria del libro y dedicatoria del autor a la Gloriosísima Virgen María, etc. | 53 |
| Prólogo a los indios, mestizos y criollos de los reinos y provincias del grande y riquísimo imperio del Perú | 55 |
| Tassa | 67 |

CAPITULOS DEL LIBRO PRIMERO

| | |
|--|----|
| CAPITULO I.—Tres españoles hombres nobles aspiran a la conquista del Perú | 69 |
| CAPITULO II.—Las excelencias y grandezas que han nacido de la compañía de los tres conquistadores | 72 |
| CAPITULO III.—La poca moneda que había en España antes de la conquista del Perú | 74 |
| CAPITULO IV.—Prosigue la prueba de la poca moneda que en aquellos tiempos había, y la mucha que hay en estos | 77 |
| CAPITULO V.—Lo que costó a los Reyes de Castilla el Nuevo Mundo | 80 |
| CAPITULO VI.—El valor de las cosas comunes antes de ganar el Perú | 82 |
| CAPITULO VII.—Dos opiniones de las riquezas del Perú, y el principio de su conquista | 85 |
| CAPITULO VIII.—Almagro vuelve dos veces a Panamá por socorro | 89 |
| CAPITULO IX.—Desamparan a Pizarro los suyos; quedan solos trece con él | 91 |
| CAPITULO X.—Francisco Pizarro pasa adelante en su conquista | 94 |

| | |
|--|-----|
| CAPITULO XI.—Francisco Pizarro y sus trece compañeros llegan al Perú | 95 |
| CAPITULO XII.—Maravilla que Dios obró en Túmpiz | 98 |
| CAPITULO XIII.—Pedro de Candia da cuenta de lo que vio y vuélvense todos a Panamá | 99 |
| CAPITULO XIV.—Viene Pizarro a España; pide la conquista del Perú | 101 |
| CAPITULO XV.—Trabajo que los españoles padecieron de Panamá a Túmpiz | 103 |
| CAPITULO XVI.—Ganan los españoles la isla Puna y Túmpiz | 105 |
| CAPITULO XVII.—Una embajada con grandes presentes que el Inca hizo a los españoles | 108 |
| CAPITULO XVIII.—Envía el Gobernador una embajada al Rey Atahualpa | 113 |
| CAPITULO XIX.—El recibimiento que el Inca hizo a la embajada de los españoles | 116 |
| CAPITULO XX.—La oración de los embajadores y la respuesta del Inca | 118 |
| CAPITULO XXI.—Vuelven los dos españoles a los suyos; apercíbense todos para recibir al Inca | 122 |
| CAPITULO XXII.—La oración que el Padre Fray Vicente de Valverde hizo al Inca Atahualpa | 123 |
| CAPITULO XXIII.—Las dificultades que hubo para no interpretarse bien el razonamiento de Fray Vicente de Valverde | 127 |
| CAPITULO XXIV.—Respuesta de Atahualpa a la oración del religioso | 132 |
| CAPITULO XXV.—De un gran alboroto que hubo entre indios y españoles | 135 |
| CAPITULO XXVI.—Coteja el autor lo que ha dicho con las historias de los españoles | 138 |
| CAPITULO XXVII.—Prenden los españoles al Rey Atahualpa | 140 |
| CAPITULO XXVIII.—Promete Atahualpa un rescate por su libertad y las diligencias que por él se hacen | 142 |
| CAPITULO XXIX.—La ida de Hernando Pizarro a Pachacámac y los sucesos de su viaje | 145 |
| CAPITULO XXX.—Enmudecieron los demonios del Perú con los sacramentos de la Santa Madre Iglesia Romana | 149 |
| CAPITULO XXXI.—Huáscar Inca pide socorro a los dos exploradores | 150 |

| | |
|--|-----|
| CAPITULO XXXII.—Llegan los dos españoles al Cozco; hallan cruces en los templos y en las casas reales | 151 |
| CAPITULO XXXIII.—Astucia de Atahualpa y la muerte del Rey Huáscar Inca | 154 |
| CAPITULO XXXIV.—Llega Don Diego de Almagro a Cassamarca y los señales y temores que Atahualpa tiene en su muerte | 157 |
| CAPITULO XXXV.—Hernando Pizarro viene a España a dar cuenta de lo sucedido en el Perú | 160 |
| CAPITULO XXXVI.—De la muerte de Atahualpa por justicia y con engaño y falsa información | 162 |
| CAPITULO XXXVII.—La información que se hizo contra Atahualpa | 165 |
| CAPITULO XXXVIII.—La agudeza del ingenio de Atahualpa, y la cantidad de su rescate | 168 |
| CAPITULO XXXIX.—Discurso que los españoles hacían sobre las cosas sucedidas | 175 |
| CAPITULO XL.—Los efectos que causó la discordia de los dos hermanos Reyes Incas | 178 |
| CAPITULO XLI.—Lealtad de los indios del Perú con los españoles que les rendían en la guerra | 181 |

CAPITULOS DEL LIBRO SEGUNDO

| | |
|---|-----|
| CAPITULO I.—Don Pedro de Alvarado va a la Conquista del Perú | 184 |
| CAPITULO II.—Trabajos que don Pedro de Alvarado y los suyos pasaron en el camino | 188 |
| CAPITULO III.—Llevan el cuerpo de Atahualpa a Quito, y la traición de Rumiñauí | 191 |
| CAPITULO IV.—Rumiñauí entierra vivas todas las escogidas de un convento | 194 |
| CAPITULO V.—Dos refriegas que hubo entre indios y españoles | 196 |
| CAPITULO VI.—Matan a Cuéllar y hacen capitulaciones con los demás prisioneros | 198 |
| CAPITULO VII.—Entran los españoles en el Cozco; hallan grandes tesoros | 203 |
| CAPITULO VIII.—Conversión de un indio que pidió la verdadera ley de los hombres | 206 |
| CAPITULO IX.—Don Diego de Almagro va a verse con Don Pedro de Alvarado, y Belalcázar al castigo de Rumiñauí | 208 |

| | |
|--|-----|
| CAPITULO X.—Temores y esperanzas de Almagro, la huida de su intérprete y la concordia con Alvarado | 211 |
| CAPITULO XI.—Almagro y Alvarado van al Cozco. El príncipe Manco Inca viene a hablar al Gobernador, el cual le hace un gran recibimiento | 214 |
| CAPITULO XII.—El Inca pide la restitución de su Imperio y la respuesta que se le da | 218 |
| CAPITULO XIII.—Los dos Gobernadores van en busca del maese de campo Quizquiz | 121 |
| CAPITULO XIV.—Tres batallas entre indios y españoles, y el número de muertos | 225 |
| CAPITULO XV.—Sale el Gobernador del Cozco, vese con Don Pedro de Alvarado, págale él el concierto hecho | 228 |
| CAPITULO XVI.—La desgraciada muerte de Don Pedro de Alvarado | 232 |
| CAPITULO XVII.—La fundación de la Ciudad de los Reyes y la de Trujillo | 235 |
| CAPITULO XVIII.—Matan los suyos al maese de campo Quizquiz | 239 |
| CAPITULO XIX.—Don Diego de Almagro se hace Gobernador sin autoridad real, y el concierto que hizo con el Marqués | 242 |
| CAPITULO XX.—Don Diego de Almagro entra en Chili con mucho daño de su ejército, y el buen recibimiento que los del Inca le hicieron | 246 |
| CAPITULO XXI.—Nuevas pretensiones prohíben la conquista de Chili. Almagro trata de volverse al Perú, y por qué | 250 |
| CAPITULO XXII.—Almagro desampara a Chili y se vuelve a Cozco. El príncipe Manco Inca pide por segunda vez la restitución de su Imperio, y lo que se le responde. La ida de Hernando Pizarro al Perú, y la prisión del mismo Inca | 255 |
| CAPITULO XXIII.—Las prevenciones del príncipe Manco Inca para restituirse en su Imperio | 260 |
| CAPITULO XXIV.—El levantamiento del príncipe Manco Inca: dos milagros en favor de los cristianos | 264 |
| CAPITULO XXV.—Un milagro de Nuestra Señora en favor de los cristianos, y una batalla singular de dos indios | 270 |
| CAPITULO XXVI.—Ganan los españoles la fortaleza, con muerte del buen Juan Pizarro | 276 |

VOLUMEN II

CAPITULOS DEL LIBRO SEGUNDO

| | |
|---|-----|
| CAPITULO XXVII.—Hazañas, así de indios como de españoles, que pasaron en el cerco del Cozco | 299 |
| CAPITULO XXVIII.—El número de los españoles que los indios mataron por los caminos, y los sucesos del cerco de la Ciudad de los Reyes | 303 |
| CAPITULO XXIX.—La huida de Dillac Umu. El castigo de Felipe, intérprete. El príncipe Manco Inca se destierra de su Imperio | 309 |
| CAPITULO XXX.—Lo que un autor dice de los Reyes Incas y de sus vasallos | 315 |
| CAPITULO XXXI.—Diferencias de Almagros y Pizarros, y la prisión de Hernando Pizarro | 317 |
| CAPITULO XXXII.—Trabajos que Garcilaso de la Vega y sus compañeros pasaron en el descubrimiento de la Buenaventura | 321 |
| CAPITULO XXXIII.—Alonso de Alvarado va al socorro del Cozco, y los sucesos de su viaje | 328 |
| CAPITULO XXXIV.—La batalla del Rio Amáncay y la prisión de Alonso de Alvarado y los suyos | 322 |
| CAPITULO XXXV.—El Marqués nombra capitanes para la guerra. Gonzalo Pizarro se suelta de la prisión. La sentencia de los jueces árbitros sobre el gobierno. La vista de los Gobernadores, y libertad de Hernando Pizarro | 338 |
| CAPITULO XXXVI.—Declaración de lo que se ha dicho, y como Hernando Pizarro va contra Diego de Almagro | 343 |
| CAPITULO XXXVII.—La sangrienta batalla de las Salinas | 347 |
| CAPITULO XXXVIII.—Lamentables sucesos que hubo después de la batalla de las Salinas | 353 |
| CAPITULO XXIX.—La muerte lastimera de Don Diego de Almagro | 358 |
| CAPITULO XL.—Los capitanes que fueron a nuevas conquistas, y la venida de Hernando Pizarro a España y su larga prisión | 363 |

CAPITULOS DEL LIBRO TERCERO

| | |
|---|-----|
| CAPITULO I.—La conquista de los Charcas y algunas batallas que indios y españoles tuvieron | 369 |
| CAPITULO II.—El Marqués hace repartimiento del reino y provincia de los Charcas y Gonzalo Pizarro va a la conquista de la Canela | 372 |
| CAPITULO III.—Los trabajos que Gonzalo Pizarro y los suyos pasaron, y como hicieron una puente de madera y un bergantín para pasar el río grande | 377 |
| CAPITULO IV.—Francisco de Orellana se alza con el bergantín y viene a España a pedir aquella conquista, y su fin y muerte | 381 |
| CAPITULO V.—Gonzalo Pizarro pretende volverse a Quito y los de Chili tratan de matar al Marqués | 385 |
| CAPITULO VI.—Un descomedimiento que precipitó a los de Chili a matar al Marqués y como acometieron el hecho | 389 |
| CAPITULO VII.—La muerte del Marqués Francisco Pizarro y su pobre entierro | 392 |
| CAPITULO VIII.—De las costumbres y calidades del Marqués Don Francisco Pizarro y del Adelantado Don Diego de Almagro | 396 |
| CAPITULO IX.—La afabilidad del Marqués y las invenciones que hacia para socorrer a los que sentia que tenian necesidad | 401 |
| CAPITULO X.—Don Diego de Almagro se hace jurar por Gobernador del Perú. Envía sus provisiones a diversas partes del Reino y las contradicciones dellas | 405 |
| CAPITULO XI.—Prevençiones que los vecinos del Cozco hacen en servicio de su Rey y las que Don Diego hace en su favor, y el nombramiento de Vaca de Castro en España, por Juez de lo sucedido en el Perú | 409 |
| CAPITULO XII.—Reciben los de Rimac y otras partes a Vaca de Castro por Gobernador. Perálvarez y los suyos hacen un trato doble a Don Diego de Almagro y se juntan con Alonso de Alvarado | 414 |
| CAPITULO XIII.—El Gobernador elige capitanes. Envía su ejército adelante. Provee otras cosas necesarias, en servicios de Su Majestad. Cuéntase la muer- | |

| | | |
|------------------|--|-----|
| | te de Cristóbal de Sotelo por García de Alvarado y la de García de Alvarado por Don Diego de Almagro | 418 |
| CAPITULO XIV.— | Don Diego de Almagro sale en busca del Gobernador y Gonzalo Pizarro, habiendo pasado increíbles trabajos, sale de la canela | 423 |
| CAPITULO XV.— | Gonzalo Pizarro entra en Quito. Escribe al Gobernador ofreciéndole su persona y su gente, y lo que se le responde. Y los partidos que el Gobernador ofrece a Don Diego de Almagro | 427 |
| CAPITULO XVI.— | De la manera que el Licenciado Vaca de Castro y Don Diego de Almagro ordenaron sus escuadrones. El principio de la batalla. La muerte del capitán Pedro de Candía | 432 |
| CAPITULO XVII.— | Prosigue la cruel batalla de Chupas. Un desconcierto que hizo la gente de Don Diego. La victoria del Gobernador. La huida de Don Diego | 436 |
| CAPITULO XVIII.— | Nómbrense los caballeros principales que en aquella batalla se hallaron. El número de los muertos, el castigo de los culpables y la muerte de Don Diego de Almagro | 440 |
| CAPITULO XIX.— | El buen gobierno del Licenciado Vaca de Castro. La paz y quietud del Perú. La causa de la perturbación de ella | 444 |
| CAPITULO XX.— | Nuevas Leyes y Ordenanzas que en la Corte de España se hicieron para los dos Imperios, México y Perú | 450 |
| CAPITULO XXI.— | Los ministros que con las Ordenanzas fueron a México y al Perú, para las ejecutar. Y la descripción de la imperial ciudad de México | 454 |
| CAPITULO XXII.— | Eligen personas que supliquen de las Ordenanzas, las cuales se apregonan públicamente. El sentimiento y alboroto que sobre ello hubo, y cómo se apaciguó, y la prosperidad que la prudencia y consejo del Visitador causó en todo el Imperio de México | 459 |

CAPITULOS DEL LIBRO CUARTO

| | | |
|---------------|---|-----|
| CAPITULO I.— | Los sucesos del Visorrey Blasco Núñez Vela luego que entra en Tierra Firme y en los términos del Perú | 465 |
| CAPITULO II.— | El Licenciado Vaca de Castro va a Los Re- | |

| | | |
|-----------------|---|-----|
| | yes; despide en el camino los que iban con él. El alboroto que causó la nueva de la ejecución de las Ordenanzas y los desacatos que sobre ella se hablaron | 469 |
| CAPITULO III.— | Lo que decían en el Perú contra los consultores de las Ordenanzas, y en particular del Licenciado Bartolomé de las Casas | 473 |
| CAPITULO IV.— | Las razones que daban para sus quejas los agraviados por las Ordenanzas y cómo se aperciben para recibir al Visorrey | 476 |
| CAPITULO V.— | Reciben al Visorrey. La prisión de Vaca de Castro. El escándalo y alteración que en todos y en el mismo Visorrey hubo | 481 |
| CAPITULO VI.— | La discordia secreta que había entre el Visorrey y los Oidores se muestra en público. El príncipe Manco Inca y los españoles que con él estaban escriben al Visorrey | 485 |
| CAPITULO VII.— | La muerte desgraciada del príncipe Manco Inca. Los alborotos de los españoles sobre las Ordenanzas | 489 |
| CAPITULO VIII.— | Prosiguen los alborotos. Escriben cuatro ciudades a Gonzalo Pizarro; eligenle Procurador General del Perú, el cual levanta gente para ir con ella a Los Reyes | 494 |
| CAPITULO IX.— | Gonzalo Pizarro nombra capitanes y sale del Cozco con ejército. El Visorrey convoca gente, elige capitanes, prende al Licenciado Vaca de Castro y a otros hombres principales | 498 |
| CAPITULO X.— | Dos vecinos de Arequipa llevan dos navíos de Gonzalo Pizarro al Visorrey, y los vecinos del Cozco se huyen del ejército de Gonzalo Pizarro | 502 |
| CAPITULO XI.— | Cómo se rebeló Pedro de Puelles de Blasco Núñez Vela, y se pasó a Gonzalo Pizarro, y otros que el Visorrey enviaba en pos dél hicieron lo mismo | 507 |
| CAPITULO XII.— | Perdón y salvoconducto para Gaspar Rodríguez y sus amigos; su muerte y la de otros | 511 |
| CAPITULO XIII.— | La muerte del fator Illén Suárez de Carvajal y el escándalo y alboroto que causó en todo el Perú | 515 |
| CAPITULO XIV.— | Las varias determinaciones del Visorrey por la ida de Gonzalo Pizarro a Los Reyes, y la manifiesta contradicción de los Oidores | 519 |

| | |
|--|-----|
| CAPITULO XV.—La prisión del Virrey y los varios sucesos que con ella hubo en mar y tierra | 524 |
| CAPITULO XVI.—Sucesos lastimeros que tuvo el Visorrey. Una conjuración que hubo en Rimac contra los Oidores, y lo que sobre ellos se hizo. La libertad del Visorrey | 528 |
| CAPITULO XVII.—Un requerimiento que los Oidores hicieron a Gonzalo Pizarro. El suceso desgraciado de los vecinos que se huyeron dél | 532 |
| CAPITULO XVIII.—Gonzalo Pizarro llega cerca de la ciudad de Los Reyes. La muerte de algunos vecinos principales, porque los Oidores se detuvieron en nombrarle por Gobernador | 536 |
| CAPITULO XIX.—Nombran a Gonzalo Pizarro por Gobernador del Perú. Su entrada en la Ciudad de Los Reyes. La muerte del capitán Gumiel. La libertad de los vecinos del Cozco | 539 |
| CAPITULO XX.—Fiestas y regocijo que los de Pizarro hicieron. Perdón general que se dio a los que se le habian huido. El lugar donde estuvo retraído Garcilaso de la Vega, y como alcanzó perdón de Gonzalo Pizarro | 543 |
| CAPITULO XXI.—El castigo de un desacato al Santísimo Sacramento, y el de algunos blasfemos. Pizarro y los suyos nombran procuradores que vengan a España | 547 |
| CAPITULO XXII.—El alboroto que causó en Gonzalo Pizarro la libertad del Licenciado Vaca de Castro. Hernando Bachicao va a Panamá, y el Visorrey despacha provisiones haciendo llamamiento de gente | 551 |
| CAPITULO XXIII.—Las cosas que Bachicao hizo en Panamá. El Licenciado Vaca de Castro vino a España, y el fin de sus negocios. El Visorrey se retira a Quito | 554 |
| CAPITULO XXIV.—Dos capitanes de Pizarro degüellan otros tres del Visorrey, el cual se venga dellos por las armas. Gonzalo Pizarro se embarca para la ciudad de Trujillo | 558 |
| CAPITULO XXV.—Grandes prevenciones que Gonzalo Pizarro hace para pasar un despoblado. Da vista al Visorrey, el cual se retira a Quito. La prudencia y buen proceder de Lorenzo de Aldana | 563 |

| | |
|--|-----|
| CAPITULO XXVI.—Los alcances que Gonzalo Pizarro y sus capitanes dieron al Visorrey. La hambre y trabajos con que ambos ejércitos caminaban. La muerte violenta del maese de campo y capitanes del Visorrey | 566 |
|--|-----|

VOLUMEN III

CAPITULOS DEL LIBRO CUARTO

| | |
|---|-----|
| CAPITULO XXVII.—La muerte de Francisco de Almendras El levantamiento de Diego Centeno. La resistencia que Alonso de Toro le hizo, y alcance largo que le dio | 567 |
| CAPITULO XXVIII.—Diego Centeno envia gente tras Alonso de Toro. En la ciudad de los Reyes hay sospechas de motines; Lorenzo de Aldana los aquietta. Gonzalo Pizarro envia a los Charcas a su maese de Campo Francisco de Carbajal y lo que fue haciendo por el camino | 592 |
| CAPITULO XXIX.—Persigue Carbajal a Diego Centeno. Hace una extraña crueldad con un soldado, y una burla que otro le hizo a él | 597 |
| CAPITULO XXX.—Gonzalo Pizarro da grandes alcances al Visorrey hasta echarle del Perú. Pedro de Hinojosa va a Panamá con la armada de Pizarro | 601 |
| CAPITULO XXXI.—Pedro de Hinojosa prende a Vela Núñez en el camino, y el aparato de guerra que hacen en Panamá para resistirle, y cómo se apagó el fuego | 604 |
| CAPITULO XXXII.—Lo que Melchior Verdugo hizo en Trujillo y en Nicaragua y en Nombre de Dios, y cómo lo echan de aquella ciudad | 609 |
| CAPITULO XXXIII.—Blasco Núñez de Vela se rehace en Popayán. Gonzalo Pizarro finge irse de Quito, por sacarle de donde estaba. El Visorrey sale a buscar a Pedro de Puelles | 612 |
| CAPITULO XXXIV.—El rompimiento de la batalla de Quito, donde fue vencido y muerto el Visorrey Blasco Núñez Vela | 616 |
| CAPITULO XXXV.—El entierro del Visorrey. Lo que Gonzalo Pizarro proveyó después de la batalla, y có- | |

| | |
|--|-----|
| mo perdonó a Vela Núñez. Y las buenas leyes que hizo para el buen gobierno de aquel Imperio | 620 |
| De lo bien que en ausencia de Francisco de Carvajal gobernó Gonzalo Pizarro y a la postre se quiso llamar Rey instigado de muchos | 624 |
| CAPITULO XXXVI.—De un galano ardid de guerra que Diego Centeno usó contra Francisco de Carvajal. Cuéntase los demás sucesos, hasta el fin de aquellos alcances | 625 |
| CAPITULO XXXVII.—Los sucesos de Lope de Mendoza, y las maneras de ponzoña que los indios echan en sus flechas. Y cómo Lope de Mendoza volvió al Perú | 629 |
| CAPITULO XXXVIII.—Ardides de Francisco de Carvajal, con los cuales vence y mata a Lope de Mendoza y se va a los Charcas | 633 |
| CAPITULO XXXIX.—Francisco de Carvajal envia la cabeza de Lope de Mendoza a Arequipa, y lo que sobre ella dijo una mujer. Un motin que contra Carvajal se hacia, y el castigo que sobre él hizo | 637 |
| CAPITULO XL.—Lo que Francisco de Carvajal escribió y dijo de palabra a Gonzalo Pizarro sobre que se hiciese Rey del Perú, y la persuasión de otros en lo mismo | 641 |
| CAPITULO XLI.—Buenos respetos de Gonzalo Pizarro en servicio de su Rey. El cual, saliendo de Quito, va a Trujillo y a Los Reyes, y la fiesta de su entrada | 646 |
| CAPITULO XLII.—El autor dice cómo se había Gonzalo Pizarro con los suyos. Cuenta la muerte de Vela Núñez, la llegada de Francisco de Carvajal a Los Reyes, el recibimiento que se le hizo | 650 |

CAPITULOS DEL LIBRO QUINTO

| | |
|--|-----|
| CAPITULO I.—La elección del Licenciado Pedro de la Gasca por el Emperador Carlos Quinto para la reducción del Perú | 655 |
| CAPITULO II.—Los poderes que el Licenciado Gasca llevó; su llegada a Santa Marta y al Nombre de Dios; | |

| | | |
|-----------------|---|-----|
| | el recibimiento que se le hizo y los sucesos y tratos que allí pasaron | 659 |
| CAPITULO III.— | El Presidente envía a Hernán Mejía a Pa- namá a sosegar a Pedro de Hinojosa, y despacha un embajador a Gonzalo Pizarro; el cual, sa- biendo la ida del Presidente, envía embajado- res al Emperador | 663 |
| CAPITULO IV.— | Los embajadores llegan a Panamá, y ellos y los que allí estaban niegan a Gonzalo Pizarro y entregan su armada al Presidente. La llegada de Paniagua a Los Reyes | 667 |
| CAPITULO V.— | Las consultas que hicieron sobre la revoca- ción de las Ordenanzas y sobre el peróón en los delitos pasados. Los recaudos que en secreto da- ban a Paniagua, y la respuesta de Gonzalo Pi- zarro | 674 |
| CAPITULO VI.— | La muerte de Alfonso de Toro. La salida de Diego Centeno de su cueva, y la de otros capitanes al servicio de Su Majestad. La que- ma que Gonzalo Pizarro hizo de sus navíos, y lo que sobre ello Carvajal le dijo | 680 |
| CAPITULO VII.— | El Presidente sale de Panamá y llega a Túmpiz. Lorenzo de Aldana llega al valle del Santa; envía asechadores contra Gonzalo Piza- rro, el cual nombra capitanes y les hace pagas; y <u>un proceso que contra el Presidente se hizo</u> | 685 |
| CAPITULO VIII.— | Gonzalo Pizarro envía a Juan de Acosta contra Lorenzo de Aldana; las asechanzas que entre ellos pasaron. La muerte de Pedro de Puelles | 690 |
| CAPITULO IX.— | Un desafío singular sobre la muerte de Pe- dro de Puelles. La entrada de Diego Centeno en el Cozco, y su pelea con Pedro Maldonado | 694 |
| CAPITULO X.— | Un caso maravilloso sobre la pelea de Pedro Maldonado. La muerte de Antonio de Robles. La elección de Diego Centeno por Capitán Ge- neral. La reducción de Lucas Martín al servicio del Rey. La concordia de Alonso de Mendoza con Diego Centeno | 698 |
| CAPITULO XI.— | El Presidente llega a Túmpiz; las provi- siones que allí hizo. Gonzalo Pizarro envía a Juan de Acosta contra Diego Centeno, Lorenzo de Aldana llega cerca de los Reyes, y Gonzalo Pi- | |

| | | |
|------------------|--|-----|
| | zorro toma juramento a los suyos | 702 |
| CAPITULO XII.— | Envíanse rehenes de una parte a otra, con astucia de ambas partes. Húyense de Gonzalo Pizarro muchos homcres principales | 706 |
| CAPITULO XIII.— | Martín de Robles usa de un engaño con que huye | 710 |
| CAPITULO XIV.— | Huida del licenciado Carvajal y la de Gabriel de Rojas, y de otros muchos vecinos y soldados famosos | 713 |
| CAPITULO XV.— | La ciudad de Los Reyes alza bandera por su Majestad. Lorenzo de Aldana sale a tierra y un gran alboroto que hubo en Los Reyes | 716 |
| CAPITULO XVI.— | Al capitán Juan de Acosta se le huyen sus capitanes y soldados. Gonzalo Pizarro llega a Huarina, envía un recaudo a Diego Centeno, y su respuesta | 719 |
| CAPITULO XVII.— | Diego Centeno escribe al Presidente con el propio mensajero de Pizarro. La desesperación que en él causó. El Presidente llega a Sausa, donde le halló Francisco Voso | 723 |
| CAPITULO XVIII.— | Determina Pizarro dar batalla; envía a Juan de Acosta a dar una arma de noche. Diego Centeno arma su escuadra, y Pizarro hace lo mismo | 726 |
| CAPITULO XIX.— | La batalla de Huarina y el ardid de guerra del maese de campo Carvajal, y los sucesos particulares de Gonzalo Pizarro y de otros famosos caballeros | 731 |
| CAPITULO XX.— | Prosigue la cruel batalla de Huarina. Hechos particulares que sucedieron en ella, y la victoria por Gonzalo Pizarro | 736 |
| CAPITULO XXI.— | Los muertos y heridos que de ambas partes hubo, y otros sucesos particulares, y lo que Carvajal proveyó después de la batalla | 740 |
| CAPITULO XXII.— | Gonzalo Pizarro manda enterrar los muertos, envía ministros a diversas partes. La huida de Diego Centeno, y sucesos particulares de los vencidos | 744 |
| CAPITULO XXIII.— | El autor da satisfacción de lo que ha dicho, y en recompensa de que no le creen, se jacta de lo que los historiadores dicen de su padre | 749 |

- CAPITULO XXIV.—Lo que Juan de la Torre hizo en el Cozco, y lo que otros malos ministros en otras diversas partes hicieron 753
- CAPITULO XXV.—Lo que Francisco de Carbajal hizo en Arequipa en agradecimiento de los beneficios que en años pasados recibió de Miguel Cornejo 755
- CAPITULO XXVI.—La alteración que el Presidente y su ejército recibió con la victoria de Gonzalo Pizarro, y las nuevas prevenciones que hizo 759
- CAPITULO XXVII.—El Licenciado Cepeda y otros con él persuaden a Gonzalo Pizarro a pedir paz y concierto al Presidente, y su respuesta. La muerte de Hernando Bachicao; la entrada de Gonzalo Pizarro en el Cozco 762
- CAPITULO XXVIII.—La prisión y muerte de Pedro de Bustincia. Los capitanes que el Presidente eligió. Como salió de Sausa y llegó a Antahuaylla 765
- CAPITULO XXIX.—Los hombres principales, capitanes y soldados, que fueron a Antahuaylla a servir a su Majestad, y los regocijos que allí hicieron 768
- CAPITULO XXX.—Sale el ejército de Antahuaylla, para el Río Amáncay. Las dificultades que se hallan para pasar el Río de Apurímac; pretenden hacer cuatro puentes. Un consejo de Carvajal no admitido por Gonzalo Pizarro 772
- CAPITULO XXXI.—Lope Martín echa las tres criznejas de la puente. Las espías de Gonzalo Pizarro cortan las dos. El alboroto que causó en el ejército real. Carvajal da un aviso a Juan de Acosta para defender el paso del río 778
- CAPITULO XXXII.—El Presidente llega al río Apurímac. Las dificultades y peligros con que lo pasaron. Juan de Acosta sale a defender el paso. La negligencia y descuido que tuvo en toda su jornada 782
- CAPITULO XXXIII.—Gonzalo Pizarro manda echar bando para salir del Cozco. Carbajal procura estorbárselo con recordarle un pronóstico echado sobre su vida. El Presidente camina hasta el Cozco. El enemigo le sale al encuentro 786
- CAPITULO XXXIV.—Llegan a Sacsahuana los dos ejércitos; la desconfianza de Gonzalo Pizarro de los que llevaba de Diego Centeno, y la confianza del

Presidente de los que se le habían de pasar. Re-
querimientos y protestaciones de Pizarro, y la
respuesta de Gasca. Determinan dar batalla y el
orden del escuadrón real 791

CAPITULO XXXV.—Sucesos de la batalla de Sacsahuana
hasta la pérdida de Gonzalo Pizarro 795

CAPITULO XXXVI.—Gonzalo Pizarro se rinde, por parecer-
le menos afrentoso que el huir. Las razones que
entre él y el Presidente pasaron. La prisión de
Francisco de Carvajal 831

CAPITULO XXXVII.—Lo que pasó a Francisco de Carvajal
con Diego de Centeno y con el Presidente, y la
prisión de los demás capitanes 805

CAPITULO XXXVIII.—Las visitas que Francisco de Carva-
jal tuvo en su prisión, y los coloquios que pa-
saron entre él y los que iban a triunfar dél 807

CAPITULO XXXIX.—Los capitanes que justificaron, y cómo
llevaron sus cabezas a diversas partes del
Reino 810

CAPITULO XL.—Lo que hizo y dijo Francisco de Carvajal
el día de su muerte, y lo que los autores di-
cen de su condición y milicia 815

CAPITULO XLI.—El vestido que Francisco de Carvajal traía
y algunos de sus cuentos y dichos graciosos 820

CAPITULO XLII.—Otros cuentos semejantes, y el último
trata de lo que le pasó a un muchacho con un
cuarto de los de Francisco de Carvajal 823

CAPITULO XLIII.—Cómo degollaron a Gonzalo Pizarro. La
limosna que pidió a la hora de su muerte, y
algo de su condición y buenas partes 828

CAPITULOS DEL LIBRO SEXTO

CAPITULO I.—Nuevas provisiones que el Presidente hizo pa-
ra castigar los tiranos. El escándalo que los in-
dios sintieron de ver españoles azotados. La
aflicción del Presidente con los pretendientes, y
su ausencia de la ciudad para hacer el reparti-
miento 835

CAPITULO II.—El Presidente hecho el repartimiento, se va
de callada a la Ciudad de los Reyes. Escribe una
carta a los que quedaron sin suerte; causa en
ellos grandes desesperaciones 839

| | |
|--|-----|
| CAPITULO III.—Casamientos de viudas con pretendientes. Los repartimientos que se dieron a Pedro de Hinojosa y a sus consortes. La novedad que en ellos mismos causó | 843 |
| CAPITULO IV.—Francisco Hernández Girón con razón alguna, se muestra muy agraviado del repartimiento que se hizo. Danle comisión para que haga entrada y nueva conquista. El castigo de Francisco de Espinosa y Diego de Carvajal | 847 |
| CAPITULO V.—A Pedro de Valdivia dan la Gobernación de Chile. Los capitulos que los suyos ponen, la maña con que el Presidente le libra | 850 |
| CAPITULO VI.—La muerte desgraciada de Diego Centeno en las Charcas, y la del Licenciado Carvajal en el Cozco. La fundación de la ciudad de la Paz. El asiento de la Audiencia en los Reyes | 853 |
| CAPITULO VII.—Los cuidados y ejercicios del Presidente Gasca; el castigo de un motin. Su paciencia en dichos insolentes que le dijeron. Su buena maña y aviso para entretener los pretendientes | 860 |
| CAPITULO VIII.—La causa de los levantamientos del Perú. La entrega de los galeotes a Rodrigo Niño, para que los traiga a España. Su mucha discreción y astucia para librarse de un corsario | 864 |
| CAPITULO IX.—A Rodrigo Niño se le huyen todos los galeotes, y a uno solo que le quedó lo echó de sí a puñadas. La sentencia que sobre ello le dieron. La merced que el Príncipe Maximiliano le hizo | 867 |
| CAPITULO X.—El segundo repartimiento se publica. El Presidente se parte para España. La muerte del Licenciado Cepeda. La llegada del Presidente a Panamá | 870 |

VOLUMEN IV

CAPITULOS DEL LIBRO SEXTO

| | |
|---|-----|
| CAPITULO XI.—De lo que sucedió a Hernando y a Pedro de Contreras, que se hallaron en Nicaragua y vinieron en seguimiento del Presidente | 896 |
|---|-----|

- CAPITULO XII.—Las torpezas y bisoñerías de los Contreras, con las cuales perdieron el tesoro ganado y sus vidas. Las diligencias y buena maña de sus contrarios para el castigo y muerte dellos 898
- CAPITULO XIII.—El Presidente cobra su tesoro perdido, castiga a los delincuentes, llega a España, donde acaba felicemente 902
- CAPITULO XIV.—Francisco Hernández Girón, publica su conquista, acuden muchos soldados a ella, causan en el Cozco un gran alboroto y motin, apaciguase por la prudencia y consejo de algunos vecinos 905
- CAPITULO XV.—Húyense del Cozco Juan Alonso Palomino y Jerónimo Costilla. Francisco Hernández Girón se presenta ante la Audiencia Real; vuelve al Cozco libre y casado; cuéntase de otro motin que en ella hubo 909
- CAPITULO XVI.—Envían los Oidores, Corregidor nuevo al Cozco, el cual hace justicia de los amotinados. Dase cuenta de la causa destes motines 912
- CAPITULO XVII.—La ida del Visorrey Don Antonio de Mendoza al Perú, el cual envía a su hijo Don Francisco a visitar la tierra hasta los Charcas, y con la relación della lo envía a España. Un hecho riguroso de un juez 915
- CAPITULO XVIII.—La venganza que Aguirre hizo de su afrenta, y las diligencias del Corregidor por haberlo a las manos, y cómo Aguirre se escapó 918
- CAPITULO XIX.—La ida de muchos vecinos a besar las manos al Visorrey; un cuento particular que le pasó con un chismoso. Un motin que hubo en Los Reyes, y el castigo que se le hizo. La muerte del Visorrey, y escándalos que sucedieron en pos della 922
- CAPITULO XX.—Alborotos que hubo en la provincia de los Charcas, y muchos desafíos singulares, y en particular se da cuenta de uno dellos 926
- CAPITULO XXI.—Un desafío singular entre Martín de Robles y Pablo de Meneses. La satisfacción que en él se dio. La ida de Pedro de Hinojosa a los Charcas; los muchos soldados que halló para el levantamiento. Los avisos que al Corregidor Hi-

| | | |
|-------------------|---|-----|
| | nojosa dieron del motin. Sus vanas esperanzas, conque entretenía a los soldados | 929 |
| CAPITULO XXII.— | Otros muchos avisos que por diversas vias y modos dieron al General. Sus bravezas y mucha tibieza. El concierto que los soldados hicieron para matarle | 932 |
| CAPITULO XXIII.— | Don Sebastián de Castilla y sus compañeros matan al Corregidor Pedro de Hinojosa y a su teniente Alonso de Castro. Los vecinos de la ciudad unos huyen y otros quedan presos. Los oficios que los rebeldes proveyeron | 935 |
| CAPITULO XXIV.— | Prevencciones y provisiones que don Sebastián hizo y proveyó para que Egas de Guzmán se alzase en Potocsi, y los sucesos estraños que en aquella villa pasaron | 939 |
| CAPITULO XXV.— | Don Sebastián y sus ministros envían capitanes y soldados a matar al Mariscal. Juan Ramón, que era caudillo dellos, desarma a Don García y a los de su bando; con la nueva de lo cual matan a Don Sebastián los mismos que le alzarón | 942 |
| CAPITULO XXVI.— | Las elecciones de los oficios militares y civiles que se proveyeron, y Vasco Godínez por General de todos. La muerte de Don García y de otros muchos sin tomarles confesión | 947 |
| CAPITULO XXVII.— | Los sucesos que hubo en Potocsi. Egas de Guzmán arrastrado y hecho cuartos, y otras locuras de soldados; con la muerte de otros muchos de los famosos. El apercibimiento del Cozco contra los tiranos | 952 |
| CAPITULO XXVIII.— | La Audiencia Real provee al Mariscal Alonso de Alvarado por juez para el castigo de los tiranos. Las prevencciones del juez, y otras de los soldados. La prisión de Vasco Godínez y de otros soldados y vecinos | 956 |
| CAPITULO XXIX.— | El juez castiga muchos tiranos en la Ciudad de la Paz y en el asiento de Potocsi, con muerte, azotes y galeras, y en la Ciudad de la Plata hace lo mismo. La sentencia y muerte de Vasco Godínez | 960 |

CAPITULOS DEL LIBRO SEPTIMO

| | |
|---|------|
| CAPITULO I.—Con la nueva del riguroso castigo que en los Charcas se hacía se conjura Francisco Hernández Girón con ciertos vecinos y soldados para rebelarse en aquel Reino | 965 |
| CAPITULO II.—Francisco Hernández se rebela en el Cozco. Los sucesos de la noche de su rebelión. La huida de muchos vecinos de aquella ciudad | 969 |
| CAPITULO III.—Francisco Hernández prende al Corregidor, sale a la plaza, suelta los presos de la cárcel. Hace matar a Don Baltasar de Castilla y al contador Juan de Cáceres | 974 |
| CAPITULO IV.—Francisco Hernández nombra maese de campo y capitanes para su ejército. Dos ciudades le envían embajadores. El número de los vecinos que se huyeron a Rimac | 978 |
| CAPITULO V.—Cartas que se escriben al tirano, y él destierra al Corregidor del Cozco | 981 |
| CAPITULO VI.—Francisco Hernández se hace elegir Procurador y Capitán General de aquel Imperio. Los Oidores eligen ministros para la guerra. El Mariscal hace lo mismo | 985 |
| CAPITULO VII.—Los capitanes y ministros que los Oidores nombraron para la guerra. Los pretendientes para el oficio de Capitán general. Francisco Hernández sale del Cozco para ir contra los Oidores | 989 |
| CAPITULO VIII.—Juan de Vera de Mendoza se huye de Francisco Hernández. Los del Cozco se van en busca del Mariscal. Sancho Duarte hace gente y se nombra General della. El Mariscal le reprime. Francisco Hernández llega a Huamanca. Tópanse los corredores del un grupo y del otro | 994 |
| CAPITULO IX.—Tres capitanes del Rey prenden a otro del tirano y a cuarenta soldados; remítenlos a uno de los Oidores. Francisco Hernández determina acometer al ejército real; huyensele muchos de los suyos | 998 |
| CAPITULO X.—Francisco Hernández se retira con su ejército. En el de Su Majestad hay mucha confusión de pareceres. Un motín que hubo en la ciudad de Piura, y cómo se acabó | 1002 |

- CAPITULO XI.—Sucesos desgraciados en el un ejército y en el otro. La muerte de Nuño Mendiola, capitán de Francisco Hernández, y la de Lope Martin, capitán de Su Majestad 1005
- CAPITULO XII.—Los Oidores envían gente en socorro de Pablo de Meneses. Francisco Hernández revuelve sobre él y le da un bravo alcance. La desgraciada muerte de Miguel Cornejo. La lealtad de un caballo con su dueño 1009
- CAPITULO XIII.—Deponen los Oidores a los dos Generales. Francisco Hernández llega a Nanasca. Una espía doble le da aviso de muchas novedades. El tirano hace un ejército de negros 1013
- CAPITULO XIV.—El Mariscal elige capitanes para su ejército. Llega al Cozco; sale en busca de Francisco Hernández. La desgraciada muerte del capitán Diego de Almendras 1016
- CAPITULO XV.—El Mariscal tiene aviso del enemigo. Envía gente contra él. Armase una escaramuza entre los dos bandos. El parecer de todos los del Rey que no se dé batalla al tirano 1021
- CAPITULO XVI.—Juan de Piedrahita da un arma al campo del Mariscal. Rodrigo de Pineda se pasa al Rey; persuade a dar la batalla. Las contradicciones que sobre ello hubo. La determinación del Mariscal para darla 1025
- CAPITULO XVII.—El Mariscal ordena su gente para dar la batalla. Francisco Hernández hace lo mismo para defenderse. Los lances que hubo en la pelea. La muerte de muchos hombres principales 1029
- CAPITULO XVIII.—Francisco Hernández alcanza victoria. El Mariscal y los suyos huyen de la batalla. Muchos dellos matan los indios por los caminos 1033
- CAPITULO XIX.—El escándalo que la pérdida del Mariscal causó en el campo de Su Majestad. Las provisiones que los Oidores hicieron para remedio del daño. La huida de un capitán del tirano a los del Rey 1037
- CAPITULO XX.—Lo que Francisco Hernández hizo después de la batalla. Envía ministros a diversas partes del Reino a saquear las ciudades. La plata que en el Cozco robaron a dos vecinos de la 1041

| | |
|--|------|
| CAPITULO XXI.—El robo que Antonio Carrillo hizo, y su muerte. Los sucesos de Piedrahita en Arequipa. La victoria que alcanzó, por las discordias que en ella hubo | 1044 |
| CAPITULO XXII.—Francisco Hernández huye de entrar en el Cozco. Lleva su mujer consigo | 1048 |
| CAPITULO XXIII.—El ejército real pasa el rio de Amáncay y el de Apurímac con facilidad, la que no se esperaba. Sus corredores llegan a la ciudad del Cozco | 1052 |
| CAPITULO XXIV.—El campo de Su Majestad entra en el Cozco y pasa adelante. Dase cuenta de cómo llevaban los indios la artillería a cuestras. Llega parte de la munición al ejército real | 1054 |
| CAPITULO XXV.—El campo de Su Majestad llega donde el enemigo está fortificado. Alójase en un llano, y se fortifica. Hay escaramuzas, y malos sucesos a los de la parte real | 1057 |
| CAPITULO XXVI.—Cautelas de malos soldados. Piedrahita da armas al ejército real. Francisco Hernández determina dar batalla a los Oidores, y la prevención dellos | 1061 |
| CAPITULO XXVII.—Francisco Hernández sale a dar batalla. Vuélvese retirando, por haber errado el tiro. Tomás Vázquez se pasa al Rey. Un pronóstico que el tirano dijo | 1065 |
| CAPITULO XXVIII.—Francisco Hernández se huye solo. Su maese de campo, con más de cien hombres, va por otra vía. El General Pablo de Meneses los sigue y prende, y hace justicia dellos | 1069 |
| CAPITULO XXIX.—El maese de campo Don Pablo Portocarrero va en busca de Francisco Hernández. Otros dos capitanes van a lo mismo por otro camino, y prenden al tirano y lo llevan a Los Reyes y entran en ella en manera de triunfo | 1073 |
| CAPITULO XXX.—Los Oidores proveen Corregimientos. Tienen una plática molesta con los soldados pretendientes. Hacen justicia de Francisco Hernández Girón. Ponen su cabeza en el rollo. Húrtala un caballero con la de Gonzalo Pizarro y Francisco de Carvajal. La muerte extraña de Baltasar Velázquez | 1076 |

CAPITULOS DEL LIBRO OCTAVO

| | |
|---|------|
| CAPITULO I.—Cómo celebraban los indios y españoles la fiesta del Santísimo Sacramento en el Cozco. Una pendencia particular que los indios tuvieron en una fiesta de aquellas | 1084 |
| CAPITULO II.—De un caso admirable que acaeció en el Cozco | 1089 |
| CAPITULO III.—La elección del Marqués de Cañete por Visorrey del Perú. Su llegada a Tierra Firme. La reducción de los negros fugitivos. La quema de un galeón con ochocientas personas dentro | 1091 |
| CAPITULO IV.—El Visorrey llega al Perú. Las provisiones que hace de nuevos ministros. Las cartas que escribe a los Corregidores | 1094 |
| CAPITULO V.—Las prevenciones que el Visorrey hizo para atajar motines y levantamientos. La muerte de Tomás Vázquez, Piedrahita y Alonso Díaz, por haber seguido a Francisco Hernández Girón | 1098 |
| CAPITULO VI.—La prisión y muerte de Martín de Robles, y la causa por qué lo mataron | 1101 |
| CAPITULO VII.—Lo que el Visorrey hizo con los pretendientes de gratificación de sus servicios; cómo, por envidiosos y malos consejeros, envió desterrados a España treinta y siete dellos | 1103 |
| CAPITULO VIII.—El Visorrey pretende sacar de las montañas al Príncipe heredero de aquel Imperio y reducirlo al servicio de Su Majestad. Las diligencias para ello se hicieron | 1107 |
| CAPITULO IX.—La sospecha y temor que los gobernadores del Príncipe tuvieron con la embajada de los cristianos. La maña y diligencias que hicieron para asegurarse de su recelo | 1110 |
| CAPITULO X.—Los gobernadores del Príncipe toman y miran sus agüeros y pronósticos para su salida. Hay diversos pareceres sobre ella. El Inca se determina salir; llega a Los Reyes. El Visorrey le recibe. La respuesta del Inca a la merced de sus alimentos | 1114 |
| CAPITULO XI.—El Príncipe Sayri Túpac se vuelve al Cozco, donde le festejaron los suyos. Bautízanse él y la infanta, su mujer. El nombre que tomó, y las visitas que en la ciudad hizo | 1117 |

| | |
|--|------|
| CAPITULO XII.—El Visorrey hace gente de guarnición de infantes y caballos para seguridad de aquel Imperio. La muerte natural de cuatro conquistadores | 1121 |
| CAPITULO XIII.—Que trata de los pretendientes que vinieron desterrados a España, y la mucha merced que Su Majestad les hizo. Don García de Mendoza va por Gobernador a Chile, y el lance que le sucedió con los indios | 1146 |
| CAPITULO XIV.—Hacen restitución de sus indios a los herederos de los que mataron por haber seguido a Francisco Hernández Girón. La ida de Pedro de Orsúa a la conquista de las Amazonas, y su fin y muerte, y la de otros muchos con la suya | 1150 |
| CAPITULO XV.—El Conde de Nieva es elegido por Visorrey del Perú. Un mensaje que envió a su antecesor. El fallecimiento del Marqués de Cañete, y del mismo Conde de Nieva. La venida de Don García de Mendoza a España. La elección del Licenciado Castro por Gobernador del Perú | 1153 |
| CAPITULO XVI.—La elección de Don Francisco de Toledo por Visorrey del Perú. Las causas que tuvo para seguir y perseguir al Príncipe Inca Túpac Amaru, y la prisión del pobre Príncipe | 1155 |
| CAPITULO XVII.—El proceso contra el Príncipe y contra los Incas parientes de la sangre real, y contra los mestizos, hijos de indias y de conquistadores de aquel Imperio | 1159 |
| CAPITULO XVIII.—El destierro que se dio a los indios de la sangre real y a los mestizos. La muerte y fin que todos ellos tuvieron. La sentencia que dieron contra el Príncipe, y su respuesta, y cómo recibió el Santo Bautismo | 1162 |
| CAPITULO XIX.—La ejecución de la sentencia contra el Príncipe. Las consultas que se hacian para prohibirla. El Visorrey no quiso oirlas. El buen ánimo con que el Inca recibió la muerte | 1166 |
| CAPITULO XX.—La venida de Don Francisco de Toledo a España. La reprehensión que la Majestad Católica le dio, y su fin y muerte. Y la del Gobernador Martín García Loyola | 1169 |
| CAPITULO XXI.—Fin del Libro octavo, último de la historia | 1173 |

Este volumen, el cuarto de la edición de **Historia General del Perú**, II Parte de los Comentarios Reales, auspiciada por el Patronato del Libro Universitario, se acabó de imprimir el 30 de Enero de 1963 en los talleres de la "Imprenta de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos", Restauración 317, LIMA. Estuvo al cuidado de Roberto Calderón González.

Esta edición en cuatro volúmenes de la **Historia General del Perú**, completa los tres anteriores de los **Comentarios Reales de los Incas**, y todos forman en conjunto la obra más señera del Inca Garcilaso, así como el homenaje que la Universidad de San Marcos rinde al insigne escritor al cumplirse 350 años de la publicación de los **Comentarios**. José Durand, Catedrático de universidades peruanas, mexicanas y francesas, recibió el encargo de preparar esta edición. Durand es autor de trabajos históricos y filológicos, en los que como tema fundamental destaca la figura del Inca; sus estudios se suman a los aportes tradicionales y contribuyen al conocimiento de la obra del célebre autor con riguroso y moderno método crítico. Se graduó en Lima con una tesis brillante sobre Garcilaso, intervino en la edición de la **Florida del Inca**, editada por la **Biblioteca Americana**, y participó en el volumen **Nuevos estudios sobre el Inca Garcilaso**, Lima, 1955. Otros libros de Durand son: **Ocaso de Sirenas**, Tezontle, 1955, y **La Transformación Social del Conquistador**, 1ª edic. México, 1953.



UNMSM-CEDOC